

ESTUDIOS ARQUEOLOGICOS

(CENTRO DE INVESTIGACIONES ARQUEOLOGICAS)

ECUADOR
ANTILLAS Y
TIERRAS BAJAS DE
SUD AMERICA



Betty Meggers y
Clifford Evans
Olaf Holm
Pedro I. Porras
Manuel Miño Grijalva
José Echeverría A.
Byron Uzcátegui

EDICIONES DE LA UNIVERSIDAD CATOLICA
QUITO — 1977



Sistema Integrado de Bibliotecas

Biblioteca digital UCE

Calle Jerónimo Leyton y Gato Sobral – Cda. Universitaria
+593 2230757 ext: 808 biblioteca.general@uce.edu.ec

BASE LEGAL PARA DIGITALIZACIÓN DE LIBROS CON DERECHOS DE AUTOR

El Sistema Integrado de Bibliotecas de la Universidad Central del Ecuador, digitalizará su acervo bibliográfico siempre y cuando sea para fines educativos y de investigación. No se permite la reproducción y distribución para la comercialización directa e indirecta del mismo.

La digitalización del material bibliográfico se lo realiza de acuerdo al Código Orgánico De La Economía Social de los Conocimientos, Creatividad e Innovación Art. 212 numeral 9, Literal ii “(...) Una biblioteca o archivo podrá, además, realizar los siguientes actos (...) La reproducción electrónica y comunicación pública de obras de su colección para ser consultadas gratuita y simultáneamente hasta por un número razonable de usuarios, sólo en terminales de redes de la respectiva institución o para usuarios de esa institución bajo su control, en condiciones que garanticen que no se puedan hacer copias electrónicas de esas reproducciones” y literal vii “La reproducción, adaptación, traducción, transformación, arreglo, distribución y comunicación de una obra protegida por derechos de autor o una prestación protegida por derechos conexos, en uno o más formatos accesibles para el uso exclusivo de personas con discapacidad”.

Este material se considera un producto intelectual a favor de su autor; por tanto, la titularidad de sus derechos se encuentra protegida por el Código Orgánico De La Economía Social de los Conocimientos, Creatividad e Innovación. La violación a dichos derechos constituye un delito que será responsabilidad del usuario.

Este libro está disponible físicamente en:

BIBLIOTECA		PISO	
		ESTANTE	
		BANDEJA	
CONVENIO INTERINSTITUCIONAL		UNIVERSIDAD	

ESTUDIOS ARQUEOLOGICOS



BETTY J. MCGERS
CLIFFORD EVANS
OLAF HOLM
PEDRO I. FORRAS
MANUEL MIRO GRIJALVA
JOSE ECHEVERRIA A.
BYRON UZCATEGUI

CENTRO DE PUBLICACIONES

Pontificia Universidad Católica del Ecuador.

Quito - 1977



ESTUDIOS ARQUEOLOGICOS

Contenido

	Pág
— ANTILLAS Y	
— TIERRAS BAJAS DE	7
— SUDAMERICA	
— ECUADOR	11
PRESENTACION	
Las Tierras Bajas de Suramérica	
Betty J. Meggers y Clifford Evans	11
Lanzas Silvadoras	
Olaf Holm	71
Fase Aleust	
Pedro I. Porras	89
Algunos Problemas Arqueológicos de la Sierra Norte del Ecuador	
Carchi.	
Manuel Miño Grijalva	103
BETTY J. MEGGERS Y.	
CLIFFORD EVANS	
OLAF HOLM	
PEDRO I. PORRAS	
MANUEL MIÑO GRIJALVA	
JOSE ECHEVERRIA A.	
BYRON UZCATEGUI	

CENTRO DE PUBLICACIONES

Pontificia Universidad Católica del Ecuador

Quito - 1977

ARQUEOLOGICOS ESTUDIOS



CENTRO DE PUBLICACIONES

Pontificia Universidad Católica del Ecuador

IMPRENTA DEL COLEGIO TECNICO "DON BOSCO" — QUITO

Contenido

	Pág
PRESENTACION	7
Las Tierras Bajas de Suramérica y Las Antillas. Betty J. Meggers y Clifford Evans	11
Lanzas Silvdoras. Olaf Holm	71
Fase Alausi. Pedro I. Porras G.	89
Algunos Problemas Arqueológicos en la Sierra Norte del Ecuador: Carchi. Manuel Miño Grijalva	161
Contribución al Conocimiento Arqueológico de la Provincia de Pichincha: Sitios Chilibulo y Chillogallo. José Eheverría A.	181
Investigaciones Arqueológicas en Achupallas. Byron Uzcátegui A.	227
Reseñas Bibliográficas. Arte Ecuatoriano. Por Pedro I. Porras G.	259
Los Últimos Incas del Cuzco de Franklin Pease G. Y. Por Manuel Miño Grijalva	264
NOTA DE LA REDACCION Hállase un poblado del Formativo en Cotacollao	269

Contenido

Pág

7	PRESANTACION
11	Las Tierras Bajas de Guayas y las Américas Betty J. Madson y Clifford Evans
17	Lanzas Silvestres Olaf Holm
23	Fase Alusai Pedro I. Portas G.
181	Algunos Problemas Arqueológicos en la Sierra Norte del Ecuador Carchi. Manuel Miño Gijalva
181	Contribución al conocimiento arqueológico de la provincia de Pichincha: Sitios Chilibulo y Chigachillo. José Echeverría A.
227	Investigaciones Arqueológicas en Achupallas. Byron Uscategui A.
229	Reseñas Bibliográficas. Arte Ecuatoriano. Por Pedro I. Portas G.
264	Los Últimos Incas del Cuzco de Franklin Pease G. Y. Por Manuel Miño Gijalva
280	NOTA DE LA REDACCION Hállase un pedido del Formulario en el Correo



Presentación

El Centro de Investigaciones Arqueológicas de la P.U.C.E., que viene funcionando con real eficiencia desde hace cinco años, editó ya su primer número técnico, de carácter monográfico, de la Revista Oficial de la misma Universidad, Noviembre de 1975.

Por gentileza del Director de Publicaciones, Rvdo. Padre Ernesto Proaño, nuevamente presentamos a los lectores este segundo volumen dedicado exclusivamente a Arqueología.

El primero recibió cordial acogida y fue objeto de elogiosos comentarios de expertos nacionales y extranjeros, a tal punto que en menos de un año, prácticamente, se agotó la edición.

Publicamos, entonces, tres trabajos originales de Miembros del Centro y otro número igual, de extranjeros, eminentes investigadores en el Campo de la Arqueología, todos interesados especialmente en el pasado del Ecuador.

En este nuevo número publicamos, en primer lugar, un interesante trabajo intitulado LAS TIERRAS BAJAS DE SUDAMERICA Y LAS ANTILLAS, cuyos autores son los mundialmente conocidos expertos del Instituto Smithsonian de Washington, los esposos Meggers y Evans. En este estudio, que se publica por primera vez en español,

presentan los nombrados especialistas la arqueología puesta al día de las Antillas y del este de Sudamérica, íntimamente ligadas no sólo por sus condiciones ambientales, sino principalmente por su prehistoria.

A nosotros, los ecuatorianos, este estudio nos ayudará a comprender la prehistoria de nuestro Oriente y a ubicar en su contexto las fases estudiadas por Meggers-Evans y Porras. Creemos que este estudio servirá para que la mayoría de los ecuatorianos comiencen a darse cuenta de la real importancia de la región Trasandina, no sólo como fuente del oro negro, sino como crisol de pueblos y culturas.

Nuevamente Olaf Holm, el danés tan arraigado en el Ecuador que puede y debe ser considerado como ecuatoriano de verdad, nos regala un interesantísimo estudio sobre las lanzas silbadoras. Aquí el Autor hace gala de una acuciosidad y clarividencia admirables. Ve minucias que se escapan a la observación del grueso de arqueólogos. Es el Sherlock Holmes de la prehistoria ecuatoriana.

Como tercer trabajo aparece una monografía sobre la nueva Fase Alausí, fruto de tres años de arduo trabajo de Profesores y Alumnos del Centro de Investigaciones Arqueológicas. Consideramos haber realizado un aporte a la Arqueología, puesto que estudiamos una Fase perteneciente al Formativo en la parte Meridional de los Andes, así como lo hicimos en el número anterior con la Fase Pastaza, en el Sudoriente, que posteriormente, mediante fechas de Carbon 14, resultó ser la Fase más antigua hasta ahora descubierta en el Amazonas.

Tres exalumnos de nuestra cátedra de arqueología y Miembros activos del Centro, todos jóvenes nacionales, los Licenciados: Manuel Miño Grijalva y José Echeverría y el Dr. Byron Uzcátegui, nos presentan la primicia de sus Investigaciones en el Campo de la Arqueología. El Lcdo. Miño Grijalva, como carchense que es, pone en el tapete de la discusión importantes problemas de la investigación Arqueológica en el Norte del País.

El Lcdo. Echeverría publica unos cuantos capítulos, los más importantes de su tesis de grado, la primera sobre arqueología presentada por Alumnos de la P.U.C.E. en sus 25 años de fundación.

El Dr. Uzcátegui, alumno de nuestro Centro, al mismo tiempo que ejercía su labor humanitaria en un pueblecito de la serranía muy cercano a Alausí, el de Achupallas, se las ingenió para realizar excavaciones y estudiar luego el material recobrado en una región absolutamente desconocida en el Campo de la Arqueología.

Creo que no pasará inadvertido para el lector que recorra estas páginas el hecho de que hemos cumplido con el cometido que este Centro se propuso desde su fundación: Enseñanza, Investigación y Publicación. Por la Enseñanza preparamos investigadores; por la Investigación, los alumnos llevan a la práctica los conocimientos recibidos; finalmente, por la Publicación, participamos con la colectividad nuestras propias experiencias. Creemos que en esta forma estamos realizando una fecunda obra no sólo científica sino también patriótica. Basta decir que sobre los seis artículos publicados los cinco tratan específicamente sobre tópicos de arqueología ecuatoriana, y el último, escrito por Maestros, nos ayudan, indirectamente, a comprender la prehistoria de casi el 50 por ciento del territorio ecuatoriano, como es el que ocupa nuestro Valle Amazónico.

Antes de terminar permítaseme presentar nuestro efusivo agradecimiento a los Dignatarios de la P.U.C.E., de manera especial al Rector, Dr. Hernán Malo S.J., quien ha sabido comprender, más que nadie, la necesidad de los estudios arqueológicos.

Cumplimos también con la obligación de agradecer a la Secretaria Srta. Susana Mogollón y a los Cooperadores y Becarios que trabajan en el Centro, por su preciosa colaboración.

Quito, a 31 de Marzo de 1977.

P. Pedro I. Porras G. and
DIRECTOR DEL C.D.I.A.

El Dr. Uricátegui, alumno de nuestro Centro, al mis-
mo tiempo que ejercía su labor humanitaria en un pue-
blado de la serranía muy cercano a Alajuel, el de Achi-
gallas, se las ingeniaba para realizar excavaciones y estu-
diar luego el material recogido en una región absolu-
tamente desconocida en el Centro de la Arqueología.

El Dr. Uricátegui, alumno de nuestro Centro, al mis-
mo tiempo que ejercía su labor humanitaria en un pue-
blado de la serranía muy cercano a Alajuel, el de Achi-
gallas, se las ingeniaba para realizar excavaciones y estu-
diar luego el material recogido en una región absolu-
tamente desconocida en el Centro de la Arqueología.

Cumplimos también con la obligación de agradecer a
la Secretaría de Cultura, Guayaquil y los Gobernado-
res y Regidores que trabajan en el Centro, por su preciosa
colaboración.

Quito, a 31 de Marzo de 1971.

Dr. Pedro I. Porras G.
DIRECTOR DEL C.D.A.

LAS TIERRAS BAJAS DE SURAMERICA Y LAS ANTILLAS*

Betty J. Meggers y Clifford Evans

INTRODUCCION

La región de la que trataremos en las siguientes páginas se extiende desde el oeste de Cuba hasta Tierra del Fuego y desde el Océano Atlántico hasta la base de los Andes. Dentro de estos límites se extienden grandes islas, vastos pantanos, la selva más grande del planeta, y partes de la antigua Gondwanalandia. Las diferencias de clima, suelo y elevación crean incontables clases de hábitats arbóreos, terrestres y acuáticos. Sin embargo, pueden discernirse varios patrones generales en la topografía y el medio ambiente.

Hay tres principales redes fluviales: el Orinoco, el Amazonas, y el Plata (fig. 1). Todos ellos tienen tributarios que se originan tanto en los Andes como en las tierras bajas. El Orinoco fluye hacia el norte y el este, el Plata hacia el sur, y el Amazonas sigue un rumbo noreste hasta su desembocadura cerca del Ecuador. Debido a la combinación de un relieve bajo y una alta precipitación, existen vínculos permanentes o tempo-

* Traducido del libro, ANCIENT NATIVE AMERICANS, editado por Jesse D. Jennings, 1977, y publicado con el permiso de W. H. Freeman and Company S. Francisco U.S.A.

rarios entre estos sistemas fluviales. El Casiquiare ofrece una conexión continua entre el Orinoco y el Amazonas, mientras que por los tributarios meridionales de éste puede llegarse a las cabeceras del Plata en canoa, durante la estación lluviosa. En las fronteras norte y sur de Amazonia, el bosque se restringe cada vez más a las márgenes de los cursos de agua y a las cimas de las sierras, produciéndose de esta manera dilatadas sabanas que forman los llanos del centro de Venezuela y las pampas de Argentina y Uruguay. Las Antillas semejan un arco de pasos de piedra que se extiende entre el oriente de Venezuela y Yucatán; en el extremo opuesto, Patagonia es un triángulo cuya anchura disminuye gradualmente hacia el sur, mientras el clima se torna cada vez más riguroso, y se diluye luego en una constelación de pequeñas islas. La faja costera, al este de Amazonia, es templada y húmeda en el sur y tropical y árida en el norte, pero la transición es gradual y el desplazamiento se ve facilitado por dos grandes ríos que corren paralelos a ella. Estas características permiten reconocer cuatro subregiones: (1) Venezuela y las Antillas, (2) Amazonia, (3) la Faja Costera, y (4) las Tierras Bajas Meridionales. Como veremos, las cuatro tuvieron diferentes historias durante la mayor parte del período precolombino, a pesar de la aparente facilidad de comunicación entre ellas.

La magnitud del área que nos ocupa no es mayor que la ignorancia que poseemos sobre su prehistoria. La mayor parte de la información disponible hace una década, consistía en descripciones incompletas sobre sitios aislados, y de artefactos pobremente documentados. Las principales excepciones eran la costa venezolana y las Antillas, donde se desarrolló una armazón témporoespacial, basada fundamentalmente en la comparación de complejos cerámicos. Aunque en años recientes se ha obtenido una tremenda cantidad de datos en las otras tres áreas, casi todo el corazón del continente permanece des-

conocido. Agreguemos que las Tierras Bajas Meridionales no poseen fechados de Carbono-14 y la correlación de los numerosos complejos líticos reconocidos allí, con los determinados en otras partes del continente, solamente se puede hacer sobre una base tipológica. Esta carencia de conocimientos lleva a efectuar reconstrucciones conflictivas sobre el papel que pudieron jugar las tierras bajas en la domesticación de plantas y en el desarrollo y dispersión de rasgos culturales. Dado que la elección de uno u otro enfoque depende de información que aún falta recolectar, no ganaremos nada repitiendo los distintos argumentos. El lector interesado puede consultar la literatura y formarse así su propia opinión (p. ej., Cruxent y Rouse 1958, Lathrap 1970, Meggers y Evans 1961, 1973). Como alternativa, emplearemos aquí un enfoque biogeográfico, haciendo uso de datos que en su mayoría permanecen todavía inéditos, para examinar la distribución de los complejos culturales generales a través del tiempo y el espacio, y ver así qué clase de panorama está apareciendo y qué clases de problemas interpretativos presenta su explicación.

Ya que en otros capítulos de este volumen se trata con estrategias de subsistencia, sistemas sociales y procesos de cambio cultural, convendrá mencionar que nuestro enfoque no implica una falta de interés en estos aspectos de la investigación arqueológica. En las tierras bajas tropicales de América, sin embargo, todavía estamos intentando construir el marco témporoespacial que constituye un prerrequisito para tales tipos de análisis. Las distribuciones geográficas de la mayoría de los complejos son desconocidas, y si bien tenemos varios centenares de fechados radiocarbónicos, no podemos estar seguros de que definan con exactitud el comienzo o la terminación de cualquier fase o tradición. Además, en los casos en que no contamos con fechados, las correlaciones deben ser basadas sobre similitudes o semejanzas tipológicas, que implican rela-

ciones culturales pero no contemporaneidad. La difusión tiene lugar con intensidades variables, y las tradiciones pueden persistir durante milenios, tornando riesgoso asignar restos no fechados a un período en particular. Para contar con la máxima confiabilidad, trataremos sólo con complejos fechados. No obstante, todos los complejos y tradiciones incluyen numerosos sitios y fases adicionales que probablemente llenarían algunas de las lagunas existentes en las distribuciones temporales y espaciales, si sus antigüedades fueran conocidas.

Merecen un comentario dos vacíos fundamentales en el registro. La ausencia de información arqueológica para Amazonia, antes de la Era Cristiana, es sólo parcialmente atribuible a la falta de exploración. Los grupos supervivientes emplean numerosos tipos de materiales perecederos para sus implementos, armas y recipientes. Esta situación debe haber existido también en tiempos más tempranos, haciendo que sea muy difícil que lleguemos a saber mucho más de los habitantes precerámicos. Sin embargo en las áreas circunvecinas, los cazadores y recolectores subsistieron mediante alimentos silvestres, durante diez milenios por lo menos y parece razonable suponer que también hubieran explotado los variados recursos de los ríos y selvas de las tierras bajas. La falta de preservación podría también explicar que no se hallen puntas de proyectil en muchos sitios precerámicos de las otras subregiones, donde ocasionalmente se ha informado del hallazgo de puntas de hueso.

Otro efecto del clima húmedo es la destrucción de los restos vegetales que podrían indicar domesticación. La palinología, fuente potencial de información, no ha sido aplicada. Como la alfarería fue adoptada en la mayor parte de las tierras bajas después de que las plantas cultivadas pasaran a constituir la base de la subsistencia en las Áreas Nucleares, parece probable

que su presencia indique la práctica de la agricultura itinerante. No obstante, los comienzos de la agricultura pueden haber precedido aquí al uso de la alfarería, como sucedió en muchas otras partes del Nuevo Mundo.

Nuestro estudio avanzará a través del tiempo y el espacio con la ayuda de una serie de mapas. Con excepción del primero, los anteriores a la Era Cristiana representan un milenio; los incluidos en ella, medio milenio. Como los resultados del Carbono-14 son sólo aproximaciones, hemos enfatizado las edades relativas sobre las absolutas, y los agrupamientos o patrones sobre las fechas aisladas. En los casos en que un fechado (o un grupo de ellos) se aparta radicalmente de otros relacionados a un estilo o complejo, lo hemos considerado inválido. Los dos criterios principales para el rechazo son: (1) un lapso excesivamente largo (unos 1000 años) entre la aparición inicial y otros fechados y (2) un contexto estratigráfico ambiguo o inconsistente. (2). La comparación cultural es facilitada mediante el uso de enfoques clasificatorios similares en regiones diferentes. La mayoría de los investigadores de Venezuela y las Antillas han adoptado el concepto de "serie" desarrollado por Rouse, que es suficientemente comparable con el de "tradición" definido en Brasil, para brindar un denominador común para tratar con las distribuciones cerámicas. Los restos líticos han sido clasificados en "complejos" en todas las tierras bajas, y estos complejos representan también niveles similares de generalización tipológica. Vamos a comenzar nuestra historia comienza, arbitrariamente, alrededor del 5000 a.C. y terminarla en 1500 d.C.

REVISION CRONOLOGICA

5000 — 3000 a.C.

A comienzos del quinto milenio a.C., una serie de poblaciones que empleaban varias clases de estrategias de subsis-

tencia estaban distribuidas a lo largo de la Faja Costera (fig. 2). En el sur de Brasil se han reconocido dos tradiciones líticas generales, una con puntas de proyectil de piedra y la otra carente de ellas. Esta última, denominada Tradición Humaitá, está representada por numerosos sitios en localizaciones selváticas a lo largo de ríos, lagunas o pantanos. Cuatro subtradiciones son distinguibles por sus complejos artefactuales y sus patrones de asentamiento. Los fechados más tempranos están asociados con la subtradición Tamanduá, que posee, además, el implemento más distintivo: una bifaz con forma de bumerang. También son típicos los machacadores con secciones transversales circulares o triangulares, los raspadores planoconvexos, y los cuchillos de lasca. Esta subtradición, conocida como "Altoparanaense" en Argentina, se centra en el Río Uruguay. La subtradición Ivaí, relacionada con la anterior y distribuida en el norte y oeste de Paraná, enfatiza una variedad de raspadores, machacadores unifaciales y tajadores. La mayoría de los sitios tiene unos 20 m. de diámetro, pero algunos llegan a 200 metros. Una tercera subtradición, Antas, ha sido hallada en varias partes del sur de Río Grande do Sul. Los sitios ocupan una variedad más amplia de hábitats, y tienden a aparecer a mayor altura. Los desechos tienen menos de 40 cm. de profundidad y cubren áreas desde 25 m. de diámetro hasta 75 por 150 m. Machacadores unifaciales, tajadores y cuchillos de lasca son diagnósticos; las bifaces están ausentes.

Al norte de Paraná se encuentran clases similares de implementos, en forma más esporádica. Los fechados han sido obtenidos principalmente de abrigos rocosos, pero también aparecen sitios abiertos. Estos datos indican que, durante el mismo período de tiempo, prevalecieron, a lo largo de la Faja Costera, poblaciones con culturas comparables a las del Arcaico norteamericano. También han sido definidos complejos líticos

en Argentina, pero su antigüedad no ha sido establecida p.ej., Bórmida 1962].

Las puntas líticas de proyectil son antiguas en América del Sur y persisten en el sur de Brasil después del 5000 a.C., en la Tradición Umbú. Se han reconocido cuatro subtradiciones, así como numerosos sitios sin afiliación, algunos situados dentro de la Era Cristiana. Los restos más tempranos son contemporáneos con sitios de la Tradición Humaitá, y aparecen en abrigos rocosos o en lugares abiertos cerca de la costa, adyacentes a ríos, lagunas o pantanos. Cuando no está limitado por las dimensiones del abrigo, el desecho está distribuido en áreas que varían entre 30 x 40 y 80 x 150 metros. Entre la variedad de puntas pedunculadas y apedunculadas hay algunas con márgenes aserrados y otras con retoque unifacial. La forma más común es triangular, alargada, con un pedúnculo de lados paralelos y expandidos y una base recta, cóncava o convexa. Son típicos los majadores y pequeños yunques de piedra con una concavidad central, así como machacadores, raspadores terminales y lascas y esquirlas con señales de uso. A menudo se asocian bolas, hachas pulidas y semipulidas, y piedras de moler. La Tradición Umbú ha sido registrada sólo en los estados brasileños meridionales de Río Grande do Sul, Santa Catarina y Paraná; queda por establecer si es tan común hacia el norte como la Tradición Humaitá.

Varios fechados radiocarbónicos de Banwari Trace, un conchal situado en el suroeste de Trinidad, colocan su ocupación entre alrededor de 5000 y 3000 a.C. Comparte varios artefactos, principalmente moledores frontales, con los conchales venezolanos; el énfasis en majadores, manos de moler, morteros y hachas con surso se combina con implementos lasqueados para cortar y raspar. Se confeccionaron puntas de proyectil y agujas con hueso. No se empleó la concha para implementos. Los

cambios en la fauna de moluscos de agua fresca a salobre implica ascenso del agua durante la ocupación del sitio.

Alrededor de 4000 a.C. los conchales se hicieron progresivamente numerosos en la costa de Venezuela y el sur de Brasil. También existen en la región intermedia, pero una edad equivalente ha sido confirmada solamente para los de Pará oriental. Las excavaciones en muchos sitios de Paraná y Santa Catarina han suministrado un número considerable de fechados entre 4000 y 3000 a.C., indicando que la alimentación con moluscos era particularmente intensa. Durante este milenio, el nivel del mar estaba unos 2,5 metros más alto que hoy, inundando la costa baja y ampliando el hábitat potencial para la ostra de los manglares y otros mariscos. Quizá el mismo fenómeno explique la existencia de conchales en Cuba y la Española para 3000 a.C. Los inventarios de los artefactos de los complejos Guayabo Blanco y Mordán difieren entre sí y de los continentales, tornando problemáticas sus relaciones.

Hacia el final de este período, la alfarería aparece en los conchales de la costa de Pará. Una alfarería con antiplástico de concha, con formas sencillas y carente de decoración, relaciona a esta Fase Mina con la Fase Alaka, que aparece en los pantanos a lo largo de la costa noroccidental de Guyana. Los sitios de la Fase Mina son más grandes que las acumulaciones conocidas de la Fase Alaka, pero tienen la misma compactación producida por capas cementadas de carbonato de calcio. Los fechados son inesperadamente tempranos, pero son consistentes con sus posiciones estratigráficas relativas.

La aceptación de esta antigüedad presenta la elección de una alternativa entre dos explicaciones: (1) invención independiente de la manufactura de la alfarería o (2) introducción desde

otra parte del continente americano. La segunda alternativa parece más lógica porque es compatible con la dispersión del Formativo Colonial sugerida por Ford (1969) para explicar la aparición temprana de alfarería en conchales de las costas de Florida y Georgia. El antiplástico de fibra, las técnicas de decoración incisa y punteada y los motivos de los diseños de la cerámica norteamericana tienen contrapartes en complejos suramericanos más tempranos, como Puerto Hormiga en la costa caribe de Colombia y las fases Valdivia y Machalilla de la costa ecuatoriana, donde los mariscos constituían también una parte importante de la subsistencia. Aunque la alfarería de la Fase Mina no comparte rasgos igualmente específicos con la de Puerto Hormiga, la presencia del mismo tipo de cerámica en la costa de Guyana brinda un paso intermedio entre los complejos brasileño y colombiano (Evans y Meggers 1960). Si bien los conchales que abundan a lo largo de la costa de Venezuela han sido considerados como no cerámicos, muy pocos de ellos han sido investigados como para descartar la posibilidad de que puedan aparecer cerámicas similares.

La hipótesis de que la alfarería temprana con antiplástico de concha del noreste de Sudamérica, y la cerámica con desgrasante de fibra del sur de Norteamérica, representan migraciones de poblaciones adaptadas a la costa y relacionadas entre sí, recibe un apoyo adicional al considerar que los colonos de ambas áreas no se expandieron fuera de este nicho ambiental ni ejercieron una influencia significativa en los grupos continentales vecinos (Crusoe 1974). La sugerencia de que las filia- ciones más estrechas de la lengua Tumucua de Florida se dan con el Warau, hablado en el delta del Orinoco, también se ajusta a esta hipótesis del Formativo Colonial. Los cálculos prelimina- res que sitúan su separación lingüística alrededor de 3000-2000 a.C., concuerdan muy bien con los fechados arqueológicos de carbono—14 (Granberry 1970; ver también Noble 1965).

3000 — 2000 a.C.

De los pocos complejos fechados dentro de este milenio, la mayoría está confinada a la primera mitad. La persistencia de las tradiciones líticas Umbú y Humaitá está implicada por su aparición durante el siguiente período; la Subtradición Camurí, que todavía no ha sido fechada, podría llenar este lapso. En Río Grande do Sul se han reconocido cuatro fases (fig. 3). Los sitios se hallan generalmente a lo largo de ríos o pantanos, pero ocasionalmente se los encuentra en abrigos rocosos. Como elementos diagnósticos se mencionan raspadores, bifaces, machacadores y tajadores, y puntas de proyectil, pedunculadas; las hachas pulidas y yunques de piedra con concavidad son raros, y están ausentes las piedras de moler. En la región de Lagoa Santa también se han hallado machacadores, tajadores, raspadores y cuchillos, pero sin asociación con puntas líticas de proyectil. Muchos conchales del sur de Brasil y las Grandes Antillas la Fase Macaé de Río de Janeiro y el complejo Cubagua del oriente venezolano, proceden de la parte final del período. Al este de la boca del Amazonas, la Tradición Cerámica Mina también desapareció después de los primeros siglos.

Esta configuración témporo-espacial puede ser atribuida a accidentes de muestreo, pero hay otra explicación que merece ser investigada. Aproximadamente entre 2700 y 2000 a.C. hubo un descenso en el nivel del mar, lo cual debe haber reducido los recursos de subsistencia lacustres (Fairbridge 1976). De haberse vuelto menos productiva la recolección de mariscos, debería esperarse un incremento compensador en la frecuencia de los sitios del interior, pero también éstos parecen tornarse menos comunes. Aunque la evidencia es principalmente circunstancial, esta paradoja puede reflejar una adaptación a cambios que también estaban teniendo lugar en el ambiente terrestre. Hacia el 3000 a.C., las tierras bajas comenzaron a expe-

rimentar una aridez creciente que afectó a la vegetación (Meggers 1975). La disminución del área abarcada por las selvas costera y amazónica puede haber sido suficiente para alterar el potencial de subsistencia. La expansión de sabanas y arbustales hizo que los recursos alimentarios de los cazadores y recolectores fueran más escasos y menos concentrados, de modo que para mejorar las condiciones de supervivencia debió haberse reducido las dimensiones del grupo y/o incrementado su movilidad. El resultado arqueológico debería ser sitios más pequeños, que sin una búsqueda intensiva serían hallados con más dificultad, y con menor probabilidad de suministrar materiales orgánicos adecuados para su datación.

La alfarería continuó siendo manufacturada en la costa de Colombia, donde se ha reconstruido una secuencia de varias fases. La Fase Tesca tiene un interés particular porque posee antiplástico de concha molida y decoración hachurada zonada, rasgos estos que aparecen en partes distantes de las tierras bajas durante el siguiente período (Bischof 1966).

2000 — 1000 a.C.

En este milenio, el mapa (fig. 4) muestra un patrón similar al del período comprendido entre el 5000 y el 3000 a.C. Las tradiciones Humaitá y Umbú continúan en el sur de Brasil, la primera representada por la Subtradición Jacuí, con bifaces talladas, hachas semipulidas, y bolas de piedra con surco y objetos discoidales. La Tradición Umbú ha sido encontrada en el oeste de Paraná y Santa Catarina, así como en Río Grande do Sul. Hay una marcada declinación en la variedad de formas de puntas de proyectil, aunque persisten tipos con y sin pedúnculo. El artefacto más común es el raspador. Otras clases de restos no cerámicos han sido descritos para lugares aislados. El sitio Alfredo Wagner, en el noreste de Santa Catarina, ha producido

cantidades de cestería y cordeles trenzados. Los abrigos rocosos de la región de Lagoa Santa en Minas Gerais poseen pictografías y escasos implementos de piedra, que indican una ocupación esporádica. La ausencia de sitios más al norte parece reflejar más bien la escasez de investigaciones y de fechados, que una declinación en la población.

Varias series de fechados del sur de Brasil indican un resurgimiento de la explotación de mariscos. La mayoría de ellos se correlaciona con un ascenso del nivel del mar entre 2000 y 1500 a.C., que llegó hasta unos tres metros por encima del actual y recreó las condiciones prevalentes durante el anterior florecimiento de esta clase de adaptación. Sin embargo una cantidad de basurales se ubican en la última parte de este período, cuando el nivel marino descendió (Fairbridge 1976). Tales variaciones probablemente puedan ser explicadas por diferencias en la elevación de la costa y otros factores topográficos y geográficos locales, que también justificarían la aparición de conchales en la costa de Bahía, para este tiempo. Una situación comparable parece existir en el norte; la mayoría de los sitios del occidente de Venezuela, el complejo Manicuaire del este venezolano, el sitio Mayaro en Trinidad y los conchales de la Española y Cuba también se agrupan en la primera parte de este período.

Hacia la finalización del milenio se establecieron grupos alfareros en las bocas del Amazonas y el Orinoco. Aunque las fechas iniciales son aproximadamente contemporáneas, las tradiciones cerámicas son diferentes. La Fase Ananatuba, de la mitad oriental de la Isla de Marajó, se caracteriza por acumulaciones de desechos relativamente pequeñas pero comparativamente profundas, lo que sugiere que la residencia fue más estable que lo usual en la Amazonía (Meggers y Evans 1957). La ausencia de piedra local y las desfavorables condiciones para la pre-

servación de madera, hueso y otros materiales perecederos, hacen que la alfarería sea el principal tipo de evidencia sobreviviente. Se la atemperaba con tiesto molido y se la decoraba con tres técnicas: escobado exterior, engobe rojo, e incisión. Esta última, ejecutada con un instrumento ancho, describía festones a lo largo del borde, patrones rectilíneos en la pared exterior, o áreas rellenas con hachuras. Son típicos los cuencos y tinajas redondeados, a veces con bordes exteriormente engrosados. No hay torrteras, burenes u otras indicaciones del uso de mandioca amarga. Falta establecer todavía si existió una asociación de plantas cultivadas con los restos de la Fase Ananatuba; parece probable alguna dependencia del maíz o de raíces cultivadas, en vista de la aparente duración de la ocupación de la aldea, aunque los alimentos silvestres terrestres y acuáticos pueden haber sido suficientemente variados y abundantes para permitir a una pequeña población mantener una forma de vida sedentaria. No hay evidencias de ceremonialismo, estratificación social o actividades bélicas hasta el fin de la fase, cuando las aldeas Ananatuba parecen haber sido conquistadas por un grupo asociado con una clase de alfarería diferente.

El único otro lugar de Amazonía oriental donde se ha informado la presencia de la Tradición Hachurada Zonada es Jauarí, sobre el margen septentrional de la llanura de inundación, a mitad de camino entre Marajó y la desembocadura del río Negro (fig. 4). La alfarería posee varios rasgos que no están presentes en la Fase Ananatuba. Algunas vasijas fueron atemperadas con concha molida; otras fueron embellecidas con adornos antropomorfos estilizados. La alfarería también fue utilizada para confeccionar pipas tubulares decoradas con caras estilizadas y con hachurado zonado. Tanto esta técnica como el antiplástico de concha molida aparecen también en la Fase Tutishcainyo Temprano, sobre el río Ucayali, en Perú oriental, que no ha sido fechada, pero cuya alfarería se asemeja a la que se

confeccionaba en las tierras altas adyacentes durante el segundo milenio a.C. Las diferencias en las formas de las vasijas y otros detalles sugieren que el complejo Tutishcainyo y los de Amazonia oriental, si bien exhiben decoración hachurada zonada, no están directamente relacionados. Esta modalidad decorativa también es característica de la Fase Pastaza de las tierras bajas del sureste del Ecuador, que comparte algunos motivos y técnicas con la alfarería formativa de la costa de Colombia y de la sierra peruana; los fechados radiocarbónicos sitúan a la Fase Pastaza a principios del segundo milenio a.C. Esta distribución temporal y espacial sugiere una difusión de la Tradición Hachurada Zonada desde el noroeste de América del Sur.

En el delta del Orinoco, la Tradición Barrancoide se encontraba establecida alrededor del 1000 a.C. Aunque sus rasgos mejor conocidos son sus adornos elegantemente esculpidos y sus patrones bellamente incisos, el análisis de la alfarería procedente de contextos estratigráficos muestra que este estilo "clásico" evolucionó de antecedentes menos elaborados. La alfarería tiene autiplástico de arena, y las vasijas tienden a tener paredes gruesas y superficies pulidas. La técnica de decoración en línea ancha hace énfasis en espirales y a menudo se separaron zonas pulidas de zonas sin pulimento. También son típicos los adornos biomorfos y pequeños mamelones circulares con un punteado o corte central. Sus similitudes más estrechas son con la Fase Malambo del bajo Río Magdalena en Colombia (fig. 4), la cual es también algunos siglos más temprana (Angulo 1962). En la costa intermedia y a lo largo del Orinoco medio se han hallado sitios con afinidades barrancoides, pero los que de ellos han sido fechados son demasiado recientes para ser representantes de la ruta inicial de difusión (Cruxent y Rouse 1958).

La población Barrancoide tuvo acceso a productivos recursos alimentarios silvestres en las aguas y tierras del delta del

Orinoco. La presencia de burenes indica que se cultivaba la mandioca amarga. Este artefacto también se registra en los derechos de la Fase Malambo, junto con huesos de peces, tortugas, caimanes, roedores, ciervos, capibaras y aves. Los suelos aluvionales, los lagos y lagunas de agua dulce y los canales fluviales, presentan potenciales similares para la adaptación humana en ambas regiones, y los escasos datos sobre la Fase Malambo sugieren que la situación y estabilidad de los asentamientos eran similares a los de la Tradición Barrancoide. Esto, agregado a las semejanzas en la alfarería, argumenta fuertemente en pro de la intrusión de esta última en el delta del Orinoco, procedente del oeste.

1000 — 0 a.C.

Durante el milenio anterior a la Era Cristiana, las tierras bajas tropicales fueron gradualmente asumiendo su condición actual. Los manchones aislados de selva se expandieron a través de la sabana hasta juntarse, creando así la impresionante vegetación arbórea que cubre hoy la Amazonia. A lo largo de las costas, el nivel del mar llegó a su nivel presente. Infortunadamente hay muy escasa información arqueológica para juzgar los efectos de estos cambios ambientales sobre la adaptación humana, porque casi todos los sitios fechados se encuentran en Venezuela o las Antillas (fig. 5).

Como sucedía en épocas más antiguas, el vasto interior del continente permanece desconocido, aunque puede inferirse la presencia de grupos humanos por la complejidad de las distribuciones lingüísticas, y por la antigüedad de las estimaciones hechas para la diferenciación de troncos y familias lingüísticos. Pocos de los conchales fechados para la costa sur brasileña caen dentro de este período, y muchos fueron abandonados durante el precedente. Se han definido complejos líticos en el

noreste y el sur de Brasil, pero también estos sitios parecen ser menos abundantes.

El surgimiento de la Tradición Itaipú, con un nuevo patrón de asentamiento y un diferente inventario de artefactos, puede reflejar una adaptación al cambio del nivel del mar. Se han identificado sitios a lo largo de la costa, desde Río de Janeiro hasta Río Grande do Sul, pero sólo se ha fechado la Fase Lagoa en este último estado. Las acumulaciones de desechos varían grandemente, tanto en área como en profundidad, no habiéndose establecido si los mayores y más profundos son el resultado de una reocupación o de una ocupación más prolongada. Los lugares escogidos de preferencia eran las cimas de las dunas, las elevaciones naturales, y pequeños montículos artificiales en terreno pantanoso. Se explotaron intensivamente peces y crustáceos, además de aves, mamíferos, moluscos y frutos silvestres. Los implementos líticos característicos son hachas con y sin garganta, piedras de moler, yunques con cavidad y raspadores. En las fases del sur también aparecen boleadoras y puntas de proyectil de piedra. En el norte son más típicos las cuentas y pendientes, y las puntas y punzones de hueso.

Un cambio similar en la adaptación parece haber tenido lugar en las Antillas. Los yacimientos de la República Dominicana y las Islas Vírgenes contienen restos de tortuga marina y de manatí, así como de fauna y flora terrestres. Entre los implementos hechos con piedra o concha se destacan hachas petaloides y gubias, que pueden haber sido empleadas para trabajar madera. Aunque los conchales del complejo Ortoire en Trinidad, y el complejo Punta Gorda del oriente de Venezuela, están asociados con diferentes inventarios de artefactos, probablemente reflejan modos de vida similares.

Los complejos alfareros persistieron en las bocas del Orinoco y del Amazonas. La Tradición Barrancoide floreció, a juzgar por

la creciente elaboración de su alfarería. Hacia el final del período se combinaban decoración modelada e incisa, superficies altamente pulidas y una variedad de formas de vasijas para crear impresionantes obras de arte. Los motivos populares eran murciélagos, felinos, peces y otros animales, junto con caras humanas. Una declinación, en los desechos, de restos de alimentos silvestres, sugiere un incremento de la dependencia de la agricultura, siendo la mandioca amarga un componente importante, si no básico.

En la Isla de Marajó, la Fase Ananatuba fue asimilada por invasores portadores de una tradición cerámica diferente, que se manifestó en "platos" abiertos con sus bordes engrosados interiormente para crear una superficie horizontal o inclinada que a menudo era decorada con incisión. La derivación de esta Tradición Borde Inciso es incierta. Se la ha localizado en sitios a lo largo del bajo Amazonas y el Alto Orinoco, pero los fechados disponibles no son suficientes para identificar la región de mayor antigüedad.

En conchales de la costa de Bahía se ha encontrado una alfarería mucho más tosca, sin afiliación obvia con ninguna de las tradiciones descritas hasta ahora. Los fechados de carbono—14 para esta Tradición Periperi son inconsistentes con su posición estratigráfica y están muy separados en el tiempo, tornando insegura su confiabilidad. La alfarería es gruesa, sin decoración, y con antiplástico de arena. Si se prueba que los fechados más tempranos de Periperi están asociados con alfarería, el contexto del conchal sería consistente con un origen por difusión de estímulos desde la Tradición Mina de más al norte. Otro hallazgo enigmático es Rancho Peludo, en el noroeste de Venezuela. El sitio tiene una larga ocupación precerámica, que puede explicar la antigüedad de los fechados atribuidos a la alfarería. La ausencia de similitudes con complejos cerámicos

formativos de la costa adyacente de Colombia, junto con la aparición de bases de pedestal perforadas y otros rasgos hallados en posteriores tradiciones de Venezuela occidental, apuntan hacia una posición cronológica más reciente.

Alrededor del 500 a.C., varias tradiciones polícromas bien definidas se habían establecido en el norte de Colombia y el occidente de Venezuela. El sitio Momil, en la costa colombiana, tiene una cantidad de rasgos que sugieren influencias desde América Central, incluyendo no sólo técnicas de decoración de la alfarería sino también un nuevo patrón de subsistencia basado en el maíz en vez de la mandioca. La región al este del Lago Maracaibo estuvo dominada por la serie Tocuyanoide, que despliega patrones decorativos habilidosamente ajecutados en negro y rojo sobre un engobe blanco. La aplicación de colores en el fondo, crea el efecto de pintura negativa sin el empleo de técnica resistente. La aparición de cuencos con trípode señala una relación con el oeste, donde esta forma y la pintura polícroma estaban altamente desarrolladas en fecha más temprana.

Hasta ahora no hemos hecho mención de la serie Saladoide, que constituye el horizonte cerámico inicial en las Pequeñas Antillas. Sobre la base de fechados radiocarbónicos obtenidos en la década de 1950 del sitio de Saladero, en la boca del Orinoco, a esta tradición se le había atribuido su origen a principios del primer milenio a.C. Ahora que contamos con fechados adicionales para las Pequeñas Antillas y la costa venezolana, esta cronología parece menos probable. Un lapso de casi mil años se interpone entre Saladero y los sitios de la tradición blanco sobre rojo de Trinidad, donde esta técnica estaba en uso más o menos un siglo antes de Cristo. Su dispersión fue un acontecimiento importante del período siguiente, y por lo tanto su tratamiento será dejado para más adelante.

El reciente descubrimiento, en el oriente de la Española (República Dominicana), de un complejo alfarero diferente de la

Tradición Saladoide y posiblemente unos siglos más antiguos, hace necesario reexaminar las suposiciones hechas con respecto a los orígenes de los grupos productores de alfarería de las Grandes Antillas. El sitio Caimito es un abrigo rocoso situado a tres kilómetros de la costa, en una región con abundantes recursos alimentarios silvestres (Velo, Ortega y Pina 1974). Un análisis palinológico preliminar no reveló evidencias de plantas cultivadas. Artefactos como hachas petaloides, manos y metates, respadores, y martillos confeccionados de piedra, coral o concha, se asemejan a los de otros sitios no cerámicos más tempranos. La alfarería es escasa, pero posee varias características diagnósticas de las cerámicas iniciales del continente sulamericano. Entre éstas figuras el uso de antiplásticos de concha y tiestos molidos y la decoración incisa, cuyas líneas anchas terminan ocasionalmente en un punto. La única otra forma de decoración es la aplicación de costillas chatas formando curvas. Las superficies de las vasijas estaban a veces bien pulidas. Las formas predominantes son cuencos y ollas redondeados, y el tratamiento del borde es extremadamente variable. Las similitudes entre esta alfarería y los más tempranos complejos costeros de Colombia sugieren la posibilidad de una ruta de dispersión transcaribeña.

0 — 500 d.C.

A principios de la Era Cristiana comenzó a fabricarse alfarería en varias partes de la costa brasileña, en las Pequeñas Antillas y en el Amazonas medio (fig. 6). Aunque puede suponerse que los cazadores y recolectores continuaron ocupando gran parte de las tierras bajas, sólo poseemos tres fechados para los complejos no cerámicos: uno respectivamente para las tradiciones Humaitá y Umbú en Río Grande do Sul, y uno para la Fase Potiri de la Tradición Itaipú de Espírito Santo. Los

conchales fueron prácticamente abandonados durante el período precedente, y continuaron siendo insignificantes.

El acontecimiento mejor documentado es la dispersión de la Tradición Saladoide, que había aparecido en Trinidad a fines del período precedente. La casi simultaneidad de los fechados iniciales de carbono-14 de Puerto Rico y del oriente de Venezuela implica una dispersión muy rápida; queda todavía por aclarar si los inmigrantes asimilaron, o reemplazaron a las anteriores poblaciones no cerámicas, o si coexistieron con ellas. Su continua expansión a lo largo de la costa venezolana (Vargas m.s.) y hacia la cuenca del Orinoco está indicada por la aparición de alfarería Saladoide, en estas áreas, uno o dos siglos más tarde (aunque los especialistas han empleado otras definiciones, hemos adoptado, para esta exposición, un criterio simple. Los complejos que incorporan decoración en blanco sobre rojo son considerados Saladoides; los que carecen de esta técnica son clasificados como Barrancoides). Además de la pintura en blanco sobre rojo, la alfarería Saladoide posee otras varias técnicas decorativas. Son típicos la incisión definiendo zonas rellenas con hachuras cruzadas, mamelones bajos con un punteado o corte central, y la incisión de línea ancha; son también característicos, junto con asas acintadas verticales, pequeños adornos, que frecuentemente surgen del borde y son cóncavos en el interior. La incisión ancha y el estilo de los modelados son semejantes a la decoración Barrancoide y pueden representar influencias provenientes de esa fuente.

Durante este período aparecen tres tradiciones cerámicas diferentes en partes muy alejadas entre sí, en la costa brasileña. La Tradición Taquara, en el oriente de Río Grande do Sul, presenta la decoración más abundante y variada. Los recipientes, cilíndricos con fondos redondeados, poseen superficies bien terminadas, ornamentadas con pellizcado, incisión, numerosas

variedades de decorados con marcas de uñas, o punteado (tanto sencillo como arrastrado). También se registran decoración con mecedora, impresión de cordelería y engobe rojo. Sólo un diez por ciento de las vasijas son lisas. La mayor parte de la alfarería proviene de yacimientos de escasa profundidad, en la selva, pero una porción ha sido encontrada asociada con casas pozo en el vecino planalto. Estas estructuras forman, a menudo, grupos de tres o más, con distribución al azar o rodeando un foso mayor. Fueron ocupadas probablemente en forma estacional, durante la cosecha de piñones de araucaria. Son extremadamente comunes las hachas petaloideas y las manos de moler, estas últimas usadas quizá para partir los piñones. No hay evidencias de plantas domesticadas. Los únicos artefactos indicadores de caza son escasas puntas de proyectil de hueso.

El fechado más antiguo disponible para la Tradición Una sitúa su llegada a Minas Gerais unos pocos siglos antes del surgimiento de la Tradición Taquara. Los sitios de habitación son pequeños y a veces se hallan en abrigos rocosos. La alfarería es mucho menos ornada, siendo la principal técnica de decoración el pulido estriado; el engobe rojo, el punteado y el corrugado aparecen raramente. Las formas más comunes de vasijas son ollas profundas con paredes ensanchadas y bases redondeadas, ollas globulares y ollas con cuellos constrictos cortos. Hay burenes que implican el uso de mandioca amarga. Otras pistas indicativas de la preparación de alimentos son las manos de moler de piedra. También aparecen cuentas, silbatos y leznas de hueso, hachas de piedra y torteros de cerámica.

La Tradición Papeba aparece en forma aproximadamente contemporánea en Río Grande do Norte y Pernambuco. Esta alfarería está a veces engobada con rojo. Aplicados a la porción superior de la pared de la vasija o extendiéndose sobre el borde existen mamelones circulares o alargados, perforados vertical-

mente, quizá para insertar una cuerda. Las formas principales son ollas y cuencos simples, redondeados, con paredes expandidas hacia afuera; no se ha mencionado el hallazgo de burenes. La industria lítica está caracterizada por hachas petaloides pulidas, perforadores de cuarzo, martillos y lascas con evidencias de utilización. Se emplearon fragmentos de **Strombus** para raspar o perforar.

La alfarería más temprana conocida para el Amazonas medio también data de los comienzos de este período. Proviene de Itacoatiara, sobre la margen izquierda, inmediatamente por debajo del Río Negro (fig. 6). Otros varios sitios han producido cerámicas similares decoradas con pintura policroma (rojo y negro sobre blanco), incisión fina, incisión ancha, incisión de línea doble, punteado, exclusión y modelado combinado con incisión. La pasta está atemperada con espículas de esponja (cauixí). Aunque Hilbert (1968:207) asignó la Fase Itacoatiara al Horizonte Bordo Inciso, la decoración y forma de las vasijas son más características del Horizonte Polícromo. De interés especial son los cuencos carenados y con bordes huecos. También son muy frecuentes las figurinas y los torteros de arcilla.

Varios fechados sugieren que la Fase Marajoara se estableció en Marajó para el 500 d.C. Es la representante mejor conocida del Horizonte Polícromo, ya que fue mencionada por viajeros y naturalistas durante el siglo 19 y recibió la atención de los antropólogos en las primeras décadas del siglo 20. A diferencia de otros complejos arqueológicos de Amazonia, los sitios de la Fase Marajoara poseen montículos artificiales, la mayoría de los cuales sirvieron como cementerios donde inhumaban en urnas funerarias. Esta cultura fue más avanzada, en todos los aspectos, que sus predecesoras en Marajó. El tratamiento diferencial de los muertos, la decoración complicada y la estandarización de las formas de las vasijas, la producción de artículos para uso ritual o funerario y la construcción de los grandes mon-

títulos, constituyen algunos de los rasgos que implican estratificación social y especialización ocupacional.

La serie Barrancoide continuó en la boca del Orinoco y algunos de sus elementos fueron incorporados en el estilo Ronquín, que apareció en el Orinoco medio hacia el fin de este período. La Fase Mabaruma del noroeste de Guyana, que todavía no está fechada, puede reflejar una expansión barrancoide hacia el este, alrededor del 500 d.C.

En los llanos occidentales de Venezuela, se estaban construyendo calzadas y montículos artificiales a comienzos de la Era Cristiana (Zucchi 1973). El patrón de subsistencia de este complejo, denominado Caño del Oso, muestra una combinación de cultivo de maíz y caza y pesca. Se encuentran metates, manos, majadores, bolas y hachas petaloides, junto con pendientes, cuentas, figurinas y torteros. Aunque Caño del Oso comparte con la Fase Marajoara rasgos como construcciones de tierra y el uso de ciertos tipos de artefactos, los complejos cerámicos de estas dos áreas tienen poco en común, salvo el uso de pintura. La variedad de técnicas de incisión y excisión, las urnas antropomorfas y otras características cerámicas de la Fase Marajoara están ausentes en Caño del Oso; otras formas más populares son cuencos poco profundos con pedestales altos y vasijas con cuellos estrechados y cuerpos angulares. Los soportes circulares y cónicos también están confinados al occidente venezolano.

El estilo de pintura "pseudo-negativa", los bordes huecos, los motivos serpentiformes y las vasijas antropomorfas de la anterior Serie Tocuyancide, la alinean más estrechamente junto al Horizonte Polícromo de Amazonia que la pintura "positiva" y los recipientes con patas del estilo Caño del Oso. Queda todavía por esclarecer si la construcción de obras de tierra en estas regiones tan separadas entre sí representa adaptaciones

similares a terrenos periódicamente inundados o una difusión del concepto de construcción de montículos y la organización sociopolítica asociada con él.

Se han reportado numerosos complejos cerámicos localizados a lo largo del Amazonas, y se ha hallado alfarería con decoración punteado y arrastrado en el noreste de Argentina. Ante la falta de secuencias relativas o de fechas absolutas, es imposible asignarles una posición cronológica. Algunos pueden pertenecer a este período, pero la mayoría son probablemente más recientes.

500 — 1000 d.C.

Para el 500 d.C. los grupos alfareros estaban establecidos a lo largo del Amazonas y el Orinoco, en casi toda la Faja Costera y en las Guayanas, y en las islas del Caribe. Antes del 1000 d.C. se habían esparcido hacia Cuba oriental y las tierras bajas del norte de Argentina. Unos pocos fechados documentan la persistencia de poblaciones no cerámicas y certifican la continuación de la explotación de mariscos en una escala limitada, particularmente en el sur de Brasil. Los sitios y artefactos son similares a los de los períodos anteriores, de manera que ceñiremos nuestra atención, en adelante, a los complejos cerámicos.

En la costa brasileña, las tradiciones Taquara y Una ampliaron su distribución. Las fases Taquara dominaron la mayor parte del noreste de Río Grande do Sul hasta las últimas décadas, cuando fueron reemplazadas, a lo largo de la costa, por inmigrantes Tupiguaraní (fig. 7). La Tradición Una se extendió desde Minas Gerais hasta la costa, donde al repertorio de técnicas decorativas se agregó la incisión. En los ambientes pantanosos del sureste de Río Grande do Sul, la aparición de una alfarería sencilla en los niveles superiores de los sitios no cerámi-

cos marca el comienzo de la Tradición Vieira. La escasa decoración consiste de una o dos hileras de estampado dentado adyacente al borde; los recipientes típicos tienen grandes bases aplanadas y paredes incurvadas. Los antiguos asentamientos de las pequeñas aldeas de la Tradición Itararé, en el este de Paraná, están demarcados por depósitos poco profundos de fragmentos de alfarería mezclados con núcleos y lascas sin retoque. El 92 por ciento de la alfarería tiene superficies sin decoración y bien alisadas; el 8 por ciento restante presenta engobe rojo, punteado o estampado dentado. Las formas típicas son los cuencos redondeados profundos y ollas de boca ancha con bordes ligeramente evertidos o exteriormente engrosados y bases aplanadas.

Hacia el final del milenio, en el estado de Bahía, en la costa norcentral de Brasil, se encontraba ampliamente distribuida la Tradición Aratú. Aquí también la alfarería es predominantemente lisa, estando la decoración limitada a incisión, marcas de uña, punteado, engobe rojos, corrugado, o enrollado sin cerrar. Las vasijas son mucho más grandes que las de cualquier otra tradición regional, e incluyen urnas funerarias piriformes de hasta 75 cm. de altura y 60 cm. de diámetro. Cementerios con más de 100 urnas han sido encontrados en muchas partes de Bahía, así como en los estados adyacentes de Goiás, Sergipe y Alagoas. Como artefactos cerámicos típicos pueden mencionarse torteros y pipas.

Un acontecimiento que produciría un impacto fundamental sobre toda la Faja Costera fue el arribo de la Tradición Tupiguaraní. Los fechados actuales sugieren que los primeros inmigrantes se establecieron en el occidente de Paraná alrededor del 500 d.C. Esta tradición ha sido identificada con los parlantes del Tupí-Guaraní, sobre la base de las evidencias etnohistóricas y de la coincidencia entre la distribución de sitios y el área ocupada por grupos con esta filiación lingüística, para la

época de los primeros informes. Se ha definido cerca de un centenar de fases regionales y cronológicas, y numerosas secuencias relativas que muestran una transición de la pintura al corrugado y al escobado, como técnicas más comunes de tratamiento de las superficies, suministran una base para reconocer tres subtradiciones sucesivas. Infortunadamente se poseen fechados de carbono—14 sólo para menos de la cuarta parte de las fases. Las técnicas de decoración características son pintura en rojo y/o negro sobre un engobe blanco, corrugado, engobe rojos, impresiones ungulares, incisión, punteado, surcado, escobado, crestas con impresiones ungulares y escarificación de los bordes; los tratamientos plásticos son más comunes en el sur. Hacia el 1000 d.C., los portadores de la Subtradición Pintada se habían esparcido por el norte y el oeste de Paraná, habían penetrado hacia el sur en Río Grande do Sul, y habían avanzado hacia el norte hasta la costa de Espírito Santo. En el sur el corrugado se hizo más popular que la pintura, dando lugar a la Subtradición Corrugadas. Las tradiciones regionales anteriores continuaron persistiendo, lo que está atestiguado porque los intrusos no ocuparon aquellos territorios, por evidencias cerámicas de aculturación y tráfico, y por fechados radiocarbónicos contemporáneos. La correlación entre los sitios Tupiguaraní y los hábitats selváticos sugiere que las tradiciones regionales vieron facilitada su persistencia mediante su adaptación a otras clases de ambientes.

Los sitios de habitación de la Tradición Tupiguaraní tienen todas las características diagnósticas de las culturas etnográficas de la Floresta Tropical. Los basurales son poco profundos (raramente exceden de 10 cm. de espesor), lo que indica corta permanencia de las aldeas. En muchos casos hay parches más oscuros de suelo que marcan la ubicación de casas circulares u ovales, que pueden estar dispuestas alrededor de una plaza. La presencia de burenes y la asociación de los sitios con

un ambiente selvático constituyen una evidencia circunstancial de agricultura de roza y quema con énfasis en la mandiosa amarga. Se practicaba la inhumación en urnas; a veces los entierros eran aislados, a veces se los realizaba dentro de una casa o adyacentes a ella, y a veces en el centro de la plaza. Las vasijas son de forma y dimensiones extremadamente variables, habiendo sido populares en el norte las de contornos ovoides y rectanguloides. Artefactos comunes de piedra fueron grandes hachas petaloideas pulidas, machacadores y tarugos labiales (témbetás) cilíndricos.

La fabricación de alfarería fue introducida también en las tierras bajas septentrionales de Argentina durante este período. Los sitios de la Fase Las Mercedes consisten en áreas con fragmentos dispersos, acompañados a veces con bolas de piedra, hachas pulidas con cuello $3/4$, y posiblemente puntas líticas de proyectil. La decoración incisa y pintada es reminiscente del estilo Aguada de las tierras altas adyacentes. No hay evidencia directa de agricultura, pero los restos animales y vegetales indican que la caza, la pesca y la recolección constituían actividades importantes.

En Amazonía, la Tradición Polícroma se expandió hacia el oeste a lo largo de la llanura de inundación (fig. 7). Los fechados de varios sitios entre el Madeira y Japurá indican una dispersión río arriba, desde la vecindad del Río Negro. En la boca del Amazonas, la Fase Marajoara sufría una declinación en la complejidad general. Esta tradición exhibe una considerable variación regional, parte de la cual puede reflejar una mezcla producida por la reocupación de sitios de poco espesor. La amalgama con complejos más tempranos, la evolución local y otras clases de procesos, también potencialmente involucrados, no pueden ser evaluados hasta que se conozcan mejor las secuencias relativas locales y las distribuciones de las fases.

El principal carácter unificador de la Tradición Polícroma es la alfarería decorada con pintura en rojo y/o negro sobre un engobe blanco, con típicos motivos "pseudo-negativos". Las técnicas asociadas incluyen excisión, engobe rojo, incisión con un instrumento de punta simple o doble, acanalamiento y aplicaciones. El altorrelieve y el modelado fueron empleados en manos y piernas de las urnas antropomorfas y en pequeños adornos. También son comunes las vasijas con boca cuadrada y los grandes cuencos poco profundos con bordes ornadamente contorneados. Entre los artefactos cerámicos se incluyen figurinas, taburetes, sellos cilíndricos o planos, y torteros. Los implementos de piedra son muy escasos, como en todas las tradiciones amazónicas, y en su lugar se empleó madera, hueso u otros materiales perecederos. Se emplearon en forma amplia urnas antropomorfas para inhumaciones.

El único complejo cerámico amazónico que con seguridad pertenece a este período y no está afiliado a la Tradición Polícroma es la Fase Japurá (Hilbert 1968). Aunque se registra pintura, la alfarería se distingue por sus vasijas con bordes anchos ornamentados con modelado e incisión, reminiscentes del estilo Barrancoide. Tanto la proximidad de esta región con el Orinoco medio, la existencia de una conexión acuática entre las redes del Orinoco y el Amazonas como las diferencias en antigüedad, sea probable una derivación desde el norte.

A lo largo del Orinoco medio el estilo Ronquinoide dio paso a la serie Arauquinoide, en la que se enfatizaron el modelado y la incisión con líneas estrechamente espaciadas, paralelas, y rectas, y a veces acompañadas con excisión y punteaduras. Una creciente interacción entre las cuencas del Orinoco y el Amazonas está sugerida por la mezcla de rasgos exhibidos por la alfarería de la Fase Nericagua del sur de Venezuela. Con los complejos de Amazonia y el Orinoco comparte el uso de espí-

culas de esponja como antiplástico, y combina las formas cerámicas características de la Tradición Borde Inciso de Amazonia con un modelo reminiscente de los estilos del Caribe. En el bajo Orinoco, la alfarería Barrancoide comenzó a simplificarse hacia el 750 d.C., y hubo una declinación en la permanencia de las aldeas, aunque la forma de vida básica parece haber continuado sin mayores variaciones (Sanoja m.s.). En la decoración se enfatiza más la incisión y el punteado que el altorrelieve. Venezuela occidental continuó siendo dominado por grupos con una alfarería pintada elaborada. Una complejidad creciente en los rasgos sociopolíticos y rituales indica la emergencia de señorios en los valles serranos.

En Puerto Rico, la serie Saladoide fue reemplazada, alrededor del 550 d.C., por un estilo diferente conocido como Ostionoides. Se abandonó la pintura blanca, pero el engobe rojo pulido continuó siendo popular. Son típicos los adornos geométricos o con forma de cabeza de murciélago en los bordes, costillas curvadas aplicadas y la incisión en el interior del borde. Los cuencos son a menudo ovoides o naviculares, y los burenes son comunes. Como la alfarería Ostionoides aparece para la misma época en Jamaica, debe tener una antigüedad igual en La Española, que se interpone entre ambas regiones, aunque el fechado radiocarbónico más temprano es allí unos pocos siglos más reciente. Algunas autoridades consideran que este cambio es un desarrollo local, pero el agregado de hachas petaloideas, sellos para cerámica, zemis (piedras de tres puntas), ídolos de piedra y otros nuevos tipos de artefactos hacen que las influencias exteriores constituyan una posibilidad. Tentativamente se asocian los juegos de pelota y los yugos o cinturones de piedra; de ser así, el amplio registro de estos elementos en el continente fortalece la postulación de una difusión. Muchos de estos rasgos se habían esparcido hacia el sur hasta Trinidad para el fin del período, implicando así una interacción más intensa

a través de las Antillas, que la existente en tiempos anteriores o posteriores (Bullen y Bullen 1976).

1000 — 1500 d.C.

Durante los siglos inmediatamente anteriores al descubrimiento de América, grupos sedentarios alfareros (y presumiblemente agricultores) estaban distribuidos sobre la mayor parte de las tierras bajas tropicales, siendo la Patagonia, al sur, y el occidente de Cuba, al norte, las excepciones mejor documentadas. Aunque en el área incluida entre estos límites persistieron grupos cazadores y recolectores, muchos de los vacíos del mapa están probablemente llenados por complejos que ya han sido descritos pero no fechados.

En las Tierras Bajas Meridionales, los grupos alfareros sedentarios continuaron ocupando la llanura, anualmente inundada, de Santiago del Estero. Las habitaciones se disponían en las riberas, elevaciones naturales o montículos artificiales. Estos últimos aparecen en grupos de 5 a 100, algunos emplazados sin orden y otros (particularmente las grandes concentraciones) erigidos en hileras irregulares a lo largo de "calzadas". Los asentamientos de la Fase Sunchituyo están separados entre sí de 3 a 10 kilómetros, y los montículos circulares u ovales que los componen tienen una longitud de 20 a 60 metros. La elevación varía entre menos de un metro y 4 metros, de los cuales los 40 a 60 centímetros superiores están compuestos de desechos habitacionales. Predomina la alfarería lisa, pero algunas vasijas fueron decoradas con aplicaciones, incisión o pintura negra. Durante la siguiente Fase Averías se hicieron populares los diseños pintados en negro y rojo sobre un engobe blanco. Las bolas y las puntas de proyectil de hueso o piedra atestiguan una continua dependencia de la caza, pero se cultivaba maíz. El entierro secundario en urnas era característico, y la cabeza

era colocada a menudo en una vasija diferente que la del resto del esqueleto. Entre los artefactos sugerentes de la existencia de rituales hay figurinas y pipas tubulares. Las actividades domésticas están implicadas de forma diversa por leznas y agujas de hueso, torteros de cerámica y objetos de metal. En los casos en que es posible discernir filiaciones, ellas apuntan hacia el oeste.

Aunque las tradiciones Taquara, Itararé, Una y Aratú persistieron en enclaves a lo largo de la Faja Costera, la mayor parte de la región fue dominada por los Tupiguaraní. Representantes de la Subtradición Pintada habían alcanzado Bahía hacia el 1200 d.C., el sur de Goiás hacia el 1300 d.C., y Río Grande do Norte antes de 1500 d.C. En el sur se han identificado numerosas fases pertenecientes a la Subtradición Corrugada, y el corrugado había reemplazado a la pintura, como tratamiento de superficie más popular en el área de Río de Janeiro, para el 1300 d.C. Queda por establecer si este cambio refleja una segunda ola migratoria o una tendencia evolutiva de amplia distribución. Aunque la mayoría de las aldeas más tardías se encuentran dentro de las dimensiones típicas de la Subtradición Pintada, van siendo más comunes las de grandes proporciones, que se extendían con 100 o más metros de diámetro. Yunque de piedra con cavidad, moledores, manos de mortero y pequeñas hachas petaloides pulidas son artefactos líticos característicos.

A lo largo del bajo Amazonas, la Tradición Polícroma dio paso a una alfarería que hacía énfasis en la incisión combinada con el punteado. El más destacado integrante de este Horizonte Inciso y Punteado es la cultura Santarém, que floreció en la desembocadura del río Tapajós (fig. 8). Las incisiones paralelas, regularmente espaciadas, que terminan en punteados o alternan con áreas llenadas de anillos o punteados y que son diagnósticas de este horizonte, tienen una amplia distribución durante los siglos inmediatamente anteriores al descubrimiento del Nuevo

Mundo. Entre los complejos que incorporan estos rasgos figuran la Fase Mazagao en la desembocadura del Amazonas, la serie Arauquinoide en el Orinoco medio, la cerámica postclásica Barrancoide y Mabaruma tardía en el bajo Orinoco y el noroeste de Guayana, y la serie Chicoide de las Grandes Antillas. Pueden hallarse asociados cuentas de vidrio y otros objetos de origen europeo. No se ha informado del hallazgo de alfarería afiliada a este horizonte para el área de Amazonia situada más arriba del Río Negro.

El Horizonte Inciso y Punteado de Amazonia parece ser una intrusión procedente del norte, que destruyó la continuidad de la Tradición Polícroma, cuya difusión río arriba durante el período precedente continuó, habiendo penetrado en el Ucayali medio, en el oriente de Perú, hacia el 1300 d.C. En el lado opuesto del continente, la Fase Aristé, sobre la costa de la Guayana Brasileña, sobrevivió hasta el contacto europeo. Aquí se emplearon abrigos rocosos como cementerios, donde se colocaban pequeñas urnas funerarias sobre la superficie del suelo.

La Fase Marajoara fue reemplazada, en Marajó y otras islas, en la boca del Amazonas, por la Fase Arua. Las aldeas eran pequeñas y muy móviles y dejaron sólo fragmentos de alfarería dispersos, que marcan sus antiguos emplazamientos a lo largo de los cauces cercanos a la costa marítima. La decoración de los vasos, poco frecuente, consistía de anillos impresos, costillas aplicadas y pintura. Los muertos eran colocados en grandes vasijas que no eran enterradas. La cantidad de urnas en algunos cementerios implica que fueron usados por varias aldeas y/o durante un considerable período de tiempo. Ocasionalmente se colocaban en las urnas figurinas de cerámica, pequeños recipientes, hachas de piedra pulida, cuentas de cerámica o piedra y pendientes de nefrita. El origen inmediato de esta cultura fue el territorio adyacente de Guyana, donde los alineamientos de piedra constituyen un rasgo adicional. En Guyana se han

hallado monumentos similares, y una cantidad de aspectos de los artefactos cerámicos y líticos sugiere vinculaciones con el Caribe.

En las Grandes Antillas, el desarrollo cultural llegó a su clímax. El crecido número de juegos de pelota y la calidad artística de la parafernalia asociada sugieren mayor actividad ceremonial y quizá complejidad sociopolítica. Entre los objetos rituales, preciosamente tallados en madera, hueso o concha, existen ídolos, tabletas de rapé, espátulas para inducir al vómito, grandes zemis, taburetes y toda una variedad de amuletos. La alfarería estaba decorada con incisiones anchas, que terminaban frecuentemente en punteadas, y con apéndices modelados e incisos. También son diagnósticas las botellas acorazonadas, a menudo adornadas con rasgos antropomorfos en el cuello. La aparición de algunos de estos motivos cerámicos en el Horizonte Inciso y Punteado del continente, sugiere una comunicación a través del Caribe, al igual que las numerosas similitudes entre los objetos ceremoniales (Veloz 1972).

La presencia de un complejo cerámico diferente, en las Pequeñas Antillas, parece implicar que no se vieron involucradas en esta comunicación. La alfarería Suazey tiene antiplástico grueso, superficies pobremente alisadas y una decoración tosca. La coincidencia entre la distribución de este estilo y la distribución histórica de los Caribe isleños hace posible correlacionar los datos arqueológicos y etnográficos. La aparición de ocasionales vasijas pertenecientes a estilos más tempranos verifica los relatos etnohistóricos de que los Caribe invasores de las islas casaron con las mujeres locales, quienes retuvieron algunas de sus tradiciones en la confección de la alfarería (Bullen & Bullen 1976). No se ha encontrado ningún complejo similar, en Venezuela o las Guayanas, que pueda identificar el origen de estos inmigrantes. El desplazamiento, aparentemente simultáneo, por la costa hasta la desembocadura del Amazonas,

donde está representado por la Fase Arua, puede ser referido a un ímpetu común, pero los complejos cerámicos son diferentes y se conoce muy poco de las Guayanas para que esto pueda ser verificado o explicado.

Complejos "flotantes"

En diversas partes de las tierras bajas se han hallado alfarerías cuyas características difieren con las de las tradiciones y estilos para los cuales se posee información cronológica. Uno de estos complejos, en el bajo Paraná, presenta decoración con punteado y arrastrado en líneas y en zonas, junto con grandes adornos zoomorfos. No guarda semejanza con ningún material conocido de las zonas adyacentes de Brasil, y carece de fechados. Podría ser tan temprano como las tradiciones regionales Vieira o Taquara o podría situarse inmediatamente antes de la intrusión Tupíguaraní aguas abajo del Río Uruguay, en el período histórico temprano.

Otro complejo "misterioso" está representado por la alfarería pintada asociada con obras de tierra, en la región de Mojos, en las tierras bajas de Bolivia. Estos restos no pueden ser asignados con confianza a ningún período, pero podemos estimar que no son más tempranos que las construcciones similares del occidente venezolano, que se ubican después del 100 d.C. Numerosos complejos cerámicos distintivos, a lo largo del bajo Amazonas, indican una considerable heterogeneidad cultural, pero falta establecer si esto se debe a causas espaciales, cronológicas, o a ambas a la vez. En el centro de Brasil se han definido otras tradiciones regionales (Minas Gerais y Goiás), que también son de antigüedad incierta.

Dentro de la Tradición Tupíguaraní, de unas 100 fases reconocidas, sólo se han obtenido fechados de unas pocas. Aunque sus posiciones cronológicas relativas locales han sido estable-

cidas por seriación o por identificación de sus afinidades dentro de una subtradición, la curva temporal de sur a norte que esta tradición exhibe, hace que su llegada a Goiás, Maranhao y Pará sea puramente especulativa sin el auxilio de determinaciones de carbono—14. El hecho de que los grupos Tupí—Guaraní huyeran hacia el interior, para escapar de la esclavitud de los colonos europeos, constituye otra complicación, porque algunas fases del interior pueden representar estos movimientos postcontacto, más que asentamientos anteriores. En el norte de Venezuela, numerosos sitios y complejos han sido asignados a determinados períodos sobre la base de similitudes tipológicas. También aquí se necesitan más fechados para diferenciar entre las comunidades contemporáneas y las dispersiones procedentes de varios centros, durante varios siglos. También se dispone de secuencias relativas para varias áreas a lo largo de la base de los Andes peruanos y del oriente de Ecuador, y se han fechado algunas de las fases componentes. Aquellas que muestran claras filiaciones con las tierras bajas han sido incluidas en el análisis precedente; la mayoría parecen ser desarrollos locales o relacionarse más estrechamente con las culturas de la sierra adyacente.

ALGUNAS PAUTAS Y SU POSIBLE SIGNIFICADO

Aun agregando a los mapas los sitios y fases no fechados, la mayor parte de Amazonia quedaría en blanco. A pesar de este hiato y de numerosas lagunas más pequeñas, puede discernirse una cantidad de coincidencias en la aparición o desaparición de estilos o tradiciones, que sugieren que la adaptación humana fue afectada varias veces, por factores de amplia distribución, durante los últimos siete milenios; y ofrecen una base para la formulación de hipótesis que guíen la investigación futura.

El examen de la pauta de los complejos no cerámicos revela que la gran mayoría se agrupa dentro de dos períodos,

5000—3000 a.C. (fig. 2) y 2000-1000 a.C. (fig. 4); los mapas que corresponden al tercero y primer milenio a.C. (figs. 3,5) están comporativamente vacíos. Este agrupamiento cronológico se aplica tanto a los sitios del interior como a los conchales. Aunque no puede eliminarse la posibilidad de que la causa de esto se deba a accidentes de muestreo, hay indicaciones de que pudo haber cambios ambientales involucrados. Los conchales fueron muy abundantes cuando el nivel del mar estaba entre 2,5 y 3 metros por encima del actual, inundando áreas más grandes en las costas bajas y ampliando por consiguiente el hábitat adecuado para los mariscos. Entre unos 2700 y 2000 a.C., y nuevamente entre unos 1500 y 600 a.C. el nivel del mar se encontraba por debajo del actual, y la escasez de conchales fechados dentro de estos intervalos concuerda con la inferencia de que la población de moluscos disminuyó significativamente.

Independientemente de que la explotación de mariscos y otros recursos marítimos fuera una especialización estacional o anual, debería esperarse que la reducción de estos alimentos básicos se reflejara en un aumento de los sitios más alejados de la costa. En realidad, sin embargo, la densidad de los asentamientos de tierra adentro baja simultáneamente con la decreciente ocupación de los conchales. También aquí puede responsabilizarse a los errores de muestreo, pero hay además otra posibilidad a considerar. La pérdida de un abastecimiento continuo y seguro de alimentos marinos habría obligado a explotar más intensamente los recursos terrestres, acelerando su disminución, a menos que los grupos locales se redujeran y/o se hicieran más móviles. Otra respuesta puede haber sido una declinación general en el tamaño de la población. En cualquier caso, la consecuencia arqueológica sería basurales más dispersos, más escasos, y menos profundos, difíciles de hallar o de reconocer como de origen humano. Los recursos de subsistencia deben haberse vistos más reducidos aún por los

cambios vegetacionales producidos por un clima más árido. Entre 3500 y 500 a.C., la selva fue reemplazada por sabana y otras formaciones vegetales resistentes a la sequía, en partes de Amazonia y a lo largo de la Faja Costera. Si bien es magra la evidencia proporcionada por todas las disciplinas, hay razón suficiente para sugerir que no sólo el hombre, sino todas las poblaciones animales y regetales, fueron sometidos a fuertes presiones ambientales durante los milenios inmediatamente anteriores a la Era Cristiana.

Debe establecerse aún si estas fluctuaciones generales de clima y nivel del mar prepararon la escena para la diseminación de la tecnología alfarera durante el cuarto milenio a.C. Parece difícil, sin embargo, que la aparición casi contemporánea de este nuevo rasgo en los conchales del sureste de América del Norte y del noreste de América del Sur sea una mera coincidencia. Aunque la aparición de alfarería con antiplástico de concha en la costa de Colombia tiene fechados muy recientes para constituirse en ancestral, investigaciones adicionales pueden revelar complejos con mayor antigüedad. Si los grandes hiatos entre las "colonias" conocidas y la presunta área donante reflejan una rápida difusión o bien una inadecuada prospección arqueológica, es otro problema que espera futuras investigaciones.

La tradición cerámica de los conchales murió en América del Sur a principios del segundo milenio a.C. y varios siglos transcurrieron antes de que se introdujeran nuevas clases de alfarería en las bocas del Amazonas y el Orinoco. La serie Barrancoide comparte los suficientes rasgos con la alfarería del Formativo Andino para sugerir que es una irradiación desde el oeste. La Fase Ananatuba de la Isla de Marajó también ha sido interpretada como una intrusión desde el noroeste del continente. En apoyo de esta inferencia existe la Fase Jauarí del bajo Amazonas, cuyas relaciones consisten en el uso de antiplástico de

concha molida y la decoración por modelado, con el agregado de incisión y hachurado zonado, rasgos éstos presentes, con anterioridad, en la Fase Tesca de la costa colombiana. Al considerar esta distribución en el contexto del medio ambiente cambiante, se revela que la Tradición Hachurada Zonada apareció en el bajo Amazonas durante el período final de aridez y fragmentación de la selva. Aunque todavía se especula sobre la extensión de la modificación de la vegetación, existió probablemente un corredor que se extendía a través de las Guayanas y permitía la penetración de grupos adaptados al parque o la sabana.

Inmediatamente antes de la Era Cristiana, "brotaron" nuevos complejos cerámicos en una cantidad de regiones diferentes. La serie Saladoide o Blanco-sobre-Rojo aparece en Trinidad. El sitio Caimito en el oriente de la Española, tiene alfarería atemperada con concha molida y decorada con incisión de línea ancha. La Fase Mangueiras, que reemplaza a la Fase Ananatuba en la boca del Amazonas, se caracteriza por cuencos poco profundos, con un borde ancho y aplanado arriba. El polícroma domina posteriormente el occidente venezolano. Estos desarrollos están concentrados al norte del Ecuador y cerca de la costa. ¿Por qué? Pueden ser involucrados los cambios en las presiones adaptativas resultantes de la coalescencia de la selva, pero la información es demasiado vaga como para indicar dónde y cómo se vieron afectadas las poblaciones.

Durante los cinco primeros siglos de la Era Cristiana, varios grupos productores de alfarería aparecieron en la costa brasileña, el Amazonas medio y las Pequeñas Antillas. La serie Saladoide se difundió rápidamente, sobre las islas hasta Puerto Rico, y hasta Venezuela. Los fechados se tornan progresivamente más recientes subiendo el Orinoco y hacia el oeste a lo largo de la costa, contrariamente a lo que se hubiera esperado de una tradición arraigada en las Áreas Nucleares. Sin embargo, la

alfarería Saladoide del este venezolano comparte los suficientes rasgos con la cerámica Chorrera de la costa ecuatoriana como para implicar una derivación común. También aquí la separación en tiempo y espacio es grande, y no se ha informado de ningún material similar para la región intermedia.

Los fechados más tempranos para el Amazonas medio provienen de Itacoatiara, justo más abajo de Manaus, y pertenecen a la Tradición Polícroma. Esta área puede brindar un eslabón entre la anterior serie Tocuyanoide del occidente de Venezuela y la Fase Marajoara, que floreció unos siglos después en la boca del Amazonas. Deben considerarse las diferencias en los rasgos asociados y la ausencia de alfarería policroma en el alto Orinoco, antes de tratar la posibilidad de filiaciones directas o indirectas. Otras tres tradiciones cerámicas regionales distintas aparecen casi simultáneamente en partes muy separadas de la costa brasileña: la Tradición Papeba en Río Grande do Norte y Pernambuco, la Tradición Una en el sur de Minas Gerais, y la Tradición Taquara en el oriente de Río Grande do Sul. El enorme hiato entre estas regiones y la porción occidental del continente, donde el desarrollo cultural había llegado al nivel estatal, torna prematura cualquier especulación sobre sus orígenes, salvo en lo referente a registrar la opinión de que no representan invenciones independientes de la alfarería.

Entre el 500 y el 1000 d.C., los grupos alfareros se hicieron dominantes en las tierras bajas. La mayoría de las tradiciones anteriores persistieron, algunas dentro de sus territorios originales y otras ampliando su distribución. En la Faja Costera, las tradiciones Vieira, Itararé y Aratú se agregaron a la plétora de complejos cerámicos regionales para los cuales no hay antecedentes evidentes. Hacia el 500 d.C. tuvo lugar un acontecimiento que iba a afectar a toda la Faja Costera durante el siguiente milenio: la aparición de la Tradición Tupiguaraní, en la vecindad del oeste de Paraná. Su expansión hacia el sur fue obstaculizada

por la Tradición Taquara, que parece haber sobrevivido en parte porque su hábitat no fue codiciado por los invasores, que moraban en la selva. La incorporación de técnicas decorativas Taquara en el repertorio cerámico Tupiguaraní, es una indicación de comunicaciones entre ambas tradiciones; otro indicador es la aparición ocasional de tuestos pintados en los sitios habitacionales Taquara. La migración hacia el norte fue más rápida, y antes del 1000 d.C. la tradición se había establecido en Espíritu Santo. La Tradición Una puede haber sido desplazada hacia la costa por los invasores, aunque este movimiento puede haber comenzado antes.

En Amazonia, la Tradición Policroma se expandió aguas arriba del Amazonas y de algunos de sus tributarios desde la vecindad del Río Negro, y también continuó dominando la Isla de Marajó. El antiguo estilo Barrancoide del delta del Orinoco llegó a un clímax y se esparció hacia la Guyana adyacente. La alfarería del Río Japurá, tributario occidental del Amazonas, muestra rasgos Barrancoides pero su origen es incierto, porque la Fase Nericagua, que ocupó para este tiempo la porción incluida del alto Orinoco, no muestra influencias similares. La serie Arauquinoide, del Orinoco medio, también hace énfasis en la incisión más que en el modelado.

La serie Ostionoide emergió en la Española y Puerto Rico y pronto se esparció hacia Jamaica. Adornos bastante toscos son típicos, y la alfarería se considera como desarrollo local de antecedentes Saladoideos degenerados. Hacia el 800 d.C. se producía alfarería Ostionoide en las Pequeñas Antillas, junto con una variedad de artefactos de piedra y concha característicos de las islas mayores. La amplia distribución de estos rasgos sugiere que las Antillas estuvieron más estrechamente integradas que antes o después, en el aspecto cultural, pero probablemente no en el social o político.

Esta interacción fue destruida alrededor del 1000 d.C. por la aparición, en las Grandes Antillas, de la alfarería Chicoide, asociada con los Arawak históricos. Entre sus rasgos diagnósticos figuran: modelado antropomorfo, incisión con línea ancha, frecuentemente asociada con punteados o terminando en ellas, y motivos decorativos con larga historia en el continente sudamericano. Juegos de pelota, taburetes, esculturas en piedra, amuletos y otros elementos rituales, tienen su contraparte continental. Aunque no se ha descartado la comunicación a través de las Pequeñas Antillas, las distribuciones conocidas para estos rasgos hacen que el contacto directo a través del Caribe sea una alternativa plausible. Para el 1200 d.C., casi todas las Pequeñas Antillas fueron aisladas por los Caribe Isleños, cuya conquista fue interrumpida por la llegada de los europeos. Los invasores son arqueológicamente identificables por un estilo cerámico conocido como Suazey, y la presencia de tiestos ocasionales con rasgos Ostionoides apoya los relatos históricos de la adopción de mujeres Arawak, que siendo alfareras, retuvieron parte de sus pautas tradicionales.

Hacia el 1000 d.C., la Tradición Polícroma estaba restringida al alto Amazonas, mientras que el curso bajo estaba dominado por representantes de la Tradición Incisa y Punteada. Una banda compuesta por líneas incisas que parten en direcciones alternadas, definiendo espacios triangulares rellenos con círculos o punteados es el marca distintiva de esta tradición. La serie Chicoide de las Grandes Antillas, las fases Barrancoides tardías del bajo Orinoco y Guyana, la serie Arauquinoide del Orinoco medio, el complejo Santarém del bajo Amazonas y la Fase Mazagao de la costa de la Guayana brasileña figuran entre las expresiones mejor conocidas. Los fechados iniciales guardan una gran contemporaneidad en toda el área de su distribución, implicando una rápida dispersión. Si esto refleja un movimiento de poblacio-

de do Norte. También pueden haber llegado a Ceará para este nes y, de ser así, qué lo provocó, son preguntas para las cuales no puede aun ofrecerse una respuesta.

A lo largo de la Faja Costera, las tradiciones Taquara, Itará, Una y Aratú sobrevivieron, pero la mayoría sufrió una reducción de sus territorios como resultado de la continua expansión Tupiguaraní. Para el 1200 d.C., esta última había llegado a establecerse en la costa de Bahía, y dos siglos después, en Río Gratiempo, pero para confirmar esto se necesitan fechados. Los cronistas nos dicen que estos pueblos estaban migrando en busca de un paraíso terrenal, empresa que terminó con la llegada de los europeos. El rápido exterminio fue el destino de la mayor parte de la población de las tierras bajas. Las misiones jesuíticas se establecieron en Brasil hacia 1557; las enfermedades, la esclavitud y la guerra libraron costas, islas y ríos principales de sus habitantes aborígenes, en un corto tiempo. Algunos de los que escaparon hacia el interior han preservado su cultura hasta la actualidad, pero ahora ellos también se ven cada vez más amenazados por la extinción.

Esta revisión del estado del conocimiento arqueológico de las tierras bajas suramericanas y las Antillas muestra que poseemos los inicios de un armazón espacio-temporal, lleno de vacíos, pero suficiente para revelar una cantidad de importantes problemas. ¿Qué causó esas amplias dispersiones a lo largo de varios períodos? ¿Cómo se explican las similitudes entre complejos ampliamente separados en espacio y en tiempo? ¿Dónde se originaron las tradiciones cerámicas regionales? ¿Qué sucedió durante los milenios en que los sitios arqueológicos parecen haber declinado drásticamente en abundancia? ¿Hubo tan poco intercambio entre las cuatro principales subregiones de las tierras bajas como parecen sugerirlo las evidencias existentes? Hay algunos indicios de presión ambiental, pero los datos de la geología y la biología son tan desesperantemente incomple-

tos como los de la arqueología. En todas las ciencias naturales, estamos atisbando a través de un vidrio empañado (Meggers 1975). Para ver más claramente, necesitamos mucha más investigación básica. Sin embargo hay un hecho cierto: no podemos dejar de lado a las tierras bajas tropicales como área indigna de nuestra atención. Un mejor entendimiento del papel adaptativo de la cultura constituirá un significativo subproducto de la reconstrucción de la prehistoria de esta fascinante parte de nuestro planeta.



4. Fechados de 1700 a.C. (I-8248) y 2115 a.C. (I-8248) de la Gruta en el Chimbo medio, asociados con alfarería en la que se combinaban rasgos Saladoide y Barrancoides. Estos fechados introducen otra laguna de alrededor de un milenio en la secuencia cerámica.

NOTAS

(1) Tenemos una gran deuda de gratitud con muchos colegas latinoamericanos por su autorización para utilizar resultados inéditos de sus trabajos de campo de esta última década. Los siguientes investigadores brasileños han suministrado datos sobre las áreas mencionadas: Mario F. Simoes (Pará, Amazonas), Nássaro A. de Souza Nasser (Río Grande do Norte), Valentín Calderón (Bahía), Celso Perota (Espírito Santo, Piauí), Ondemar F. Díaz (Río de Janeiro, Minas Gerais), Sílvia Maranca (Sao Paulo, Piauí), Igor Chmyz (Paraná, Mato Grosso), José Wilson Rautha (Paraná), Walter F. Piazza (Santa Catarina), Eurico Th. Miller (Río Grande do Sul, Mato Grosso), José Proenza Brochado (Río Grande do Sul), Pedro Ignacio Schmitz (Río Grande do Sul, Goiás). Mario Sanoja e Irida Vargas brindaron información sobre Venezuela y Marcio Veloz Maggiolo sobre la República Dominicana.

(2) Los fechados que podrían alterar el cuadro general que presentamos, de ser válidos, son los siguientes:

1. Cinco fechados entre 3930 y 2040 a.C. (IVIC—188, 266, 268, 269, 270) de la margen derecha del Río de la Plata en el oriente de Argentina. La alfarería está asociada con playas fósiles y en dos milenios viaja más que cualquier otro complejo de Sulamérica austral.

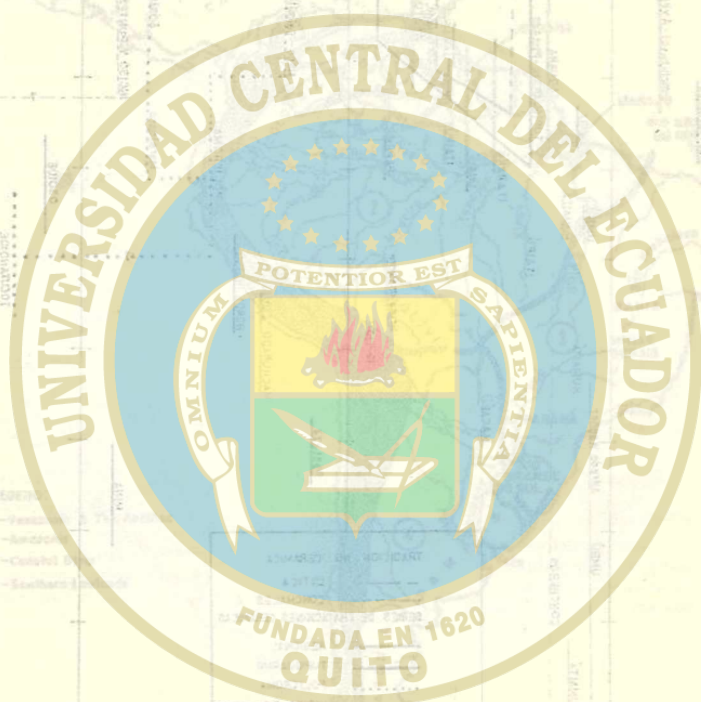
2. Un fechado de 880 a.C. (SI—470) de alfarería de un conchal de la Tradición Periperi en la costa de Bahía, Brasil. Este es 650 años anterior a un fechado por debajo del basal.

3. Tres fechados que van de 920 620 a.C. (Y—41, 43, 44) para alfarería Saladoide del sitio Salaero en la boca del Orinoco. Casi 20 años de investigación han producido otros numerosos fechados para esta tradición, todos inmediatamente anteriores a la Era Cristiana, o dentro de ella; además, Cruxent y Rouse (1958:12) consideraron, inicialmente, que los tres eran inconsistentes.

4. Fechados de 1760 a.C. (I—8546) y 2115 a.C. (I—8548) de La Gruta en el Orinoco medio, asociados con alfarería en la que se combinaban rasgos Saladoideos y Barrancoides. Estos fechados introducen otra laguna de alrededor de un milenio en la secuencia cerámica,

y son incompatibles con los resultados obtenidos de otros sitios de la vecindad.

5.. Un fechado aislado de 920 a.C. (IVIC—549) para alfarería policroma de los llanos occidentales de Venezuela; otros 24 fechados del mismo montículo caen entre 40 a.C. y 600 d.C.



CUADRO CRONOLÓGICO : LAS ANTILLAS Y TIERRAS BAJAS DE SUDAMÉRICA :

Fig. 2. Las tierras bajas de Suramérica y las Antillas, mostrando repeticiones geográficas, fronteras políticas, y las cuatro regiones ecológicas principales: (1) Venezuela y Antillas; (2) Amazonia; (3) Guayana Francesa y (4) Tierras Bajas Meridionales.

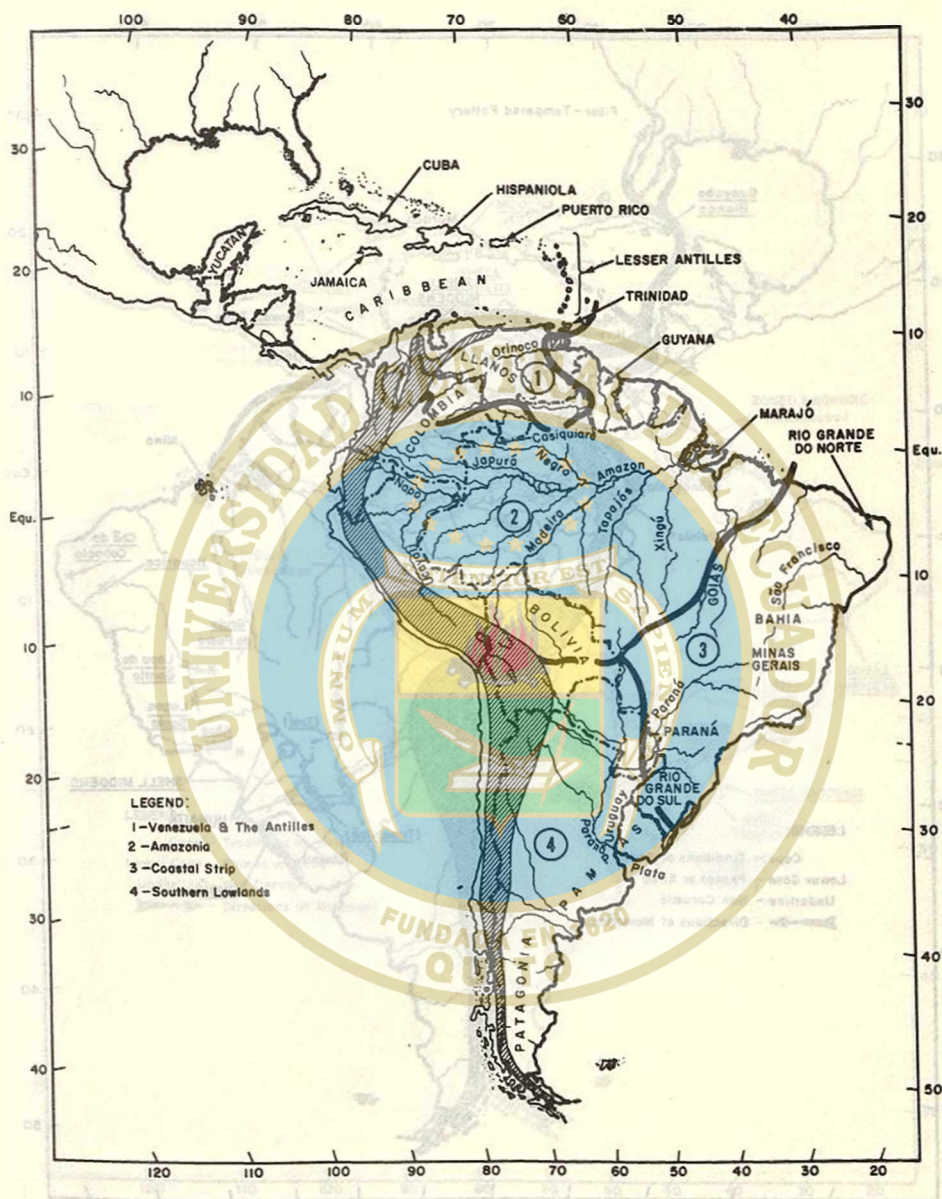


Fig. 1. Las tierras bajas de Suramérica y las Antillas, mostrando aspectos geográficos, fronteras políticas, y las cuatro regiones ecológicas principales: (1) Venezuela y Antillas; (2) Amazonía; (2) Faja Costera y (4) Tierras Bajas Meridionales.

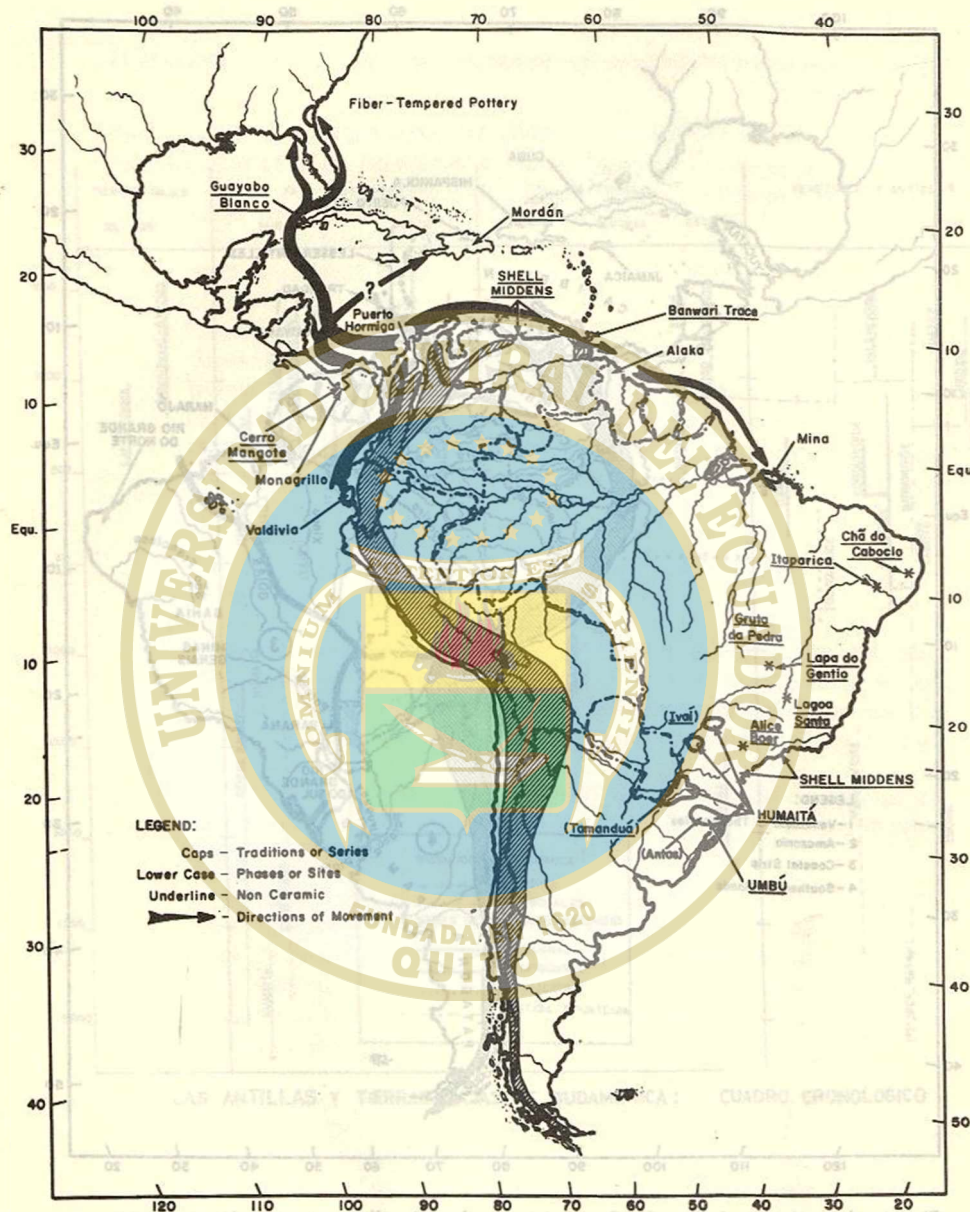


Fig. 2. Ubicación de sitios y complejos arqueológicos fechados entre 5000 y 3000 a.C. Las flechas indican posibles rutas de migración. Nombres subrayados corresponden a fases o sitios no cerámicos.

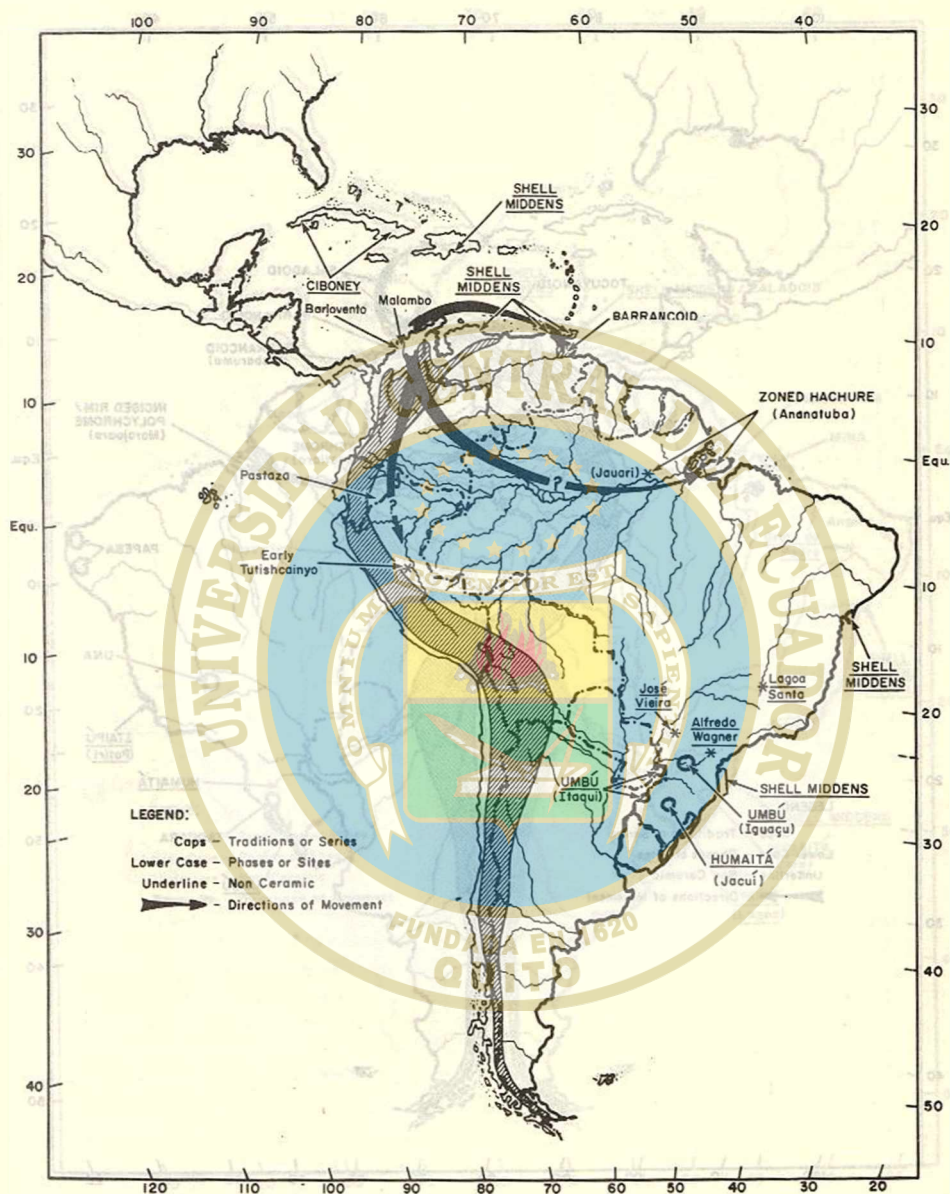


Fig. 3. Ubicación de sitios y complejos arqueológicos fechados entre 3000 y 2000 a.C. Nombres subrayados corresponden a restos no cerámicos.

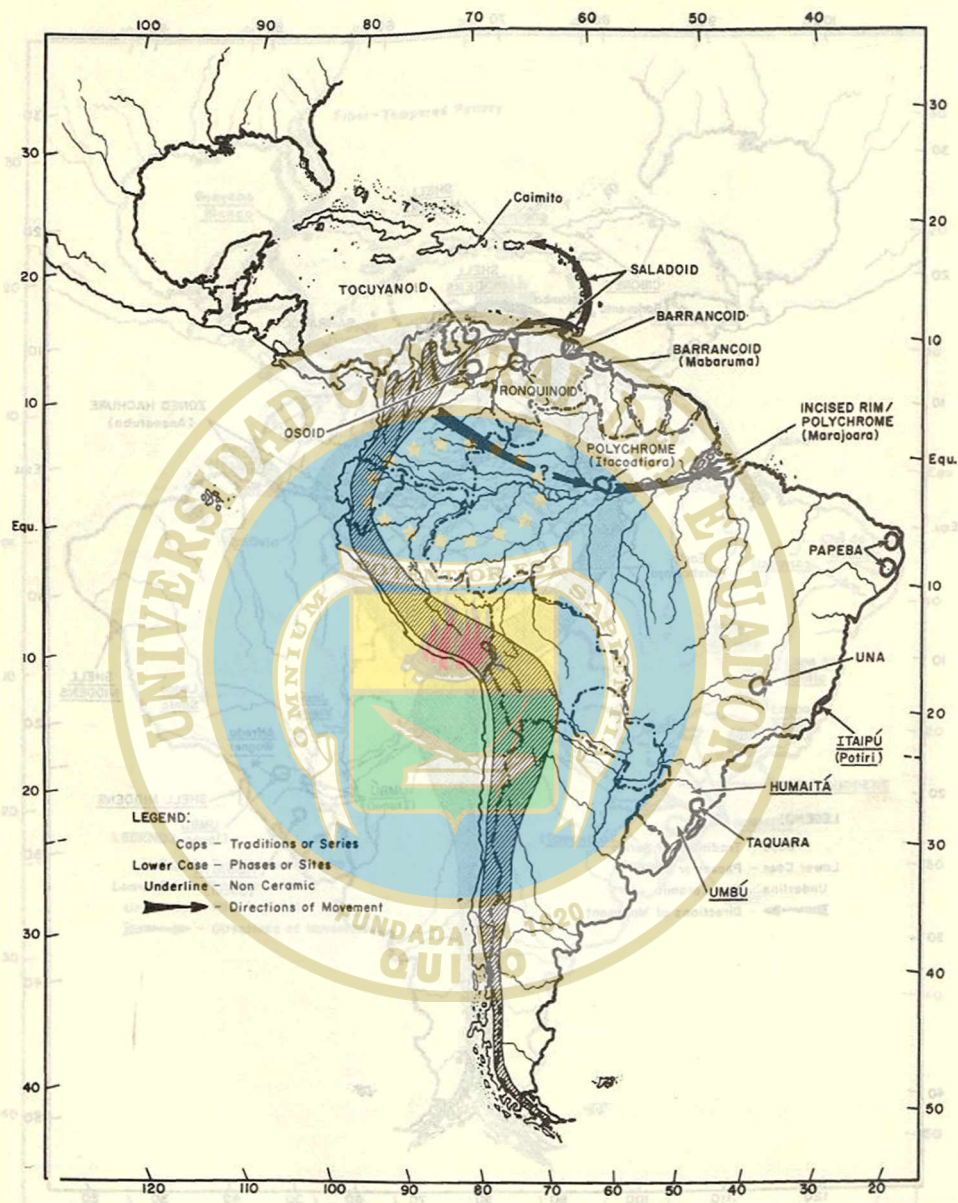


Fig. 4. Ubicación de sitios y complejos arqueológicos fechados entre 2000 1000 a.C. Las flechas indican posibles rutas de migración. Nombres subrayados corresponden a sitios y complejos no cerámicos.

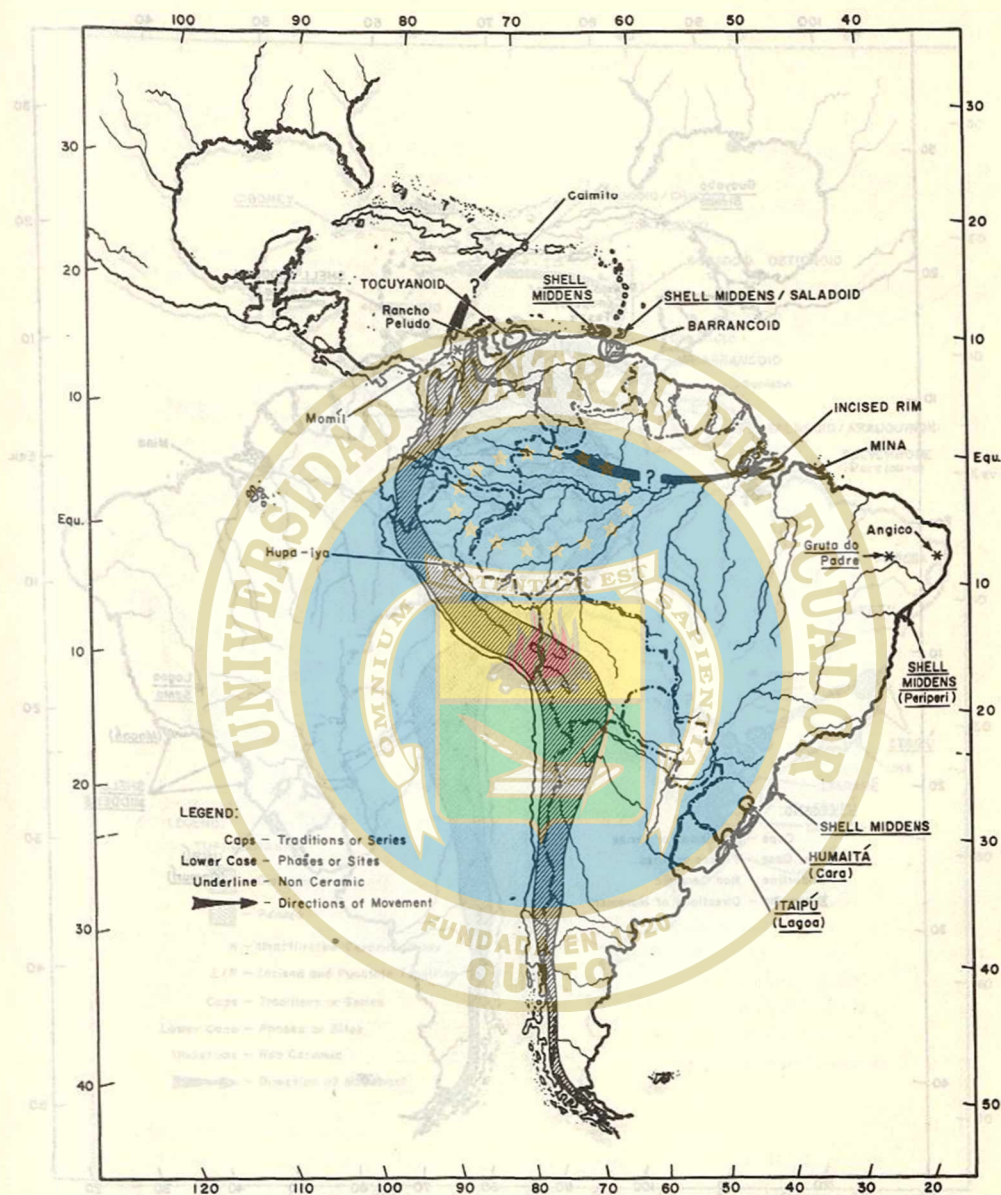


Fig. 5. Ubicación de sitios y complejos arqueológicos fechados entre 1000 y 0 a.C. Las flechas indican posibles rutas de migración. Nombres subrayados corresponden a fases o sitios no cerámicos.

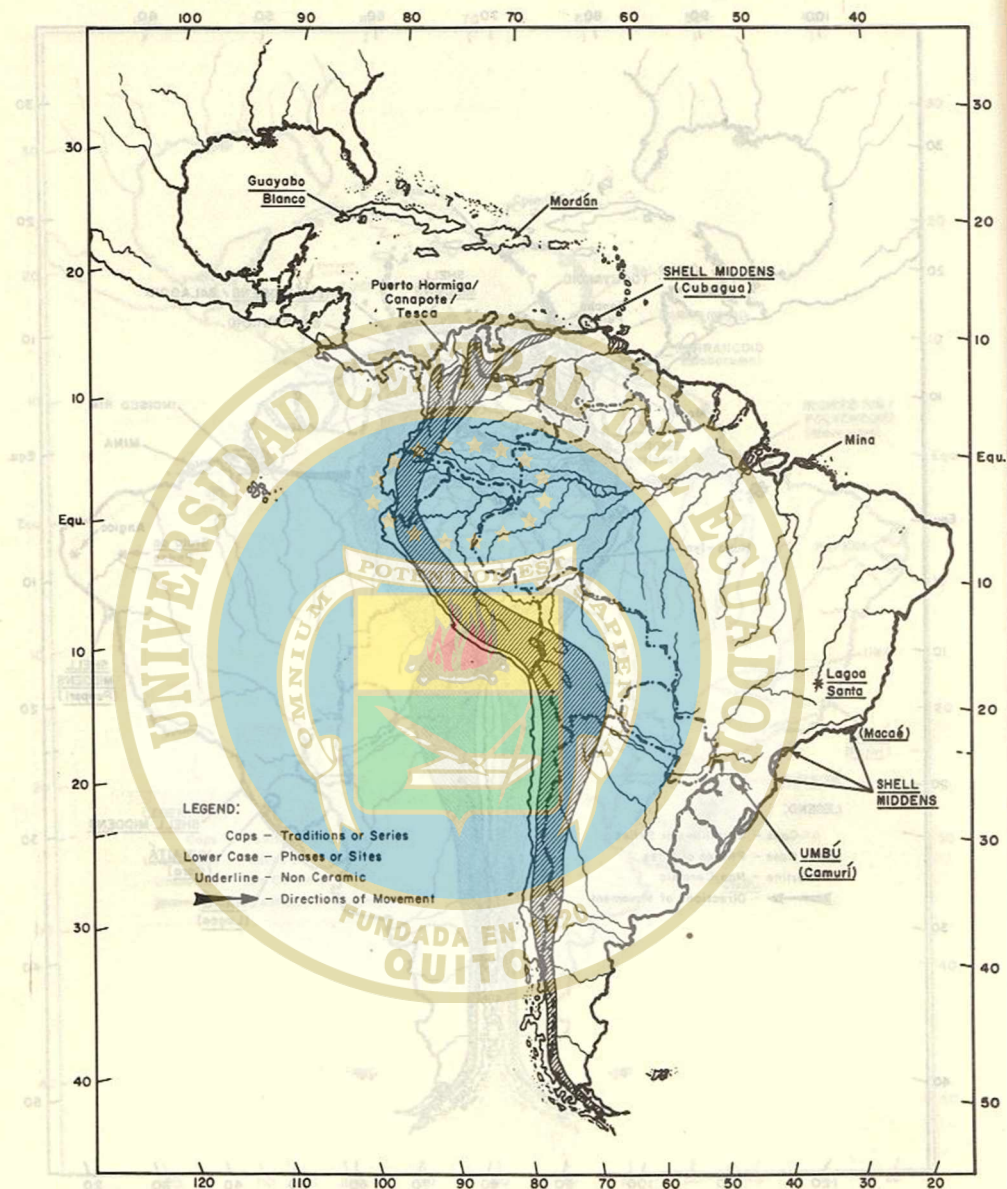


Fig. 6. Ubicación de sitios y complejos arqueológicos fechados entre 0 y 500 d.C. Las flechas indican posibles rutas de migración. Nombres subrayados corresponden a sitios y complejos no cerámicos.

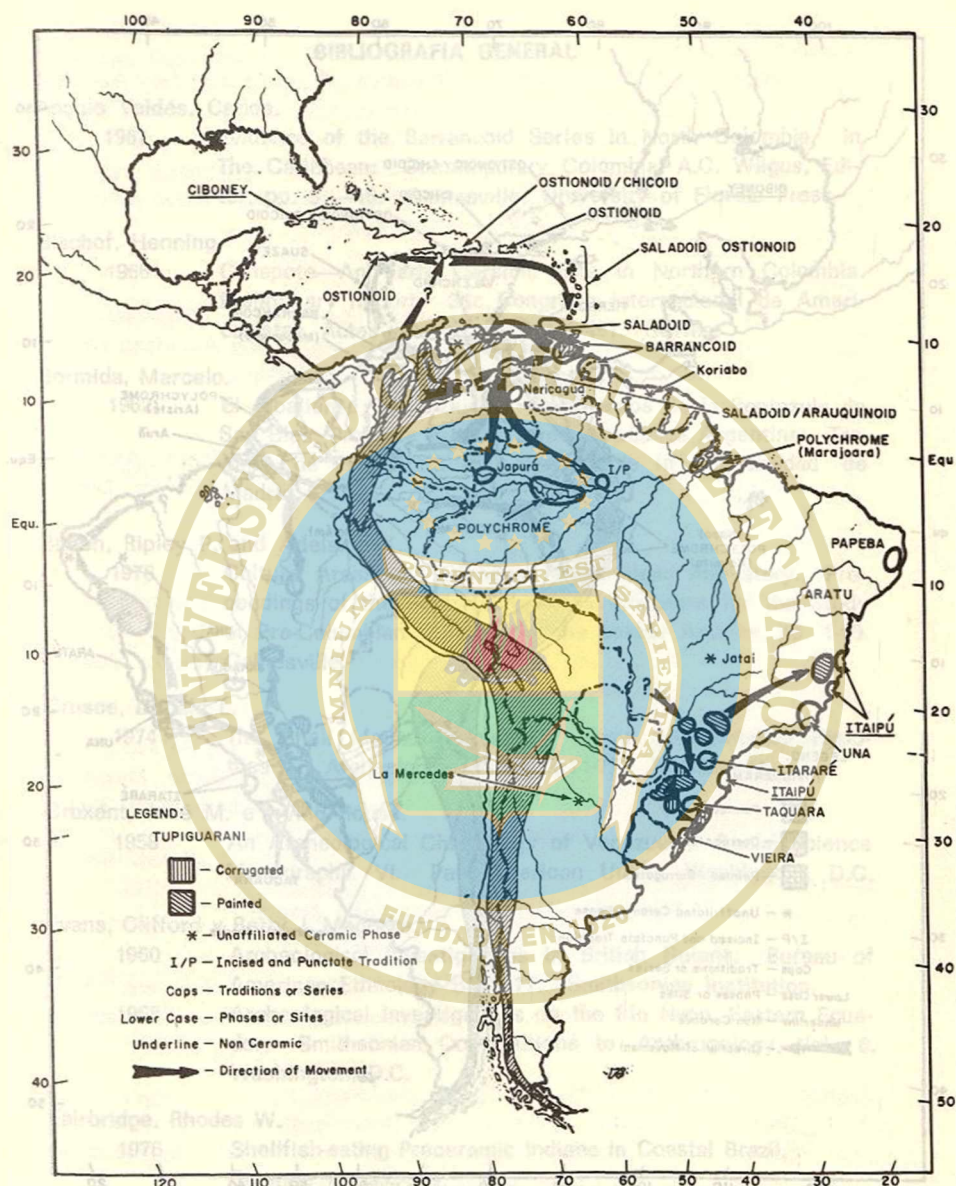


Fig. 7. Ubicación de sitios y complejos arqueológicos fechados entre 500 y 1000 d.C. Las flechas indican posibles rutas de migración. Nombres subrayados corresponden a fases y sitios no cerámicos.

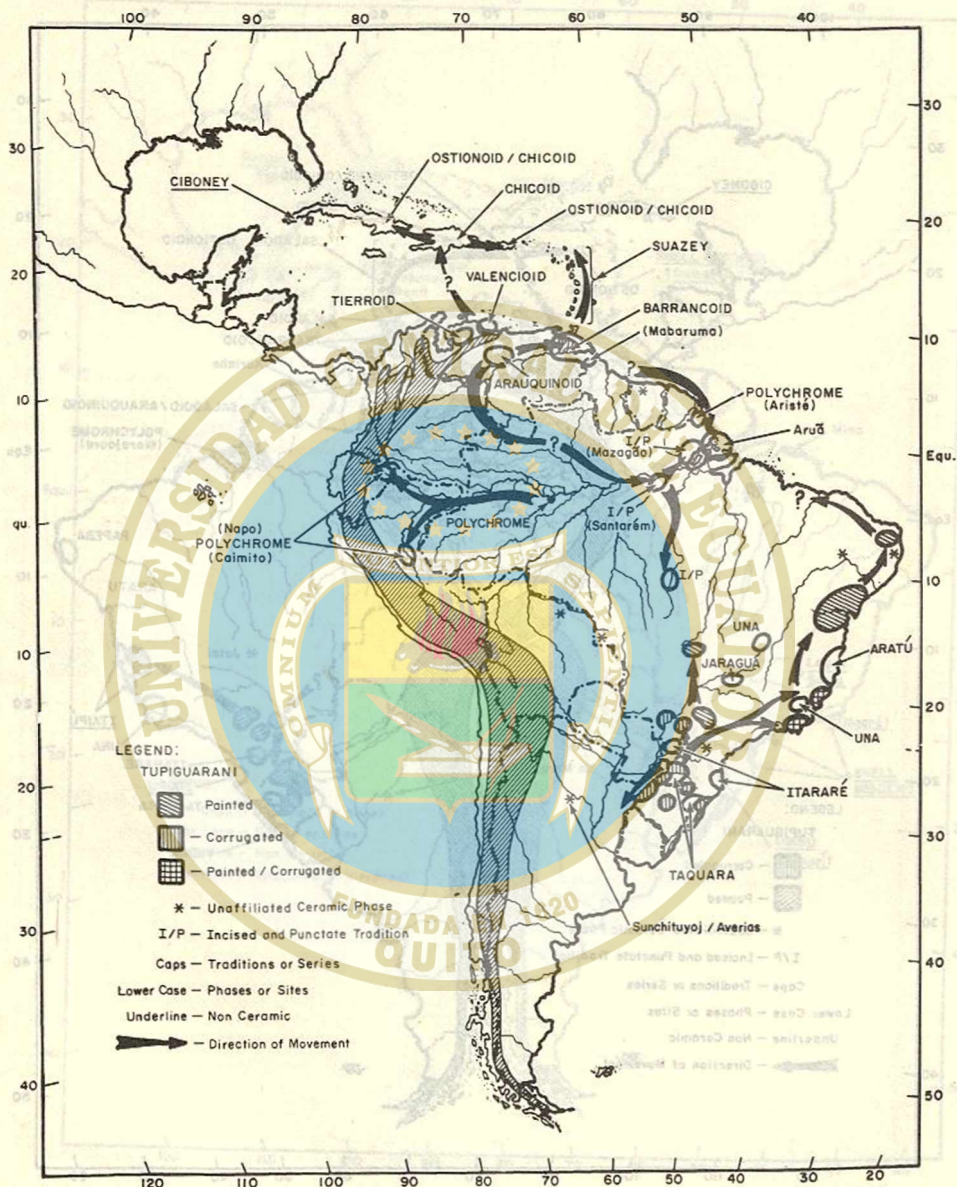


Fig. 8. Ubicación de sitios y complejos arqueológicos fechados entre 1000 y 1500 d.C. Las flechas indican posibles rutas de migración.

BIBLIOGRAFIA GENERAL

- Angulo Valdés, Carlos.
1962 Evidence of the Barrancoid Series in North Colombia. In *The Caribbean: Contemporary Colombia*, A.C. Wilgus, Editor, pp. 3 —46. Gainesville; University of Florida Press.
- Bischof, Henning.
1966 Canapote—An Early Ceramic Site in Northern Colombia. Preliminary Report. 36c Congreso Internacional de Americanistas, Actas y Memorias 1:483-491. Sevilla.
- Bórmida, Marcelo.
1962 El Jabaliense, una industria de guijarros de la Península de San Blas, Prov. de Buenos Aires, República Argentina. *Trabajos de Prehistoria del Hombre de la Universidad de Madrid* 6: 7-54.
- Bullen, Ripley P. and Adelaide K.
1976 Culture Areas and Climaxes in Antillean Prehistory. Proceedings of the Sixth International Congress for the Study of Pre-Columbian Cultures of the Lesser Antilles, pp. 1-10. Gainesville.
- Crusoe, Donald L.
1974 The Shell Mound Formative: Some Interpretative Hypotheses. *Archaeological News* 3:71-77. Tallahassee.
- Cruxent, José M. e Irving Rouse.
1958 An Archeological Chronology of Venezuela. Social Science Monographs. VI. Pan American Union, Washington, D.C.
- Evans, Clifford y Betty J. Meggers.
1960 Archeological Investigations in British Guiana. Bureau of American Ethnology Bull. 177. Smithsonian Institution.
1968 Archeological Investigations on the Río Napo, Eastern Ecuador. Smithsonian Contributions to Anthropology, Vol. 6. Washington, D.C.
- Fairbridge, Rhodes W.
1976 Shellfish-eating Pre-ceramic Indians in Coastal Brazil. *Science* 191:353-359.

- Ford, James A.
1969 A Comparison of Formative Cultures in the Americas. Smithsonian Contributions to Anthropology, Vol. 11. Washington, D.C. González, Alberto Rex y Humberto A. Lagiglia.
- 1973 Registro nacional de fechados radiocarbónicos; necesidad de su creación. Relaciones 7:291-312. Buenos Aires; Sociedad Argentina de Antropología.
- Granberry, Julián.
1970 Final Collation of Texts, Vocabulary Lists, Grammar, of Timucua for Publication. Year Book of the American Philological Society, pp. 606-607. Philadelphia.
- Hilbert, Peter Paul.
1968 Archäologische Untersuchungen am Mittleren Amazonas. Marburger Studien zur Völkerkunde 1. Berlin; Dietrich Reimer Verlag.
- Hurt, Wesley R.
1974 The Interrelationships Between the Natural Environment and Four Sambaquis, Coast of Santa Catarina, Brazil. Occasional Papers and Monographs Nº 1, Indiana University Museum, Bloomington.
- Laming-Emperaire, A., A. Prous, A. Vilhena de Moraes, y M. Beltrao.
1975 Grottes et abris de la région de Lagoa Santa, Minas Gerais, Brésil. Cahiers d'Archéologie d'Amérique du Sud 1. Ecole Pratique des Hautes Etudes, Paris.
- Lathrap, Donald W.
1970 The Upper Amazon. New York; Praeger.
- Lorandi, Ana María.
1969 Las culturas prehispánicas en Santiago del Estero. Etnia 10:18-22. Museo Etnográfico "Dámaso Arce"; Olavarría, Argentina.
- Lorandi de Gieco, Ana María y Delia Magda Lovera.
1972 Economía y patrón de asentamiento en la provincia de Santiago del Estero. Relaciones 6:173-191. Sociedad Argentina de Antropología, Buenos Aires.

- Madrazo, Guillermo B.
1973 Síntesis de arqueología pampeana. Etnia 17:13-25. Museo Etnográfico "Dámaso Arce"; Olafarría, Argentina.
- Meggers, Betty J.
1975 Application of the Biological Model of Diversification to Cultural Distributions in Tropical Lowland South America. Biotropica 7:141-161.
- Meggers, Betty J. y Clifford Evans.
1957 Archeological Investigations at the Mouth of the Amazon. Bureau of American Ethnology Bul. 167. Smithsonian Institution.
- 1961 An Experimental Formulation of Horizon Styles in the Tropical Forest Area of South America. In Essays in Pre-Columbian Art and Archaeology, Samuel K. Lothrop and Others, pp. 372-388. Cambridge; Harvard University Press.
- 1973 A reconstituição da pré-história amazônica; algumas considerações teóricas. O Museu Goeldi no Ano do Sesquicentenário. Pubs. Avulsas 20:51-69. Belém.
- Noble, G. Kingsley.
1965 On the Genetic Affiliations of Timucua, an Indigenous Land of Florida. Journal de la Société des Américanistes. 54:359-376.
- Porrás Garcés, Pedro I.
1975 El Formativo en el valle amazónico del Ecuador: Fase Pastaza. Revista de la Universidad Católica, Año III (10): 74-134. Quito.
- Programa Nacional de Pesquisas Arqueológicas.
1967 Resultados Preliminares do Primeiro Ano, 1965-66. Museu Paraense Emílio Goeldi, Pubs. Avulsas 6. Belém.
1969a Resultados Preliminares do Segundo Ano, 1966-1967. Museu Paraense Emílio Goeldi, Pubs. Avulsas 10. Belém.
1969b Resultados Preliminares do Terceiro Ano, 1967-1968. Museu Paraense Emílio Goeldi, Pubs. Avulsas 13. Belém.

- 1970 Brazilian Archaeological Research. American Antiquity 31:1-23.
- 1971 Resultados Preliminares do Quarto Ano, 1968-1969. Museu Paraense Emílio Goeldi, Pubs. Avulsas 15. Belém.
- 1974 Resultados Preliminares do Quinto Ano, 1969-1970. Museu Paraense Emílio Goeldi, Pubs. Avulsas 26. Belém.
- Reichel-Dolmatoff, Gerardo.
- 1965 Colombia. New York; Praeger.
- Rohr, Joao Alfredo.
- 1967 O sítio arqueológico de Alfredo Wagner. Pesquisas, Antropologia, N° 17. Instituto Anchieta de Pesquisas, São Leopoldo.
- Rouse, Irving y José M. Cruxent.
- 1963 Venezuelan Archaeology. New Haven; Yale University Press.
- Rouse, Irving, José M. Cruxent, Fred Olsen, y Anna C. Roosevelt.
- 1976 Ronquin Revisited. Proceedings of the Sixth International Congress for the Study of Pre-Columbian Cultures of the Lesser Antilles, pp. 117-122. Gainesville.
- ms. Las culturas Formativas del oriente de Venezuela: la tradición Barrancoide. Universidad Central de Venezuela.
- Sanoja, Mario e Irida Vargas.
- 1974 Antiguas formaciones y modos de producción venezolanos. Caracas; Monte Avila Editores.
- Schmitz, Pedro I., Irmhild Wüst, Altair Sales Barbosa, e Itala I.B. Becker.
- 1974 Projeto Alto-Tocantins, Goiás (Comunicacao prévia). Universidade do Vale do Rio dos Sinos, São Leopoldo.
- Simoes, Mário F.
- 1972 Indice das fases arqueológicas brasileiras. Museu Paraense Emílio Goeldi, Pubs. Avulsas 18. Belém.
- n.d. Situacao do ensino e da pesquisa arqueológica na Amazonia Legal Brasileira. Mesa Redonda sobre Ensino e Pesquisa Arqueológica no Brasil, São Paulo, 1972. Dédalo (in press).
- Vargas, Irida.
- ms. Las culturas Formativas del oriente de Venezuela: la Fase Cuartel.

Veloz Maggiolo, Marcio.

1972 Arqueología prehistórica de Santo Domingo. Singapore: McGraw-Hill Far Eastern Publishers.

1976 Medicambiante y adaptación humana en la prehistoria de Santo Domingo, Vol. 1. Colección Historia y Sociedad N° 24; Editora de la Universidad Autónoma de Santo Domingo.

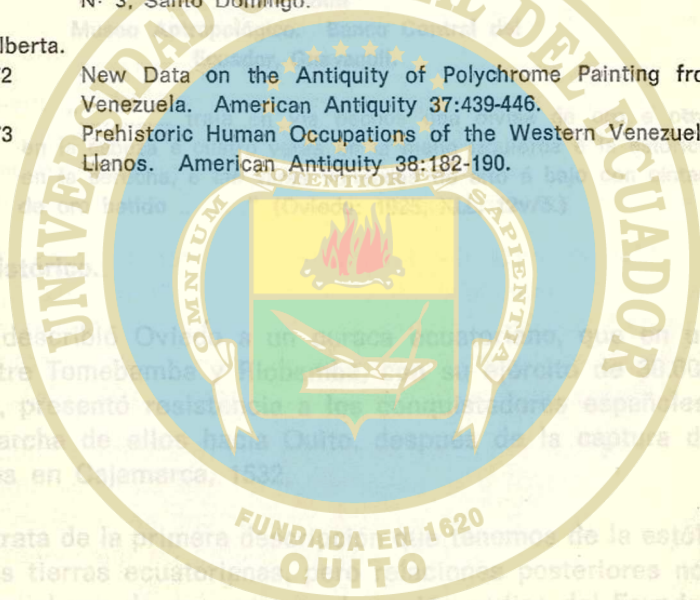
Veloz Maggiolo, Marcio, Elpidio Ortega, y Plinio Pina P.

1974 El Caimito: un antiguo complejo ceramista de las Antillas Mayores. Fundación García Arévalo, Serie Monográfica N° 3, Santo Domingo.

Zucchi, Alberta.

1972 New Data on the Antiquity of Polychrome Painting from Venezuela. American Antiquity 37:439-446.

1973 Prehistoric Human Occupations of the Western Venezuelan Llanos. American Antiquity 38:182-190.



1970 Veloz Maggiolo, Mario. *Arqueología prehistórica de Santo Domingo*. Singapore: McGraw-Hill Far Eastern Publishers. 1972. 1973. *Medicamentos y adaptación humana en la prehistoria de Santo Domingo*. Vol. I. Colección Historia y Sociedad. N.º 24. Editora de la Universidad Autónoma de Santo Domingo. Santo Domingo, R.D.

1965 Veloz Maggiolo, Mario. *El pinto Ortega y Panto Pina P.* El Cementerio: un antiguo complejo ceremonial de las Antillas Mayores. *Boletín de la Asociación de Arqueología del Caribe*. N.º 3. Santo Domingo, R.D.

1972 Zucchi, Alberto. *New Data on the Antiquity of Polychrome Pottery from Venezuela*. *American Antiquity* 37:132-140. 1973. *Archaeological Human Occupation of the Western Hemisphere*. *American Antiquity* 38:182-190.

1974. *CONFERENCE ON THE CULTURES OF THE LATE PRECOLUMBIAN PERIOD*. *Journal of Latin American Studies* 6:1-11. *La cultura de los siglos XV y XVI en el Caribe*. *Boletín de la Asociación de Arqueología del Caribe*. N.º 4. Santo Domingo, R.D.

1974. *Primer Simposio de Arqueología del Caribe*. *Boletín de la Asociación de Arqueología del Caribe*. N.º 5. Santo Domingo, R.D.

1972. *Simposio de Arqueología del Caribe*. *Boletín de la Asociación de Arqueología del Caribe*. N.º 6. Santo Domingo, R.D.

1972. *Simposio de Arqueología del Caribe*. *Boletín de la Asociación de Arqueología del Caribe*. N.º 7. Santo Domingo, R.D.

1972. *Simposio de Arqueología del Caribe*. *Boletín de la Asociación de Arqueología del Caribe*. N.º 8. Santo Domingo, R.D.

1972. *Simposio de Arqueología del Caribe*. *Boletín de la Asociación de Arqueología del Caribe*. N.º 9. Santo Domingo, R.D.

1972. *Simposio de Arqueología del Caribe*. *Boletín de la Asociación de Arqueología del Caribe*. N.º 10. Santo Domingo, R.D.

1972. *Simposio de Arqueología del Caribe*. *Boletín de la Asociación de Arqueología del Caribe*. N.º 11. Santo Domingo, R.D.

LANZAS SILVADORAS

Olaf Holm

Museo Antropológico. Banco Central del
Ecuador, Guayaquil.

"..... traía en los pechos una divisa de oro e otra en la cabeza é cuatro varas en la mano izquierda é la estorica en la derecha, é las varas volteadas de alto á bajo con cintas de oro batido" (Oviedo: 1925, XLL, 12v/5.)

Lo etnohistórico.

Así describió Oviedo a un curaca ecuatoriano, que en un lugar entre Tomebamba y Riobamba, con su ejército de 30.000 hombres, presentó resistencia a los conquistadores españoles, en la marcha de ellos hacia Quito, después de la captura de Atahualpa en Cajamarca, 1532.

Se trata de la primera descripción que tenemos de la estólica en las tierras ecuatorianas, pero relaciones posteriores nos confirman el uso de esa arma en la región andina del Ecuador.

Por ejemplo, Sancho de Paz Ponce de León (1582) en su descripción del Partido de Otavalo, donde fue Corregidor y Justicia Mayor, dice que "Peleaban con unas estólicas, que son unas tiraderas con que arrojaban unas varas..." (Jiménez de la Espada: 1965, 237), y en la relación del Capitán Antonio Bello Gayoso, Corregidor de Cuenca (1582) encontramos otra referencia

al uso de la estólica: "El uso y manera de su pelear era que... y otros son sus tiraderas, que son unas varas que se tiran en estos cañares a cincuenta y sesenta pasos..." (Jiménez de la Espada: 1965, 267) y la relación anónima de la Ciudad de San Francisco de Quito (1573) nos indica que "Las armas de que usan son lanzas y macanas de palma tostada y tiraderas de estólica..." (Jiménez de la Espada: 1965, 227).

En la relación de la Ciudad de Loxa, probablemente por el mismo autor que la anterior vemos que "Las armas que exitaban y varas arrojadizas con estólica..." (Jiménez de la Espada: 1965, 304).

A base de esas fuentes nos será permitido pensar que el uso de la estólica con su dardo arrojadizo fue de empleo generalizado en el sector del altiplano del Ecuador en los años de la llegada de los españoles.

Más al norte del territorio actual del Ecuador, Cieza de León (1553) menciona también el uso de la estólica en las tierras de Popayán: "Tienen para pelear lanzas gruesas de palma negra, y tan largas que son de a veinte y cinco plamos y mas cada una, y muchas tiraderas..." Cieza: 1922, 106).

En lo que a la costa se refiere nos referimos a Miguel Cabello Valboa (1583) y su observación de que en Esmeraldas "usan dardos para tirar" nos autoriza pensar que se trataban de estólicas, sobre todo si tomamos en cuenta de que poseemos las comprobaciones arqueológicas de ese territorio, y del resto de la costa.

En las tierras del sur del Ecuador, las actualmente peruanas, John H. Rowe (1946, 275) dice que los indios de la costa usaron estólicas y dardos de madera con las puntas tostadas, y que en el altiplano las usaron hasta los tiempos de Chanapata y Tiahuanaco, pero que fueron reemplazadas por hondas y

boleadoras antes del advenimiento de los incas. Las tropas costeñas a las órdenes del Inca deben haber reintroducido la estólica en los campos de batalla del Inca, una observación que coincide con los datos suministrados por ejemplo: Cabello Valboa, (1586 /1951, 358), Cobo, (1653/1964, II, Cap. IX, 255), el Inca Garcilaso de la Vega (1609/1945, II, Cap. XXV, 58), y otros, que describieron a la estólica entre las armas incáicas. La descripción de Garcilaso de la Vega es particularmente interesante porque entre las armas arrojadizas menciona a piedras lanzas, dardos, flechas "cualquier otra arma arrojadiza" (1945, II, Cap. 57), y en su mismo tomo menciona posteriormente "una tiradera que se podrá llamar bohordo, porque se tira con amiento de palo o **cordel**" (II, Cap. XXV, 58).

De que Rowe (op. cit. nota 23) dice no le fue posible determinar la palabra quechua de una tiradera o estólica se comentará más adelante.

Lo arqueológico.

Verneau y Rivet (1912-22, I, 200/3) describieron detalladamente la distribución de los ganchos de estólica en el territorio ecuatoriano, en una forma que nos asegura el uso ampliamente difundido de ese arma en los tiempos pre-incáicos. En sus colecciones tuvieron la suerte de poder conseguir dos estólicas de madera de chonta (*Astrocaryum* sp.) embellecidas con dibujos tallados o revestidos con laminillas de oro o plata, y con los ganchos respectivos. Los ganchos ilustrados por ellos son de varios minerales, frecuentemente esculpidos simbólicamente como cabezas de pájaros como para insinuar que el dardo tomaba vuelo en su trayectoria mortífera.

En su estudio se basan también en el trabajo de Saville (1924: Lám. IV, 10/14) donde él describió los tesoros de oro pro-

cedentes de "huaquerías" en la región de Sig-Sig, Azuay, en el sur-andino ecuatoriano.

Es completamente aceptable que González Suárez (1968, (1968, Lám. IV, 106/8) en 1904 interpretó una bella estólica de madera y profusamente adornada con láminas de oro repujado, como un cetro (la estólica representada por Saville). En verdad esa estólica es fuera de lo común, y más debe de haber servido como símbolo de jerarquía que una mera tiradera de uso bélico.

Qué esas estólicas, o "bastones", como solía llamárselos antiguamente fueron interpretados, por sus talladuras y ornamentos, como mensajes escritos, hasta constituirse en el "testamento de Huaina Cápac", no debe preocuparnos hoy en día.

Donald Collier (1946, II, Lám. 89, d, 767/84) hace referencia al mismo hallazgo.

En los niveles superiores de las excavaciones en Cerro Narro, Cañar, Collier y Murra (1943, 68) hallaron evidencia del uso de la estólica en forma de un gancho de serpentina. Su posición estratigráfica corresponde a los tiempos del Desarrollo Regional, o sea entre, a grosso modo, los 500 años antes de Cristo, hasta unos 500 años después, ya que esas capas se asocian estilísticamente con el horizonte Tuncahuán.

En los paraderos arqueológicos de la costa encontramos ganchos de estólica en las culturas regionales de esa misma época, por ejemplo en la de Jambelí (Estrada y Evans, 1964, 497, fig. 8 a y b). Aquí se repite el motivo ornitomorfo, que llamó la atención a Verneau y Rivet, en la obra ya citada.

Hacia el norte, en la costa, en los territorios de la Cultura Guangala con la misma cronología aproximada, ya mencionada, Bushnell (1951, 60, fig. 24 m y p) describe los ganchos de estólica como "comparativamente comunes", e igualmente hechos

en concha, pero Bushnell prefiere compararlos morfológicamente con el modelo colombiano, o por lo menos nor-andino ecuatoriano.

En las tierras de la Cultura Bahía, y con una cronología quizá algo anterior a la que comunmente se señala para el Desarrollo regional, el autor de esta monografía encontró los ganchos labrados en concha, en un contexto arqueológico que aún guarda muchas reminiscencias de la Cultura de Chorrera, por eso la probable posición transitoria en la cronología, entre la una y la otra. Morfológicamente no existen mayores diferencias al compararlos con los anteriormente mencionados, lo único interesante es que cronológicamente podríamos quizá hacer llegar la presencia de la estólica a épocas más tempranas de la prehistoria ecuatoriana.

El mismo cuadro arqueológico se presenta más al Norte en la Cultura de Jama - Coaque, igualmente del Desarrollo Regional, pero aquí, aparte de los ganchos de estólica de concha, encontramos el uso de la estólica escultóricamente representado. Se repite el motivo ornitomorfo del gancho y se ilustra el modo de emplear la estólica. (Figs. 1 y 2.)

Quizá aquí vale la pena mencionar que esa Cultura tiene indudables nexos mesoamericanos, pero no por eso cabe especular sobre una influencia de tal origen en lo que se refiere a la estólica, ya que Engel (1958, 3/4, 35) señaló su presencia en los tiempos precerámicos de la costa peruana en el segundo milenio antes de Cristo. Resulta imposible, en el estado actual de los conocimientos arqueológicos ecuatorianos, resolver cuando asomó por primera vez la estólica en las culturas ecuatorianas. El arma tiene raigambre muy antiguo, no sólo en América, sino en el mundo entero. En algunas ocasiones, discutiendo varios artefactos aún no bien clasificados en la Cultura Valdivia, con su descubridor Emilio Estrada Ycaza, toconos analizar algu-

nos objetos que en mi opinión fueron ganchos de estólica, pero su muerte prematura imposibilitó definir ese problema. Lo señalo como una problemática aún sin resolver.

En 1949 Métraux hizo un resumen sobre la presencia de la estólica en Sud América, donde recalca una distribución variada, pero intermitente, de ese arma (1949, 244/7) y distingue entre tres tipos de estólicas, donde el modelo ecuatoriano con dos ganchos corresponde a su clasificación primera. Tiene un largo de 40 - 60 cms. (los ejemplares estudiados por Verneau y Rivet miden 30.5 y 49.5 cms.). El gancho posterior sirvió para empujarse en el dardo, o para decirlo así, empujar al dardo, mientras que el gancho anterior sirvió para afirmar el dedo índice, y evitar que la estólica se fuera de la mano del guerrero. Lo característico de ese modelo rígido fue por consiguiente sus dos ganchos, uno posterior y otro proximal, empotrados en un ángulo de 90 grados entre sí.

Lo etnográfico.

Varios son los autores que señalan que la estólica fue entre los jíbaros (Shuar y Ashuar) y otras tribus de la montaña en tiempos anteriores al presente, pero que hoy ha caído en desuso, sin duda por la introducción de armas más eficaces y de mayores alcances como la escopeta. (Métraux, 1949, 245/6; Stirling, 1938, 86; Harner, 1972, 205; Steward y Métraux, 1948, 622, 628, 643, y Karsten, 1935, 108.) Según Métraux, (op. cit.) el modelo jíbaro se asemejaba al andino, con la modificación que se aseguraba la estólica a la mano, con un lazo en la muñeca, en lugar del gancho proximal.

Como en la prehistoria amazónica no tenemos evidencias de la presencia de la estólica en tiempos tan remotos, como lo tenemos en la arqueología de la costa pacífica, no podemos especular sobre quién influyó sobre quién. Hasta este momento

la evidencia más antigua de la estólica corresponde a las culturas precolombinas del Litoral.

Ahora bien, lo más importante en este momento es que en lo etnográfico encontramos referencias a puntas silbadoras, con una amplia distribución en la floresta oriental. (Ryden, 1931, 115/21; Metraux, 1942; Salas, 1950, 32/3; Nordenskiöld, 1930, 165, ap. 10).

Un hallazgo.

En el año 1967, un hacendado del Recinto Molubug, Parroquia de Licto, cerca de Riobamba, Provincia del Chimborazo pudo ofrecer, primero, al Museo de la Casa de la Cultura Ecuatoriana Núcleo del Guayas, Guayaquil, y posteriormente al Museo del Banco Central del Ecuador, Quito, un apreciable ajuar funerario. Consistía en patenas de oro y plata, argollas, tubitos (flecós), estólicas, narigueras, diademas o coronas, ojos y nariz de un fardo funerario (una costumbre funeraria anteriormente no establecida para esa región) todo del mismo material, mas otros tantos adornos, artefactos, etc., de cobre; ganchos de estólica, puntas silbadoras de cobre para los dardos de estólica, estólica revestidas de oro y plata. Entre los dos museos se compraron (Quito 105 y Guayaquil 48 un total de 153 objetos).

Esta acumulación impresionante de riquezas en una sólo tumba debe corresponder a un señor feudal, un curaca, y quizá será permitido pensar en el guerrero que resistió a los españoles y a quién mencionó Oviedo en la cita usada como introducción de esta monografía.

Dejo a un lado "las riquezas" de oro y plata, y me preocupo de las puntas silbadoras de estólicas. Fig. 3, a y b.

La procedencia de la provincia central andina ecuatoriana guarda relación con una punta similar que pudo adquirir, sin indicación del hallazgo exacto, en Cuenca, hace algunos años y con puntas similares en la colección del Rvdo. Padre Carlos

Fig. 3. a y b. Punta silbadora de un dardo de estólica. Cobre martillado. Hallazgo en un fardo funerario, Molubug, Chimborazo, Ecuador. 77

Fig. 2. Detalle de la misma escultura.

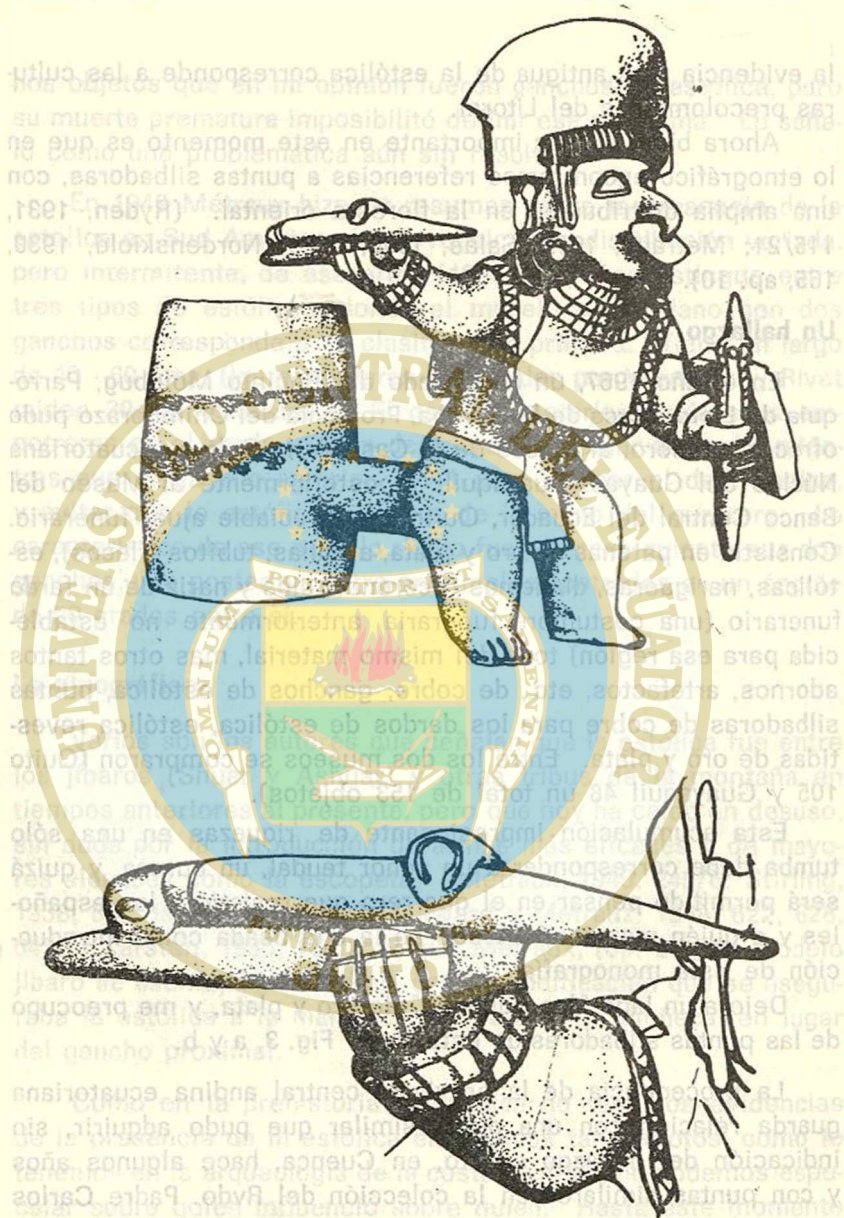


Fig. 1 Vasija comunicante con un guerrero armado con estófica y escudo.
Cultura Jama — Coaque. Banco Central del Ecuador. Quito.

Fig. 2 Detalle de la misma escultura.

Crespi, Colegio Cornelio Merchan en Cuenca, igualmente sin
segura procedencia. Otras, que se puntas hasta aquí, las
encontramos en el sur-oeste y centro-este ecuatoriano.

Ryden (1931: 118) menciona que en el Museo Etnográfico
de Götterburg existían dos puntas similares de la costa peru-
na, sin procedencia exacta, mas una de Pindillo, un topónimo
que se repite algunas veces en la costa oriental del Ecuador.

La punta examinada tiene un peso de 52.9 gramos, un largo
de 17 cms., con un diámetro de 1.5 cms. y un diámetro en su mitad,
que es un bulbo de 1.2 cms. El extremo superior es circular, que
produce un alfiler. La punta es de cobre martillado. Es
una punta similar a la de Pindillo, pero con la manufac-
tura a base de martillado con una decoración diferente que la
descrita en las figuras 3, a y b.

El peso de una punta similar, pero de cobre, es de 52.9
su extremo superior es circular, que produce un alfiler. La punta
generada en la región de la costa oriental del Ecuador.

Los ejemplares de esta punta, que se encuentran en el
Quito, conservan el mismo tipo de decoración, pero inserta-
do en el alfiler. La punta es de cobre martillado y resina que
asegura la punta.

Cómo halla (o) que punta, que punta, que punta, que punta
tostada a la pira.

Si en líneas generales, la punta, que se refiere al dar-
to, con punta silbadora, que se refiere a las puntas etno-
históricas.

Castellanos (aprox. 1580) menciona que en la región de
Sta. María (Colombia).
Arma común de los de la flecha.
Que pocas veces halla indígena.

Fig. 3, a y b. Punta silbadora de un dardo para estólica. Cobre martillado. Museo de la CCE., Núcleo del Guayas. Procedencia Molo-

Crespi, Colegio Cornelio Merchán en Cuenca, igualmente sin segura procedencia. O sea, que esas puntas hasta aquí, las encontramos en el sur-andino y centro-andino ecuatoriano.

Rydén, (1931, 118) menciona que en el Museo Etnográfico de Gothemburgo existen dos puntas similares de la costa peruana, sin procedencia exacta, mas una de Pindillig, un topónimo que se repite algunas veces en la cordillera oriental del Ecuador.

La punta examinada tiene un peso de 59.9 gramos, un largo de 17 cms., con un engrosamiento aproximadamente en su mitad, que es un bulbo que tiene un horamen pequeño y circular, que produce un silbido agudo, puesta la punta contra el viento. Es una punta silbadora de estólica. El cobre permitió la manufactura a base de martillado, con una técnica no diferente que la descrita para las agujas de cobre (Holm, 1963, 177/187).

El peso de una punta, unos 60 grms. excluye naturalmente su empleo en un arco con flecha, que además no fue un arma generalizada en la región andina, en cambio es ideal para el dardo de la estólica.

Los ejemplares en el Museo del Banco Central del Ecuador. Quito, conservan en su vástago posterior, antiguamente insertado en el dardo, las huellas del hilo del algodón y resina que aseguraba la punta.

Cobo señala (op. cit.) que puntas de lanzas eran de madera tostada o de cobre.

Si en líneas anteriores hemos señalado la distribución de la estólica en la región andina, ahora en lo que se refiere al dardo con punta silbadora tenemos que recurrir a las fuentes etnohistóricas.

Castellanos (aprox. 1589) menciona que en la región de Sta. Marta (Colombia).

Arma común de todos es la flecha,
Que pocas veces halla medicina;

Tiran perdidas ciertas silbaderas
Por emplear las otras mas de veras.
y continúa:

Y acometieron con la noche obscura,
Tirando muchas flechas silbaderas,
Y gritando por cima de las laderas.

luego:

Para que si personas desmandadas

Entrasen a los frutos referidos,

Tirasen silbaderas despuntadas

Que les amendrasen los oídos,

Y abreviasen al fuerte las pisadas

Sospechando ser indios abscondidos,

Porque con esta falsa diligencia

Tuviese cada cual mas advertencia.

Los abscondidos tras matas fronteras

Por ponelles temores y escramiento

Tiraron tres o cuatro silbaderas;

Guayabos abscondidos te los tienen,

A mal viaje hagas salvajina,

Y como tiras flecha que rechina,

Suenan engañadoras silbaderas;

(Castellanos: 1944, 258, 319, 346/7, 370).

Oviedo nos ilustra una estólica sóla y rígida y otra con el dardo puesto provisto de una punta silbadora que vió en las tierras de la Gobernación de Castilla de Oro, Provincia de Cueva (1944, VII, 267, 300/1 y Lám. I): "no son flecheros, é pelean con macanas é con lancas luengas y con varas que arrojan, como dardos con estólicas (que son cierta manera de avientos) de unos bastones bien labrados, como aquí está pintado".

El dibujo por Oviedo no representa el modelo ecuatoriano de una estólica, por ese motivo no lo reproducimos ahora, y está

además aunque no muy fielmente copiado por Salas (1950, 38). Lo interesante es que el dardo en la estólica de Oviedo tiene punta de silbato; por sus tres orificios se trata sin duda de un cuesco de palma, un recurso bien difundido para la manufactura de las puntas silbadoras selváticas.

Para el hombre de la selva hacer cascabeles o pitos de cuencos de palma, le viene tan natural como al chico citadino saltar a la rayuela, en la vereda.

Oviedo describió la punta a la manera siguiente: "Algunas varas destas van silvando en el ayre, á causa que les hacen cerca del extremo cierta oquedad ó poma redonda, é por la oquedad de aquella agureros que tiene, assi como la echan y es tocada del ayre, assi va luego por lo alto con ruydo silvando. Y esas tales que silvan, usan dellas en las fiestas, quando bracean por gentileca, é no en la guerra, porque las tales, con aquel sonido ó silvato avisan al enemigo, é quando en la guerra de un real á otro las tiras, ó de noche, es como en caso de menosprecio de los contrarios".

No se, hasta donde es aceptable la interpretación de Oviedo de que esos dardos-silbatos eran para uso festivo y no bélico, aunque hasta cierto punto coincide esa observación con la de Castellanos. Metreau (1942, 68) observa etnográficamente que los indios Mojo, en los llanos orientales de Bolivia, preferían el uso de la estólica y dardos silbadores en sus conflictos.

No cabe duda de que las puntas silbadoras fueron tan mortales como cualquier otra, y que no había para que desperdiciarlas en "juegos", salvo que reconozcamos que en el fondo de la mentalidad humana el combate, aunque sea mortal, siempre encierra en si mismo un fondo de juego.

Mas me inclino a pensar en un efecto gorgónico de las puntas silbadoras, lo que coincidiera con los demás efectos similares de los combates indígenas donde según los cronistas se usaron todos los recursos disponibles para una guerra psicológica, como el teñir de los tambores, la gritería humana, el sonido ronco y fuerte de las trampetas de caracoles, las pinturas corporales, vestidos emplumados, etc.

Sobre la efectividad o alcance de una estólica y su dardo encontramos un dato en el Pe. Juan de Velasco (1841, 51/2.) quién dice: "Estólica, instrumento de arpón ó dardo arrojadizo, largo 12 palmos (unos 240 cmts.) Consta de dos partes: una llamada **cumana** donde haze cox el arpon, la cual se queda en la mano; y la otra **huachi**, que es el arpon, y volando una cuadra atraviesa un tigre'.

Debemos dudar que el arpón o dardo de la estólica del Pe. Velasco podría "atravesar a un tigre" a una cuadra de distancia. Una cuadra serían unos 80 metros, y creo que ni a "un tigre de papel" contemporáneo podría matarse con un dardo de estólica a esa distancia. A corta distancia; ni la armadura española ofrecía seguridad contra el dardo lanzado por una estólica, pero experimentos modernos indican que el alcance no debe haber sido más de unos 50 metros. (Peets. 1960, 109).

Vocabulario.

Desapercibidamente por los investigadores andinos modernos parece que el Pe. Velasco es el único historiador que nos ha dado el nombre quichua de la estólica: **cumana**, voz que no registran los lexicógrafos tempranos en este sentido. (Ricardi, 1586/1951; Sto. Tomás, 1560/1951; González Holguín, 1608/1952). En cambio **huachi** es comunmente glosado.

Las voces empleadas para la estólica se pueden tabular como sigue:

Amiento	Cobo	1653
Amiento de palo	Garcilaso	1609
Astólica	RR. GG.	1582
Atlatl	voz natural, de uso generalizado en la arqueología.	
Aviento	Oviedo	1535
Aviento	Castellanos	1589
Bohordo	Garcilaso	1609
Cumana	Pe. Velasco	1789
Estólica	RR. GG.	1573
Estórica	Oviedo	1535
Lanza para tirar	Cabello Valboa	1583
Stólica	Cabello Valboa	1586
Tiradera	Cieza	1553
Tiradera	RR. GG.	1582
Tiradera	Garcilaso	1609
Tiradera	Cobo	1653

Algunas lanzaderas son rígidas y otras, como el bohordo, son flexibles de correa o cordel. No veo motivo para considerar que la voz estólica es más moderna, que por ejemplo tiradera o amiento. (Rowe: 1946, 275, nota 23). Este mismo autor señaló la ausencia de una palabra quichua para la estólica. Pe. Velasco aportó la palabra cumana, la que Diego González Holguín glosa como comana — lanzadera de tejedor y el verbo ccomani como empujar, komana — empujar. (1952: 560, 141, 67). La palabra bohordo registra el mismo lexicógrafo como huachina (1608/1952: 433) Ricardi tiene bohordo como huachi. (1586/1951: 119). Evidentemente no existe para ellos, una clara diferenciación entre las estólica propiamente dicho y el dardo, huachi que es mas bien para tirar a mano como azagayo.

BIBLIOGRAFIA

- Anónima. 1573 La cibdad de Sant Francisco del Quito. En Jiménez de la Espada. 1965: II, 205/232.
- Bello Gayoso, Antonio. 1582 Relación que embio a mandar su Magestad se hiziese desta ciudad de Cuenca y de toda su provincia. En Jiménez de la Espada, 1965: II, 265/90.
- Bushnell, G.H.S. 1951 The archaeology of the Santa Elena Península in South — West Ecudaor. Univ. Press. Cambridge.
- Cabello Valboa, Miguel. 1583 Verdadera descripción y relación larga de la Provincia y Tierra de las Esmeraldas..... Ed. Jacinto Jijón y Caamaño. Quito. 1945.
- Cabello Valboa, Miguel. 1586 Miscelánea antártica. Univ. Nac. Mayor San Marcos. Lima 1951.
- Castellanos, Juan de Elegias de varones ilustres de Indias. 1509 En BAEsp. Nueva ed. 1944. Madrid.
- Cieza de León, Pedro 1553 De La Crónica del Perú. Ed. Calpe, Madrid. 1922.
- Collier Donald y John V. Murra. 1943 Survey and excavations in Southern Ecuador. Anthropol. Series. Field Museum of Nat. History. Vol. 35. publ. 528, Chicago.
- Collier, Donald. 1946 The archaeology of Ecuador. HBSAI, II, 767/84, Smithsonian Institution, Washington.
- Cobo, Bernabé F. 1653 Historia del Nuevo Mundo. BAEsp. Vol. 92. Madrid 1964.

- Engel, Frédéric.
1958 Algunos datos con referencia a los sitios precerámicos. Arqueológicas 3, Museo Nacional de Antropología y Arqueología. Lima.
- Estrada, Emilio, Betty J. Meggers y Clifford Evans.
1964 The Jambeli Culture of South Coastal Ecuador. Proc. of the U.S. Nat Museum. Vol. 115, pp. 483/558. Washington.
- Garcilaso de la Vega, El Inca.
1609 Comentarios reales de los incas. Emecé. Buenos Aires. 1945.
- Conzález Holguín, Diego.
1608 Vocabulario de la lengua general de todo el Perú, llamada lengua Quichua o del Inca Univ. de San Marcos. Lima 1952.
- González Suárez, Federico.
1904 Prehistoria ecuatoriana. En De prehistoria y arqueología. Ed. Univ. de Cuenca. 1968.
- Harner, Michael J.
1972 The Jivaro. People of the sacred waterfalls. Am. Museum of Nat. Hist. New York.
- Holm, Olaf.
s.f./ms. Artefactos de concha de Joá; transición Chorrera - Bahía.
- Holm, Olaf.
1963 Copper needles from Manabí, Ecuador. En Ethnos, 2-4, 177/87. Stockholm.
- Jiménez de la Espada, Marcos.
1965 Relaciones geográficas de Indias - Perú. BAEsp. II. Madrid.
- Karsten, Rafael.
1935 The head-hunters of Western Amazon. Comm. Humanarum Litt. V, VII: 1. Helsingfors.
- Métraux, Alfred.
1942 The native tribes of Eastern Bolivia and Western Matto Grosso. Smithsonian Institution. Washington.

- Nordenskiöld, Erland.
1930 Modifications in Indian culture through inventions and loans. Comparative Ethnographical Studies, 8.
- Oviedo y Valdés, Gonzalo Fernández.
1535/57 Historia General y Natural de las Indias. Paraguay, Asunción de 1945.
- Peets, Orville H.
1960 Experiments in the use of atlatl weights. En American Antiquity, V. 26,1, 108/10. Menasha.
- Ponce de León, Sancho de Paz.
1582 Partido de Otavalo. En Jiménez de la Espada, 1965: II, 233/42.
- Ricardo, Antonio.
1586 Vocabulario y phrasis en la lengua general de los indios del Perú, llamada Quichua. Univ. San Marcos. Lima. 1951.
- Rowe, John Howland.
1946 Inca culture at the time of the Spanish conquest. En HBSAI. Vol. 2, Smithsonian Institution. Washington.
- Rydén, Stig.
1931 Notes on some archaeological whistling arrowheads from Peru. En Erland Nordenskiöld, Origen of the Indian civilizations in South America. Comparative Ethnographical Studies, 9. Gothemburgo.
- Santo Tomás, Fray Domingo.
1560 Lexicon o vocabulario de la lengua general del Perú. Univ. de San Marcos. Lima 1951.
- Salas, Alberto Mario.
1950 Las armas de la conquista. Ed. Emecé. Buenos Aires.
- Saville, Marshall H.
1924 The gold treasure of Sigsig, Ecuador. Museum the American Indian, New York.
- Steward, Julian H. y Alfred. Metraux.
1948 Tribes of the Peruvian and Ecuadorian Montaña. HBSAI, Vol. 3. pp. 535, 656. Smithsonian Institution. Wassington.

Stirling, Matthew Williams.

1938 Historical and ethnological material on the Jivaro Indians.
Smithsonian Institutions, Washington.

Velasco, Juan de.

1789 Historia del Reino de Quito en la América Meridional. Imp.
de Gobierno. Quito. 1841.

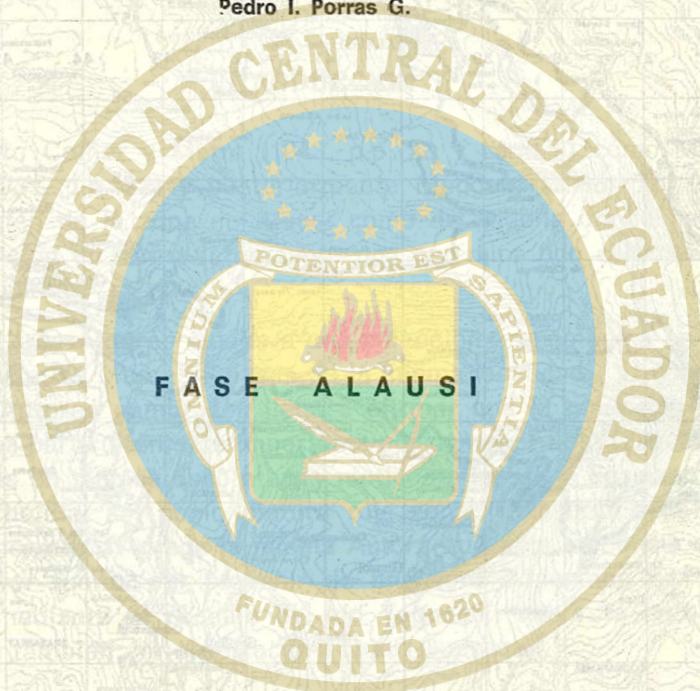
Verneau, R. y P. Rivet.

1912 Ethnographie ancienne de L'Equateur. En Arc de méridien
équatorial. Tomo VI. Paris.

AGRADECIMIENTO: Agradecemos la cooperación prestada para esta monografía por El Goteborgs Etnografiska Museum, los museos del Banco Central de Ecuador, Quito, y la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas, Guayaquil.



Pedro I. Porras G.



FASE ALAUSI

Alausi y sus alrededores (Tomado de los mapas del Instituto Geográfico Militar)

INTRODUCCION

Tanto Collier y Murra (1943, p.p. 23 y Lam. 6) como Max Uhle (1931, p.p. 32) y posteriormente Meggers (1966, p.p. 64) nos hablan de la zona de Alausí como de aquella donde hace su aparición en forma interesante una cerámica con caracteres del Formativo.

Los tres Autores aluden a una colección arqueológica en el Colegio de las Madres Salesas de la misma localidad. El último de los Autores nombrados llega a afirmar que la colección de Alausí es particularmente importante por contener tiestos incisos idénticos en técnica decorativa y motivos a los de la Fase tardía de Machalilla, así como pintura roja zonal, diagnóstico de la Fase Chorrera. Agrega la misma Autora que esta evidencia cobra mayor fuerza por provenir de una zona conectada con la Costa mediante el drenaje del río Yaguachi, una ruta natural seguida también por el ferrocarril Quito-Guayaquil.

Dado que el Centro de Investigaciones Arqueológicas de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador estaba empeñado en una serie de prospecciones arqueológicas en la Sierra del Ecuador en busca de probables asentos del Formativo, decidimos hacer una prospección y eventualmente una o varias excavaciones en Alausí y aledaños. Aquí las Madres Salesas fueron tan

gentiles que nos proporcionaron la casita del Capellán para nuestro hospedaje y nos dieron todas las facilidades para realizar excavaciones en la propiedad del Colegio. Cuando nos disponíamos a estudiar la colección a que se refieren los Autores arriba nombrados, nos encontramos con la triste nueva de que la misma había sido destruida por un incendio. Una de las Madres, de nacionalidad francesa, la misma que acompañó a Max Uhle en sus estudios por el lugar, nos refirió que parte de la cerámica fue hallada al hacer una pequeña piscina (no pozo, como refieren Collier y Murra) a un extremo del huerto; pero que el resto fue recogido en diferentes sitios de la Costa, de la Sierra y del Oriente.

Refiriéndose de manera especial a la lámina 6 de Collier y Murra, afirmó que los tiestos 11 hasta 15 no provienen en manera alguna de Alausí, sino del Oriente (Macas) así como los de la lámina 7. Afirmó luego, la misma Religiosa, que Max Uhle contribuyó también a la formación y clasificación de la colección de las Madres Salesas en Alausí.

Dentro del huerto del colegio realizamos dos cortes en los alrededores de la piscina, de donde Max Uhle y las Religiosas recogieron los tiestos. Otros cortes los efectuamos a corta distancia de los primeros dos.

En total, 5 cortes estratigráficos de 2 x 2 m. con niveles de 20 cm. cada uno.

Más tarde, luego de una diligente prospección en la misma ciudad de Alausí, encontramos un sitio que nos pareció muy interesante: en los terrenos de la Escuela Fiscal 13 de Noviembre y en una propiedad adyacente a la que denominamos Las Palmas, por la presencia en el lugar de algunas de ellas. Aquí se hicieron los cortes del 6 al 13, con las mismas dimensiones de los anteriores.

Realizamos, finalmente, otros 5 cortes, del 14 al 18, en la localidad denominada La Chirimoya, 2 Km. al SO. de Alausí.

En todos los sitios encontramos escasa cerámica en fragmentos diminutos.

En muchos de los cortes hallamos evidencias de haber sido arrastrados, en parte, por aluviones de lodo y arena. Aún en tiempos históricos se sabe de un aluvión que destruyó parte de la ciudad de Alausí. Posiblemente a esta circunstancia se debe la escasez de sitios arqueológicos y lo escaso del depósito cultural en cada uno de los existentes. Luego de estudiar la cerámica en el Laboratorio y de preparar la seriación correspondiente, presentamos el resultado de nuestros estudios en esta monografía, en la seguridad de que servirá para ayudar a reconstruir en parte, siquiera, el rompecabezas de nuestra arqueología, especialmente de la Zona Andina.

Tanto para las excavaciones como para el estudio del material, han colaborado los Miembros del Centro de Investigaciones Arqueológicas de la PUCE, de manera especial los Licenciados Manuel Miño Grijalva y José Echeverría.

Agradecemos al Arq. Rodrigo Pallares Zaldumbide, Director del Tesoro Artístico Nacional por el permiso y facilidades que nos concediera, al Rector de la Universidad Católica, al Presidente del Concejo Cantonal de Alausí, al Rector del Colegio González Suárez, al Director de la escuela 13 de Noviembre, al Arq. Juan Bernardo Analuisa por los Planos dibujados y, en general, a todas las personas que de una u otra forma nos han ayudado para la realización de nuestro empeño.

II DESCRIPCION GEOGRAFICA Y DATOS HISTORICOS

Entre las dos cordilleras andinas, la oriental y la occidental, corre un largo y estrecho corredor cuya continuidad interrumpió un intenso vulcanismo que formó pequeños valles separados a trecho y trecho por nudos, que vienen a ser como peldaños de una inmensa escalera.

Uno de estos valles, recorrido por el río de carácter torrencioso, el Chanchán, que luego forma el río Yaguachi, principal afluente hacia el este del Río Guayas, es el de Alausí, entre los nudos Tiocajas al Norte y Azuay al Sur.

Del altísimo altiplano de Palmira se desciende a los de Alausí y Huigra, este último al pie de la cordillera occidental en un profundo cañón que luego se ensancha hacia la Costa. Los tres altiplanos tienen una diferencia mutua promedial nada menos que de 1.000 m.

Se trata de una hoya con topografía tremendamente irregular, aunque rica en recursos hidráulicos. En las escasas zonas planas se asientan las poblaciones y las zonas agrícolas, bastante fértiles, adecuadas para el cultivo de cereales, especialmente de la lenteja y de las papas.

Alausí está a una altura de 2.356 m. sobre el nivel del mar con una temperatura media anual de 15 grados y con una precipitación lluviosa media anual de 406 mm.

De acuerdo a la clasificación climática de Koppen pertenece Alausí a una zona mesotérmica semi-húmeda.

Políticamente hablando Alausí es cabecera de uno de los Cantones de la Provincia de Chimborazo que tiene como parroquias rurales las poblaciones de Achupallas, Cumandá, Guasuntos, Huigra, Multitus, Pitishí (Nariz del Diablo), Pumallacta, Sefilla, Sibambe y Tixán.

A la fecha de hoy hay abundante población indígena que cultiva la tierra en numerosos latifundios y en las propias parcelas.

Algo de Historia.— Poco se sabe de la Prehistoria de esta Zona. Algo encontramos en las llamadas "descripciones" escritas el siglo XVI por los curas de las diferentes "beneficios".

Se distingue de todas la enviada por el clérigo presbítero Hernando Italiano, beneficiado del asiento y doctrina de Alausí.

Este Documento fue publicado en **Relaciones Geográficas de Indias**, que tienen como Editor a Don Marcos Jiménez de la Espada (Vol. III pág. 287-289) y lleva la fecha de 1580.

La reproducimos a continuación por la cantidad de datos interesantes que hacen mucha luz sobre la zona y sus primitivos pobladores a pocas décadas luego de la Conquista. Es verdad que la Descripción de Hernando Italiano es, como bien hace observar Jiménez de la Espada, una copia casi exacta de la que envió desde su doctrina Martín de Gaviria, beneficiado del pueblo de Santo Domingo de Chunchi. Pero, dado que ambos pueblos son vecinos nos parece que las noticias que traen los dos beneficiados se complementan mutuamente.

Alausí está a una altura de 2.326 m. sobre el nivel del mar con una temperatura media anual de 15 grados y con una precipitación de 1.200 mm.

"En diez y ocho días del mes de octubre de mil e quinientos y ochenta (así) y dos años, yo el beneficiado Hernando Italiano, clérigo presbítero, hice la discrepción siguiente en el asiento y dotrina de Alusi.

11.— Este pueblo y beneficio es de la jurisdicción y término de la ciudad de Cuenca, corregimiento della. Dista este pueblo de la ciudad diez y siete leguas.

12.— De Riobamba, una aldea despañoles, está este pueblo diez leguas, hacia la ciudad de San Francisco de Quito, donde reside la real Audiencia; fuera de otros dos pueblos questán sujetos a este beneficio; están a legua; el uno cae hacia la aldea de Riobamba, y el otro está frontero deste pueblo en una loma.

Las leguas son grandes, y desde a legua y media de aquí, ques en los Tambos de Tiquizambe, donde empieza la jurisdicción de Cuenca, es el camino muy fragoso, de grandes cuestras, sartenegas (así) y lodazales, así de invierno como de verano, mayormente donde alcanza la cordillera; va torcido, y desde a tres leguas se toma otro camino más breve para Cuenca, ques el del Azuay. No se camina por él a causa de que es inhabitable de naturales y despoblado, y hay muchos lodazales y atolladeros y por tiempos cae nieve.

13.— El nombre deste pueblo, ques Alusi, se dijo, porque en la lengua dellos quiere decir alusi, "cosa de gran estima y querida", y así le llamaron Alusi. Y también se derivó de un cacique que antiguamente les mandaba, el cual se llamaba Alusi.

Hablan la lengua general del Inga, que llaman quihucha (así); los más hablan la lengua particular dellos, ques la cañar de la provincia de Cuenca, mezclada con la de los puruayes de la provincia de Riobamba; y hay otras diferentes lenguas, mas por estas dos se entienden muy bien.

14.— En tiempo de su gentilidad y antes que viniera el Inga, en cada un pueblo había un cacique, y este señor a quien estaba sujetos sus indios, le acudían a dar la venia con camarico de leña, yerba y paja, y acudín (así) a hacerle la casa y sus rozas y no otra cosa, como lo hacen de presente.

Aquestos tenían por cerimonia de adorar el sol, porque decían, que así como el sol alumbraba y daba luz a todo el mundo, así le tenían por hacedor y criador de todos los frutos de la tierra. Usaban de los hechiceros y agoreros, y después que vino el Inguá, fueron enseñados en las adoraciones idolatrías de adorar las peñas, juntas de ríos y los montes. Haciendo en el centro de la tierra una bóveda muy honda, en la cual enterraban un cacique, para que le hicieren compañía, echaban muchos niños y indios y ovejas de la tierra, y le ponían muchos cántaros y ollas de chicha; porque tenían por ironía, quel señor que allí enterraban se había de levantar a comer, y que si no hallaba recaudo, se indignaría contra ellos y les castigaría; y así le proveían de comidas y bebidas y le ponían las vasijas de oro y plata y toda la ropa y hacienda que tenían; de suerte que no dejaban cosa ninguna a sus herederos.

15.— Eran gobernados destos caciques y tenían guerra unos con otros. Peleaban con porrillas, defendiendo sus tierras y pertenencias, y por otras pasiones de robos y otras cosas. Después del Inguá han tenido lanzas de palma, macanas, varas chondas (así), hachuelas de cobre, hondas y otras armas. Después tuvieron grandes guerras cuando vinieron los hijos del Inguá a hacer la división de las tierras.

Usaban unas vestiduras que llaman camisetas, las cuales traían hasta media pierna, y no traían otra vestidura, y ésta era de cabuya o algodón. Trayn (así) los cabellos largos. Agora visten camisetas de algodón, de lana de la tierra y de Castilla, de ruán, de paño y de sedas; y tran (así) yacollas que les cubren

el cuerpo; y algunos traen sombreros y plumas, pillos, sasonas; traen hecha coleta del cabello a raíz de las orejas; traen alpar-gates, zapatos, y algunos caciques traen botas y camisas y jubo-nes; y esto se ponen de camino y sus capotes de paño.

Viven agora más y se aumentan por la quietud que tienen, que en el tiempo del lngua tenían gran susidio con las guerras, y así moría mucha gente; y de enfermedad mueren agora menos que entonces, porque había enfermedades contagiosas de pesti-lencia de virgüelas, sarampión y cadarro y otras muchas enfer-medades; y como en un galpón habitaban diez y doce indios con sus mugeres y chusma, con la estrechura y el baho se morían casi los más; y entienden, que como en los pueblos tienen las casas apartadas y vive cada uno de por sí, están más sanos y viven más; y aunque agora hay algunas enfermedades, no les empeece tanto.

16.— Está este pueblo y los demás en laderas y altos; son descombrados de montaña. Son todos fuertes y fortalezas.

17.— Es tierra templada y sana. Mueren pocos, porque hay pocas enfermedades. De invierno hay algunas neblinas que acu-den sobre tarde. No son de género de pesadumbre, porque se suben por lo alto.

Tienen para su sustento maíz, papas, racachas, masuas, ollo-cos, racachas (así) y otras raíces.

18.— La Cordillera que atraviesa desde el Reino al Pirud (así), está tres leguas, y de otro dos hacia la parte de Oriente.

19.— Un tiro de ballesta deste pueblo al camino real, pasa un río, el cual se pasa por puentes; y en la vega deste siembran los indios maíz, papas, ollocas, masuas, racachas, ocas, coca, axí, algodón en poca cantidad, y algunas calabazas, que llaman mates, que le sirven de vajilla y vasijas para beber, y de aquí proven otras partes.

23.— Hay en esta vega muchos naranjos y limas y limones; danse muy bien y pepinos y guabas. Hay plantadas algunas higueras (así); no dan fruto. Los demás árboles no se han plantado.

24.— Semillas tienen pocas de la tierra; comen algunas yerbuxelas que se crían entre los maizales, de poca sustancia.

25.— Las de España se dan todas muy bien, aunque cogen muy poco a causa del poco lugar que tienen, porque acuden a otros menesteres.

Vino y aceite entiendo se daría, por ser la tierra fértil y haber calientes en algunas partes.

27.— En los altos de las sierras hay venados y conejos; y tres o cuatro leguas de aquí, en una llamada grandísima, que llaman de Teocajas (1), hay grandísima suma de conejos, que un indio con mucha facilidad, con dos gozquillos y su porrilla, coge en cuatro horas ducientos conejos que quiera. Hay muchas perdices; pájaros de muchos colores; hay halcones ñeblies, buitres y otras aves de rapiña.

Crían yeguas, vacas, ovejas, puercos, aves, palomas, y esto en poca cantidad, aunque algunos tienen más abundancia que otros.

28.— En un pueblo desta dotrina llamado Mollepongo, frontero dél está un cerro del cual sacan gran suma de piedra zufre; dicen es más aventajado que el de España, a causa que sin echalle mistura ni hacelle género de beneficios, se saca muy trasparente. Hay otras quebradas donde hay alumbre, caparrosa, salitre, color amarilla, colorada, blanca, azul y negra.

(1) Ttiukcasa, "abra arenosa". Lo mismo contece en Ttiuhuyu (nube de arena), otra llanura semejante cerca de Mocha, camino de Guayaquil a Quito. (Nota de M. y de la E.)

30.— Provéense de sal de las salinas de Guayaquil.

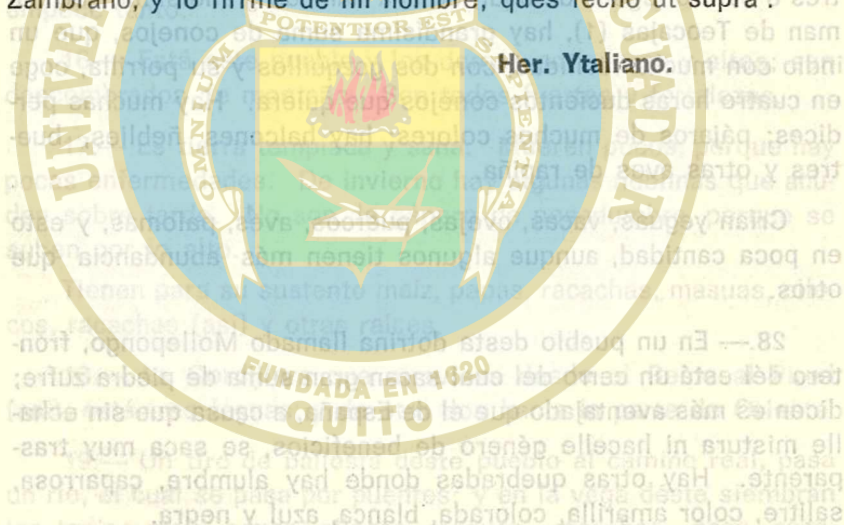
31.— Los edificios de las casas son algunos de adobes y los demás de bahareques, la cubierta de paja; la madera gruesa, alguna traen a seis leguas, y la que no es tal, a tres leguas.

33.— Tratos y jaranjerías (así) tienen muy pocos, si no son rescates entrellos de coca y axí y otras cosas que tratan entre los camayos (2).

Pagan el tributo en plata, mantas, maíz, trigo, aves, puercos y otras cosas, conforme a la tasa que tienen.

Háse respondido a todos los capítulos que se pudieron hallar en este asiento y beneficio, y así se concluyó y se hizo en presencia de Martín de Mafla y de Juan de Silva, Xpóbal Martín Zambrano, y lo firmé de mi nombre; ques fecho ut supra?

Her. Ytaliano.



PLANO DE LOS SITIOS "LAS PALMAS" Y
ESCUELA "13 DE NOVIEMBRE"

— ALAUSI —

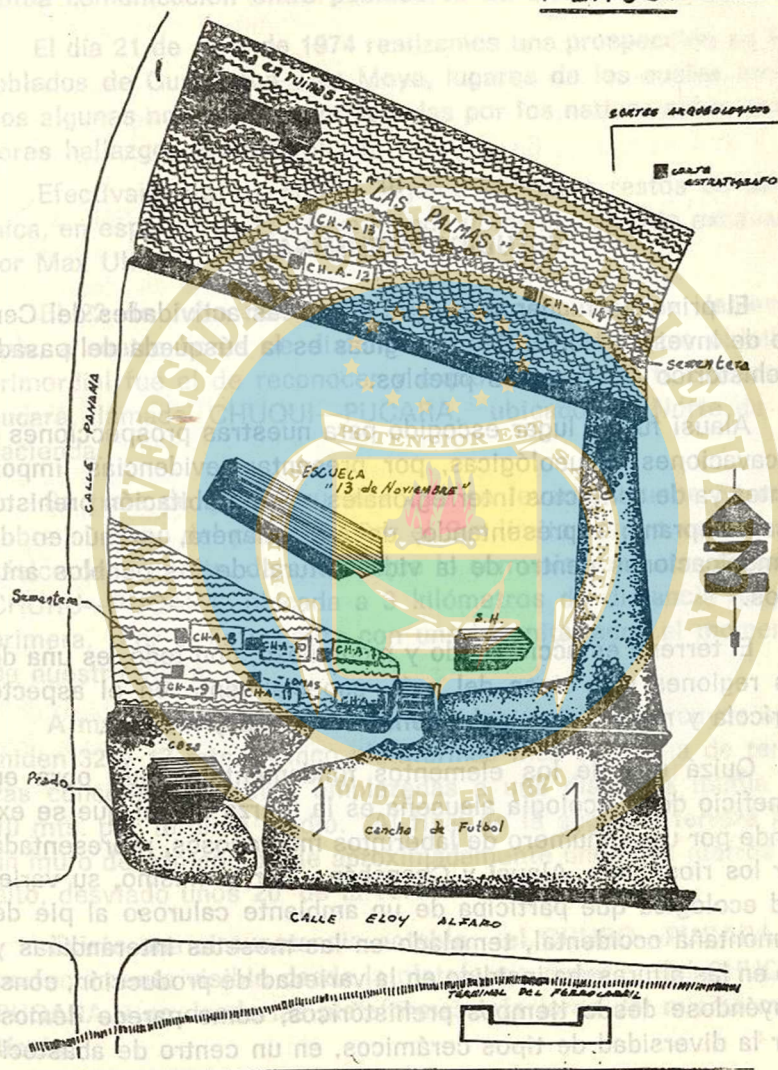


Fig. 1

III

ESTUDIOS PRELIMINARES

El principio fundamental que anima las actividades del Centro de Investigaciones Arqueológicas es la búsqueda del pasado prehistórico de nuestros pueblos.

Alausí fue el lugar escogido para nuestras prospecciones y excavaciones arqueológicas, por presentar evidencias importantes ya de contactos interregionales, ya de habitación prehistórica temprana; representando, de esta manera, un núcleo de comunicaciones dentro de la vida cultural de los pueblos antiguos.

El terreno es accidentado y montañoso, con todo, es una de las regiones más ricas del país, especialmente en el aspecto agrícola y minero, particularmente de azufre y mármol.

Quizá uno de los elementos fundamentales que obra en beneficio de la ecología alauseña es la fuerza fluvial que se expande por un sinnúmero de laberintos montañosos, representada por los ríos Tixán, Alausí y Chanchán. Por lo mismo, su variedad ecológica que participa de un ambiente caluroso al pie de la montaña occidental, templado en las mesetas interandinas y frío en las alturas, ha incidido en la variedad de producción, constituyéndose desde tiempos prehistóricos, como parece demostrar la diversidad de tipos cerámicos, en un centro de abasteci-

miento y muy, posiblemente, en una zona comercial de mucha importancia. Las abras de las cordilleras pudieron facilitar la mutua comunicación entre pobladores de diferentes zonas.

El día 21 de Julio de 1974 realizamos una prospección en los poblados de Guasuntos y La Moya, lugares de los cuales teníamos algunas noticias, proporcionadas por los nativos sobre anteriores hallazgos arqueológicos.

Efectivamente, en ambos lugares hallamos restos de cerámica, en especial en La Moya, donde ubicamos el sitio excavado por Max Uhle en 1936.

El 22 de Julio realizamos una prospección a la Hacienda Zula, a cuatro horas de distancia de Alausí. Nuestro objetivo primordial fue el de reconocer y explorar un lugar fortificado o **pucará**, llamado **CHUQUI—PUCARA**, ubicado al Norte de la hacienda.

Se trata de una estructura que se levanta a unos 50 mts. sobre el plano del páramo. Por el Sur limita con un camino incásico de 3.50 mts. de ancho, que lo comunica con otra llamada **CHURU—PUCARA**, ubicada a 3 kilómetros de distancia de la primera. Por el Este limita con una lagunita, seca al momento de nuestra visita.

A más de la terraza central ovoidea, existe otra cuyos ejes miden 32 y 17 mts. Cinco plataformas más en forma de terrazas concéntricas, están emplazadas a una distancia mutua de 10 mts. por término medio. Al final de la segunda terraza hay un muro de contención de aproximadamente unos dos metros de alto, desviado unos 20° de la vertical.

Existe una circunstancia notable: el **CHURO—PUCARA** es perfectamente visible desde la plataforma superior del **CHUQUI—PUCARA** y no desde las plataformas inferiores del mismo montículo.

En toda la zona llama la atención la presencia de encerramientos con muros de cantos rodados. Los más antiguos están recubiertos de un líquen de color llamativo entre amarillo y rojo ocre.

Realizamos también una prospección a la Hacienda de CHILI—PATA ubicada al Noroeste de Alausí, en donde existen vestigios de habitación prehistórica, posiblemente incásica.

En el área ocupada por el huerto de las Madres Salesas realizamos 5 cortes estratigráficos, 2 de ellos CHA—1 y CHA—2 precisamente junto a la piscina del Colegio, esto es, donde Max Uhle encontró los tiestos conservados en el Museo de esa misma institución.

Luego del primer Trabajo de Campo realizado en Alausí a fines del mes de Julio de 1974, el día 22 de Septiembre del mismo año regresamos a la citada población con el fin de intensificar las excavaciones en busca de mayores evidencias que nos permitieran elaborar un análisis cerámico local amplio y una posible asociación tipológica con otras zonas del país, tanto en el tiempo como en el espacio.

Nos fue difícil encontrar obreros dispuestos al trabajo; pues, la situación geográfica de Alausí la convierte en paso obligado de la Sierra a la Costa o viceversa, sirviéndose para esto de un medio de comunicación, que apenas subsiste en el Ecuador: el ferrocarril. Dada esta situación, algunos de sus vecinos se dedican a la carga y descarga de mercadería que llega a la estación dos o tres veces al día.

El día Domingo 22 de septiembre, por la tarde, realizamos una prospección al NE de Alausí en busca de evidencias arqueológicas, para ubicar posibles sitios de excavación. En una de estas prospecciones nos dimos cuenta de la existencia de cerá-

mica, diseminada en la superficie de un terreno extremadamente pedregoso.

Después de obtenido el permiso respectivo, realizamos 4 cortes en el sitio Las Palmas, 9 en los terrenos de la Escuela 13 de Noviembre y 5 en la localidad conocida con el nombre de la Chirimoya.

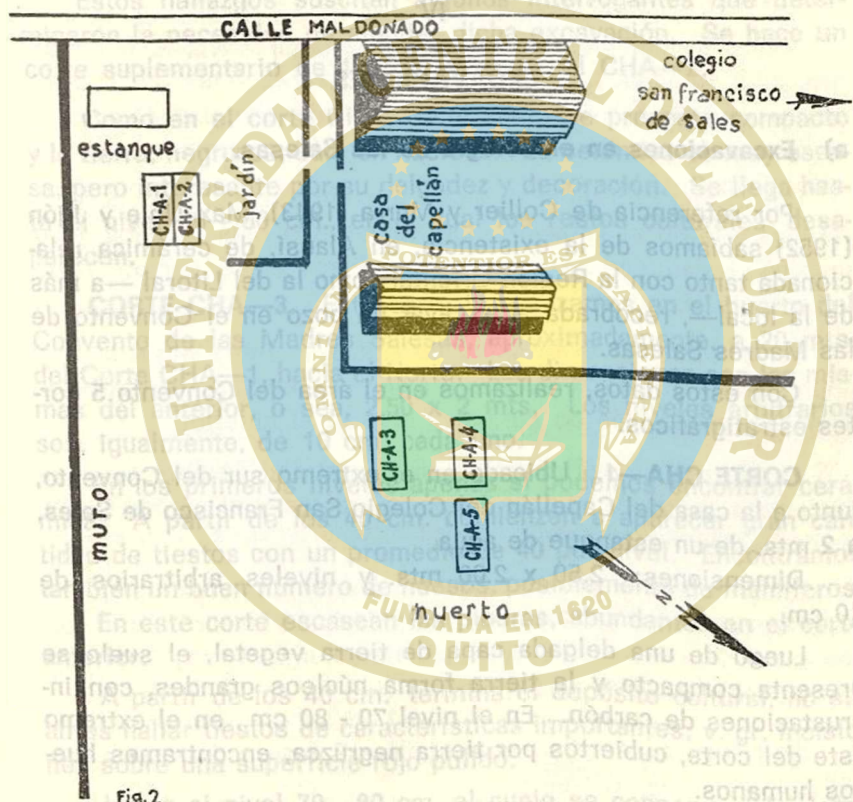


Fig.2

PLANO DE LAS EXCAVACIONES - COLEGIO SAN FRANCISCO DE SALES

IV

EXCAVACIONES

a) Excavaciones en el Colegio de las Salesas.

Por referencia de Collier y Murra (1943), Max Uhle y Jijón (1952) sabíamos de la existencia, en Alausí, de cerámica relacionada tanto con la Región Oriental como la del Litoral —a más de la local—, recobrada al excavar un pozo en el Convento de las Madres Salesas.

Con estos datos, realizamos en el área del Convento 5 cortes estratigráficos.

CORTE CHA—1. Ubicado en el extremo sur del Convento, junto a la casa del Capellán del Colegio San Francisco de Sales, a 2 mts. de un estanque de agua.

Dimensiones: 2.50 x 2.00 mts. y niveles arbitrarios de 10 cm.

Luego de una delgada capa de tierra vegetal, el suelo se presenta compacto y la tierra forma núcleos grandes, con incrustaciones de carbón. En el nivel 70 - 80 cm., en el extremo Este del corte, cubiertos por tierra negruzca, encontramos huesos humanos.

En el siguiente nivel, al Oeste del corte, hallamos una hilera de piedras (cantos rodados) superpuestas. En un primer mo-

mento, pensamos tratarse de restos de una antigua construcción; pero luego, llegamos a la conclusión de que se trataba de una formación natural, tal vez, de origen aluvional.

La cerámica es muy escasa, desde el primer nivel, cantidad que va disminuyendo a medida que se profundiza el corte, hasta desaparecer en el nivel 100 - 110 cm.

Estos hallazgos suscitan algunos interrogantes que determinaron la necesidad de ampliar dicha excavación. Se hace un corte suplementario de 1.40 x 2.50 mts. el CHA—2.

Como en el corte CHA—1, el suelo se presenta compacto y la tierra, negruzca, sale en núcleos. La cerámica es muy escasa, pero interesante por su delgadez y decoración. Se llega hasta el nivel 50 - 60 cm., en el cual los restos culturales desaparecen.

CORTE CHA—3. Este corte lo realizamos en el huerto del Convento de las Madres Salesas, aproximadamente, a 20 mts. del Corte CHA—1, hacia el Norte. Las dimensiones son las mismas del anterior, o sea, 2.50 x 2 mts. Los niveles arbitrarios son, igualmente, de 10 cm. cada uno.

En los primeros niveles apenas si podemos encontrar cerámica. A partir de los 40 cm. comienzan a aparecer gran cantidad de tiestos con un promedio de 40 por nivel. Encontramos también un buen número de huesos, posiblemente de mamíferos.

En este corte escasean las piedras, abundantes en el corte anterior.

A partir de los 40 cm. termina el depósito cultural, no sin antes hallar tiestos de características importantes; v. gr. incisiones sobre una superficie rojo pulido.

Hasta el nivel 70 - 80 cm. el suelo se conserva del mismo color, aunque aumenta el material lítico (guijarros) a medida que avanza la excavación.

Junto al corte A, hacia la pared que limita el huerto, realizamos un corte, CHA—3, realizado tanto para comprobar si el suelo del CHA—1 y CHA—2, hubieran sufrido alguna contaminación como porque sobre la superficie hallamos tuestos muy interesantes.

CORTE CHA—4. Lo realizamos a 3 mts. del Corte 1B al lado Norte, en el Convento de las Madres Salesas.

En el primer nivel el suelo es bastante suave, la tierra negra, muy húmeda, tal vez por las lluvias recientes, se encuentran muchas raíces de árboles. Hay escasa cantidad de piedras. Hallamos huesos de animales y carbón. La cerámica es escasa.

En el segundo nivel el suelo presenta las mismas características que en el anterior. Las raíces son más gruesas y aumentan en cantidad. Disminuye la cerámica que, por otro lado, no es muy abundante.

En el tercer nivel el suelo es suave, la tierra húmeda; con abundantes raíces, los huesos y basura aumentan, manteniendo la misma proporción de cerámica que en el anterior.

En el cuarto nivel aparecen gran cantidad de piedras; pero en cambio, tanto los huesos como las raíces y el carbón disminuyen considerablemente.

En el quinto y último nivel el terreno se torna completamente pedregoso; la tierra es húmeda, pero arenosa; tal vez, por esta razón las raíces decrecen notablemente. La cerámica recogida en este nivel es muy escasa.

CORTE CHA—5. Convento Madres Salesas. Lo realizamos a 2 mts. del Corte CHA—4.

En los dos primeros niveles el suelo es muy suave como si hubiera sido removido. La tierra se presenta con muchas raíces.

ces, húmeda y arenosa. Encontramos gran cantidad de huesos de animales. La cerámica es escasa.

En los dos niveles siguientes la cantidad de piedras aumenta. En estos tomamos una muestra de carbón. Tenemos que abandonar el corte luego de comprobar que el suelo se vuelve culturalmente estéril.

b) Excavaciones en terrenos de la Escuela

13 de Noviembre.

A este sitio lo ubicamos en el terreno de la Escuela 13 de Noviembre, de Alausí. Está situada entre la estación del ferrocarril, de la que le separa un muro de aproximadamente 9 mtrs. de altura.

Se excavaron 9 cortes estratigráficos, esto es desde el CHA—6 hasta CHA—14, inclusive.

Corte CHA—6. Este terreno es suave en relación al del sitio A.

Las dimensiones del corte son de 2x2 mtrs. Se utilizan para su excavación niveles arbitrarios de 20 cm. En el primer nivel la tierra se presenta relativamente suave. La cantidad de tiestos es notable, e interesante por la decoración rojo inciso.

En el segundo nivel el suelo y la tierra continúan como en el primero, la cerámica disminuye y comienzan a aparecer piedras, aunque en poca cantidad. Se encontró un tiesto rojo pulido con incisiones a modo de semicírculos.

En el tercer nivel la tierra se presenta más suave, debido acaso a la llovizna de la noche anterior. Aumenta la cantidad de piedras, en forma de guijarros, la cantidad de cerámica se mantiene como en el nivel anterior.

En el cuarto y último nivel la tierra no presenta ninguna variante de los anteriores. Continúan las piedras, pero los restos culturales desaparecen totalmente.

El Corte CHA—8, presenta en su primer nivel: tierra loda-sa por las continuas lluvias, lo que impide cernirla para reco-brar la cerámica existente. En el siguiente nivel el suelo se vuelve más compacto y la cerámica va disminuyendo hasta desa-parecer en el nivel 40 - 50 cm.

Corte CHA—9.— A 13 mts. del corte CHA—7. El suelo tie-ne las mismas características del corte anterior. Se llega hasta una profundidad de 40 cm., pero los restos culturales son muy escasos.

Corte CHA—10.— Suelo relativamente suave, tierra negra. El depósito cultural llega hasta los 50 cm. de profundidad, y en casi todos los niveles se recobra una buena cantidad de tiestos, muchos de ellos decorados.

Corte CHA—11.— Luego de la capa vegetal, el suelo se presenta suave, con tierra arenosa. Desde el segundo nivel, aparecen tiestos decorados, entre estos: Inciso Retocado, y Rojo entre Incisiones. Se llega hasta una profundidad de 50 cm.

Corte CHA—14.— Ubicado a 20 m. de los Cortes CHA—11, CHA—9, CHA—10 y a 8 m. del Corte CHA—7. El depósito cul-tural llega hasta los 50 cm. Este corte resulta muy interesante por los tiestos decorados que se recobran, entre los que apa-recen. Rojo Inciso e Inciso Retocado, de motivos geomé-tricos.

c) Excavaciones en el sitio Las Palmas

Se encuentra aproximadamente a 1 Km. NO, del Convento de las Madres Salesas y a 30 m. Norte de la escuela 13 de No-viembre.

El terreno se encuentra formando un plano inclinado hacia el Norte, aproximadamente de unos 35°.

En este sitio se realizaron cuatro cortes estratigráficos, de 2x2 m. y niveles arbitrarios de 20 cm.

Corte CHA—12.— A 30 metros N. de la Escuela 13 de Noviembre y muy cerca de una quebrada rellena.

En el primer nivel la superficie está cubierta de paja y removida ligeramente por el arado. Tierra seca, arenosa, a los 15 cm. el suelo se presenta compacto. Los tiestos poseen rasgos de la tradición puruhá.

En el segundo nivel la tierra se presenta un poco más negra y húmeda. A la parte Sur aparece con un color pardo. Casi no hay piedras, ni huesos, tampoco carbón. La cerámica que disminuye en relación al primer nivel, presenta las mismas características anteriores.

En el tercer nivel a los 50 cm. aparece la cangahua pura; los restos culturales desaparecen totalmente.

Corte CHA—8.—Realizado a 15 m. Sur del corte CHA—7, luego de haber procedido a una recolección superficial. El terreno se halla cubierto de grama y de paja. El suelo se presenta muy compacto, luego de una capa de tierra vegetal, de 10 a 15 cm. La tierra es arcillosa, seca, se la encuentra en forma de núcleos.

En la parte sur aparece la cangahua. No se encontraron en este primer nivel huesos ni carbón. La cerámica es escasa.

El segundo nivel presenta un suelo completamente duro y compacto, se encuentran pocas piedras. Como en los cortes anteriores, no hallamos carbón.

La cerámica disminuye notablemente. Finalmente asoma la capa estéril geológica de cangahua.

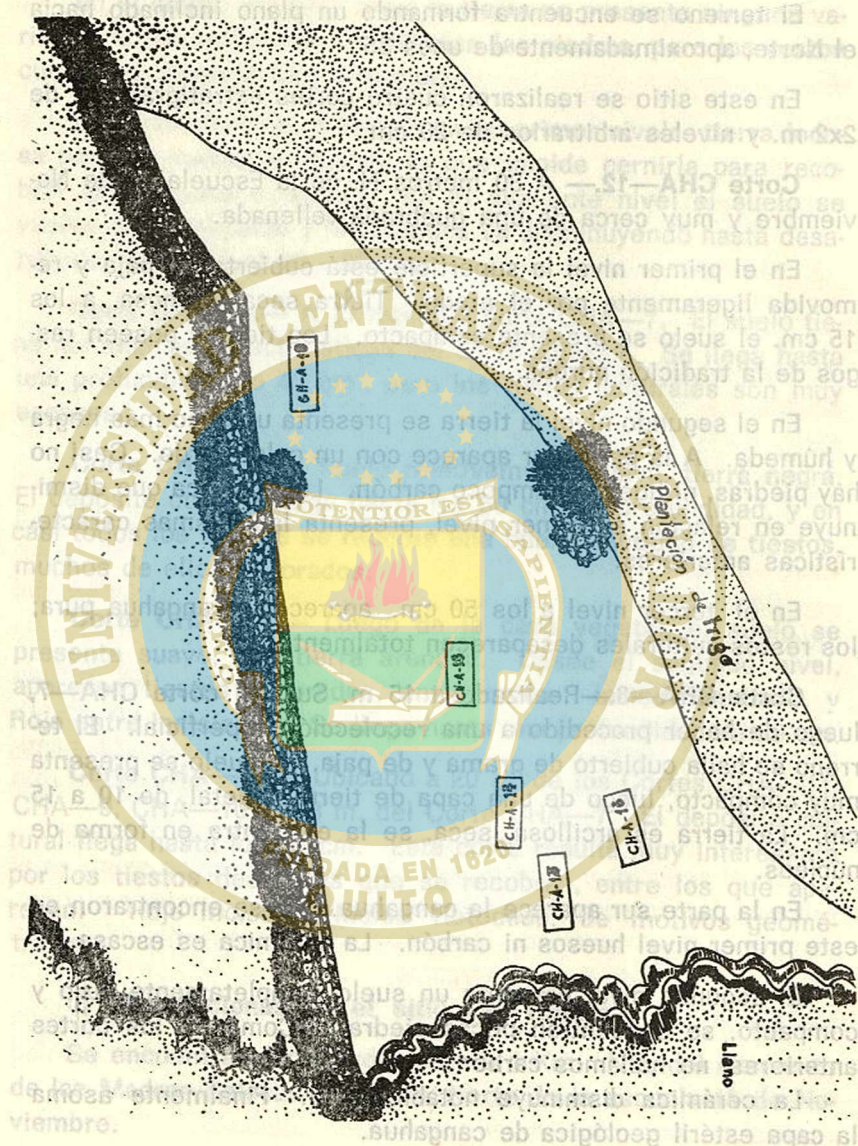


Fig. 4... SITIO LA CHIRIMOYA

Corte CHA—13.— Antes de efectuar la excavación procedimos a efectuar una recolección superficial. En este corte hallamos las mismas condiciones del anterior.

d) Excavaciones en el sitio La Chirimoya.

Este sitio está ubicado al suroeste de Alausí, aproximadamente a dos kilómetros de la población, entre la carretera que une Alausí con Guasuntos y la línea del ferrocarril que va a Guayaquil.

El nombre del sitio se debe a un viejo chirimoyal, que, solitario, se levanta en medio del terreno irregular.

A flor de tierra, diseminados por toda la superficie, encontramos numerosos tiestos con características puruhá e incásicas; en un pequeño declive, restos de huesos humanos.

En este sitio se realizamos cinco cortes de 2x2 mts. y niveles arbitrarios de 20 cm.

Corte CHA—15.— Lo realizamos en un pequeño plano que domina las tierras bajas y que evidencia haber sido un emplazamiento habitacional.

Nivel 0 — 20 cm. suelo suave con tierra vegetal. Aparece cerámica española y prehistórica.

Nivel 20 — 40 cm. y la tierra se torna completamente arenosa, disminuye la cerámica y desaparecen los tiestos españoles.

Nivel 40 — 60 cm.: tierra arenosa (amarillenta). Desaparecen los restos culturales.

Corte CHA—16.— 5 m. al Suroeste del Corte I. C. Suelo suave no pegregoso; tierra arenosa, fina y seca. Aparecen algu-

nos huesos, posiblemente de llama. La cerámica es muy escasa y en su mayoría utilitaria. Estas características se mantienen hasta el último nivel 80 — 100 cm., en el que la tierra es amarillenta y los restos culturales desaparecen.

Corte CHA—17.— A 2 m. del Corte CHA—16 en el lugar que se encontraron huesos humanos asociados a tiestos de cerámica utilitaria.

Superficie cubierta de paja de trigo y de núcleos de cangahua. Se pudo excavar sólo hasta los 20 cm. ya que desde los 15 cm. comenzó a aflorar la cangahuoso. Se recobraron algunos huesos y tiestos.

Corte CHA—18.— A 2.50 m. del Corte II C., en línea recta con el I. C. y junto a un muro de piedra que forma un corral.

Encontramos un suelo suave, tierra arenosa, seca, sin raíces ni piedras. Hallamos huesos, posiblemente de llama, un tupo o prendedor de cobre y algunos tiestos con hollín.

Al llegar al último nivel (80 — 100 cm.), la tierra se vuelve amarillenta.

Corte CHA—19.— A 3 m. del Corte CHA—18. Al final del primer nivel aparece tierra amarillenta, y la poca cerámica desaparece totalmente.

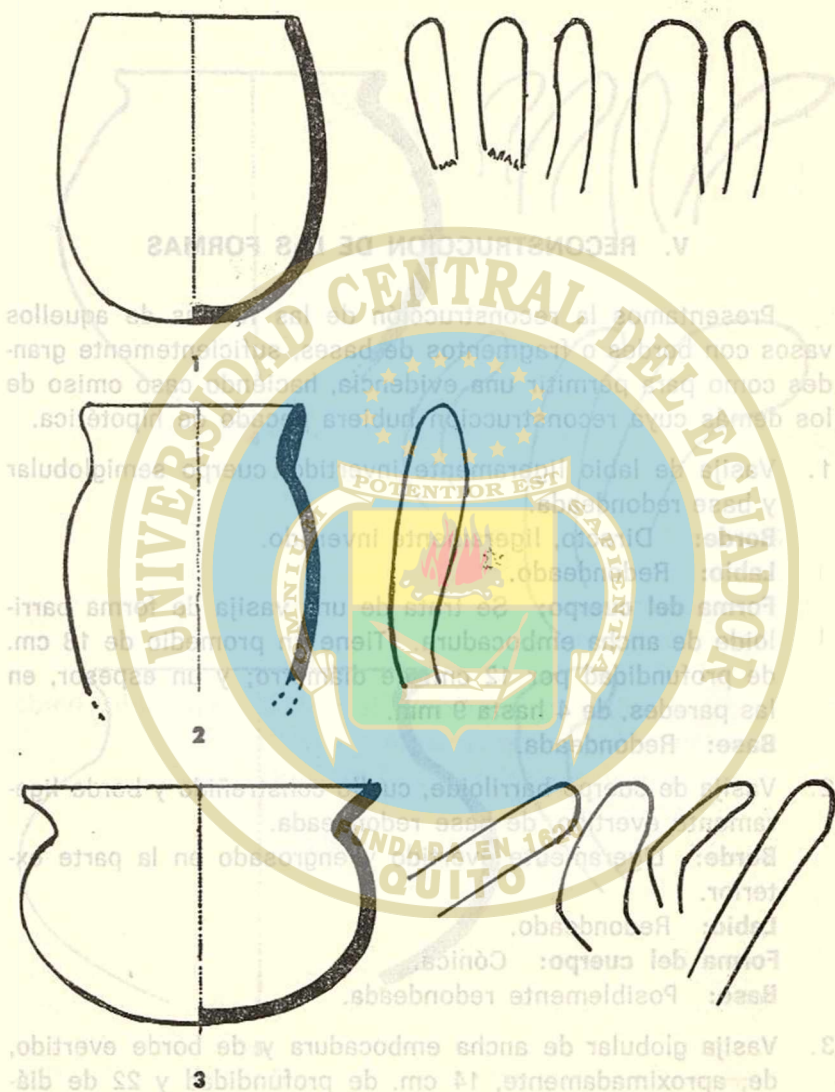


Fig. 5. Perfiles de bordes y formas reconstruidas de vasos de Alausí.

nos huesos, posiblemente de llama. La cerámica es muy escasa y en su mayoría, las vasijas se mantienen hasta el último nivel (30-100 cm. en el que la tierra es amarillenta y los restos culturales desaparecen.

Corte CHA-12 a 2 m. del Corte CHA-10 en el lugar que se encontraron huesos humanos y objetos de cerámica utilitaria.

V. RECONSTRUCCION DE LAS FORMAS

Presentamos la reconstrucción de las formas de aquellos vasos con bordes o fragmentos de bases, suficientemente grandes como para permitir una evidencia, haciendo caso omiso de los demás cuya reconstrucción hubiera pecado de hipotética.

1. Vasija de labio ligeramente invertido, cuerpo semiglobular y base redondeada.

Borde: Directo, ligeramente invertido.

Labio: Redondeado.

Forma del cuerpo: Se trata de una vasija de forma barriloides de ancha embocadura. Tiene un promedio de 18 cm. de profundidad por 12 cm. de diámetro; y un espesor, en las paredes, de 4 hasta 9 mm.

Base: Redondeada.

2. Vasija de cuerpo barriloides, cuello constreñido y borde ligeramente evertido, de base redondeada.

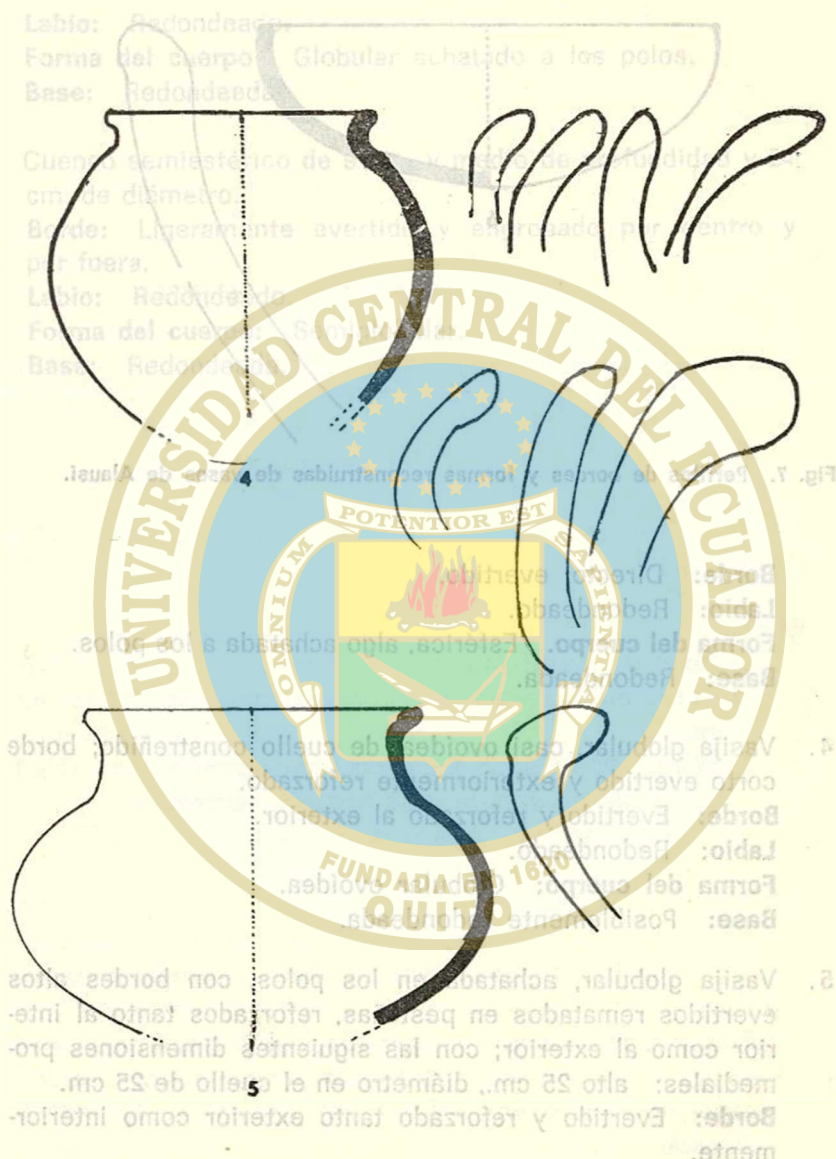
Borde: Ligeramente evertido y engrosado en la parte exterior.

Labio: Redondeado.

Forma del cuerpo: Cónica.

Base: Posiblemente redondeada.

3. Vasija globular de ancha embocadura y de borde evertido, de, aproximadamente, 14 cm. de profundidad y 22 de diámetro.



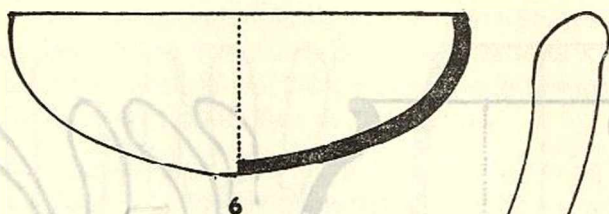


Fig. 7. Perfiles de bordes y formas reconstruidas de vasos de Alausí.

Borde: Directo, evertido.

Labio: Redondeado.

Forma del cuerpo. Esférica, algo achatada a los polos.

Base: Redondeada.

4. Vasija globular, casi ovoídea, de cuello constreñido; borde corto evertido y exteriormente reforzado.

Borde: Evertido y reforzado al exterior.

Labio: Redondeado.

Forma del cuerpo: Globular ovoídea.

Base: Posiblemente redondeada.

5. Vasija globular, achatada en los polos, con bordes altos evertidos rematados en pestañas, reforzados tanto al interior como al exterior; con las siguientes dimensiones promedio: alto 25 cm., diámetro en el cuello de 25 cm.

Borde: Evertido y reforzado tanto exterior como interiormente.

Labio: Redondeado.

Forma del cuerpo: Globular achatado a los polos.

Base: Redondeada.

6. Cuenco semiesférico de 9 cm. y medio de profundidad y 24 cm. de diámetro.

Borde: Ligeramente evertido y engrosado por dentro y por fuera.

Labio: Redondeado.

Forma del cuerpo: Semiglobular.

Base: Redondeada.



VI. DESCRIPCION DE LOS TIPOS

Hay dos tipos de Ordinario, de acuerdo al desgrasante, y 13 tipos de decorados. En total describimos 15 tipos cerámicos.

a. ALAUSI ORDINARIO

RASGOS DIAGNOSTICOS: Partículas de desgrasante inferiores a 1 mm.

PASTA:

Método de manufactura: Acordelado.

Desgrasante: Partículas de arena cuarzosa inferiores a 1 mm.

Textura: Pasta poco compacta, aunque no friable, deja frecuentes bolsas de aire. Su fractura es irregular.

Color: Carmelita y gris oscuro.

SUPERFICIE:

Color: Aproximadamente el 60% de los tiestos posee un color caoba claro, tendiente al rojo. El resto es gris oscuro.

Tratamiento: La parte interna ha sido igualada, pero las irregularidades son continuas. La parte exterior ha sido ali-seda, no llega a ser pulimentada, es mate e irregular.

Dureza: 2.5.

FORMA:

Borde: Recto, ligeramente evertido o invertido.

Espesor de las paredes: Desde los 3 mm. hasta 1 cm.

Base: No existen evidencias directas, pero posiblemente fue redondeada.

Formas reconstruidas: 1, 3 y 4.

DIFERENCIAS TEMPORALES DEL TIPO: Aumenta de popularidad desde la parte más temprana de la seriación hasta la tardía.

POSICION CRONOLOGICA DEL TIPO: Presente a través de toda la Seriación.

b) ZULA ORDINARIO

RASGOS DIAGNOSTICOS: Partículas de desgrasante superiores a 1 mm.

PASTA:

Método de manufactura: Acordelado.

Desgrasante: Arena cuarzosa.

Textura: Pasta escasamente compacta de fractura irregular. La distribución del desgrasante es bastante irregular.

Color: Carmelita claro y oscuro o gris oscuro.

SUPERFICIE:

Color: Aproximadamente el 60% posee una superficie color caoba y los restantes, gris oscuro.

Tratamiento: Ligeramente igualada en la parte interior, en donde con frecuencia se notan irregularidades; en el exterior, en cambio, la superficie ha sido alisada; a veces se presentan ligeras líneas estriadas.

Dureza: 2.5.

FORMA:

Borde: Recto, evertido y ligeramente evertido.

Espesor de las paredes: Generalmente gruesa. Va desde 0.5 cm. hasta 1.5.

Base: Posiblemente redondeada.

Formas más comunes: 1, 3 y 4.

DIFERENCIAS TEMPORALES DEL TIPO: Aumenta de popularidad desde la parte más temprana a la más tardía.

POSICION CRONOLOGICA DEL TIPO: Presente a través de toda la Seriación.

c) ALAUSI ROJO SOBRE LEONADO

RASCO DIAGNOSTICO: Pintura roja aplicada sobre la superficie leonada, a modo de franjas.

PASTA:

Color: Anaranjado, dejando entrever un núcleo gris oscuro.

Tratamiento: Se aplicó la pintura roja al vaso, ya sea en el borde o en el cuerpo, interior o exteriormente.

Técnica: Con un pincel se ha procedido a pintar de rojo determinadas partes de la superficie natural del barro.

FORMA:

Borde: Recto, evertido, con el labio redondeado.

Grosor: Desde 3 mm. hasta 8 mm.

Base: Ninguna asociada directamente a estos tiestos.

Formas reconstruidas: 1, 2, 3 y 4.

Diferencias temporales del tipo: Disminuye su popularidad a medida que avanza en la Seriación, desde la parte más temprana a la más tardía.

Posición cronológica: Presente en la parte inferior o temprana de la Seriación.

d) ALAUSI ROJO PULIDO

RASCO DIAGNOSTICO: Rojo pulido.

PASTA:

Color: Anaranjado, con núcleo entre gris claro y gris oscuro.

Técnica: Sobre la superficie natural del barro se ha aplicado un baño rojo.

FORMA:

Borde: Recto, evertido y ligeramente invertido.

Grosor: Desde 4 mm. hasta 1 cm.

Base: Posiblemente redondeada y anular.

Formas reconstruidas: 1, 2, 3 y 4.

DIFERENCIAS TEMPORALES DEL TIPO: Disminuye su popularidad desde la parte más temprana a la más tardía.

POSICION CRONOLOGICA: Presente de manera especial en la parte inferior de la SERIACION.

e) ALAUSI ROJO

RASCO DIAGNOSTICO: Engobe rojo no pulido.

PASTA:

Color: Anaranjado, en el centro se distingue un núcleo gris oscuro o claro.

Textura: Distribución irregular del antiplástico, frecuentes bolsillos de aire, pero no friable.

Cocción: Pasta incompletamente oxidada.

SUPERFICIE:

Color: Rojo en la parte externa de los tiestos.

Tratamiento: La parte exterior del barro demuestra un grado de alisamiento pobre, y más aún la parte interna, en donde pueden verse frecuentes irregularidades.

Dureza: 2.5.

FORMA:

Borde: Directo, evertido, con labio redondeado, biselado.

Espesor de las paredes: Desde 4 mm. hasta 1 cm. y 2 mm.

Base: Posiblemente redondeada.

Formas reconstruidas: 1, 2, 3 y 4.

DECORACION:

Técnica: El baño rojo se lo aplicó a la superficie del objeto, pero en forma irregular, dejando constantemente, entrever las porosidades del barro.

Motivo: Ninguno observable.

DIFERENCIAS TEMPORALES DEL TIPO: Aumenta de popularidad hacia la parte tardía de la Seriación.

POSICION CRONOLOGICA DEL TIPO: Presente desde el tercio inferior de la Seriación, llega a su máxima popularidad en la parte superior desde, donde se nota un ligero decrecimiento.

f) ALAUSI ROJO INCISO RETOCADO

RASGOS DIAGNOSTICOS: Finas incisiones que posteriormente han sido retocadas por pequeñas puntuaciones, dispuestas sobre la superficie roja pulida de los tiestos.

PASTA:

Textura: Bastante compacta, aunque es notoria la presencia de bolsillos de aire. La distribución del desgrasante, regular.

Color: Anaranjado, con un núcleo central de color gris oscuro, y a veces carmelita claro.

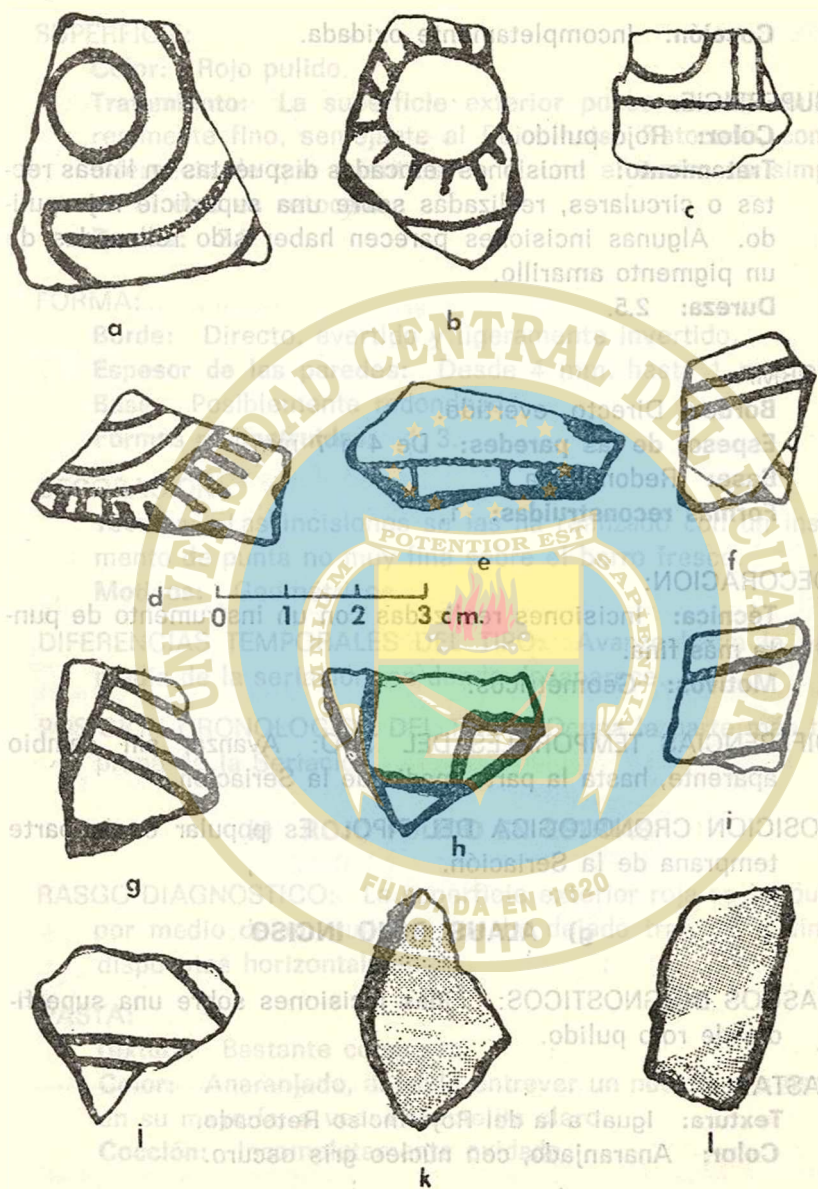


Fig. 8. Tiestos de Alausí: a-j, Inciso Retocado; k, l, Bandas Rojas sobre Buff.

Cocción: Incompletamente oxidada.

SUPERFICIE:

Color: Rojo pulido.

Tratamiento: Incisiones retocadas dispuestas en líneas rectas o circulares, realizadas sobre una superficie rojo pulido. Algunas incisiones parecen haber sido rellenadas de un pigmento amarillo.

Dureza: 2.5.

FORMA:

Borde: Directo, evertido.

Espesor de las paredes: De 4 a 7 mm.

Base: Redondeada.

Formas reconstruidas: 1.

DECORACION:

Técnica: Incisiones realizadas con un instrumento de punta más fina.

Motivos: Geométricos.

DIFERENCIAS TEMPORALES DEL TIPO: Avanza, sin cambio aparente, hasta la parte media de la Seriación.

POSICION CRONOLOGICA DEL TIPO: Es popular en la parte temprana de la Seriación.

g) ALAUSI ROJO INCISO

RASGOS DIAGNOSTICOS: Finas incisiones sobre una superficie de rojo pulido.

PASTA:

Textura: Igual a la del Rojo Inciso Retocado.

Color: Anaranjado, con núcleo gris oscuro.

SUPERFICIE:

Color: Rojo pulido.

Tratamiento: La superficie exterior posee un rojo pulido realmente fino, semejante al Rojo Inciso Retocado, con la diferencia de que mientras en el uno el inciso es simple, en el otro es retocado.

Dureza: 2.5.

FORMA:

Borde: Directo, evertido y ligeramente invertido.

Espesor de las paredes: Desde 4 mm. hasta 1 mm.

Base: Posiblemente redondeada.

Formas reconstruidas: 1, 3.

DECORACION:

Técnica: Las incisiones se las ha realizado con un instrumento de punta no muy fina sobre el barro fresco.

Motivos: Geométricos.

DIFERENCIAS TEMPORALES DEL TIPO: Avanza hacia la parte media de la seriación, en donde desaparece.

POSICION CRONOLOGICA DEL TIPO: Ocupa la parte más temprana de la Seriación.

h) ROJO PULIDO EN ESTRIAS

RASGO DIAGNOSTICO: La superficie exterior roja se ha pulido por medio de un guijarro que ha dejado tras de sí líneas dispuestas horizontalmente.

PASTA:

Textura: Bastante compacta.

Color: Anaranjado, dejando entrever un núcleo gris oscuro en su mayoría, a veces carmelita claro.

Cocción: Incompletamente oxidada.

SUPERFICIE:

Color: Rojo.

Tratamiento: La superficie ha sido bañada de rojo y luego pulida en líneas horizontales.

Dureza: 2.5.

FORMA:

Borde: Evertido.

Espesor de las paredes: Desde 3 mm. hasta 8 mm.

Base: Posiblemente redondeada.

Forma reconstruida: 3.

DECORACION:

Técnica: El estriado se lo ha producido con un guijarro que dejó tras de sí líneas pulidas generalmente dispuestas en forma horizontal.

POSICION CRONOLOGICA DEL TIPO: Presente en la parte inferior, media y superior de la Seriación.

DIFERENCIAS TEMPORALES DEL TIPO: Aparece en la parte inferior de la Seriación para reaparecer en la media en donde alcanza su popularidad para desaparecer en la parte superior.

i) PULIDO EN ESTRIAS

RASGO DIAGNOSTICO: Líneas pulidas dispuestas en su mayoría horizontalmente.

PASTA:

Textura: Compacta.

Color: Anaranjado con un núcleo grisáceo oscuro o carmelita claro.

Cocción: Incompleta.

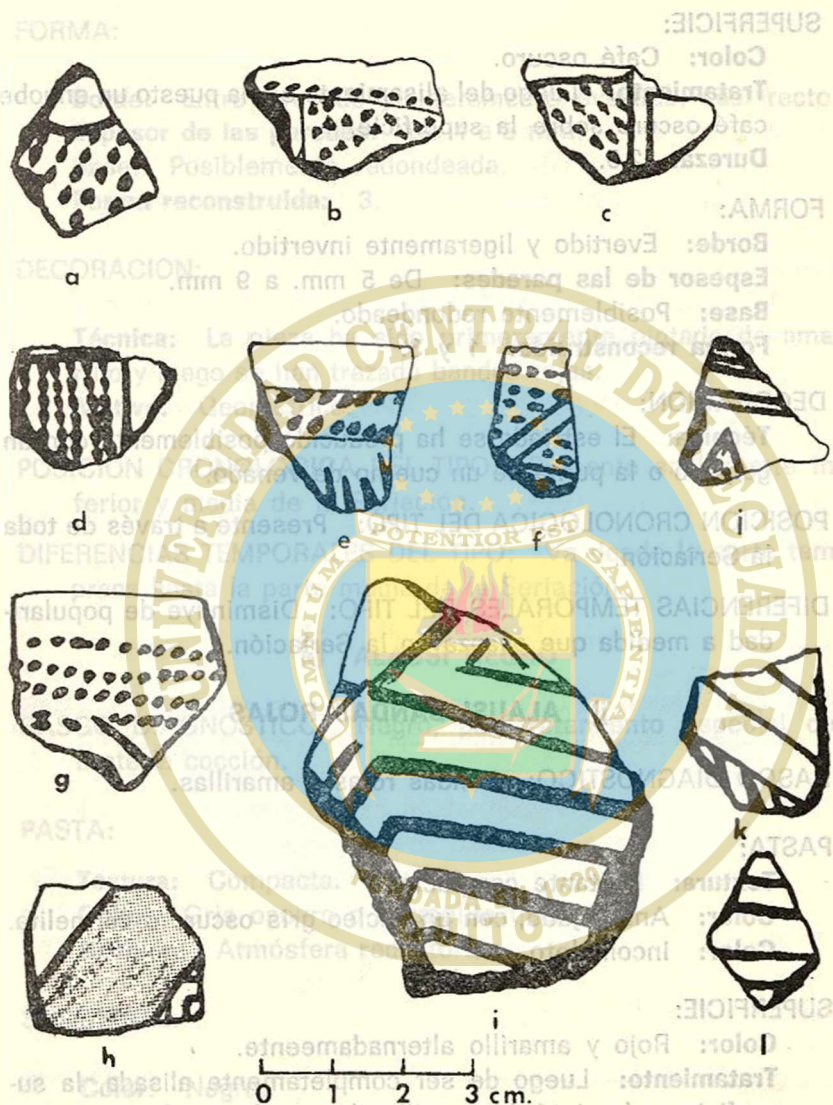


Fig. 9. Tiestos de Alausí: a-g, Punteado Zonal; h, Rojo entre incisiones; i, Inciso; j-k, Especiales.

SUPERFICIE:

Color: Café oscuro.

Tratamiento: Luego del alisamiento se ha puesto un engobe café oscuro sobre la superficie.

Dureza: 2.5.

FORMA:

Borde: Evertido y ligeramente invertido.

Espesor de las paredes: De 5 mm. a 9 mm.

Base: Posiblemente redondeado.

Forma reconstruida: 1 y 3.

DECORACION:

Técnica: El estriado se ha producido posiblemente con un guijarro o la punta de un cuerno de venado.

POSICION CRONOLOGICA DEL TIPO: Presente a través de toda la Seriación.

DIFERENCIAS TEMPORALES DEL TIPO: Disminuye de popularidad a medida que avanza en la Seriación.

j) ALAUSI BANDAS ROJAS

RASGO DIAGNOSTICO: Bandas rojas y amarillas.

PASTA:

Textura: Bastante compacta.

Color: Anaranjado, con un núcleo gris oscuro o carmelita.

Color: Incompleto.

SUPERFICIE:

Color: Rojo y amarillo alternadamente.

Tratamiento: Luego de ser completamente alisada, la superficie se la pintó de amarillo alternando con franjas rojas.

Dureza: 2.5.

FORMA:

FORMA:

Borde: Entre evertido y ligeramente evertido, casi recto.

Espesor de las paredes: De 4 a 9 mm.

Base: Posiblemente redondeada.

Forma reconstruida: 3.

DECORACION:

DECORACION:

Técnica: La pieza ha sido primeramente pintada de amarillo y luego se han trazado bandas rojas.

Motivo: Geométrico.

POSICION CRONOLOGICA DEL TIPO: Presente en la parte inferior y media de la Seriación.

DIFERENCIAS TEMPORALES DEL TIPO: Va desde la parte temprana hasta la parte media de la Seriación.

k) ALAUSI NEGRO

RASGO DIAGNOSTICO: Negro, por tratamiento especial durante la cocción.

PASTA:

Textura: Compacta.

Color: Gris oscuro o carmelita oscuro.

Cocción: Atmósfera reductora.

SUPERFICIE:

SUPERFICIE:

Color: Negro.

Tratamiento: Simplemente pulido o engobado.

Dureza: 2.5.

FORMA:

Borde: Ligeramente evertido.

Espesor de las paredes: De 4 a 9 mm.

Base: Redondeada.

Formas reconstruidas: 1 y 3.

DECORACION:

Técnica: Total o parcialmente pulido, por medio de un guijarro.

POSICION CRONOLOGICA DEL TIPO: Parte inferior de la Seriación.

DIFERENCIAS TEMPORALES DEL TIPO: Desaparece en la parte superior de la seriación.

I) ALAUSI INCISO

RASGOS DIAGNOSTICOS: Incisiones geométricas realizadas sobre la superficie natural del barro.

PASTA:

Textura: Compacta.

Color: Anaranjado, con un núcleo gris oscuro o carmelita claro.

Cocción: Incompleta.

SUPERFICIE:

Color: Natural del barro.

Tratamiento: Superficie simplemente alisada.

Dureza: 2.5.

FORMA: Redondeada.

Borde: Evertido.

Espesor de las paredes: De 5 mm. a 1.3 cm.

Base: Redondeada.

Formas reconstruidas: 3 y 6.

DECORACION:

Técnica: Finas incisiones en V realizadas sobre la superficie natural del barro.

POSICION CRONOLOGICA DEL TIPO: Presente en toda la Seriación.

DIFERENCIAS TEMPORALES DEL TIPO: Aparece en la parte más temprana y termina en la parte tardía de la Seriación.

m) ALAUSI PUNTEADO ZONAL

RASGO DIAGNOSTICO: Finas incisiones delimitando zonas cubiertas de puntuación.

Textura: Compacta.

Color: Anaranjado, con núcleo gris oscuro.

Cocción: Incompletamente oxidado.

SUPERFICIE

Color: Caoba.

Tratamiento: Engobado y pulido.

Dureza: 2.5.

FORMA

Borde: Ligeramente invertido.

Espesor de las paredes: De 4 a 8 mm.

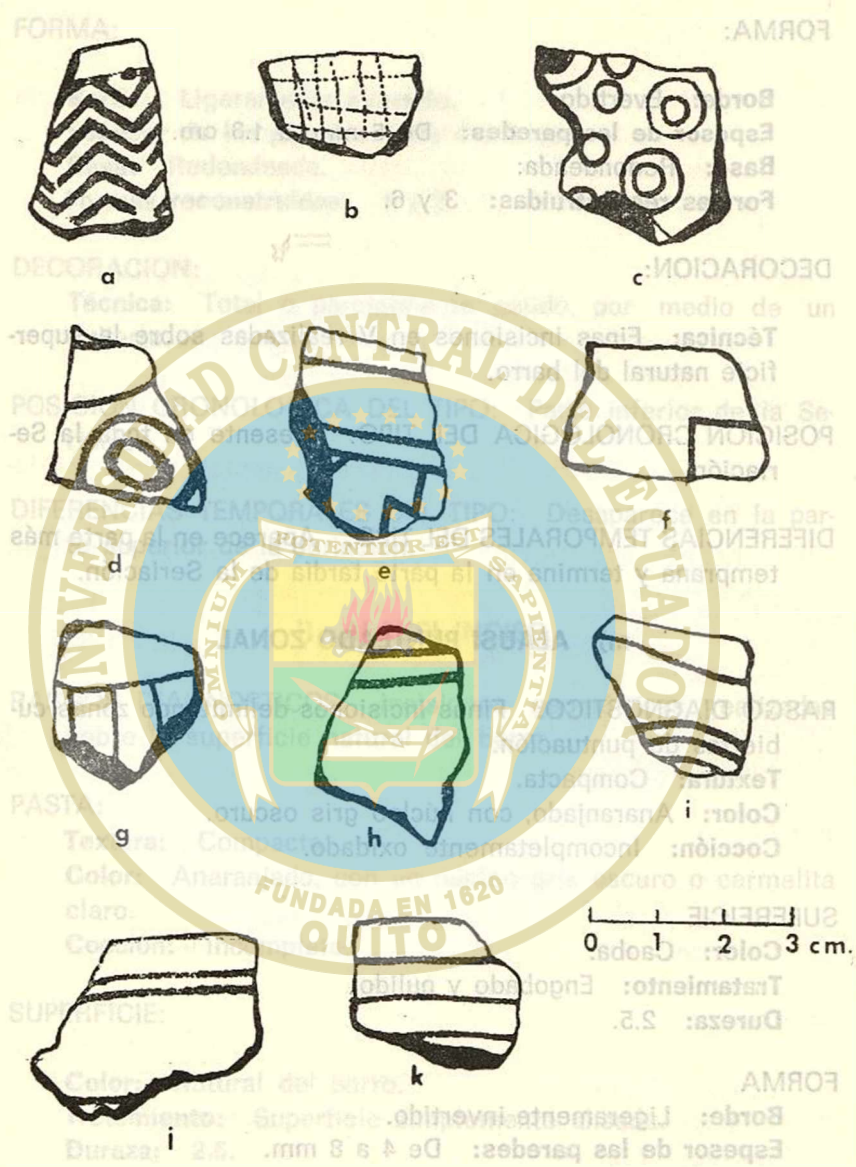


Fig. 10. Tiestos de Alausí: a-k, Rojo Inciso.

Base: Redondeada.

Forma reconstruida: 1.

DECORACION

Técnica: Puntuciones circulares paralelas, enmarcadas por una incisión.

POSICION CRONOLOGICA DEL TIPO: Parte temprana de la Seriación.

DIFERENCIAS TEMPORALES DEL TIPO: Va desapareciendo a medida que avanza hacia la parte superior de la Seriación.

n) ALAUSI MARRON

RASGO DIAGNOSTICO: Leonado claro.

PASTA

Textura: Compacta.

Color: Anaranjado, con núcleo gris oscuro o carmelita claro.

Cocción: Incompletamente oxidada.

SUPERFICIE

Color: Marrón.

Tratamiento: Pulido.

Dureza: 2.5.

FORMA

Borde: Ligeramente evertido.

Espesor de las paredes: De 4 a 9 mm.

Formas reconstruidas: 1 y 3.

DECORACION

Técnica: Engobado y pulido.

POSICION CRONOLOGICA DEL TIPO: Ocupa la parte inferior y media de la Seriación.

DIFERENCIAS TEMPORALES DEL TIPO: Disminuye de popularidad en la parte superior de la Seriación.

n) ALAUSI ROJO ENTRE INCISIONES

RASGO DIAGNOSTICO: Bandas rojas paralelas enmarcadas por incisiones.

PASTA

Textura: Compacta.

Color: Anaranjado, con núcleo gris oscuro.

Cocción: Incompleta.

SUPERFICIE

Color: Rojo.

Tratamiento: Pulido.

Dureza: 2.5.

FORMA

Borde: (No se encontró).

Espesor de las paredes: De 4 a 6 mm.

Base: (No se encontró).

Formas reconstruidas: Ninguna.

DECORACION

Técnica: Una vez delimitada la zona por medio de la incisión, se la pintó de rojo por medio de un grosero pincel.

POSICION CRONOLOGICA DEL TIPO: Ocupa la parte inferior o temprana de la Seriación.

DIFERENCIAS TEMPORALES DEL TIPO: Aparece en la parte media inferior de la Seriación.

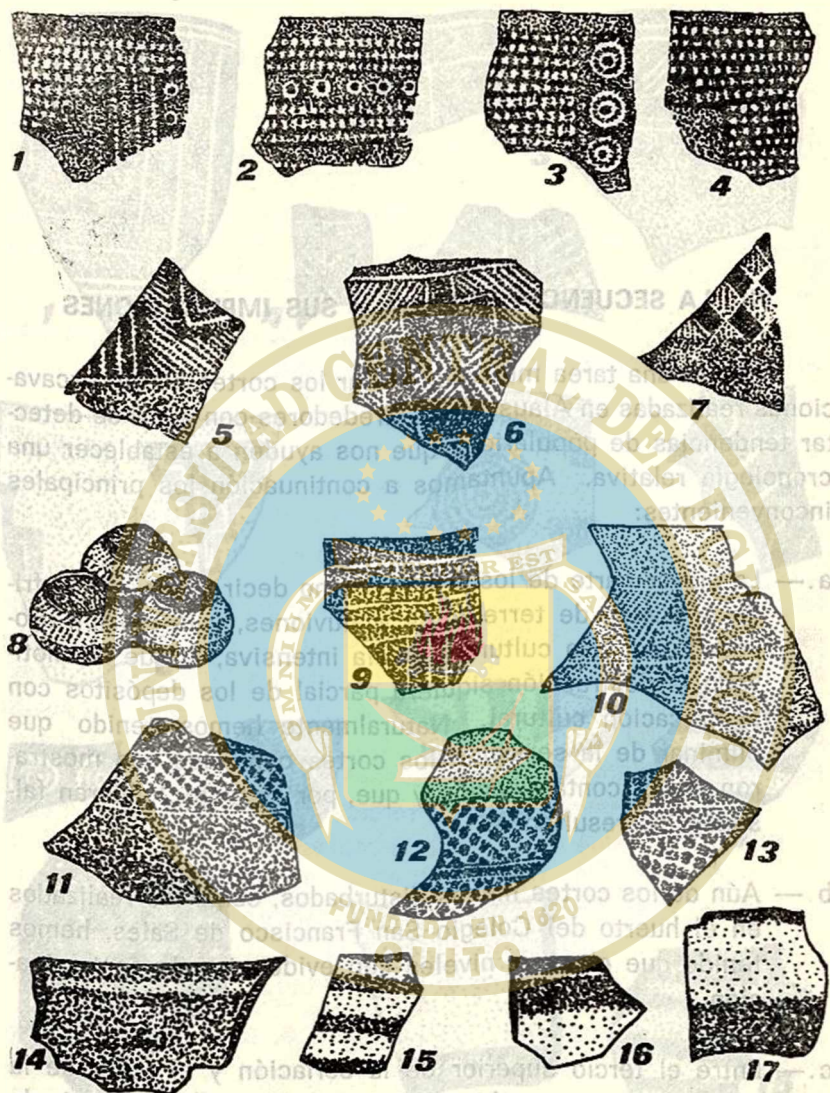


Fig. 11 Alfarería de ALAUSI y GUASUNTOS. Colección del Convento de San Francisco de Sales. 1-4: Negro pulido inciso; Alausí; 5-7: Negro inciso; Alausí; 8: Blanco sobre rojo; Guasuntos, altura 6,5 cm. 9: Gris inciso, Alausí; 10: Café inciso; Alausí; 11-13: Inciso descuidado en rojo; Alausí; 14-17: Narrío rojo sobre buff; Alausí. (Collier y Murra — 1943 — Lam. 5).

VII LA SECUENCIA SERIADA Y SUS IMPLICACIONES

Resultó una tarea muy ruda seriar los cortes de las excavaciones realizadas en Alausí y sus alrededores con el fin de detectar tendencias de popularidad que nos ayuden a establecer una cronología relativa. Apuntamos a continuación los principales inconvenientes:

- a.— La mayor parte de los sitios, por no decir todos, han sufrido la acción de terremotos y aluviones, y la erosión provocada por una cultura agrícola intensiva, lo que ha motivado la destrucción siquiera parcial de los depósitos con significación cultural. Naturalmente hemos tenido que eliminar de la seriación los cortes o niveles que mostraron mayor contaminación y que, por lo tanto, hubieran falseado los resultados.
- b.— Aún de los cortes menos disturbados, como los realizados en el huerto del Colegio San Francisco de Sales, hemos tenido que eliminar niveles con evidencias de contaminación.
- c.— Entre el tercio superior de la seriación y el resto de la misma hay como un hiato o interrupción en la tendencia de popularidad, que nos indica una desocupación, siquiera temporal, de la zona; debida, acaso, a un cataclismo.



Fig. 12. Tiestos de ALAUSI. Colección del Convento de San Francisco de Sales. 1-8 Rojo pulido inciso; 9-10: Gris delgado inciso; 11-12-15: Inciso bandas rojas; 13-14: Inscrustado de cuarzo. (Collier y Murra — 1933 — Lam. 6).

d.— En varios de los niveles restantes no pudimos obtener, ni siquiera, 50 tiestos que es el mínimo requerido por James Ford para la seriación; por lo tanto, también éstos debieron ser eliminados de la seriación.

Estos inconvenientes que acabamos de anotar y que no pocas veces se presentan en forma aislada en otros sitios arqueológicos, cobran en Alausí caracteres alarmantes.

Pese a estas circunstancias negativas, la seriación resultante muestra interesantes tendencias de popularidad.

Los tiestos ordinarios se han dividido, de acuerdo al desgrasante más o menos grueso, en dos tipos: **Alausí Ordinario** con granos de desgrasante inferiores a 1 mm., y **Zula Ordinario** tiene tendencia claramente descendente, esto es, con mayor popularidad en la sección inferior de la seriación.

Zula Ordinario, tiene también una tendencia descendente, aparentemente contra toda lógica, porque de ordinario, en otras seriaciones, aumenta el tipo de desgrasante fino cuando disminuye el de desgrasante grueso y viceversa. A este propósito conviene anotar que en el tercio superior de la seriación disminuyen bruscamente y hasta desaparecen, en algunos casos, los tipos decorados que en los dos tercios inferiores, especialmente el último, tiene una extraordinaria representación.

Alausí Rojo, tiene tendencia descendente en su popularidad, a la inversa de **Alausí Rojo Pulido** que en el tercio superior de la seriación está escasamente representado.

Alausí Rojo sobre Buff (o leonado), **A. Rojo Inciso**, **A. Rojo Inciso Retocado**, **A. Bandas Rojas**, **A. Marrón**, **A. Negro**, **A. Rojo Pulido en Estrías**, **A. Inciso**, **A. Retocado**, y **A. Punteado Zonal**, tienen representación en los dos tercios inferiores de la seriación hasta desaparecer en el tercio superior. Están represen-

tados sin mostrar ninguna tendencia en los dos tercios inferiores de la seriación: **A. Rojo entre Incisiones A. Punteado Zonal.**

Periodización de la seriación.— Es fácilmente discernible la presencia, en el material arqueológico de Alausí, de dos períodos:

Período A.— Caracterizado por la presencia de A. Rojo Pulido, A. Inciso Retocado, A. Rojo sobre Buff, y en general de todos los tipos decorados, a excepción de: A. Marrón, A. Rojo, A. Rojo Pulido en Estrías, que tienen una débil representación en el tercio intermedio de la seriación. Este período corresponde temporalmente al Cerro Narrío Temprano de Collier y Murra (1943, pág. 80, fig. 17).

Probablemente debido a la abundancia de Incisos semejantes en técnica y motivos a los de la Fase Machalilla, en la Costa del Ecuador, como ya lo hizo notar la Dra. Meggers (1966, pág. 62); puede ubicarse el período Temprano de la Fase Alausí, en una etapa ligeramente anterior a Cerro Narrío Temprano, que acaso pertenece al período de transición entre Machalilla y Chorrera (Meggers-1966, pág. 66).

Ya hicimos notar que A. Rojo entre Incisiones, según Meggers (1966) diagnóstico de Chorrera, parece ser intrusivo tanto en la Colección del Colegio San Francisco de Sales, como en nuestra propia Colección. Este tipo abunda extraordinariamente en la Fase Macas, al Oriente de Alausí; estudiada por el que escribe estas líneas.

Período B.— Corresponde, en cierta manera, al Período Tardío de Cerro Narrío; con abundancia de ordinarios, **A. Rojo** y la presencia de intrusivos norteños (puruhá) y notable disminución, casi brusca, de los tipos decorados del período anterior. Queda en calidad de intrusivo el **A. Rojo entre Incisiones**, acaso precedente del Oriente.

CH-A-16 0 20 cm.

CH-A-17 0 20

CH-A-16 20 40

CH-A-18 20 40

CH-A-16 40 60

CH-A-15 0 20

CH-A-4 40 60

CH-A-4 60 80

CH-A-3 20 40

CH-A-3 40 60

CH-A-3 60 80

CH-A-11 0 20

CH-A-1 0 20

CH-A-1 40 60

CH-A-6 0 20

CH-A-6 40 60

CH-A-14 0 20

CH-A-14 20 40

CH-A-11 20 40

CH-A-9 0 20

CH-A-10 0 20

CH-A-10 20 40

CH-A-7 0 20

CH-A-7 20 40

0 10 20 30%

Seriación cerámica de Alausí

ALAUSSI ORDINARIO

ZULA ORDINARIO

ALAUSI ROJO

A.ROJO PULIDO

A. ROJO
SOBRE BUFF

A.ROJO INCISO
A.ROJO INCISO
RETOCADO

A.BANDAS ROJAS

A. MARRON

APUNTEADO ZONAL

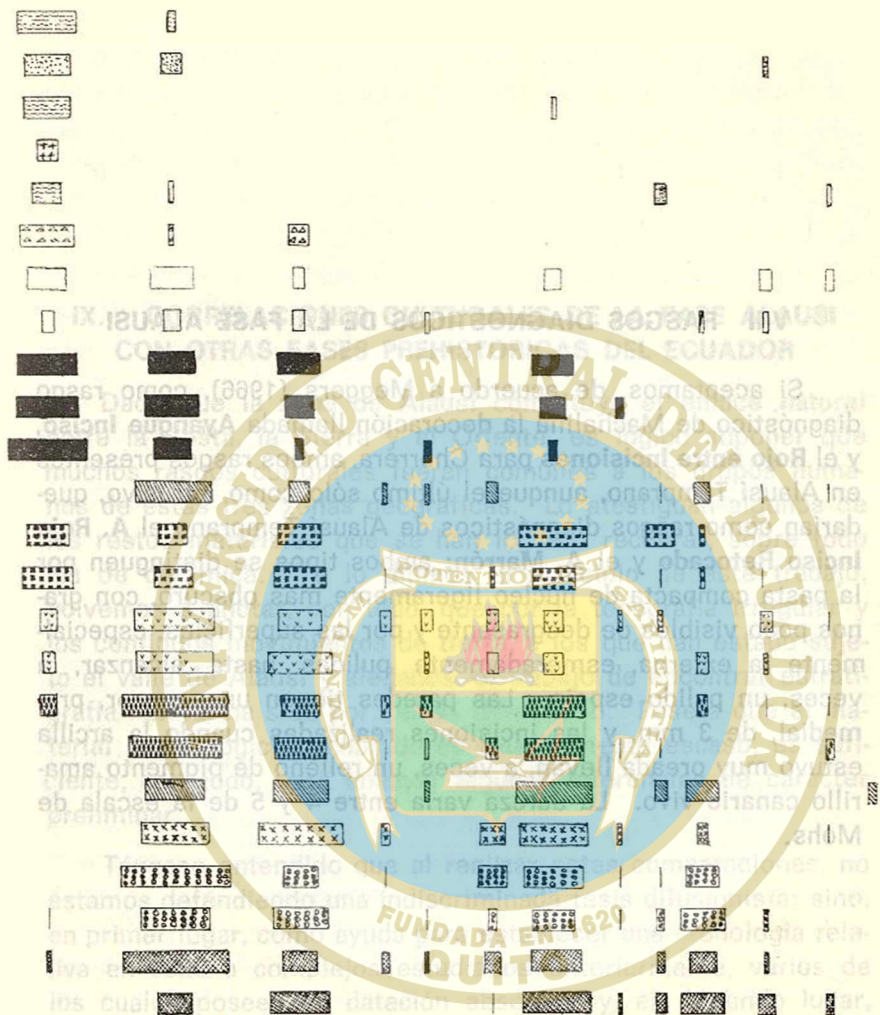
A.NEGRO

A. PULIDO
EN ESTRIAS

AROJO PULIDO
EN ESTRIAS

A. INCISO

A. ROJO
ENTRE INCISIONES



VIII RASGOS DIAGNOSTICOS DE LA FASE ALAUSI

Si aceptamos, de acuerdo a Meggers (1966), como rasgo diagnóstico de Machalilla la decoración llamada **Ayangue Inciso**, y el **Rojo entre Incisiones** para Chorrera, ambos rasgos presentes en Alausí Temprano, aunque el último sólo como intrusivo, quedarían como rasgos diagnósticos de Alausí Temprano el **A. Rojo Inciso Retocado** y el **A. Marrón**; ambos tipos se distinguen por la pasta compacta de núcleo ligeramente más oscuro, con granos poco visibles de desgrasante y por las superficies, especialmente la externa, esmeradamente pulidas hasta alcanzar, a veces, un pulido espejo. Las paredes tienen un espesor, promedio, de 3 mm. y las incisiones realizadas cuando la arcilla estuvo muy oreada llevan, a veces, un relleno de pigmento amarillo canario vivo. La dureza varía entre 4 y 5 de la escala de Mohs.

FUNDADA EN 1620
QUITO

IX. CORRELACIONES CULTURALES DE LA FASE ALAUSÍ CON OTRAS FASES PREHISTÓRICAS DEL ECUADOR

Dado que la zona de Alausí constituye el enlace natural entre la Costa, la Sierra y el Oriente, es lógico suponer que muchos rasgos culturales fueran comunes a los grupos humanos de estas tres zonas geográficas. Lo atestiguan algunos de los restos materiales que se han logrado recobrar, sobre todo los de cerámica. Ya lo dijimos al principio de este trabajo, volvemos a anotar, con todo, que por la topografía irregular y los continuos movimientos de tierra, a los que han estado sujeto el valle de Alausí y aledaños, el trabajo de encontrar estratigrafía natural ha sido por demás dificultoso. Pese a que el material arqueológico recobrado es relativamente escaso, es suficiente, con todo, para ensayar algunas inferencias de carácter preliminar.

Téngase entendido que al realizar estas comparaciones, no estamos defendiendo una indiscriminada tesis difusionista; sino, en primer lugar, como ayuda para establecer una cronología relativa en base a complejos estudiados anteriormente, varios de los cuales poseen ya datación absoluta; y, en segundo lugar, para incluir este complejo cultural dentro de un todo que se desarrolló en un espacio y tiempo determinados y no como un fenómeno aislado.

Entre **Alausí** y **Machalilla** existen varias semejanzas. Las que mayormente llaman la atención son las decoraciones **bandas**

rojas e inciso hachurado. A su tiempo hicieron notar esta semejanza Collier y Murra, al analizar la colección cerámica del Museo del Colegio San Francisco de Sales, y la Dra. Meggers, quien supone que hubo un contacto cultural entre Alausí y las culturas formativas de la Costa en una época de transición entre Machalilla y Chorrera.

Se patentizan las relaciones entre Machalilla, Cerro Narrío y Alausí, al poner especial atención a la decoración **inciso línea fina sobre rojo pálido** o al comparar la fig. 30 de **Ancient Ecuador** (1.975) con la lámina 31, fig. 11, lámina 6, fig. 3 de Collier y Murra (1.943) y nuestra fig. b de la lámina 6, o con la fig. 2 de la lámina 135 de la obra de Estrada, Meggers y Evans (1.965).

También podemos encontrar semejanzas entre **Machalilla y Alausí** al observar detenidamente nuestras figuras e-h de la lámina 6 y las figs. g-h-i de la lámina 158 de Estrada, Meggers y Evans, que muestran una decoración semejante de **punteado zonal**.

Tenemos la suficiente evidencia para afirmar que la Fase Alausí es portadora de la tradición cerámica de Cerro Narrío, con el cual participa de varios rasgos culturales; lo evidencian, no solamente la decoraciones; sino, sobre todo, la textura y acabado de muchos de los tiestos encontrados en esta zona. Algunos tiestos decorados de Alausí son idénticos en textura y decoración a los de Cerro Narrío y viceversa. Véase a manera de ejemplo nuestra lámina 7, fig. c y compáresela con la lámina 8 y 9 de la lámina 31 de Collier y Murra (1943), así como con el Rojo Inciso que se encuentra representado en la lámina 32, fig. 2-5 10 con las figuras a-b-c-g de nuestra lámina 6, inclusive, la fig. 2 de la lámina 33 de Collier y Murra con nuestra fig. a de la lámina 7.

En lo que se relaciona con el valle de Jubones, recientemente estudiado por la Misión Inglesa dirigida por Warwick

Bray, particularmente sobre un promontorio a la orilla septentrional del Río Rircay, cerca de la confluencia con el Jubones, tenemos pocas evidencias por la escasez de las evidencias presentadas hasta la fecha por parte de la Misión; sin embargo, puede compararse nuestra fig. de la lámina 6 con las presentadas por Bray (comunicación personal) para Alausí y Jubones, corresponde a tiestos de fondo negro e incisiones finas con punteado zonal.

Una decoración diagnóstica de la Fase Alausí la constituye el **inciso retocado** sobre **rojo pulido**, de las que tenemos suficientes muestras que nos permiten cierta generalización.

CUADRO COMPARATIVO DE RASGOS CULTURALES

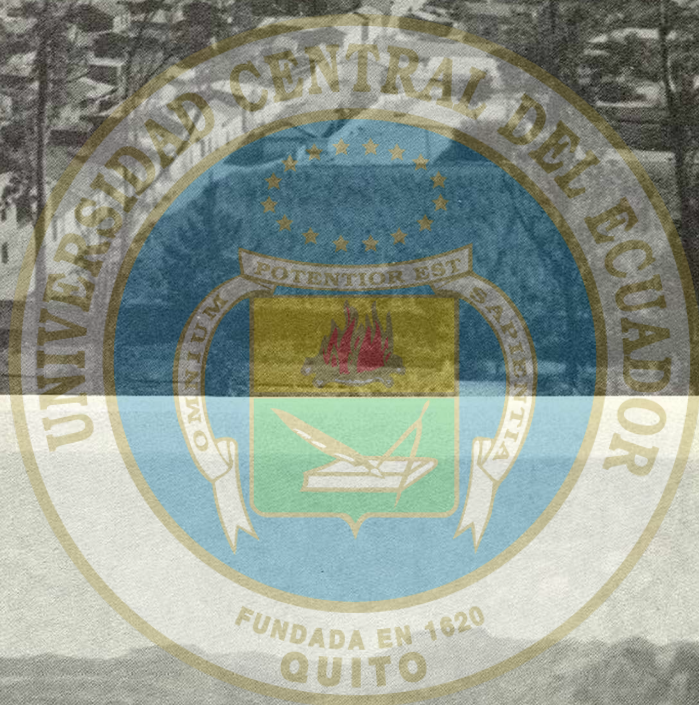
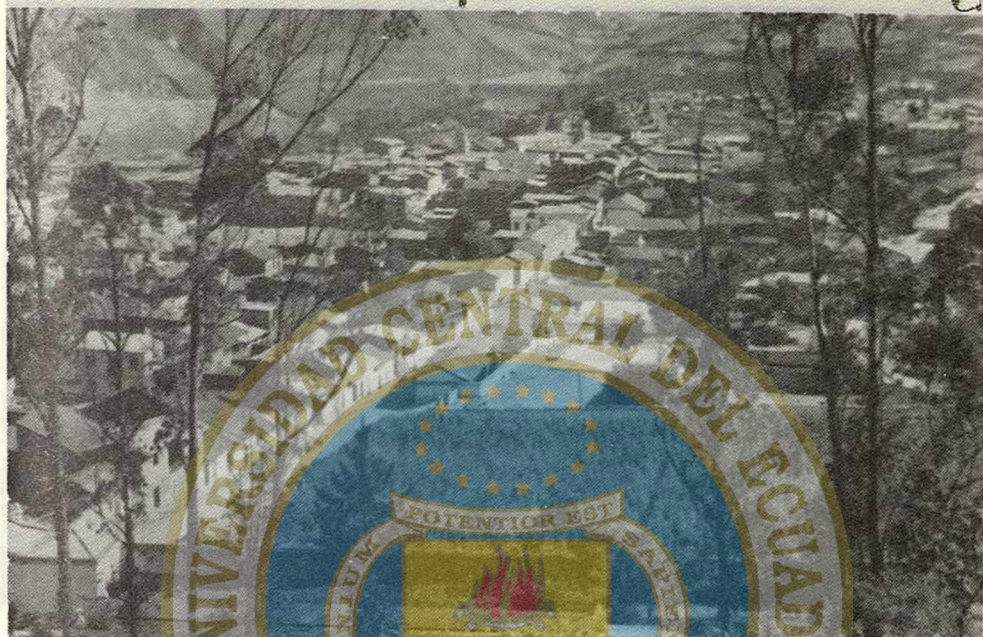
TIPOS	Alausí	Machalilla	Cerro Narrio	Jubones	Macas
INCISO	x	x	x		x
INCISO RETOCADO	x				
PUNTEADO ZONAL	x	x	x	x	x
ROJO INCISO	x	x	x		x
HACHURADO		x	x		x
NEGRO	x			x	x
ROJO ENTRE INCISIONES	x				x

LIBROS CONSULTADOS

- Collier, Donald y Murra, John.— **Survey and excavations in southern Ecuador.** Printed in de USA by Field Museum Press. Chicago, 194...
Izumi, Seiichi and Terada, Kazuo.— **Andes 4 Excavations at Kotosh, Perú, 1963 y 1966.** University of Tokyo Press. Tokio, 1972.
Jijón y Caamaño, Jacinto.— **Antropología Prehispánica del Ecuador.** "La Prensa Católica". Quito, 1952.
Terán, Francisco.— **Geografía del Ecuador.** Talleres Gráficos Nacionales. Quito, 1948.
Osborn, Alan and Athens, Stephen.— **Investigaciones Arqueológicas en la Sierra Norte del Ecuador.** Instituto Otavaleño de Antropología. Otavalo, 1974.
Wolf, Teodoro.— **Geografía y Geología del Ecuador.** Tipografía de F.A. Brockhaus. Leipzig, 1892.
Lathrap, Donald, Collier, Donald y Chandra, Helen. **Ancient Ecuador, Field Museum of Natural History, 1975.**
Meggers, Betty, Evans, Clifford, Estrada, Emilio. **Early Formative Period of coastal Ecuador: The Valdivia and Machalilla Phases,** Smithsonian Contributions to Anthropology, Vol. 1, Washington D. C.
Bray, Warwick. **Dibujos y diagramas de las excavaciones del Valle de Jubones.** (comunicación personal), 1975.

1

2



b

2

a



b

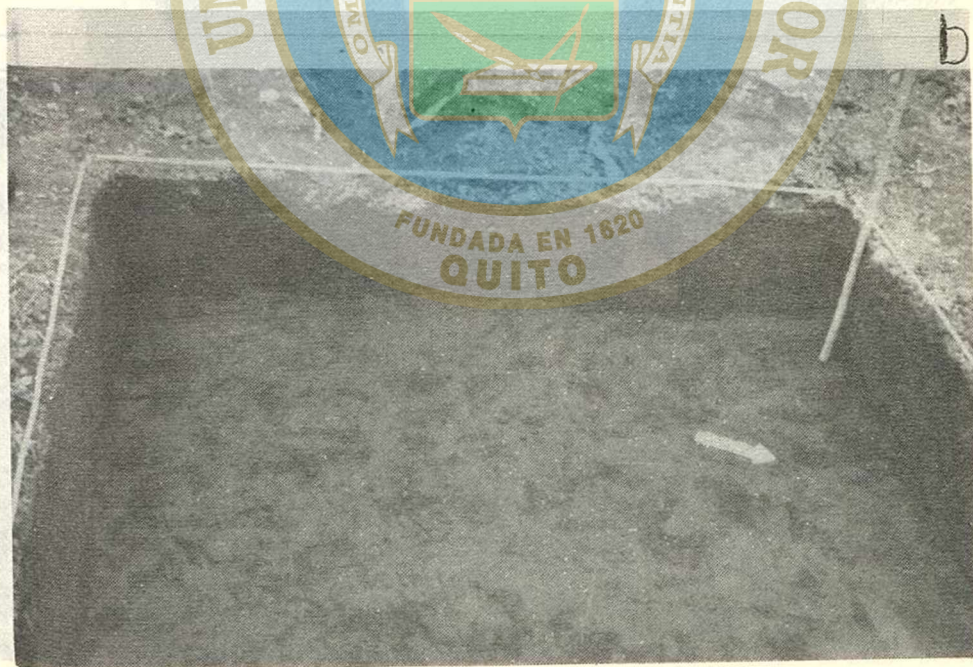


3 5

a

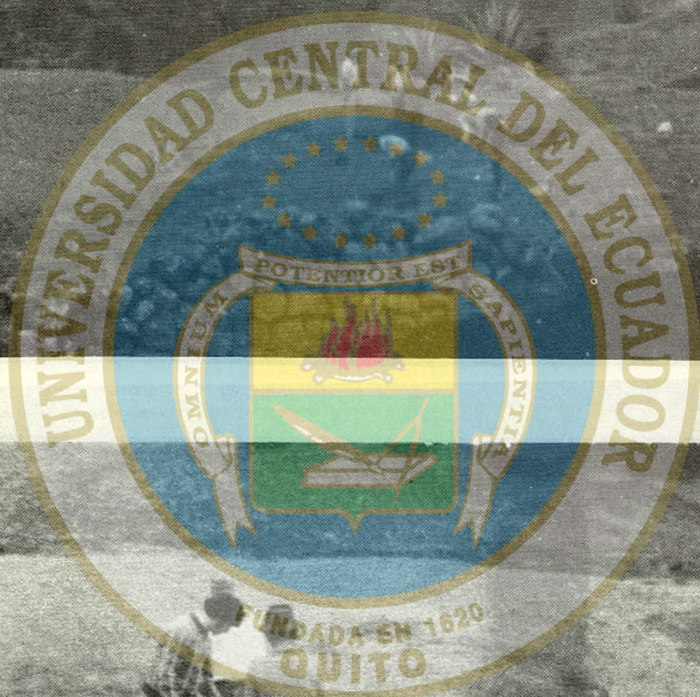


b



4

a



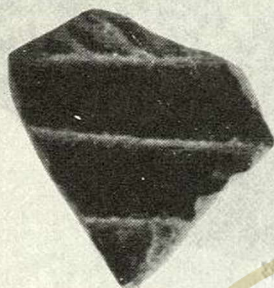
b



5



246



a



b



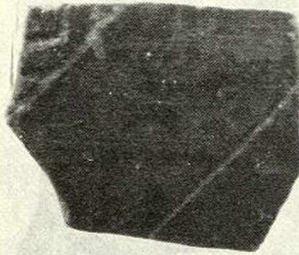
c



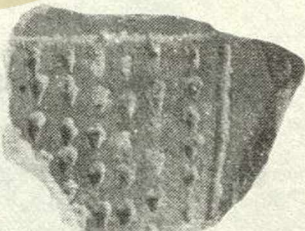
d



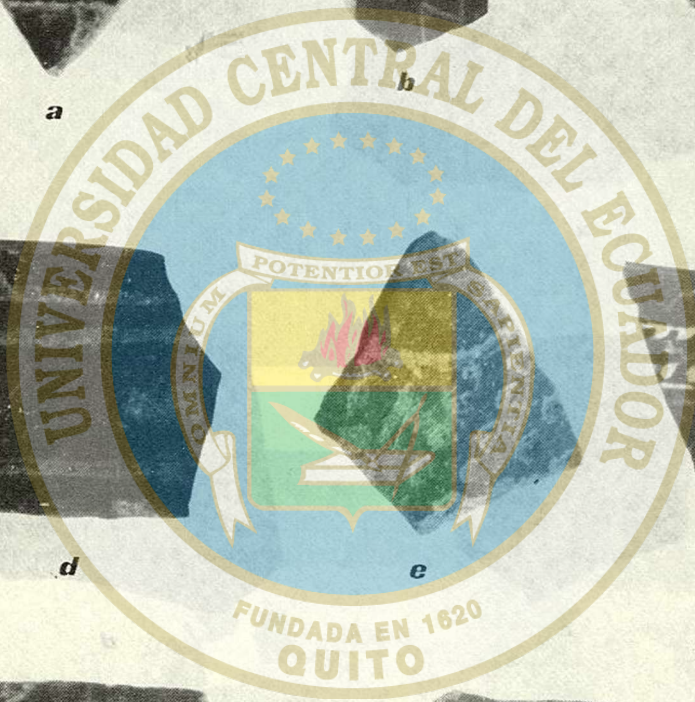
f



g



h



89
7



a



b



c



d



e



f

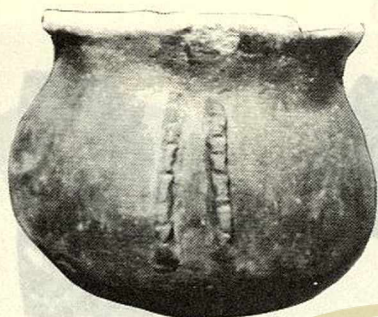


g

h



8



a



b



c



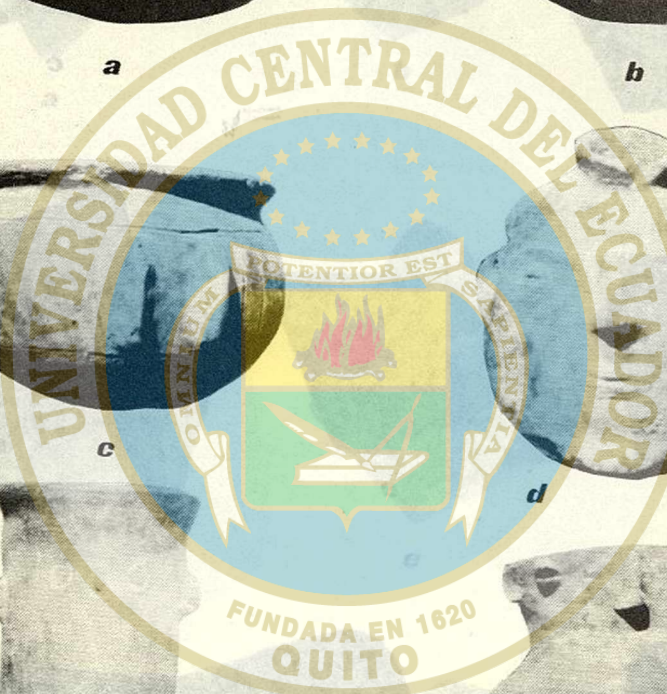
d



e

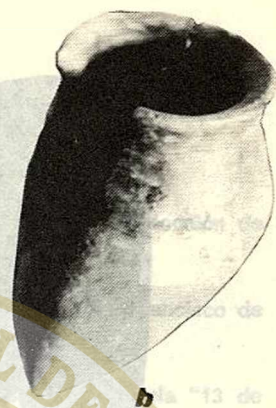


f





a



b



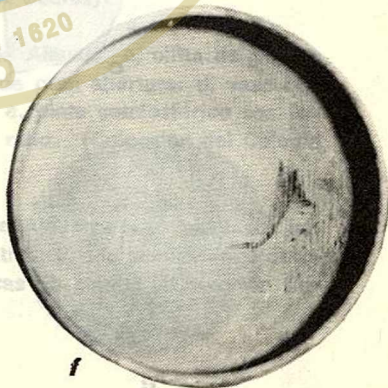
c



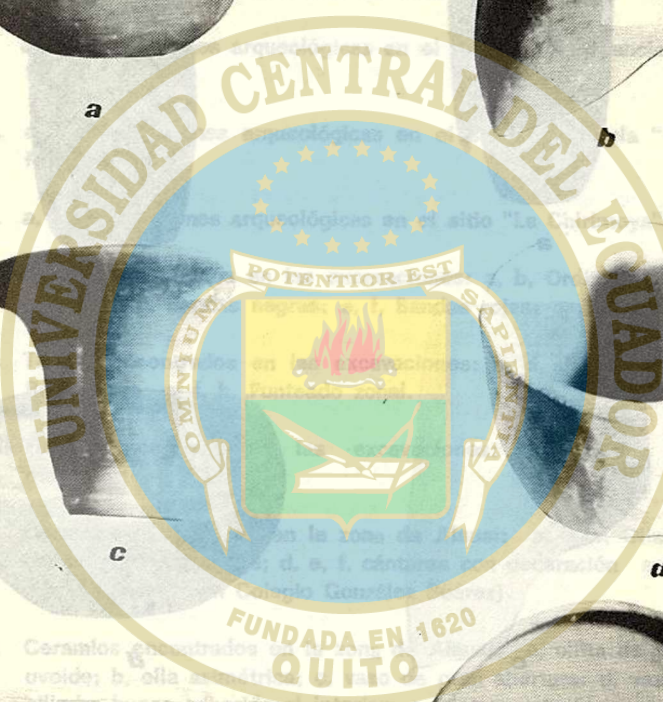
d



e



f



10



EXPLICACION DE LAS LAMINAS

- Lámina 1. a) Vista panorámica de la ciudad de Alausí; b) Una sección de la cordillera en las cercanías de Alausí.
- Lámina 2. a, b) Excavaciones arqueológicas en el Colegio San Francisco de Sales.
- Lámina 3. a, b) Excavaciones arqueológicas en el sitio B, escuela "13 de Noviembre".
- Lámina 4. a, b) Excavaciones arqueológicas en el sitio "La Chirimoya".
- Lámina 5. Tiestos encontrados en las excavaciones: a, b, Ordinario; c, Rojo Inciso; d, Bandas negras; e, f, Bandas rojas; g, Rojo.
- Lámina 6. Tiestos encontrados en las excavaciones: a, d, d, Inciso; b, c, Rojo Inciso; e, f, h, Punteado zonal.
- Lámina 7. Tiestos encontrados en las excavaciones: a-h, Línea ancha mellada.
- Lámina 8. Ceramios encontrados en la zona de Alausí: a, b, c, Ollas con decoración a pastillaje; d, e, f, cántaros con decoración antropomorfa. (Colección Colegio González Suárez).
- Lámina 9. Ceramios encontrados en la zona de Alausí: a, ollita de cuerpo ovoide; b, olla asimétrica; c, vaso de gran abertura; d, vaso con cilindro hueco adherido al interior; e, plato semiesférico con falsa asa y decoración incisa; f, plato rallo. (Colección del Colegio González Suárez).
- Lámina 10. Ceramios encontrados en la zona de Alausí: a, b, c, Vasos largos (timbales) con decoración negativa; d, olla semiesférica decorada con bandas blancas; e, f, placas de cobre. (Colección Colegio González Suárez).

EXPLICACION DE LAS LAMINAS

- Lámina 1. a) Vista panorámica de la ciudad de Alajuela, en la zona de Alajuela; b) Vista panorámica de la ciudad de Alajuela, en la zona de Alajuela.
- Lámina 2. a) Vista panorámica de la ciudad de Alajuela, en la zona de Alajuela; b) Vista panorámica de la ciudad de Alajuela, en la zona de Alajuela.
- Lámina 3. a) Vista panorámica de la ciudad de Alajuela, en la zona de Alajuela; b) Vista panorámica de la ciudad de Alajuela, en la zona de Alajuela.
- Lámina 4. a) Vista panorámica de la ciudad de Alajuela, en la zona de Alajuela; b) Vista panorámica de la ciudad de Alajuela, en la zona de Alajuela.
- Lámina 5. a) Vista panorámica de la ciudad de Alajuela, en la zona de Alajuela; b) Vista panorámica de la ciudad de Alajuela, en la zona de Alajuela.
- Lámina 6. a) Vista panorámica de la ciudad de Alajuela, en la zona de Alajuela; b) Vista panorámica de la ciudad de Alajuela, en la zona de Alajuela.
- Lámina 7. a) Vista panorámica de la ciudad de Alajuela, en la zona de Alajuela; b) Vista panorámica de la ciudad de Alajuela, en la zona de Alajuela.
- Lámina 8. a) Vista panorámica de la ciudad de Alajuela, en la zona de Alajuela; b) Vista panorámica de la ciudad de Alajuela, en la zona de Alajuela.
- Lámina 9. a) Vista panorámica de la ciudad de Alajuela, en la zona de Alajuela; b) Vista panorámica de la ciudad de Alajuela, en la zona de Alajuela.
- Lámina 10. a) Vista panorámica de la ciudad de Alajuela, en la zona de Alajuela; b) Vista panorámica de la ciudad de Alajuela, en la zona de Alajuela.



FUNDADA EN 1620

ALGUNOS PROBLEMAS ARQUEOLOGICOS EN LA SIERRA NORTE DEL ECUADOR: CARCHI

Manuel Miño Grijalva

"Más allá de las palabras, la confusión está en los métodos, un poco en los espíritus."

Pierre Chaunu

Muchos años han transcurrido desde que Jijón y Caamaño (1.914 - 1.920 - 1.930 - 1.952), Max Uhle (1.928) y Carlos Emilio Grijalva (1937) realizaran los primeros trabajos de Arqueología Carchense e Imbabureña, iniciados anteriormente por González Suárez (1.908) y Vernau y Rivet (1.912). Desde aquellos tiempos, hasta la presente fecha, únicamente la doctora Alicia de Francisco (1.970) ha tratado de revisar postulados confusos, especialmente en lo que a un ordenamiento temporal de las culturas del Carchi se refiere, aunque lastimosamente, sin aprovechar de todos los recursos que los avances científicos han puesto al alcance del investigador. Es así como todavía no disponemos de fechas de carbono 14 para esta región.

De allí que, hasta que no se realicen nuevos estudios creo, personalmente, que vale la pena hacer algunos replanteamientos teóricos que puedan servir en el futuro como guía en las investigaciones que se emprendan. Dentro de este campo, es básico en arqueología, y creo que en todas las Ciencias Sociales, empe-

zar por saber qué es lo que queremos averiguar por medio de un diseño de investigación explicativo y enfrentar las investigaciones desde un punto de vista más sistemático, para no enredarnos en el "montón" de datos que se obtengan en el estudio del pasado, principalmente provenientes del trabajo de campo. Lastimosamente en el Ecuador —no en todos los casos— las investigaciones han sido meramente inductivas y el arqueólogo se ha contentado con recobrar objetos obtenidos de una manera más o menos metódica, que le sirvieron para extraer información sobre comportamientos pasados. Tal vez se ha omitido —consciente o inconsciente— que la reconstrucción de las sociedades prehistóricas debe centrarse en el registro e interpretación de contextos básicamente socio-económicos, enmarcados dentro de un proceso histórico determinado, para incidir más en técnicas puramente descriptivas con afanes simplemente cronológicos.

Todo lo anterior viene dado por la mera consideración de que el objeto y el fin de la ciencia es la recuperación de la mayor cantidad de datos, como lo hacen habitualmente las filosofías empiristas para quienes únicamente "sólo el aporte de nuevos hechos y de nuevas experiencias introducen nociones nuevas en la ciencia y permite a ésta realizar síntesis fecundas". Mouloud, 1970, pág. 31).

Por todo esto, la Arqueología como Ciencia Social estará enmarcada, no sólo como la "disciplina cuyos practicantes se interesan en la formulación y contrastación de leyes hipotéticas que permitan explicar y predecir el compartimiento cultural del hombre" (Watson, Leblanc y Redman, 1974, pág. 170), ni únicamente por el estudio de "los sistemas socioculturales y los procesos culturales del pasado de una manera científica" (Núñez Regueiro, Víctor 1975, pág. 191), sino también como un medio de llegar a explicaciones claras, principalmente de procesos económico-sociales determinantes que permitieron cambios histó-

ricos, los que poco a poco fueron configurando características esenciales de cada pueblo, mantenidos a través de la conquista, replegados en la dominación colonial española y en la explotación continua del indígena por el criollo, hasta desembocar en el estado actual: insurgente, caótico y hasta revolucionario.

Dentro de estos planteamientos teóricos, uno de los problemas básicos constituye la periodización no sólo de la prehistoria Carchense, sino también del Ecuador. Generalmente se ha adoptado un criterio tecnológico para el efecto y así se ha dividido en dos grandes períodos: precerámico y cerámico dejando a un lado consideraciones de tipo económico y social determinante en todo proceso histórico.

Se han adoptado rasgos o características diagnósticas de la cerámica de tal o cual fase y se los ha asociado con otros de área más o menos lejanas, perdiéndose de vista, en el análisis de "contextos", el contenido de los mismos que vienen dados por una estructura socio-económica determinada (Núñez Regueiro, Víctor, 1974, pág. 1170). Todo esto, en cierta manera, ha coadyuvado para una visión simplista del desarrollo de los pueblos prehistóricos, olvidando que el descubrimiento de la cerámica no era sino una parte del salto cualitativo que representaba el avance de las técnicas agrícolas, la domesticación de los animales y todo aquello que la experiencia proporcionó al poblador andino permitiéndole su especialización en la producción, de allí que debemos someter a seria discusión el cuadro cronológico establecido para el Ecuador, a nivel general, tanto más, cuanto que es un cuadro adaptado del expuesto por Julián Steward, considerado para las áreas nucleares de Mesoamérica y Perú en donde sí se dieron altas culturas y en donde el término formativo, por ejemplo, tiene relación y representa un período determinado, compuesto por una estructura económico-social dada dentro del proceso histórico de aquellos pueblos que culminó

en Estados fuertemente Militarizados. Pero nosotros no hallamos una explicación clara al término formativo si tomamos en cuenta que el proceso histórico de los pueblos que habitaron lo que hoy es el Ecuador culminó a la llegada de los españoles, en agrupaciones étnicas dispersas cercanas a la formación de Estados Regionales(?).

De allí que es urgente y necesario comenzar a replantear desde un nuevo punto de vista el proceso que vivieron nuestros pobladores prehistóricos. Precisamente este pequeño artículo no nos permite hacer un análisis más extenso.

Dentro ya de la Arqueología del Carchi, particularmente, el pueblo que se movió alrededor de la producción de coca y que como característica diagnóstica en su cerámica tiene el Negativo, es el que mayor preocupación nos ha dado.

La cerámica con decoración negativa se hace presente, en el Ecuador, desde el Carchi, especialmente en su parte Oriental y Central, Imbabura, Pichincha (Jijón 1952, p. 114, Uhle; 1926, p. 17), Cotopaxi, Tungurahua, Chimborazo. (Jijón, 1923; 1930, fig. 24), Azuay y según Jijón y Caamaño hasta Loja (1952, p. 133). Bennetta estudió en Nariño (1963) y también la encontramos en Vicús, Sierra de Piura (Matos 1965-66). Téngase entendido que me refiero a una tradición bastante bien identificada y particular, lo que la hace distinta, por ejemplo, de la cerámica que posee decoración negativa, pero que la superficie sobre la cual se la ha impuesto y su textura son diferentes, por ejemplo las piezas cerámicas de la Costa.

La técnica Negativa aparece desde Jalisco, Michoacán, Yucatán, en Guatemala, Honduras, Costa Rica y Panamá (Jijón y Caamaño, 1930, pág. 158) baja hacia el sur por Colombia en donde ya desde 1889, Max Uhle, Reiss, Stubel y Koppel nos dan evidencia de ella como proveniente de Manizales (V.I., Lám. 2,

fig. 1, 3, 3^a), correspondiéndole a Wendell Bennett una mayor elaboración y estudio de esta cerámica y sus anotaciones culturales.

Este pueblo de excelentes cazadores y agricultores por la gran cantidad de cornamentas de venados hallados, los zuros o tusas del maíz y por las evidencias del uso del algodón fue también gran trabajador de metales, pues tuvieron crisoles para fundir oro.

Uno de sus principales problemas, así como los de Cuasamal y El Angel (Tuncahuán) ha sido su ordenamiento cronológico incierto hasta la actualidad. Unicamente se ha llegado a su datación por asociación con otras culturas ya establecidas dentro de un marco temporal determinado, y aún así tenemos algunas dificultades. Udo Oberem de la Universidad de Bonn, Hernán Crespo y Salvador Lara, traen una fecha de Carbón 14 para dos "fosos" de este período de 150 ± 70 años después de Cristo. Los mismos estudiosos demuestran que se trata de cerámica que pertenece al tipo "Negativo del Carchi" (1975 pág. 4), sin embargo, Atens y Osborn, para la misma cerámica en cuanto a su forma y acabado de superficie, encontrada en tres "enterramientos" del sitio Imll en Otavalo que evidentemente no guarda ninguna relación —a más de la espacial— con la cerámica extraída de los diversos cortes del mismo sitio, a no ser por unos pocos fragmentos encontrados en niveles superiores, nos proporciona una fecha de 2.770 $\pm$ 130-140 al presente, es decir 820 a. de C., (Atens y Osborn, 1976 pág. 59). Creen los citados autores que esta fecha coincide con otra extraída de un corte del mismo sitio. Sin embargo, personalmente creo que los restos culturales pertenecen a dos fases distintas y muy distantes en el tiempo. Si bien la descripción de las formas cerámicas no es completa en cuanto a la decoración —si la hubo— al acabado de superficie, puede pensarse que estas tienen un parecido extraordinario con otras del Negativo del Carchi o Chilibulo en Pi-

chíncha (véase, por ejemplo, Jijón y Caamaño, 1952, pág. 352 y fig. 445—2b—2e—2f y Echeverría, 1977, lám. 2 figs. e-l-g). Todo lo anterior podrá aclararse con nuevos trabajos de campo y una clasificación más cuidadosa de los Materiales. Meyers, Oberem, Wentscher y Wurster piensan que la gran diferencia en la datación puede estar dada por una larga tradición en la práctica de los enterramientos en pozo (1975, pág. 127).

Sea de ello lo que fuere, nada nos dicen dos fechas de carbón 14 aisladas, aunque esto puede sugerirnos que la gente del Negativo sobrevivió por varios períodos de tiempo desde los más antiguos hasta una fecha inmediata anterior a la llegada de los Incas. Y es muy probable que tengamos que poner mucha atención en lo que a una continuidad cultural se refiere, y descubrir cual es la variable determinante que posibilitó a estos pueblos poseer un patrón de asentamiento aunque no invariable, si persistente en el tiempo y en el espacio, si hemos de tomar en cuenta que las Culturas del Oriente y de la Costa están sujetas a un cambio mayor, impuesto por sus condiciones ecológicas.

Los mismos datos de Oberem podrían servirnos para establecer que pudo haber continuidad en la vida de este pueblo, si hemos de considerar que la cerámica de los "montículos funerarios de Cochasqui" es Panzaleo (Cosanga) a la cual se la encuentra frecuentemente en los pozos del Negativo, básicamente en el Carchi y cuya datación es de 900 años d. de C. (Oberem, Udo, 1970, Pág. 248).

Don Jacinto Jijón y Caamaño postuló para el Carchi una mayor antigüedad de Tucuahuán, es decir, del Negativo a tres colores de Bennett (Jijón y Caamaño, 1952, pág. 113), aunque posteriormente, en su última obra, Maranga, rectifique su criterio afirmando que en Ecuador la alfarería negativa dos tonos antecede a la de tres y subsiste por más tiempo, pero deja de usarse

cuando estuvo en boga la tricoma" (Jijón y Caamaño, 1949, pág. 496).

Si consideramos el corpus apuntado por don Jacinto Jijón para Imbabura, las 17 formas tanto de la época del Negativo del Carchi como de los Sepulcros en pozo de Imbabura, coinciden, aunque no en su totalidad, con las de Chilíbulo (Echeverría José 1977). Si a esto añadimos la identidad en la técnica decorativa, tendremos derecho a suponer que pertenecen a un mismo tiempo. En cuanto al Negativo del Tungurahua este período está representado por el Proto-Panzaleo II de Jijón que demuestra semejanzas tanto en las técnicas como en la decoración. Seguramente podremos unir a este "horizonte" el Negativo de Elén Pata y el de Cañar y Azuay, que si bien las formas cambian, la técnica y los motivos se mantienen, aunque no en su totalidad.

Todo lo anterior no quiere decir que no encontremos diferencias en la técnica de pueblo a pueblo. Ya Jijón en 1949 apuntaba que en "Proto-Panzaleo II de Puruhá, Cañar, Palta y Manabí la ornamentación negativa se hace sobre un englobe fino, pero en el Negativo de los países Pastos y Caranquí, en Panzaleo, Elén Pata del Puruhá, Taclashapa del Cañari, se aplica directamente sobre las paredes de los vasos mejor o peor pulidas. (Jijón y Caamaño, 1949, pág. 496).

Carlos Emilio Grijalva sugirió en 1937 que los pobladores de la época del oro debieron llegar del sur, es decir, Cañar o Azuay por una serie de semejanzas, tanto en la ornamentación cerámica como en el uso de metales, armas y alimentos (Grijalva, Carlos E. 1937, pág. 241). Sin embargo, me parece más factible que el proceso haya sido a la inversa, desde el norte, Centroamérica, como ya lo postularon Uhle y Jijón. En Colombia es frecuente la decoración Negativa en el área Quimbaya y en Nariño, así como al sur del Huila, en donde según Luis Duque Gómez 1965, pág. 420). El Negativo de la parte sur de Co-

lombia pertenece ya al área cultural de los Pastos, divididos ahora en dos naciones. Pero este estilo que a su paso va formando un horizonte, atraviesa la sierra del Ecuador, llega a la de Piura, Vicus (Matos, Ramiro, 1955 - 66) hasta donde Jacinto Jijón y Caamaño cree encontrar este horizonte: "Maranga, Pachacamac, Chancay y de las tumbas profundas de Wikawain de la región de Huaraz" (Jijón y Caamaño, Jacinto, 1949, pág. 496).

Tomando en cuenta esta serie de concordancias y su evidente continuidad, llegaremos a la conclusión de que este estilo abarca prácticamente la Sierra del Ecuador y todos pertenecen a un mismo tiempo. "Un estilo —escribía Jijón y Caamaño— es como una moda que se propaga a diferentes pueblos, por obra de contactos mediato o inmediato, ya por conquistas o migraciones, en cuyo caso se trasmite íntegro, o por olas de cultura, produciéndose entonces variedades locales". (en Grijalva, 1937, pág. 289).

Considerando al horizonte como representación o símbolo de "una época o momento importante en desarrollo histórico de un área cultural" y como una identidad de rasgos claramente asociados, comprendemos su valor cronológico inmenso, en cuanto podemos conocer la datación entre áreas geográficas dispersas. Es decir, el concepto de horizonte está enmarcado dentro de las relaciones tempo-espaciales (Lumberas, 1960, pág. 131), sin que con esto queramos confundir o mezclar totalmente horizonte y estilo (Muelle, 1960).

Kroeber definió al Estilo Horizonte como aquel que muestra distintos y definibles rasgos, muchos de los cuales se extienden a través de una gran extensión de terreno y su relación con estilos locales, sirve para colocarlos dentro de un período determinado. Olaf Holm, por su parte, ha sugerido la poca utilidad actual del horizonte desde que tenemos la posibilidad de obtener fechas de datación absoluta, sin descartar su utilidad para esta-

blecer probables influencias culturales (Holm, Olaf, 1966, pág. 44). Sin embargo, sigue siendo de mucha utilidad para una región que no posee datación. Bischoff, en cambio, siguiendo a Cruxent y Rouse se inclina por el modelo de la SERIE que abarca las fases relacionadas tanto en lo espacial (horizonte) como en lo temporal (tradición) (1975, p. 17).

Bennett al intentar establecer el Horizonte Negativo, tropezó con la continuidad hasta períodos mucho más tardíos de la pintura Negativa, lo cual pudo haber dificultado la existencia de tal horizonte. Pero tampoco podemos echar a perder esta concepción encerrándola en estrechos márgenes de tiempo, cuando muy bien una tradición puede persistir, como cree Willey, a lo largo de varias épocas y puede, perfectamente, tener utilidad dentro del ordenamiento temporal arqueológico (En Muelle, 1960, p.).

Otro problema bastante interesante dentro de la arqueología del Carchi, es la relación entre las gentes de Panzaleo (Cosaंगा) con las culturas del Negativo, El Angel (Tuncahuán) y Cuasmal.

En las tumbas del Negativo es frecuente el hallazgo de cerámica Panzaleo (Conzanga) que ha sido muchas veces despedazada por los huaqueros, quienes la han considerado siempre como utilitaria y sin ningún valor económico. Sin embargo, para nosotros, reviste especial importancia desde que a través de ella podemos establecer relaciones tanto espaciales como temporales. Existen muchas formas que recuerdan a las orientales. Incluso en muchas ocasiones la pasta es exactamente igual a la Panzaleo, fina y con desgrasante de mica. Otras veces, las formas son orientales, pero la textura de la pasta es gruesa y la decoración negativa. Sin embargo, Germán Bastidas (comunicación oral) afirma que este tipo de cerámica es más común en las sepulturas del Angel (Tuncahuán) lo cual no me parece extraño si tomamos en cuenta que estas gentes debieron ser

contemporáneas —no necesariamente en todos los períodos— con las del Negativo que aparecen como las más tempranas. A pesar de esto, no existe para el Angel una adopción de ciertas formas Panzaleo ni de sus principales rasgos diagnósticos como la pasta fina y desgrasante de mica, ni otro elemento que delate contacto. Y es que las relaciones de un pueblo implican, aunque no generalmente, intercambio de rasgos culturales característicos de cada uno de ellos ya sea por comercio, migración o conquista.

Se afianza más nuestro criterio si tomamos en cuenta la situación geográfica de las gentes Negativo que ocupan primordialmente la parte oriental de la provincia, junto a los pasos de cordillera como los de Huaca y Pimampiro, lo que les favorecería para el comercio de productos con los pueblos del Oriente y de la Sierra, básicamente de coca, que en tiempos tardíos y coloniales llegó a tener gran difusión como elemento ceremonial, de allí la abundancia de ídolos del Negativo conocidos normalmente como "coqueros".

Incluso hasta tiempos coloniales el doctrinero Antonio de Borja cuenta que los dueños de los cocalos de Pimampiro y Chapi están acostumbrados a que les trabajen las rozas de coca a cambio de una porción de ella (Borja, p. Antonio, 1965, t. III, pág. 249), además, en estos pueblos y en el de Coangue, por aquel tiempo trabajaban trescientos indios forasteros de Otavalo, Carangue, Latacunga, Sigchos y otras tierras. Cuenta Borja que de los pastos hay más de 200 que vienen al misma "rescate" y ochenta más que "son como naturales" (Ibid, pág. 252).

Todo lo anterior podrá llevarnos a replantear la ubicación del núcleo mismo de las fentes del Negativo, que tradicionalmente la hemos impuesto para la parte central de la Provincia del Carchi, que no parece ser sino una zona de expansión en su ruta de comercio.

Tomando en consideración lo anterior, no sólo podría pensarse en la adopción del modelo de control vertical propuesto por Murra (1972)—abusando del término y de una manera superficial, sino también en un modelo longitudinal a través de las distintas regiones serranas— por la gran distribución que tiene la fina cerámica Panzaleo (Cosanga). Incluso me parece más aceptable esta hipótesis a la propuesta por Porras, quien cree más probable el paso de gente oriental a la Sierra por presión “de grupos” nómadas al estilo de los Omaguas, Záparos, etc. (Porras, 1975, pág. 154).

Otro problema que vale la pena ser analizado es aquel que está ligado a los bohios y su función. Generalmente estas habitaciones se encuentran localizadas en la región norte del Ecuador pasando el río Chota hasta el sur de Colombia, todo lo contrario a lo propuesto por la Doctora Meggers, quien establece que este tipo de construcciones se encuentran desde Ibarra hasta Quito, es decir, habitat de la gente que construyó tolas (Meggers, 1966, pág. 142). Esto no quiere decir que la distribución de los bohios sea cortada exclusivamente para el Carchi puesto que también se encuentran en poquísima cantidad en Imbabura, pero siempre asociados a tolas. En el Carchi se presenta a la inversa, es decir tolas asociadas a bohios.

Esta situación es de particular importancia para la arqueología del Norte, debido fundamentalmente al continuo intercambio que en tiempos tardíos debió existir entre estos dos pueblos. Es frecuente la existencia, en los basureros del Carchi, de bases de “platos” que han sido previamente perforados e incrustados en ellas un pie cónico de olla trípode (Germán Bastidas, comunicación oral), diagnóstico de los constructores de tolas. Jijón ya en 1920 y 1952 encontraba evidencia de cerámica Cuasmal (Pastos) en tolas imbabureñas.

Continuando con la construcción de los bohios, generalmente se ha tenido por sentado que las gentes que los habitaron te-

nían por costumbre enterrarse en ellos; sin embargo, la ausencia de restos materiales que delataran la existencia de basureros —supuesto el caso de ser habitacionales y toda habitación supone utilización y desecho de elementos materiales de sustancias— especialmente en el grupo de Chitán, población cercana a San Gabriel, Cantón Montúfar, me ha sugerido, como hipótesis de trabajo, hasta que no sea debidamente comprobada por trabajos de campo sistemáticos, que los bohíos estudiados normalmente como habitación de los pastos y a la vez como sepulturas no son sino construcciones funerarias —si nos atenemos a que en el mundo, andino, el indígena es acompañado a su suerte por lo que poseyó en vida, para lo cual realizaron este tipo de construcción característico de estos pueblos del Norte. Sin embargo podrían los basureros encontrarse en lugares apartados del poblado, en sitios destinados para tal efecto?

En lo que la cerámica de Cuasmal se refiere, estudiada separadamente de la del El Angel, por sus diferencias estilísticas lo que ha dado para crear una cultura diferente, creo que valdría la pena hacer un replantamiento desde que Cuasmal o los Pastos parece ser la heredera de los de El Angel o Tuncahuán, básicamente porque la identidad en las formas cerámicas —a excepción de las “botijuelas” que parecen devenir en vasijas más pequeñas y más rústicas de amplio gollote— es evidente. El problema radica en que los Cuasmal nunca llegaron a conocer la técnica del negativo, pero tanto el mismo fondo amarillento, el grosor de las paredes, hasta la semejanza de la pintura roja y la identidad de las ocarinas (Ver por ejemplo Jijón, 1954 fig. 146, 147 y 424), sugiere ser considerada como un período dentro del proceso cultural de estos dos pueblos. Lógicamente, este enunciado va como problema, hasta nuevos trabajos en la Provincia.

En lo que se refiere a la clasificación de bohíos, Carlos E. Grijalva distingue cuatro clases según su forma y por la disposición de los sepulcros. Estas son: obste- nes por obste- nes

1.— Bohíos agrupados o dispersos en número considerable o pequeño de forma circular y con un sepulcro en el centro de la habitación;

2.— Bohíos como los anteriores, pero varios sepulcros en el interior, localizados indistintamente dentro de la habitación;

3.— Bohíos circulares pero con tendencia a formar fila, pero sin tumba en la habitación por tener cementerio cerca del poblado. Se caracteriza este cementerio por un conjunto de sepulturas de fosa cavada sobre la cual se ha construido una toda;

4.— Edificios rectangulares que varían en sus dimensiones y se encuentran alineados y en cuyos extremos se encuentran Bohíos;

Jijón y Caamaño sugiere que estas casas debieron estar ocupadas por largo tiempo y que cada grupo de bohíos no equivalgan a un solo pueblo sino a una sucesión de pueblos que se sucedieron en el mismo espacio. Sin embargo, esta posibilidad puede descartarse por la relativa uniformidad en cuanto al tiempo de antigüedad que presentan estas construcciones y después, por la "relativa correlación que guardan esas ruinas (Grijalva, 1937, pág. 113 - 114). A esto puede sumarse la contratación empírica en el terreno de la noticia suministrada por el Anónimo de Quito, según la cual los curacas solían hacer construcciones de bohíos grandes con fines ceremoniales. Aún así, puede cuestionarse el sentido que la palabra bohío tiene en las Crónicas y Relaciones, pues en ellas se la apunta de una manera general para designar una habitación, pero esto no quiere decir que se trate exclusivamente del tipo de construcción practicada por los aborígenes del Carchi.

Es importante también tomar en cuenta que la cerámica de El Angel o Tuncahuán, según la clasificación de Grijalva, se la encuentra en bohíos con cementerio separados, los que se en-

cuentran vacíos y señalado por una tola, caracterizándose por un conjunto de sepulturas de fosa cavada. Tal tipo de bohíos se encuentra únicamente en Ingatola. Pero cabe acotar aquí que puede ser una simple coincidencia, porque si no esa debería ser la característica de las demás sepulturas en donde se encuentra cerámica polícroma. Es decir, si las gentes de El Angel habitaron en bohíos del tipo que describe Carlos E. Grijalva, éste debería encontrar en el resto de la Provincia en donde se encuentra cerámica de esta fase, situación que parece estar ausente. Por ejemplo, en Pueblo Nuevo (García Moreno) a 10 minutos de Ingatola, junto a la carretera Panamericana existe una pequeña colina que ha sido intensamente excavada y de cuyos pozos, aún visibles, se extrajo cerámica polícroma, de acuerdo a las informaciones de los vecinos, para ellos "botijuelas", y sin embargo, no existen asociadas tolas, ni siquiera es posible reconocer plantas circulares de bohíos, hecho que además ha sido verificado por Cruxent en Pucará a 15 minutos de García Moreno (Cruxent 1954).

Son los bohíos habitaciones de gentes que se asentaron en la provincia en un tiempo posterior a los de El Angel? Pertenece el Pueblo Angeleño a la época de las tolas con fosa cavada como sigue Carlos E. Grijalva? Pudieron estar asociadas las tolas a bohíos sin que las sepulturas de fosa cavada pertenezcan a un mismo tiempo, si hemos de considerar que cerámica del tiempo de Cuasmal se encuentra en asociación con tolas imbabureñas, lo que parece probable es que las sepulturas de fosa cavada señaladas por tolas tengan más relación con la gente del Negativo y las de El Angel que sí habitaron en bohíos con las que construyeron tolas habitacionales. Grijalva postuló de una manera confusa la práctica del bohío por parte de los Angeleños, así como de los pastos (Cuasmal), postulado que fue ratificado por Alicia de Francisco (1970). Bajo estas perspectivas, o Cuasmal es heredera de los de El Angel —además

de lo expuesto anteriormente por su identidad en la composición y formas cerámicas— o ambas pertenecen a un mismo tiempo. Sin embargo —explica Grijalva— hay que convenir “en que falta alguna característica diferencial a la clasificación de los bohños de sepultura múltiple dentro de la habitación para que comprenda sólo y a los Pastos únicamente; pues, con este criterio debería unificarse la época de Tuncahán con la de los Pastos, lo cual es inexacto” (Grijalva, Carlos E. 1937, pág. 136).

Pero no sólo esto es lo que hay en el Carchi. Hasta la fecha, en lo que al período precerámico se refiere (término que debería ser discutido y replanteado), apenas si encontramos el reporte presentado por Verneau y Rivet del hallazgo de una punta de flecha en las estribaciones de Chiltazón. Por aquel tiempo pensaron los académicos franceses que se le podía emparentar con las halladas en México (Verneau y Rivet, 1912, pág. 137). Desde entonces, todo permanece en el olvido para este tipo de estudios.

Tampoco se ha puesto debida atención al aparecimiento de la cerámica roja y negra fuera de cortas líneas dedicadas a ellas. Sin embargo, todo parece demostrar que se trata del período más tardío en la arqueología del Carchi, hasta que no se demuestre lo contrario.

En conclusión, creo que las investigaciones futuras deberán poner debida atención principalmente en lo que se refiere:

1.— A las relaciones existentes entre los pueblos orientales y occidentales con los del Negativo, incluso con los de la Sierra Sur que se mueven en torno a la producción de coca. Y es que en la provincia del Carchi debió haber existido un intenso comercio de varias regiones del País tanto de la Costa como del Oriente. En el primer caso debieron haber comercializado por la ruta que abre el río Mira y en el segundo, por los pasos de la cordillera Huaca o Pimampiro. Esto se ha comprobado por la

intrusión de cerámica oriental y motivos costeños en la cerámica Carchense. Hay que tomar en cuenta también, la influencia de Tolas lo que muy posiblemente esta evidenciando: o un control vertical de pisos ecológicos, migraciones temporeras o intrusiones de características militares. Sin embargo, debemos plantear con reserva esta última cuestión desde que en la Provincia de Imbabura existen bohíos asociados a Tolas, y más aún, cerámica de Cuasmal formando parte de contexto cultural de éstas. De allí la importancia de definir con claridad rutas y relaciones comerciales entre los pobladores de estas diversas regiones.

Cruxent ha sugerido que el origen de las gentes de El Angel en sus relaciones con el trópico presenta dos posibilidades: la primera, es la que se encuentra ligada al hecho de que estas personas hayan descendido accidental o cotidianamente a cazar a la región caliente inmediata y, la segunda, que se trate de un grupo originario del trópico adaptado a la región fría. Cruxent, no descarta, más bien sugiere, la relación con gentes de Boconó del Estado de Trujillo, que poseen una alfarería semejante a la de El Angel y Nariño (Gruxent, J. M. 1954. Pág. 38).

2.— A un ordenamiento cronológico definido, ya sea por métodos relativos o absolutos (los primeros fueron puestos en práctica por Alicia de Francisco) que nos permitan la elaboración de una secuencia coherente;

3.— Al estudio detenido de las diferencias y semejanzas que puedan existir entre El Angel y Cuasmal: variables y constantes en la evolución de estos dos pueblos;

4.— Definir claramente al bohío como tipo de construcción habitacional funeraria; pues parece que la utilización demasiado generalizada de su término, se ha extendido hasta para sepulturas que no parecen haberlo tenido nunca, con el pretexto de que fueron destruidos por la práctica agrícola;

5.— Tampoco se han realizado estudios detenidos sobre metalurgia y lítica, básicos para entender cualquier proceso económico-social de un pueblo, especialmente en lo que a un desarrollo de sus fuerzas productivas se refiere, las que, en mayor o menor grado, son el reflejo de la estructura económica de un grupo étnico y las que nos permitirán adentrarnos en su dinámica interna. Pues la arqueología debe dejar de ser una ciencia romántica o excitante para convertirse en una ciencia útil que explique y trace pautas de cambio de procesos sociales que han seguido y siguen nuestros pobladores.

Tal vez estas sugerencias, expuestas lo más rápidamente posible, sirvan de inquietud en el futuro y conduzcan a un estudio más detenido y crítico de las gentes que habitaron una de las regiones arqueológicamente más ricas del Ecuador, pero también la más "ricamente huaqueada", destrozada y en vía de extinción.

Quito, 5 de mayo de 1977.

BIBLIOGRAFIA

- Atens, Stephen y Osborn, Alan.
1974 Investigaciones Arqueológicas en la Sierra Norte del Ecuador, IOA, Otavalo.
- Bischoff, Haning.
1975 La Fase Engoroy — Períodos, Cronología y Relaciones, Estudios sobre la arqueología del Ecuador, Edit. por Udo Oberem, Alemania.
- Borja, Antonio de
1965 Relación en suma de la doctrina y beneficio de Pimampiro y de las cosas notables que en ella hay, de las cuales es beneficiado el P. Antonio Borja, Relaciones Geográficas de Indias, T. III Atlas, Madrid.
- Bennet, Wendell.
1963 Archeology of Colombia, Hambook of South Americans Indians, T. II, Smithsonian Institutions Press, Washington.
- Duque Gómez, Luis.
1965 Historia Extensa de Colombia, T. I. Arqueología y Etnohistoria.
- Echeverría, José.
1977 Contribución al Conocimiento Arqueológico de la Provincia de Pichincha: sitios Chilibulo y Chillogallo, Tesis Universidad Católica del Ecuador.
- Grijalva, Carlos Emilio.
1937 La expedición de Max Uhle a Cuasmal, o sea la Proto Historia de Imbabura y Carchi, Edit. Chimborazo, Quito.
- Francisco, Alicia de
1970 An Archeological sequence from Carchi, Tesis.
- González Suárez, Federico.
1908 Contribución al conocimiento de los Aborígenes de Imbabura y del Carchi, Imprenta del Clero, Quito.
- Holm, Olaf.
1966 Técnica alfarera en el Sur — Andino del Ecuador, Revista del Museo Nacional del Perú, T. Lima.

Jijón y Caamaño, Jacinto.

- 1914 Contribución al conocimiento de los Aborígenes de la Provincia de Imbabura, Madrid.
- 1920 Nueva Contribución al conocimiento de los Aborígenes de la Provincia de Imbabura, Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de estudios Históricos Americano, V.IV, N° 10, Quito.
- 1923 Puruhá. Contribución al Conocimiento de los Aborígenes de la Provincia del Chimborazo, Boletín de la Academia Nacional de Historia, T.VII, Quito.
- 1930 Una gran marea cultural en el N.O. de Sud América, Extret du Jurnal de la Sociétés des Américanistes de Paris, Nouvelle Série, T.XXII.
- 1949 Maranga.
- 1952 Antropología Prehispánica del Ecuador, La Prensa Católica, Quito.
- Matos Mendieta, Ramiro.
- 1965—66 Algunas consideraciones sobre el estilo de Vicús, Revista del Museo Nacional, T.XXX, Lima.
- Meyers, Oberem, Wentscher y Wurster.
- 1975 Dos pozos funerarios con cámara lateral en Malchinguí, en Estudios sobre Arqueología del Ecuador, Estudios Americanistas en Boon (BAS 3).
- Muelle, Jorge C.
- 1960 El Concepto de Estilo en "El Antiguo Perú, espacio y tiempo", Edit. Juan Mejía, Lima.
- Núñez Regueiro, Víctor.
- 1974 Conceptos instrumentales y marco teórico en relación al análisis del desarrollo cultural del Noroeste Argentino, revista del Instituto de Antropología N° V, Argentina.
- Núñez Requeiro, Víctor.
- 1975 Conceptos teóricos que han ostaculizado el desarrollo de la Arqueología en Sudamérica, Rev. de la Univ. Católica, N° 10, Quito.

- Oberem, Udo, Crespo, Hernán y Salvador, Jorge.
1975 Marco de referencias para la creación del Parque Arqueológico de Cochasquí, Ceturis, Quito.
- Porras, Pedro.
1975 Fase Cosanga, Universidad Católica del Ecuador, Quito.
- Porras, Pedro y Luis Piana.
1976 Ecuador Prehistórico, Instituto Geográfico Militar, Quito.
- Urle, Max.
1926 Las Ruinas de Cuasmal, Anales de la Universidad Central, T. XL, N° 264, 1928.
Excavaciones Arqueológicas en la Región de Cumbayá, Anales de la Universidad Central, T. JXXVII, N° 257.
- Uhle, Max, Reiss, Stubel y Koppel.
1889 Kultur und Industrie, Berlín.
- Verneau, R. y Rivet, Paul.
1912 Ethnographie Ancienne de l'Equateur, Paris.
- Watson, Leblanc y Redman.
1974 El método científico en Arqueología, Siglo XXI, España.

CONTRIBUCION AL CONOCIMIENTO ARQUEOLOGICO DE LA PROVINCIA DE PICHINCHA: SITIOS CHILIBULO Y CHILLOGALLO*

José H. Echeverría A.

CAPITULO III

CONDICIONES ACTUALES DEL MEDIO AMBIENTE NATURAL DE CHILIBULO Y CHILLOGALLO

3.1. Situación geográfica de Chilibulo.— Este sitio se encuentra al pie del cerro Ungüi (3.578 mtrs. s.n.m) estribación meridional del Rucupichincha (4.698 mtrs. s.n.m.) que pertenece a la Cordillera Occidental.

La población actual de Chilibulo, conocida anteriormente con el nombre de Correa, se halla aproximadamente a 3.000 mtrs. s.n.m., dentro del perímetro urbano de la ciudad de Quito, a dos y medio kilómetros, en línea recta, de la parroquia La Magdalena.

3.2. Consideraciones geomorfológicas.— Por encontrarse a las faldas del Cerro Ungüi, su plano tiene una inclinación hacia el Este, aproximadamente 45°. Hacia el Norte tiene la quebrada

* De esta tesis de grado publicamos los capítulos de mayor interés (Nota del Editor).

llamada de Los Chochos y hacia el Sur la quebrada denominada La Raya, que son las principales, porque hay otras menores. Estas quebradas apenas llevan un ligero riachuelo.

3.3. Consideraciones pedológicas.— La capa vegetal en muchos terrenos es bastante gruesa, por lo general de 25 a 30 cm. A pesar de haber sido utilizado el suelo desde hace ciento de años, no se ha erosionado mucho debido principalmente a que el terreno ha sido estructurado en partes en forma de terrazas agrícolas, lo que ha evitado que la erosión termine con esas tierras en poco tiempo, dado que se encuentra en plano inclinado y en un lugar de fuertes vientos y lluvias. Hay algunos sectores en que la acción combinada de los agentes naturales, principalmente del viento y de las aguas ha quitado parte de la capa vegetal.

3.4. Uso actual del suelo.— La mayor parte se utiliza para cultivos agrícolas y bosques. Los principales cultivos son: maíz, papas, alverja, habas, alfalfa, trigo, cebada. Los bosques son de eucaliptos. La parte del poblado se lo está utilizando actualmente para la construcción de ladrillos, adobes y tejas.

3.5. Sitio Chillogallo.— Chillogallo se halla al S. O. de Quito, a 10 kilómetros, aproximadamente, en el plano de Turubamba, la parte más austral de la meseta, con una altura de 2.900 mtrs. s.n.m.

Manuel Villavicencio nos dice:

... está situado a la falda del volcán de Pichincha, en terreno lleno de bosques y chaparros; de este partido se saca mucha madera de construcción, caña y challas para las fábricas de casas; estos bosques están llenos de cacerías y bonitos pájaros (1)

1 Manuel Villavicencio, **Geografía de la República del Ecuador** (New York: Imprenta de Robert Craighead, 1858), p. 296.

Acerca del clima, Navarro Andrade da el dato siguiente:

Quito, Cayambe, Machachi y todas las poblaciones situadas en las mesetas poseen clima fresco y primaveral y en las altiplanicies más elevadas como Tabacundo, Malchinguí, **Chillogallo** y Turubamba el clima es frío ventoso. 2

En comparación con Chilibulo, Chillogallo se encuentra en un "habitat" más propicio para la vida del hombre. El valle de Turubamba, provisto de mejor terreno y abundante agua, debió ofrecer mejores cosechas, tanto de maíz como de otros cereales, y sobre todo los excelentes potreros debieron haber favorecido el desarrollo de la ganadería, aunque hasta el presente no sabemos nada al respecto.

Por lo anteriormente apuntado y por la belleza de sus paisajes, parece haber sido asiento preferido de un denso grupo humano que se asentó longitudinalmente. Núcleos familiares (parentesco consanguíneo) que se asentaban cerca de sus "chacras", de modo que sin estar muy aislados, tampoco formaban una concentración urbana.

Del análisis de los materiales prehistóricos encontrados en este sitio y de las informaciones obtenidas "en el campo" llegamos a la conclusión de que Chillogallo fue un asentamiento de la misma etnia que pobló Chilibulo, dado que tienen el mismo nivel de desarrollo de sus fuerzas productivas y el mismo cuerpo de costumbres. Por lo que decidimos ampliar nuestras investigaciones comenzadas en Chilibulo.

En nuestras prospecciones arqueológicas constatamos que también este sitio está siendo destruido por la "industria ladrillera", la cual al excavar la tierra para la confección de adobes, tejas y ladrillos, deshacen la estratigrafía cultural o arqueológica,

2 Ulpiano Navarro Andrade, **Geografía Económica del Ecuador** (Quito: Editorial Santo Domingo, 1966), p. 386.

perdiéndose en esta forma muchas evidencias que ayudarían a conocer más exactamente la forma de vida de las gentes que antaño poblaron estos lugares.

A juzgar por la cantidad de entierros que han sido encontrados "al azar" por parte de los "ladrilleros", parece que la población fue bastante densa. Desgraciadamente las condiciones climáticas de la región, de una intensa lluviosidad y de alto grado de humedad sumadas a las frecuentes infiltraciones que se observan en las tumbas, han destruido casi completamente el ajuar fúnebre, salvándose únicamente la cerámica, los objetos de piedra y uno que otro hueso.



CAPITULO V

EXCAVACIONES

5.1. Sitio Chilibulo.

Pozo 1.— Encontramos una olla trípode, de pies cónicos macizos, bastante altos (P.Q.Ch. 401); aproximadamente a una profundidad de 80 cm. La olla se encontraba fragmentada. En asocio se halló ceniza, núcleos de piedra, de tamaño pequeño; tiestos de cerámica ordinaria, aún con algo de hollín. Deducimos de esto que posiblemente habíamos dado con una habitación, por lo que decidimos extender la excavación en un radio de 3 mtrs. Rastreamos cuidadosamente en busca de alguna evidencia de construcción habitacional, pero no encontramos más que tiestos y núcleos de piedra pequeña y lascas de obsidiana. A los 90 cm. dimos con una olla trípode, poco más pequeña que la anterior y también con los pies rotos. Suspendimos la excavación a 1.30 mtrs. de profundidad.

Seguramente este fogón o cocina quedaba fuera de la casa, quizá en un rincón del patio.

Las ollas trípodes son muy funcionales, dado que reemplazan a las tullpas, para favorecer el desarrollo del fuego.

Tumba 1.— De forma cilíndrica, excavada directamente en el suelo. Tiene 1 mtr. de profundidad y 60 cm. de ancho. El

piso ha sido cubierto con tres lajas planas de forma irregular. Del cadáver encontramos únicamente los dos fémures y unos cuantos huesos pequeños ya bastante deshechos. Por la posición de los huesos, principalmente de los fémures, podemos conjeturar que posiblemente el difunto fue enterrado en posición algo flexionada.

Acompañan al cadáver una compotera rojo pulido con un aplique festoneado en el borde; un vaso cilíndrico, de base anular, de pasta muy fina, semejante a las de tradición Cosanga (Pansaleo); una ollita de cuerpo globular, base conveza, borde cóncavo evertido.

Tumba 2.— Foso irregular, ligeramente cilíndrico, de 2 mtrs. de profundidad y 1.10 mtrs. de ancho. En el fondo encontramos 4 vasos cerámicos de una manufactura tosca y mala cocción: 3 ollitas de cuerpo alargado, borde cóncavo evertido y base plana, y 1 plato semiesférico o "puco" de medianas dimensiones. En la tierra de relleno se halló núcleos de piedra, lascas de obsidiana y tiestos ordinarios. Se excavó en las paredes laterales del fondo en busca de hornacinas, dado que no encontramos huellas de los restos óseos, pero tampoco hallamos nada al respecto.

Tumba 3.— Aproximadamente a 4 mtrs. de la anterior. Se-
mejante a la tumba 2. Pozo cilíndrico, algo irregular, de 2.10 mtrs. de profundidad y 1.50 mtrs. de diámetro. En el fondo se halló 4 vasos cerámicos utilitarios. Ni una sola huella de los restos óseos.

Tumba 4.— Pozo cilíndrico de 3 mtrs. de profundidad y 1.50 mtrs. de diámetro, algo más en la base, parte oeste, aproximadamente 2 mtrs. En la tierra de relleno encontramos lo siguiente: núcleos de piedra de regulares dimensiones; tiestos ordinarios, lascas de obsidiana. A 2.50 mtrs. algunas muelas ya muy desgastadas y algunos trozos correspondientes al cráneo. En asocio

se encontró restos de lo que pudo ser una diadema de tumbaga, algunos trozos de tejido adheridos al metal y algunas cuentas de concha.

Tumba 5.— Pozo elipsoide de aproximadamente 3 mtrs. de profundidad, 1,60 mtrs. de diámetro mayor y 90 cm. de diámetro menor. En la base encontramos dos cántaros grandes antropomorfos, un cántaro de cuerpo cilíndrico, tres cántaros de menores dimensiones, rotos éstos últimos. Todos de un buen acabado y decorados con la técnica negativa. Del cadáver no quedaba más que algunos huesos muy deshechos y algunos dientes y muelas.

En general, por lo que pudimos constatar, parece que las sepulturas formaban grupos pequeños de tres, cuatro, distantes unos de otros. Parece también que los indígenas no tuvieron un cementerio propiamente dicho, sino que a sus difuntos los enterraban indistintamente ya sea dentro o fuera de su habitación.

5.2. Sitio Chillogallo.

Las tumbas son pozos cilíndricos excavados en el propio suelo. Sus dimensiones varían desde 1 a 3 mtrs. de profundidad y de 1 a 1.50 mtrs. de diámetro. Muy pocas pasan de los 3 mtrs. de profundidad.

Los cadáveres se encuentran en las siguientes posiciones: decúbito dorsal, en cuclillas y en desorden anatómico (enterramiento secundario).

Se encontraron cráneos hipsimesaticéfalos, que según afirma Jacinto Jijón y Caamaño son de los que en Imbabura se enterraban en pozos (Antropología Prehispánica del Ecuador. p. 60). Asimismo se halló un cráneo con deformación tabular oblícua, que según el estudioso anteriormente citado, lo practicaban los pastos (p. 64). Hay cráneos con el clásico triángulo incásico,

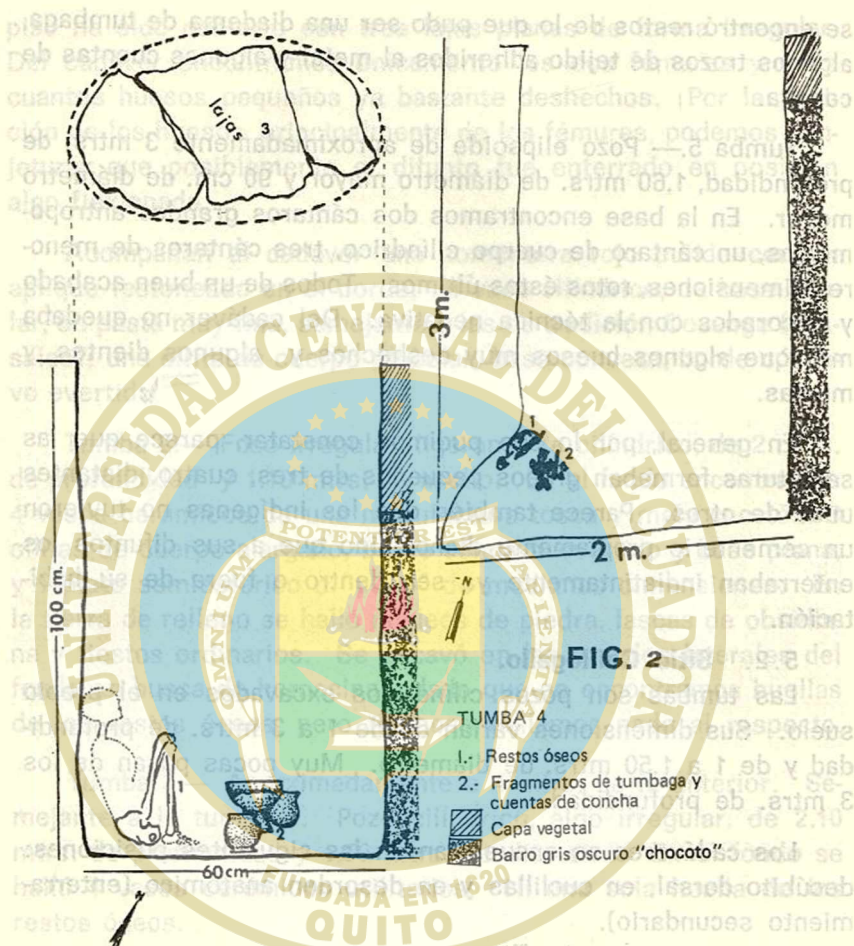


FIG. 1

TUMBA 1

- 1.- Restos óseos
- 2.- Objetos cerámicos
- 3.- Lajas que cubrían el piso
- 4.- Capa vegetal
- 5.- Barro gris oscuro "chocoto"

lo que demuestra que dicho lugar fue también asiento de los invasores.

Tumba 1.— Pozo cilíndrico excavado directamente en el suelo; 1.80 mtrs. de profundidad y 1 mtrs. de diámetro. En el fondo se encontró algunos huesos muy deshechos y como ofrenda fúnebre: una especie de paralelepípedo irregular (P.Q. Chg. 216) en posición vertical, tres discos de cerámica (P.Q. Chg. 218), 219 y 220), uno de los cuales ha sido hecho de la base de una vasija grande; una cabeza, posiblemente antropomorfa, con una perforación que le atraviesa el cuello, seguramente para suspenderlo (P.Q. Chg. 217). En la tierra de relleno se halló piedras sin significado cultural, fragmentos de cerámica ordinaria y lascas de obsidiana.

Tumba 2.— Pozo cilíndrico de 1.50 mtrs. de profundidad y 1 mtrs. de ancho. De acuerdo a la posición de los pocos huesos que se han conservado podemos deducir que el cadáver fue enterrado en cuclillas. Como ofrenda fúnebre: dos ollitas y dos compoteras, éstas últimas, rotas más de la mitad del pedestal. Todas ordinarias y de uso doméstico.

Tumba 3.— Pozo cilíndrico de 1.50 mtrs. de profundidad y 90 cm. de diámetro. En el fondo se encontró únicamente partes del cráneo, casi convertidos en polvo.

Tumba 4.— Pozo cilíndrico con bóveda simple. 2 mtrs. de profundidad y 1.20 mtrs. de diámetro. En un extremo de la bóveda encontramos huellas de los restos óseos, y en el otro, diametralmente opuesto, dos discos y tres cilindros achatados de cerámica. De estos últimos: dos como paralelepípedos irregulares, muy ordinarios y sin ninguna incisión, y uno ligeramente arqueado con una incisión vertical y una horizontal en cada extremo, únicamente en una cara. (Estos cilindros oscilan entre 23 cm. de largo por 6 cm. de grosor).

La excavación de esta tumba resultó dificultosa por las infiltraciones de agua.

Tumba 5.— Pozo cilíndrico excavado directamente en el suelo; 8 mtrs. de profundidad y 1.50 mtrs. de diámetro. Del cadáver no quedaba más que uno que otro hueso muy deshechos. Como ofrenda encontramos: dos compoteras pequeñas, una muy semejante a las del Carchi por su forma y decoración negativa, motivos "polka-dots"; un plato semiesférico o "puco" muy pequeño, de base plana. Todos de uso doméstico.

Tumba 6.— Pozo ligeramente cilíndrico de 1.50 mtrs. de profundidad y 90 cm. de diámetro. En el fondo encontramos el cráneo y algunos otros huesos. Parece que el difunto fue enterrado en decúbito dorsal. En asocio encontramos: 3 platos semiesféricos o "pucos" y una especie de tortero con un agujero en el extremo, hecho de un fragmento de vasija ordinaria.

Tumba 7.— Pozo cilíndrico con bóveda simple. 2 mtrs. de profundidad y 90 cm. de diámetro, hasta una profundidad de 1.20 mtrs. en que se amplía, aproximadamente; 70 cm. más. No se halló ni un solo hueso. Cerca a la entrada de la bóveda: 4 ceramios: una compotera con decoración negativa, motivos geométricos; otra compotera, ordinaria y erosionada; una olla formada por dos casquetes semiesféricos; una ollita semiglobular, hecha por paletamiento y decorada con ligeras incisiones en el cuello. Todas utilitarias.

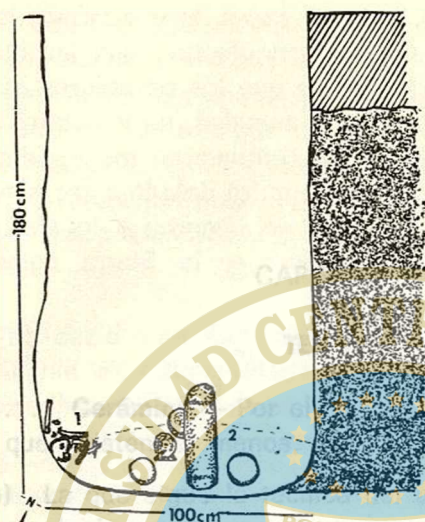


FIG. 3

TUMBA I

- 1.- Restos óseos
- 2.- Objetos cerámicos
- Capa vegetal
- Barro gris oscuro "chocoto"

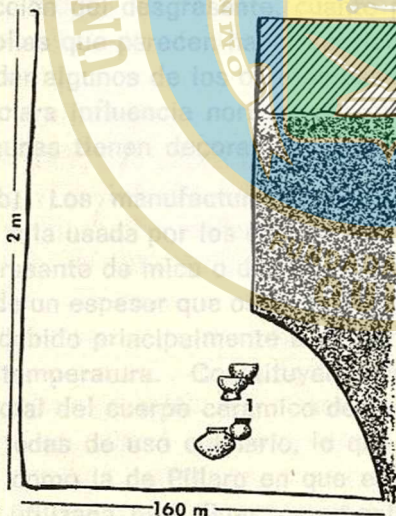


FIG. 4

TUMBA 7

- 1.- Objetos cerámicos
- Capa vegetal
- Barro gris oscuro "chocoto"

La excavación resultó dificultosa por las infiltraciones de agua. Se encontró directamente en el suelo: 8 mts. de diámetro. De cada vez se sacaron huesos muy deshechos. Como ofrenda encontraron: 3000 cerillas pequeñas, una muy semejante a las del Carchi por su forma y decoración negativa; motivos "pata de gato": un plato de barro o "puco" muy bello, de base plana.

Tumba 7: 1.50 mtrs. de profundidad. 1.20 m de diámetro. El cráneo y los huesos de la columna vertebral y de los brazos y piernas, se encontraron en el fondo. Se encontraron: 3000 cerillas pequeñas, una muy semejante a las del Carchi por su forma y decoración negativa; motivos "pata de gato": un plato de barro o "puco" muy bello, de base plana.

Tumba 8: 1.50 mtrs. de profundidad. 1.20 m de diámetro. El cráneo y los huesos de la columna vertebral y de los brazos y piernas, se encontraron en el fondo. Se encontraron: 3000 cerillas pequeñas, una muy semejante a las del Carchi por su forma y decoración negativa; motivos "pata de gato": un plato de barro o "puco" muy bello, de base plana.

CAPITULO VI

TECNICA

6.1. **Cerámica.**— Por el método de manufactura, podemos decir que existen, al menos, dos tradiciones cerámicas:

a) La que sigue la técnica del **acordelado**, que a nuestro juicio es la forma de manufactura más generalizada, adoptada por los aborígenes de este lugar. Sus ceramios, en general, son toscos, tanto por el descuido en la preparación de la arcilla y selección del desgrasante, cuanto por la calidad de la cocción. Las ollas que parecen haber servido de simples recipientes para guardar algunos de los objetos caseros más útiles, y las que tienen clara influencia nortea (Carchi) son de un mejor acabado, y algunas tienen decoración negativa.

b) Los manufacturados con la técnica del **paletamiento**, igual a la usada por los de la Tradición Cosanga (Panzaleo), usan desgrasante de mica o de pizarra de mica-esquistoso y las paredes son de un espesor que oscila entre 1 y 2 mm.; son muy consistentes, debido principalmente a su textura y a una cocción de más alta temperatura. Constituyen más o menos el 10 por ciento del total del cuerpo cerámico de este asiento prehistórico y son casi todas de uso culinario, lo que no acontece con otras colonias, como la de Píllaro en que esta clase de cerámica es más bien utilizada para fines ceremoniales. Formas semejantes a

las de Cosanga (Pansaleo) hay muy pocas, lo que parece indicar que aceptaron más la técnica de manufactura que las mismas figuras. O puede darse el caso de que los portadores de esta tradición aceptados en la nueva comunidad, se adaptaron a las formas cerámicas del lugar, pero continuaron manteniendo su "estilo típico" de manufactura que, quizá debido a las condiciones económicas de la comunidad, no llegaron a igualar a los "productos" de sus semejantes tanto en la Sierra como del Oriente.

Es necesario mencionar, además, que esta clase de cerámica también es realizada con mucho descuido, casi ninguna tiene decoración; únicamente hay incisiones irregulares que rodean el cuello de algunas de las ollas ligeramente globulares.

En su mayoría, las ollas son de medianas dimensiones, las grandes son verdaderamente excepcionales. Asimismo, casi todas demuestran que fueron utilizadas con fines domésticos, ya sea junto al fuego, o para guardar y almacenar cosas, como por ejemplo: refedios caseros, especerías, útiles de costura, víveres, etc. Esta costumbre se puede observar hasta el día de hoy entre los indígenas del lugar.

6.2. Formas cerámicas.

1) Compoterías: de pie alto cónico ancho con plato hondo de paredes casi verticales; de pie cilíndrico perforado y ensanchado a la base, plato de más de media esfera, adornado con una tira o aplique (bajo el borde) con muescas profundas; de pie corto y plato de más de media esfera. Este tipo es quizá el más abundante. Son pulidas exterior e interiormente y la mayoría tiene decoración negativa con motivos "polka-dots", franjas en forma de V cuyo vértice va dirigido al centro del plato, triángulos cuadrateados, franjas verticales combinadas con franjas en V y en zig-zag. En su mayoría, la decoración se reduce únicamente a la parte interior de los platos. Como excepción hay algunas com-

poteras con tres gálilos equidistantes entre sí, en la parte exterior del labio. El tamaño varía enormemente: hay compoteras de 20 cm. de altura y una abertura tal de 2 cm. de alto y un recipiente de 7 cm. de alto por 13 de abertura. En Chilibulo encontramos una de 25 cm. de altura total, 19 cm. de pedestal, y 27 cm. de abertura del plato. Por sus dimensiones y por su peso, creemos que posiblemente sirvió para "uso ceremonial", o como soporte de vasijas de base no estable.

En Chilibulo constituyen aproximadamente el 10 por ciento del total de ceramios recuperados, mientras que en Chillogallo son más abundantes y de un mejor acabado.

2) Platos semiesféricos o "pucos", en gran variedad tanto en forma como en tamaño: de base plana, reborde labial oblicuo; de base plana y paredes casi perpendiculares; de gran abertura y poca altura, bordes invertidos y base ligeramente cóncava; angulares con tres protuberancias equidistantes en la parte superior del borde; de forma irregular. Los que tienen una textura muy semejante a la de la Fase Capulí (Carchi) tienen decoración negativa, motivos "polka-dots". Son engobados y pulidos, de color caoba oscuro y grisáceos. El tamaño varía: hay platos semiesféricos de hasta 24 cm. de altura por 6 cm. de abertura; los medianos que son los más abundantes: 8 cm. de altura por 14 cm. de abertura. Los muy ordinarios, es decir, aquellos que no tienen ningún engobe ni pulimento son bien pocos. Todos son utilitarios.

3) Ollas de cuerpo alargado: este tipo, es sin duda, el más numeroso, tanto más que es de exclusivo uso culinario; representan aproximadamente el 50 por ciento del total. La mayoría son grises y conservan aún parte del hollín. En general son de modestas dimensiones (16 cm. de altura, 14 cm. de abertura y 9 cm. de base), las grandes son muy pocas. Casi todas son simple-

mente alisadas; las grandes y las pequeñas tienen pulimento. Sólo 4 ó 5 tienen decoración consistente en un aplique de motivos antropomorfos (ojos y a veces boca "granos de café", nariz ovoide prominente).

4) Ollas formadas por dos casquetes semiesféricos que al unirse forman un ángulo redondeado o ligeramente carenado: son relativamente pocas, de un fino acabado y en su mayoría decoradas con negativo, algunas llevan además 4 ó 5 gálbos o muescas en la unión de los dos casquetes.

5) Ollas trípodes : pocas, de cuerpo generalmente globular o alargado, pies cónicos macizos. Manufactura rústica y pobre cocción. Una o dos llevan dos botones a cada lado, opuestos diametralmente, (posiblemente se trate de una influencia de la ollita "baker" incásica). Todas fueron encontradas junto a fogones.

6) Ollas asimétricas (zapato) de base plana y convexa. Un solo ejemplar tiene decoración aplique de motivos antropomorfos. En su generalidad, las pequeñas son realizadas mediante la técnica del paletado.

7) Ollas globulares: de cuello corto, borde recto directo, ancha abertura, base convexa. Son ligeramente alisadas. Hay grandes de hasta 30 cm. de altura por 21 cm. de ancho en la mitad del cuerpo. La mayoría tiene en el cuello 3 ó 4 incisiones irregulares circulares que dan la apariencia de un acordelado. Algunas de estas han sido hechas por paletamiento. Hay algunas con decoración aplique de motivos antropomorfos, cuello alto y estrecho, borde evertido, base ligeramente plana o anular. Y algunas de cuello cóncavo, borde recto evertido y doble asa vertical.

8) Ollas formadas por dos o tres cuerpos convexos superpuestos en tronco de cono descansando sobre un casquete esférico.

9) Cantaritos formados por dos casquetes semiesféricos, cuello mediacañado, amplia abertura, borde evertido.

10) Vasos de cuerpo cilíndrico y asa canasta.

11) Vasos "gemelos" no intercomunicados.

12) Vasos grandes con abertura en forma de campana y base anular.

13) Ollas semejantes a la "baker" incásica, pero sin asa. De las formas netamente incásicas hemos encontrado: una botiza o "jarra", un aríbalo y un plato.

6.3. **Figurinas de cerámica.**— Dado que este tema fue tratado ya en una publicación anterior (1), presentamos a continuación las figurinas recobradas últimamente.

Cabeza de figurina sólida (P.Q. Chg. 367).— Por sus características parece tratarse de otra tradición cultural.

Método de manufactura: modelada a mano.

Desgrasante: arena; tamaño: de 1 a 2 mm.

Color de la superficie: carmelita claro.

Acabado de superficie: muy ordinaria, no hay alisamiento.

Otros aspectos: es de una manufactura muy burda, pero muy realística. En la cabeza parece tener un gorro ya que termina en forma de cono, a no ser de que se trate de una deformación craneal, o simplemente de un tocado. La nariz es una prominencia bastante natural; los ojos son los clásicos "granos de café", aunque los botones no están bien definidos y la incisión no le corta diametralmente; la boca está representada por una incisión profunda. Hay la figuración de las orejas, en forma bien marcada. Inmediatamente debajo de cada pabellón baja un brazo que al llegar a la altura del pecho se dobla y termina en una mano de tres dedos bastante gruesos que van a un lado de la boca, como si tocasen algún instrumento.



FIG. 5

Cabeza de figurina sólida (P. Q. Chg. 383).

Método de manufactura: modelada a mano.

Desgrasante: arena; tamaño: de 0.5 a 1.5 mm.

(1) José Echeverría, **Figurinas Prehistóricas de la Provincia de Pichincha.** (Revista de la Universidad Católica, N° 10 Año III - Nov. de 1975), pp. 171 - 188.

Color de la superficie: rojo anaranjado.

Acabado de la superficie: se encuentra erosionada, pero parece que ha sido engobada y pulida.

Otros aspectos: Este fragmento tiene 5.3 cm. de largo por 4 cm. de ancho. La parte posterior es achatada y la cabeza termina en forma conveza. Los ojos están representados por incisiones de 1.6 cm. de largo, 3 mm. de ancho y 3 mm. de profundidad. La nariz es un aplique elipsoide de 3.5 cm. de largo, 1.1 cm. de ancho y sobresale 6 mm. Parece que también la boca estuvo representada por una incisión, ya que la fractura es casi en línea recta. Parte de la superficie frontal y posterior se halla cubierta por una substancia ocre, posiblemente de origen orgánico.



Figurina sólida (P.Q. Chg. 382):

Método de manufactura: modelada a mano.

Desgrasante: arena; tamaño: de 0.5 a 1.5 mm.

Color de la superficie: rojo oscuro.

Acabado de la superficie: alisado irregular y ligeramente pulido.

Otros aspectos: es un cilindro de 6.5 cm. de largo y 2.3 cm. de ancho, ligeramente achatada en la parte superior a partir del cuello. La parte inferior se encuentra fracturada. Los ojos son los clásicos "granos de café"; la nariz es una prominencia elipsoide y la boca está representada por una incisión de 7 mm. de largo, 2 mm. de ancho y 1 mm. de profundidad. En general, es un modelado muy tosco.

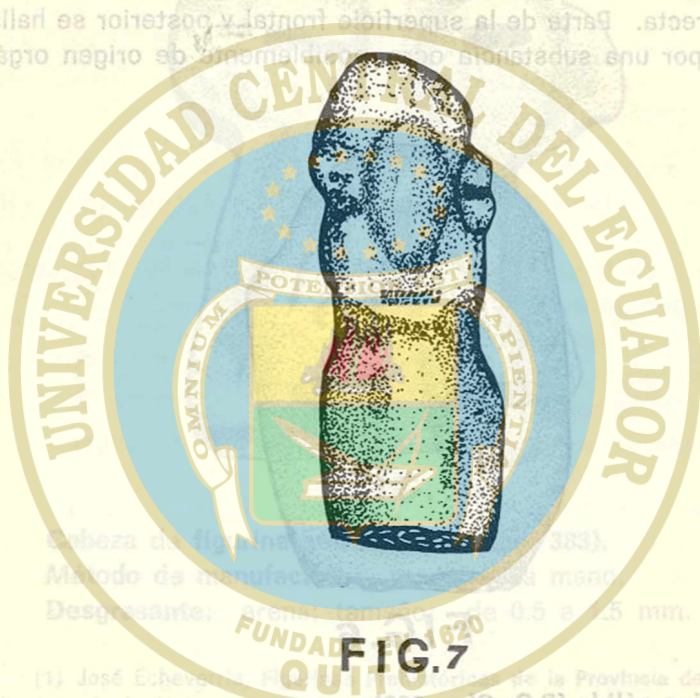


FIG. 7

Figurina sólida (P.Q. Chg. 400).— En cuanto a manufactura, tratamiento y acabado, coincide con las figurinas consideradas "diagnóstico" de esta área cultural, pero difiere en cuanto a los rasgos anatómicos de la superior.

Método de manufactura: modelada a mano.

Desgrasante: arena; tamaño: de 0.5 a 1 mm.

Color de la superficie: leonado rojizo (hay una mancha gris en la cara por defectos en la cocción).

Acabado de la superficie: regularmente alisado, engobado y pulido (a excepción de la cara). Se observan los surcos dejados por el pulidor.



FIG.8

Otros aspectos: El cuerpo es un cilindro irregular de 13 cm. de largo y 3.5 cm. de diámetro. Descansa sobre una base plana, que sobresale ligeramente del resto del cuerpo. Parece que el disco que constituye la base ha sido hecho separadamente y luego unido al resto del cuerpo. A lado y lado de la parte superior

sobresale exageradamente una protuberancia, que posiblemente indica las orejas. La nariz es una prominencia puntiaguda que tiene aproximadamente 1 cm. de altura. Los ojos están representados por una incisión vertical de 5 mm. de largo, 1 mm. de ancho y 1.5 mm. de profundidad. La boca es una incisión de 1.4 cm. de largo, 2 mm. de ancho y 2.5 mm. de profundidad.

Por su aspecto creemos que posiblemente se trata de una representación antropomorfizada de su dios "Zupay" (demonio), pues como bien lo dice Muensterberger (1971): "espíritus, dioses, demonios, y otras criaturas mitológicas asumen generalmente formas antropomorfas o zoomorfas en la sociedad "primitivas" porque el hombre refleja en su arte, sus propias ideas acerca del mundo".

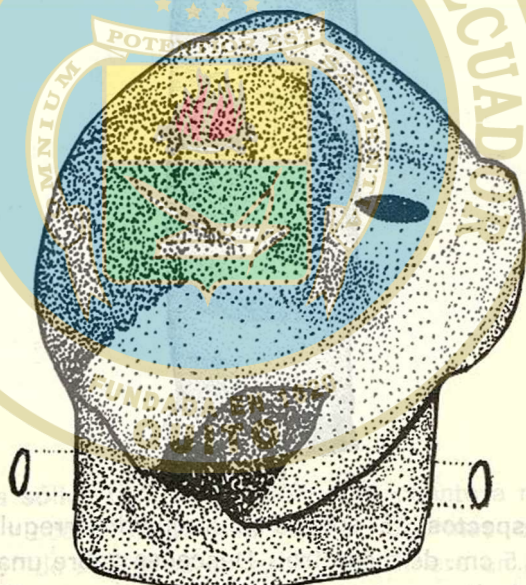


FIG. 9

Cabeza sólida (P.Q. Chg. 217).— Se la encontró en Chillogallo, Tumba 1. Constituye un "producto" muy estrambótico de esta "cultura". Desgraciadamente está muy erosionada.

Método de manufactura: modelada a mano.

Desgrasante: arena; tamaño: de 0.5 a 1 mm.

Color de la superficie: café rojizo.

Acabado de la superficie: tenuemente alisado y pulido.

Otros aspectos: a pesar de su manufactura bastante burda, tiende a ser naturística. Sus dimensiones son: 4.5 cm. de altura; 5.7 cm. de ancho (de oreja a oreja), 6 cm. desde la parte posterior (occipital), que es redondeado, hasta la quijada. Las orejas están representadas por dos protuberancias elipsoides; los ojos, por botones circulares con una profunda incisión en su ecuador; la boca parece haber sido una incisión; la nariz se encuentra completamente erosionada.

La cabeza descansa sobre una superficie plana constituida por un disco de 4.5 cm. de diámetro y 1.5 cm. de grosor. Este disco está perforado de lado a lado, es decir diametralmente.

Qué pudo representar? Se trata de la representación de una cabeza-trofeo?

6.4. Otros artefactos de cerámica.

6.4.1. **Cilindros.**— Algo achatados, algunos casi como paralelepípedos asimétricos; todos son muy macizos y pesados. Hay las siguientes variaciones:

a) Los que terminan en punta redondeada y tienen una incisión de 1 cm. de ancho, en cada extremo, pero sólo en una cara. Son ligeramente alisados y a veces pulidos.

b) En forma de paralelepípedos irregulares, con una incisión vertical a lo largo de una cara y otra incisión a cada extremo. Son muy rústicos.

c) Casi cilíndricos, sin ninguna incisión, y con una protuberancia elipsoide en el extremo de una cara. Esta forma de cilindros adoptan menores dimensiones (15 cm. de largo, 5.5 cm. de ancho. La protuberancia: 3.5 cm. de largo, 1.5 cm. de ancho y 1 cm. de altura). Son ligeramente alisados.

d) Muy achatados, sin ninguna incisión. Son los más rústicos, es decir, han sido elaborados sin ningún cuidado.

No hay evidencias de que se traten de "piedras de hogar", y además, para qué sirvieron las incisiones?. Posiblemente se tratan de pesas, pero para qué?. Aún no podemos contestarnos. Se han encontrado algunas como ofrendas fúnebres, en posición vertical y horizontal.

En el Carchi, Alicia de Francisco, al excavar una tumba de doble cámara, encontró dos cilindros de cerámica, semejantes a los encontrados en Chilibulo y Chillogallo. De Francisco dice que tienen un parecido con las "tulpas", pero que en ningún caso aparecieron en asocio con restos de hogar y es más, ninguno tiene huellas de haber sido sometido al fuego. En definitiva, su funcionalidad es todavía un enigma.

Dentro de la actual provincia de Pichincha, se han encontrado objetos semejantes en Cochasquí y Cotacollao.

6.4.2. **Discos.**— Generalmente de 18 cm. de diámetro y 1.5 cm. de grosor; algunos son bien pulidos, otros son apenas alisados o hechos de la base de una vasija grande. Casi todos se han encontrado dentro de un contexto de tumba. Sin embargo, aún no conocemos con certeza cual fue su funcionalidad. Max Uhle encontró uno en Cumbayá (Tumba XXXIII), de aproximadamente 4.7 cm. de grosor y 20 cm. de diámetro.

6.4.3. **Silbato.**— Muy pocos. Casi todos son realizados con un barro muy fino y a más del engobado y pulimento tienen

decoración negativa de motivos geométricos. Hay en forma de pez, de larva de mariposa, y antropomorfos estilizados (distintos de las figurinas-silbato). Casi todos tienen una perforación para ser llevados como colgantes.

6.8.8. **Torteros.**— En una de las prospecciones encontramos uno en superficie. Es confeccionado de un fragmento de olla ordinaria y tiene una forma ligeramente circular. Dimensiones: 6 mm. de grosor, 4.5 cm. de diámetro total y una perforación de 4 mm. de diámetro interno.

6.4.5. **Fragmento de tronco de cono.**— De barro maciso muy cocido, ligeramente igualado, posiblemente sirvió de molde en la manufactura de las ollas. En Cumbayá, Max Uhle encontró en la Tumba XXXIII, cinco conos de barro cocido, dos de ellos con la base ovalada, por lo cual los descarta como moldes para la alarería. (1926, p. 14). En Chillogallo encontramos uno de piedra pomes.

6.6. **Material lítico.**— Hasta hoy no se ha encontrado la ciudad "prehistórica" de Quito "muy grande y toda de piedra", como nos refiere el Padre Velasco.

Aún los simples objetos líticos son muy escasos. Hemos encontrado algunos fragmentos de metates y manos de metates. Los primeros, a excepción de uno que es bastante grande, los demás son de escasas dimensiones, casi morteros (19 cm. de diámetro, 8 cm. de altura y 5.5 cm. de profundidad en el centro).

Las manos de metates son de perfil rectánguloide, muy parecidas a las que actualmente usan algunos de los indígenas de nuestra serranía. Tienen doble superficie de fricción. Sus tamaños oscilan entre 22 cm. de largo, 10 cm. de ancho en el centro y 6 cm. de grosor. La manera de usarlas fue posiblemente a "vaivén", sujetadas con ambas manos. Son las más comunes. Hay también de perfil circular, casi esférico, y de perfil oval. To-

FIG. 10.— a-e, diferentes formas de piedra; f, mortero; g, cuenta de cerámica; h, concha de nácar.

das demuestran que fueron muy circular, casi esférico, y de perfil oval. Todas demuestran que fueron muy utilizadas. Se confeccionaron de núcleos de riodacita de color crema, de diorita y de andesita.

Morteros.— Muy pequeños, de base ligeramente plana, borde dirigido hacia adentro y de perfil elipsoide vertical. Tienen una concavidad de 3 cm. El ejemplar P.Q. Chg. 83 ha sido confeccionado de un núcleo de andesita olivínica de color gris negro.

Discos.— De aproximadamente 12 cm. de diámetro y 7 cm. de grosor. (Ejemplar P.Q.Chg. 286: gabra o diorita rica en plagioclasa).

Hachas.— Muy escasas. Hay dos formas bien definidas: una rectánguloide y otra en forma de T. Todas son bien pulidas.

Entre otros artefactos líticos tenemos: algunas cuentas de collar de filita y de serpentina, y algunos pulidores de cerámica.

La obsidiana es muy abundante, por doquier se ven dispersos fragmentos, a flor de tierra y en las capas superficiales sometidas a periódicos volteamientos por las labores agrícolas. En general, son núcleos o desechos de taller; los artefactos, propiamente dichos, son muy pocos.

En un terreno, erosionado por las fuertes lluvias, encontramos dos puntas de proyectil; una con escotadura lateral en dirección a la base y otra muy semejante a las de las lomas de Ancón, Perú (Cfr. Schobinger. 1969, p. 133, fig. 27 - 4) y semejante a las del Oeste de Siberia (Crr. Meggers. 1972, p. 17. Fig. 6 - a).

Otros artefactos de obsidiana: raspadores y una especie de disco pequeño.

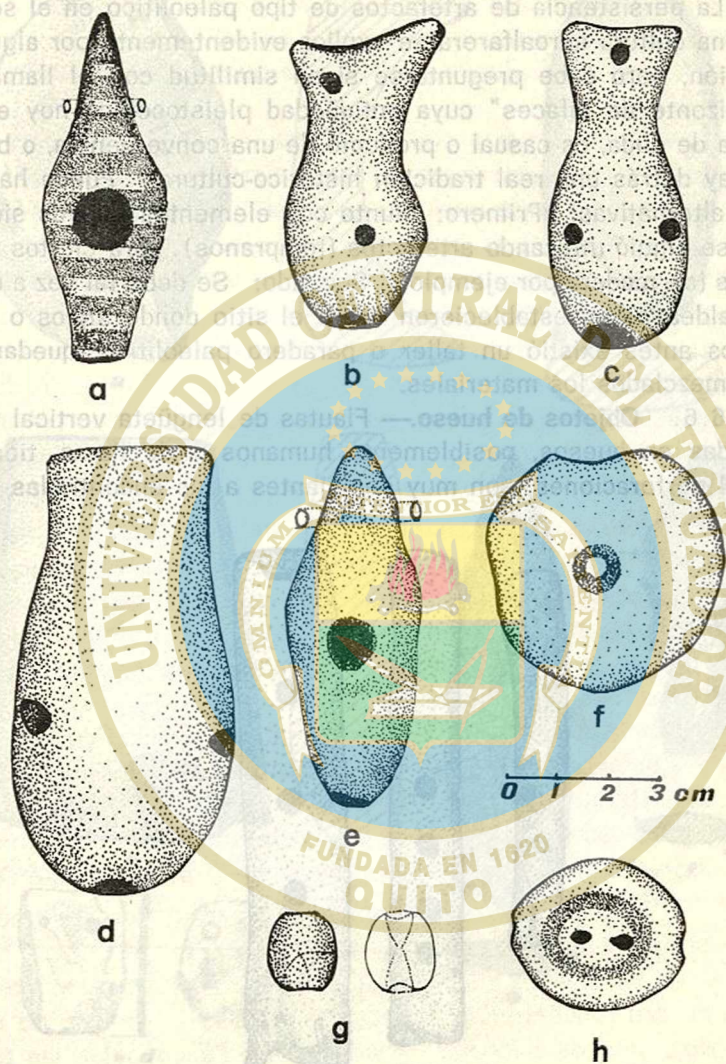


FIG. 10

FIG. 10.— a-e, diferentes formas de pitos; f, tortero; g, cuenta de serpentina; h, sonaja de cobre.

La persistencia de artefactos de tipo paleolítico en el seno de una cultura agroalfarera se explica evidentemente por alguna función, pero cabe preguntarse si su similitud con el llamado "horizonte de bifaces" cuya antigüedad pleistocénica hoy está fuera de duda, es casual o producto de una convergencia, o bien si hay detrás una real tradición histórico-cultural. Puede haber dos alternativas: Primero: Junto con elementos nuevos siempre se siguió utilizando artefactos (tempranos) para ciertos trabajos (de madera por ejemplo). Segundo: Se debe tal vez a que los aldeanos se establecieron sobre el sitio donde siglos o milenios antes existió un taller o paradero paleolítico, quedando hoy mezclados los materiales.

6.6. **Objetos de hueso.**— Flautas de lengüeta vertical trabajadas en huesos, posiblemente humanos y de llama, tienen 3 y 4 perforaciones; son muy semejantes a las encontradas por



FIG. 11

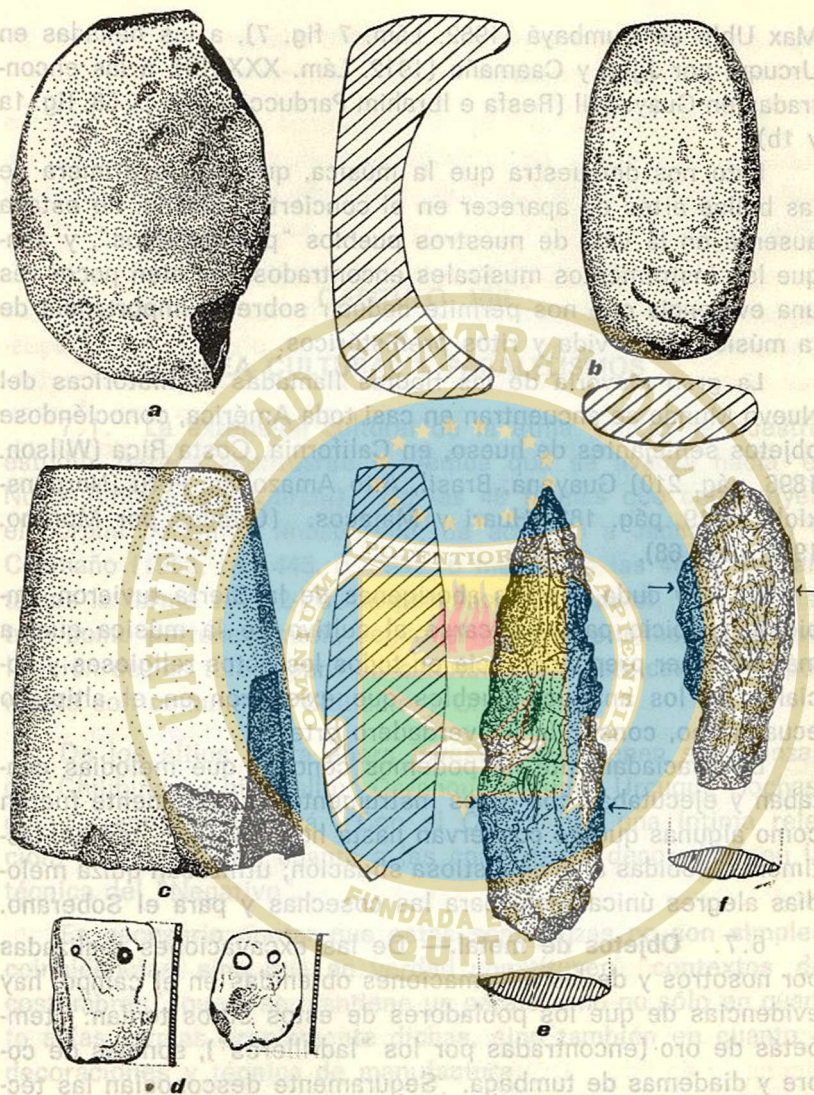


FIG. 12

FIG. 12.— Artefactos líticos: a) fragmento de mortero; b) mano de metate; c) hacha rectánguloide; d) cuentas de collar; e-f) puntas de proyectil. (Escala: a, b, tamaño medio; c-f, tamaño natural).

Max Uhle en Cumbayá (1962. Lám. 7 fig. 7), a las halladas en Urcuquí por Jijón y Caamaño (1912. Lám. XXXVIII), a las encontradas en Guayaquil (Resfa e Ibrahim Parducci. 1970, p. 68, fig. 1a y 1b).

Esto nos demuestra que la música, que fue la primera de las bellas artes en aparecer en el concierto humano, no estaba ausente en la vida de nuestros pueblos "prehistóricos", y aunque los instrumentos musicales encontrados son bien pocos, es una evidencia que nos permite deducir sobre la importancia de la música en la vida y ritos prehistóricos.

La gran mayoría de las flautas llamadas prehistóricas del Nuevo Mundo se encuentran en casi toda América, conociéndose objetos semejantes de hueso, en California, Costa Rica (Wilson. 1896, pág. 210) Guayana, Brasil, Alto Amazonas, Perú (Nordenskiöld. 1919, pág. 183) Huari y Matacos. (Citados por Moreno. 1972, pág. 68).

No hay duda que los aborígenes de la Sierra tuvieron ambiente propicio para dedicarse al cultivo de la música que, a más de tener preponderancia en todos los actos religiosos y sociales de los antiguos pueblos que existieron en el altiplano ecuatoriano, constituía un verdadero arte.

Desgraciadamente no podemos conocer qué melodías cantaban y ejecutaban con estos instrumentos, seguramente fueron como algunas que se conservan hasta hoy, es decir, tristes, lastimeras, debidas a su angustiosa situación; utilizaban quizá melodías alegres únicamente para las cosechas y para el Soberano.

6.7. Objetos de metal.— De las excavaciones realizadas por nosotros y de las informaciones obtenidas en el campo, hay evidencias de que los pobladores de estos sitios tenían: tembetás de oro (encontradas por los "ladrilleros"), sonajas de cobre y diademas de tumbaga. Seguramente desconocían las técnicas metalúrgicas y los pocos objetos de metal, probablemente fueron adquiridos por comercio.

CAPITULO VIII

AREA CULTURAL Y PARALELISMOS

7.1. La extensión cultural de la etnia, objeto de nuestro estudio, parece acentuarse a medida que se avanza hacia el Norte (Imbabura y Carchi). De las 48 formas que constituyen el corpus cerámico imbabureño, de acuerdo a Jacinto Jijón y Caamaño (1952, fig. 445, p. 353); o mejor, de las 46 si descartamos la forma 2-i y 2-j de origen español colonial, 16 se registran como pertenecientes, según el mismo estudioso a la civilización de las tolas; pero en cammio 22, o sea, casi el 50 por ciento son comunes a Chilibulo y Chillogallo.

De los sitios hasta ahora investigados, tienen semejanzas con Chilibulo y Chillogallo: Caranqui, Yaruquí, Urcuquí, Cochasquí, Cayambe, Cumbayá. Con el Carchi hay una íntima relación, sobre todo, en cuanto a las compoteras decoradas con la técnica del "Negativo".

Es necesario anotar que estas semejanzas no son simples coincidencias, sino que en verdad constituyen "contextos de costumbres", pues, se mantiene un paralelismo no sólo en cuanto a las formas propiamente dichas, sino también en cuanto a decoraciones y técnica de manufactura.

Con estas evidencias sería un absurdo considerar para esta etnia un área cultural reducida, y seguir multiplicando "Cultu-

ras" basados únicamente en el testimonio de hallazgos en diversos lugares geográficos.

Esta dispersión de "tipos" cerámicos en un área extensa supone en principio coetaneidad, pero al mismo tiempo una relación histórica entre los pobladores de las varias partes del área.

8.2. Del corpus cerámico característico del Período de Integración (Cfr. Meggers, 1966, fig. 35, p. 121) son comunes en Chilibulo y Chillogallo: ollas trípodes de pies sólidos; pequeñas ollas globulares de doble asa vertical; ollas asimétricas (zapato); ollas subglobulares; pequeñas ollas pulidas con el hombro adornado; cantaritos ordinarios; ollas y cántaros con decoración antropomorfa; compoteras de pie perforado; compoteras de pie corto y taza baja; compoteras de pie alto cónico y recipiente semiesférico profundo.

Con el Litoral guarda mucha semejanza con algunas "Culturas", a partir de Machalilla, por la forma típica de representar los ojos y a veces la boca ("granos de café").

La semejanza con la cerámica de tradición Cosanga (Panzaleo) merece especial atención por la forma en que se presentan las evidencias.

Comunmente, en los sitios en donde se ha encontrado cerámica Cosanga (Panzaleo), ésta ha aparecido en su forma más pura; por ejemplo, en lo que se refiere a la Provincia de Pichincha, se encontró vasos de puro estilo Cosanga (Pansaleo) en las excavaciones realizadas por Udo Oberem en Cochasquí, en las de Max Uhle en Cumbayá, Santa Lucía y en las que se han efectuado en Pifo y Oyambaro.

En Chilibulo y Chillogallo, por el contrario, no hay formas netamente Cosanga (Panzaleo), los vasos que tienen un ligero

parecido son apenas 2 ó 3; pero, en cambio, del total de ceramios, un 10 por ciento son realizados según la técnica del palleteado.

Además, lo que no acontece con los otros sitios, en donde esta cerámica se ha empleado preferentemente para fines ceremoniales o para ofertas fúnebres, en Chilibulo y Chillogollo han servido ordinariamente para uso doméstico.

Esto demuestra que la influencia de la tradición Cosanga (Panzaleo), en estos lugares, fue muy débil, sólo se les aceptó la técnica de manufactura.

Según Porras (1975, p. 151), la expansión de los pobladores de los valles de Quijos y Cosanga hacia los valles interandinos se produjo a partir del año 600 d.C.

De acuerdo a las evidencias arqueológicas, parece que las relaciones con los pueblos orientales se realizó aprovechando las abras de la Cordillera. En lo que respecta a la Sierra, según los cronistas y la arqueología, el contacto con los grupos humanos nortños fueron más frecuentes, no sólo por su mayor acceso sino, sobre todo, porque de ellos obtenían la mayoría de los principales recursos. Por ejemplo, la coca se cultivaba en la zona de Pimampiro, al oriente de la Provincia de Imbabura; el tabaco, en la zona de Intag; el algodón, en Tumbaviro y la sal en el vallo de Salinas, noroccidente de la hoya de Ibarra.

La diversidad de nichos ecológicos y la importancia de los productos cultivados en estos, principalmente de la coca, produjeron en estos grupos humanos relaciones socio-políticas muy particulares. A este respecto Fernando Plaza dice:

La explotación de los diversos pisos ecológicos parece haber sido —una vez más para el área andina— una respuesta adaptativa a las condiciones medio ambientales, esta vez sin res-

ponder necesariamente a la superposición literalmente vertical de los pisos, sino más bien un control horizontal de las microregiones ecológicas. Es importante insistir en este aspecto peculiar que diferencia a este cuadro ecológico local de otros *ambien andinos más meridionales, por cuanto califica diferencialmente a nuestra área de interés, enriqueciendo a la vez la concepción de tan generalizado patrón vertical de asentamiento andino." (1)

Evidencias de contactos con pueblos del Litoral existen muy pocas, algunos rasgos decorativos y un rallador elíptico de cerámica con incrustaciones de pequeñas piedrecillas de basalto.

Acerca del mercado, encontramos algunos datos de enorme interés en Relaciones Geográficas de Indias. Anota:

Los mercados está respondido el modo que tienen en hacerse, y sin embargo que por el oro se halla todo lo que quieren, lo común y más ordinario es trocar entre los naturales una cosa por otra; como si yo he menester sal, doy por ella maíz, algodón, lana u otra cosa que yo tenga, de la cual como tenga necesidad el que vende, hace su comuta, dando uno por otro.

No hay más contrato que daca esto y toma por ello esto, y habiéndose concertado, pasan por ello; aunque, si antes que se aparten alguna de las partes se arrepiente, con facilidad vuelve cada uno a tomar lo que antes era suyo; pero, en apartándose, si alguna de las partes no quiere, pasa adelante su concierto. 1

De estas afirmaciones podemos sacar en claro que la moneda, propiamente dicha, aún no aparecía en las transacciones. Se

1) Fernando Plaza Schuller, **La Incursión Inca en el Septentrion Andino Ecuatoriano** (Instituto Otavaleño de Antropología, Serie. Arqueología N° 2, 1976), p. 8.

nota una preferencia por el oro, pero tampoco parece haber sido utilizado como moneda.

El cronista Cieza de León nos ha dejado la siguiente observación:

También hay una manera de especie que llamamos canela la cual traen de las montañas que están al parte del levante, que es una fruta a manera de flor que nace en los muy grandes árboles de la canela, que no hay en España que se puedan comprar, sino es aquel ornamento o capullo de las bellotas, salvo que es leonado en la color, algo tirante a negro, y es más grueso y de mayor concavidad; es muy sabroso al gusto, tanto como la canela, sino que no se compadece comerlo más que en polvo, porque usando de ello como de canela en grisados pierde la fuerza y aún el gusto; es cálida y cordial, según la experiencia que de él se tiene; porque los naturales de la tierra lo rescatan y usan de ello en sus enfermedades; especialmente aprovechan para dolor de ijada y de tripas y para dolor de estómago; lo cual toman bebido en sus trabajos. 2

1) Jiménez de la Espada, *Relaciones Geográficas de Indias*, 1965, p. 249.

2) Cieza de León, *La Crónica del Perú*, p. 110.

BIBLIOGRAFIA

ATHENS, John y OSBORN, Alan
Investigaciones arqueológicas en la Sierra Norte del Ecuador. Instituto Otavaleño de Antropología. Otavalo, 1974.

BELL, Robert
Investigaciones Arqueológicas en el sitio de El Inga, Ecuador (Edición Bilingüe). Imprenta Casa de la Cultura Ecuatoriana. Quito, 1965.

BINGHAM, Hiram
Macchu Picchu a citadel of the Incas. New Haven Yale University Press. 1930.

CARLUCI De Santiana, María Angélica
El Paleoindio en el Ecuador. I. Industria de la piedra tallada (Adenda). (Humanitas, III: 2, pp. 7-28) Quito, 1962.

CETURIS
Cochasquí. Editado en los Talleres Offset de la Subcomisión Ecuatoriana (PREDESUR). Junio de 1975.

CIEZA De León, Pedro
La Crónica del Perú. Ediciones PEISA. Lima, 1973.

COLLIER, Donald and MURRA, John
Survey and Excavations in Southern Ecuador Printed in the United States of America by Field Museum Press. Chicago, 1943.

DE FRANCISCO, Alicia
An Archeological Sequence from Carchi, Ecuador. University Microfilms. Michigan, U.S.A. 1969.

ESTRADA, Emilio
Arqueología de Manabí Central. Publicaciones del Museo Víctor Emilio Estrada. N° 7. Edit. Royal Print. Guayaquil, 1962.

GONZALEZ SUAREZ, Federico
Los Aborígenes de Imbabura y Carchi. Investigaciones Arqueológicas. Tipografía Salesiana. Quito, 1908.

GRIJALVA, Carlos

La Expedición de Max Uhle a Cuasmal o sea la Protohistoria de Imbabura y Carchi. Edit. Chimborazo. Quito, 1937.

CHILDE, Gordon

Introducción a la Arqueología. Ediciones Ariel. Esplugues de Llobregat. Barcelona, 1972.

JARAMILLO, Víctor Alejandro

Repertorio Arqueológico Imbaya. Editorial Cultura. Otavalo, 1968.

JIJON Y CAAMAÑO, Jacinto

Contribución al conocimiento de los aborígenes de la Provincia de Imbabura. Blass y Cía. Impresores. Madrid, 1912.

—**Puruhá.** Boletín de la Academia Nacional de Historia. Vol. VI. Quito, 1926.

—**Antropología Prehispánica del Ecuador.** Edit. Santo Domingo. Quito, 1952.

JIMENES De la Espada, Marcos

Relaciones Geográficas de Indias-Perú. Ediciones Atlas. Madrid, 1965.

MEGGERS, Betty

Ecuador. Printed in Great Britin. London, 1966.

—**Prehistorii America.** Printed in the United States of America. Chicago, 1972.

MOLESTINA Zaldumbide, María del Carmen

Toctiuco, un sitio arqueológico en las faldas del Pichincha. Bol. Acad. Nac. Hist. Vol. LVII - N° 122. Quito, 1973.

MORENO, Segundo

Historia de la música en el Ecuador. Edit. Casa de la Cultura Ecuatoriana. Quito, 1972.

NAVARRO Andrade, Ulpiano

Geografía Económica del Ecuador. Edit. Santo Domingo. Quito, 1966.

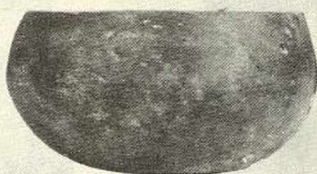
PARDUCCI, Resfa e Ibrahim

Un sitio arqueológico al norte de la ciudad: Fase Guayaquil. Edit. Casa de la Cultura Ecuatoriana. Núcleo del Guayas. Guayaquil, 1970.

- PLAZA, Fernando
La Incursión Inca en el Septentrión Andino Ecuatoriano. Primer Informe Preliminar. Instituto Otavaleño de Antropología. Serie: Arqueología número 2. Otavalo, 1976.
- PORRAS y PIANA, Luis
Ecuador Prehistórico. Lexigrama. Quito, 1975.
- PORRAS, Pedro
Fase Cosanga. Imprenta Don Bosco. Quito, 1971.
- RIVET, Paul
Ethnographie ancienne de L'Equateur. Tomo VI. Gauthier-Villars et Cie. Editeurs. Paris, 1922.
- SANOJA, Mario y VARGAS, Irida
Antiguas Formaciones y Modos de Producción Venezolanos. Monte Avila Editores. Caracas, 1974.
- SAUER, Walther
Geología del Ecuador. Primera Edición Castellana. Edit. del Ministerio de Educación. Quito, 1965.
- SCHOBINGER, Juan
Prehistoria e Suramérica. Editorial Labor, S. A. Barcelona, 1969.
- SHAFFER, Harry
Clay Figurines from the Lower Pecos Region, Texas. American Antiquity, Vol. 40, Number 2, Abril, 1975.
- UHLE, Max
Excavaciones Arqueológicas en la región de Cumbayá. Tirada aparte de los Anales de la Universidad Central. Tomo XXXVII, N° 257. Quito, 1926.
- **Las Ruinas de Cuasmal.** Tirada aparte de los Anales de la Universidad Central. Tomo XL, N° 264. Imprenta de la U.C. Quito, 1928.
- VILLAVICENCIA, Manuel
Geografía de la República del Ecuador. Imprenta de Robert Craighead. New York, 1858.
- VELASCO, Juan de
Historia del Reino de Quito. Tomo II y Parte II La Historia Antigua. Edit. "El Comercio". Quito, 1946.
- WOLFF, Teodoro
Geografía y Geología del Ecuador. Tipografía de F. A. Brockhaus, Leipzig, 1892.



a



b



c



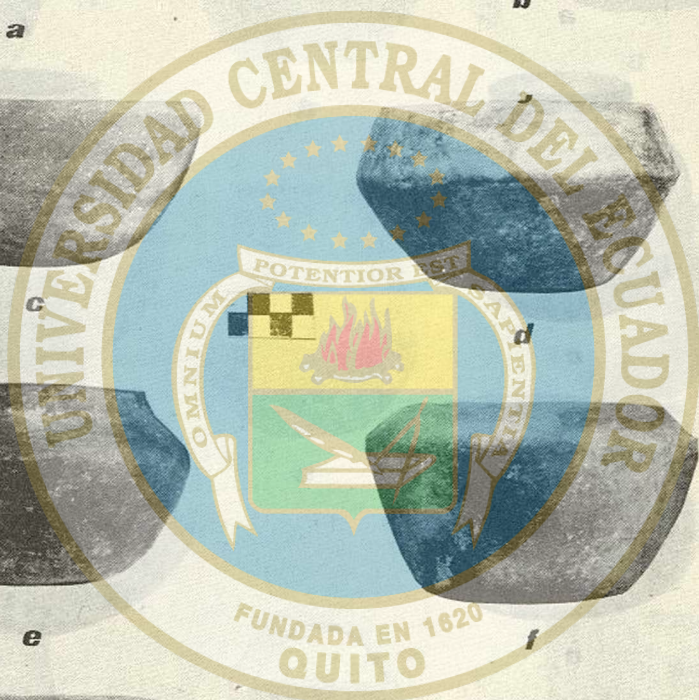
e



g



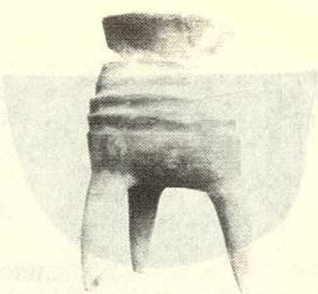
h



LAM. 1



a



b



c



d



e



f



g



h







a



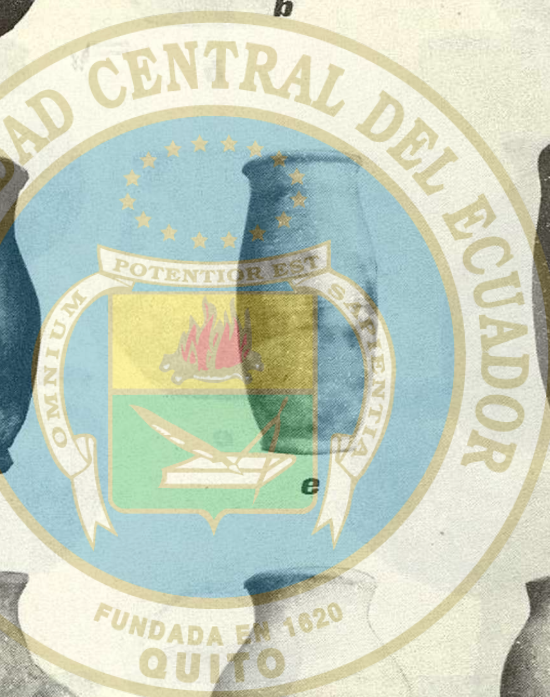
b



c



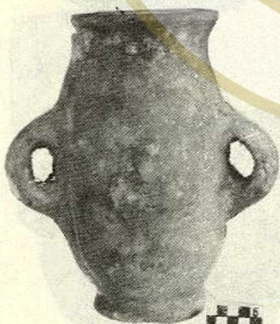
d



e



f



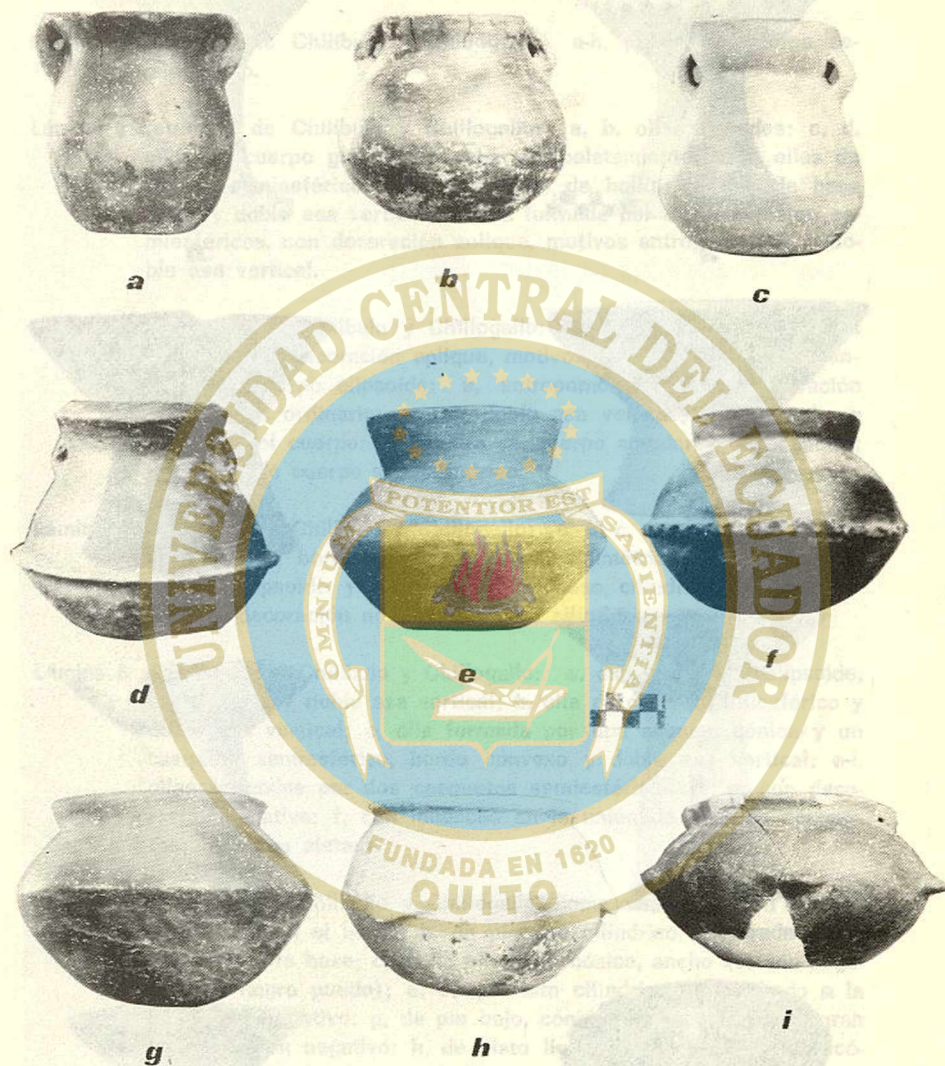
g



h



i



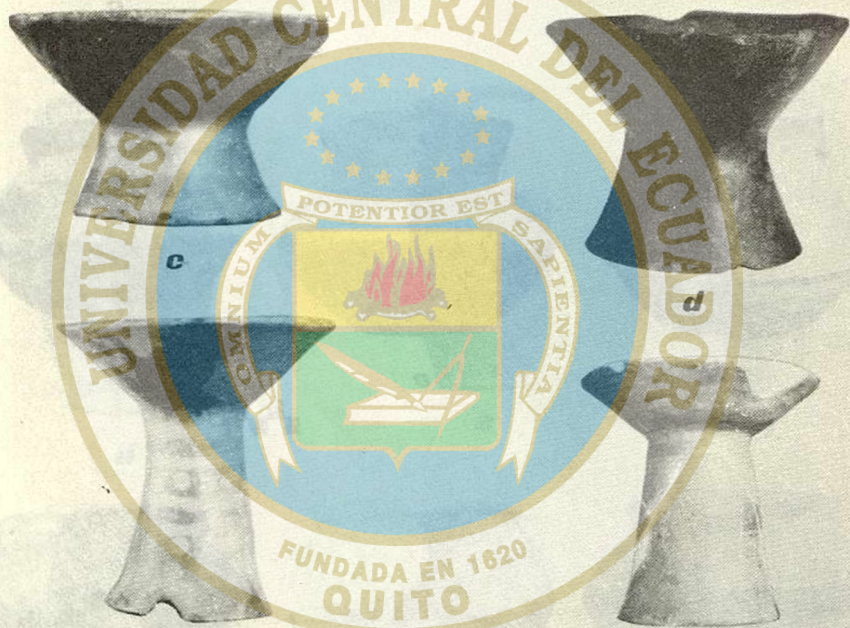
L A M. 5



a



b



c

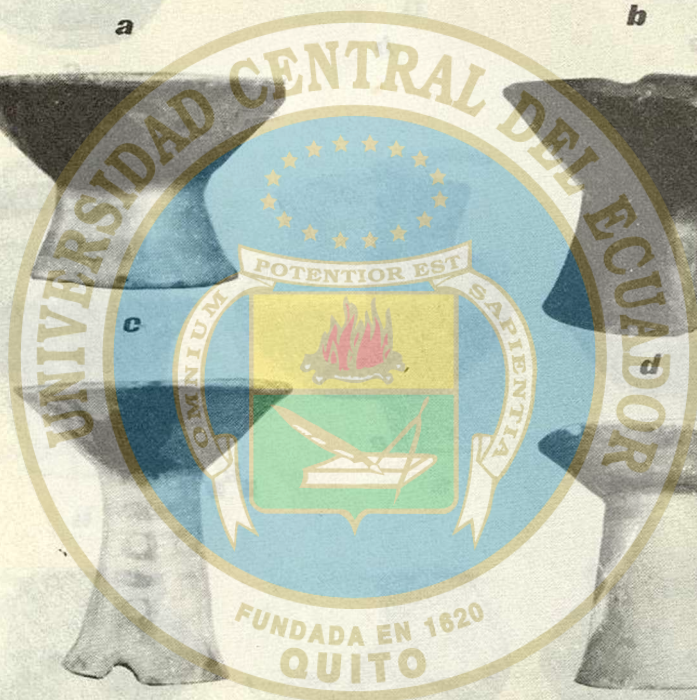
d



g



h



EXPLICACION DE LAS LAMINAS

Lámina 1 Ceramios de Chilibulo y Chillogallo: a-h, platos de cuerpo semiesférico.

Lámina 2 Ceramios de Chilibulo y Chillogallo: a, b, ollas tripodes; c, d, ollas de cuerpo globular, hechas por paletamiento; e, f, ollas de cuerpo semiesférico, aún con restos de hollín; g, olla de base plana y doble asa vertical; h, olla formada por dos casquetes semiesféricos, con decoración aplique, motivos antropomorfos, y doble asa vertical.

Lámina 3 Ceramios de Chilibulo y Chillogallo: a, b, c, diferentes formas de ollas con decoración aplique, motivos antropomorfos; d-g, cántaros de cuerpo elipsoide: a, antropomorfa; b, con decoración negativa; f, ordinario; g, con doble asa vertical (cilíndricas) en la mitad del cuerpo; h, cántaro de cuerpo angular y base anular; i, cántaro de cuerpo semicilíndrico.

Lámina 4 Ceramios de Chilibulo y Chillogallo: a, b, c, e, f, ollas de cuerpo alargado, (b, borde convexo); d, olla asimétrica; g, cantarito de cuerpo elipsoide y base anular; h, baso cilíndrico con asa canasta y decoración negativa; i, vaso cilíndrico.

Lámina 5 Ceramios de Chilibulo y Chillogallo: a, olla de cuerpo elipsoide, base plana y doble asa vertical; b, olla de cuerpo semiesférico y doble asa vertical; c, olla formada por una sección cónica y un casquete semiesférico, borde convexo y doble asa vertical; e-i, ollas formadas por dos casquetes semiesféricos (e, g, con decoración negativa; f, con muescas en la unión de los dos casquetes; h, i, con aletas).

Lámina 6 Ceramios de Chilibulo y Chillogallo, compoteras: a, con aplique festoneado en el borde; b, de pie alto cilíndrico, perforado y ensanchado a la base; c, d, de pie corto cónico, ancho (c, con negativo; d, negro pulido); e, de pie alto cilíndrico, ensanchado a la base, con negativo; g, de pie bajo, cónico, ancho y plato de gran abertura; con negativo; h, de plato ligeramente circular y pie cónico ancho.

EXPLICACION DE LAS LAMINAS

Lámina 1 Ceramios de Chililuito y Chiligallo: a, b, platos de cuerpo semiesférico.

Lámina 2 Ceramios de Chililuito y Chiligallo: a, b, ollas triángulos; c, d, ollas de cuerpo globular, hechas por palatamiento; e, f, ollas de cuerpo semiesférico, aún con restos de hollín; g, olla de base plana y doble asa vertical; h, olla formada por dos cascuetas semiesféricas, con decoración aplique, motivos antropomorfos y doble asa vertical.

Lámina 3 Ceramios de Chililuito y Chiligallo: a, b, ollas triángulos; c, d, ollas de cuerpo globular, hechas por palatamiento; e, f, ollas de cuerpo semiesférico, aún con restos de hollín; g, olla de base plana y doble asa vertical; h, olla formada por dos cascuetas semiesféricas, con decoración aplique, motivos antropomorfos y doble asa vertical.

Lámina 4 Ceramios de Chililuito y Chiligallo: a, b, ollas triángulos; c, d, ollas de cuerpo globular, hechas por palatamiento; e, f, ollas de cuerpo semiesférico, aún con restos de hollín; g, olla de base plana y doble asa vertical; h, olla formada por dos cascuetas semiesféricas, con decoración aplique, motivos antropomorfos y doble asa vertical.

Lámina 5 Ceramios de Chililuito y Chiligallo: a, b, ollas triángulos; c, d, ollas de cuerpo globular, hechas por palatamiento; e, f, ollas de cuerpo semiesférico, aún con restos de hollín; g, olla de base plana y doble asa vertical; h, olla formada por dos cascuetas semiesféricas, con decoración aplique, motivos antropomorfos y doble asa vertical.

Lámina 6 Ceramios de Chililuito y Chiligallo: a, b, ollas triángulos; c, d, ollas de cuerpo globular, hechas por palatamiento; e, f, ollas de cuerpo semiesférico, aún con restos de hollín; g, olla de base plana y doble asa vertical; h, olla formada por dos cascuetas semiesféricas, con decoración aplique, motivos antropomorfos y doble asa vertical.

Lámina 7 Ceramios de Chililuito y Chiligallo: a, b, ollas triángulos; c, d, ollas de cuerpo globular, hechas por palatamiento; e, f, ollas de cuerpo semiesférico, aún con restos de hollín; g, olla de base plana y doble asa vertical; h, olla formada por dos cascuetas semiesféricas, con decoración aplique, motivos antropomorfos y doble asa vertical.

Lámina 8 Ceramios de Chililuito y Chiligallo: a, b, ollas triángulos; c, d, ollas de cuerpo globular, hechas por palatamiento; e, f, ollas de cuerpo semiesférico, aún con restos de hollín; g, olla de base plana y doble asa vertical; h, olla formada por dos cascuetas semiesféricas, con decoración aplique, motivos antropomorfos y doble asa vertical.

INVESTIGACIONES ARQUEOLOGICAS EN ACHUPALLAS, UN SITIO AL SUR ORIENTE DE LA PROVINCIA DE CHIMBORAZO

Byron Uzcátegui Andrade

DATOS GEOGRAFICOS

La población de Achupallas, en la cual se realizaron los presentes estudios, es una parroquia perteneciente al cantón Alausí, situada al Sur oriente de la provincia de Chimborazo. Dista unos 32 Km. de Alausí y es uno de los puntos de más cercanía al Oriente, ya que la población de Macas, se encuentra a unos 100 Km. de distancia al Este de Achupallas.

Su ubicación respecto a los paralelos y meridianos es la siguiente: Se encuentra entre los 2°10' y 2°25' de latitud Sur, y entre los 78°50' y 78°35' de longitud Occidental. (Fig. 1).

La altura promedio de la meseta en la que se asienta la población es de 3.330 m., habiendo otros sitios y anejos que se encuentran a mayor o menor altitud. La configuración del terreno es en general irregular, habiendo depresiones profundas, así como elevaciones, entre las que se destacan el Mapahuña (4.500 m) y el Cayana Pucará (4.300 m); existen también formaciones geológicas, como lagunas, que pueden contarse hasta en número de veinte, situadas en el sector de Ozogоче, al oriente de la parroquia, y que constituyen en la actualidad la mayor atracción turística de la población.

HIDROGRAFIA.— El principal sistema fluvial es el del río Azuay, que corre de sur a norte por el costado occidental de la población; su origen está en las lagunas de Quimza-Cruz en el nudo del Azuay, pero recibe también el caudal del río Mapahuiña, que nace de la laguna del mismo nombre. Así constituido el río Azuay, y recibiendo las aguas de otros tributarios, desciende hasta la población de la Moya, antes de la cual, toma ya el nombre de río Guasuntos.

Otro río pequeño que corre por el costado oriental de la población, es el Huagnay, que nace de los deshielos de Puca; desemboca en el río Azuay; el río Zula, que baña la zona oriental de Achupallas, vierte asimismo sus aguas en el río Azuay.— (Fig. 1).

CLIMA.— El clima de Achupallas es frío, en general, en todo el año; sin embargo, se acentúa el descenso de la temperatura, en los meses de Agosto y Septiembre, por la caída de nieve en las alturas, y por los páramos que caen sobre la población.

Los meses de lluvia son de Enero a Abril, con copiosas precipitaciones atmosféricas, pudiendo a veces prolongarse las lluvias hasta Junio; el resto del año es relativamente seco. Las precipitaciones varían entre 14.1mm y 213.1mm en los meses secos y lluviosos respectivamente.

POBLACION.— La población urbana es de unos 1.000 habitantes, mientras que la rural llega a 10.000. La raza predominante es la indígena, que habita en los anejos circundantes de la parroquia. Hablan el quichua como idioma nativo, pero debido al trato diario que el indio tiene con el blanco y el mestizo, se puede decir que su segundo idioma es el castellano.

Las principales afecciones que aquejan sobre todo al indio, son: la desnutrición infantil: hay un 30 por ciento de desnutridos de I a III grado, en niños menores de 1 año; y un 60 por

ciento de desnutridos de I a II grado, en niños de 1 a 3 años; el peso bajo al nacimiento (menos de 2.500 gm.); poliparasitosis; trastornos de la osificación; mal desarrollo de la dentición; infecciones respiratorias, entre las principales.

La alimentación, en general, de toda la población, es eminentemente hidrocarbonada, con muy escaso porcentaje de proteínas animales y grasas (carne, leche, huevos), debido en parte a la venta de estos últimos productos, en lugar de reservarlos para el consumo humano.

ECONOMIA.— La economía está basada fundamentalmente en la agricultura que es la actividad principal de sus habitantes; es tierra muy fértil, que produce especialmente cebada, papas, maíz, trigo. La ganadería también es una fuente de trabajo y producción, aunque en menor escala.

Entre sus riquezas naturales, destacan las inmensas minas de mármol blanco, situadas en Zula; las fuentes de agua termal y gaseosa, en el mismo sector; las minas de yeso en Hualla; y la cría y pesca de la trucha, que se ha aclimatado en las lagunas de Mapahuiña y Ozogoche.

DESCRIPCION DE LOS SITIOS Y TECNICA DE LA EXCAVACION

Los estudios de prospección y excavación fueron realizados en los sitios Shagliay, El Azuay y Letrapungo, durante el año 1975-1976 (Fig. 1).

A continuación, lo realizado en cada uno de ellos:

A.— **SHAGLIAY**, es un sitio situado al Sur oriente de la parroquia, y en el cual se asienta uno de los anejos de la misma. Se encuentra como a 1 Km. de la población, y a una altura de unos 3.600 mts.

En una de las colinas de este sitio, se localizó una plataforma habitacional, así como restos de posibles terrazas de cul-

tivo, situadas hacia el lado oriental de la misma. En el mismo costado se descubrió un basurero prehistórico, en el cual se realizó una parte del estudio.

Esta plataforma de forma rectangular, está orientada en el sentido Norte-Sur, y sus dimensiones son las siguientes: 12 mts. en el lado Norte, 9 mts. en el lado Sur, y 24 mts. en los costados oriental y occidental; las terrazas de cultivo son en número de cuatro, situadas hacia el lado oriental de la plataforma, y descienden escalonadamente desde la misma, hasta cerca del río Huagnay, que corre a unos 200 mts. abajo de la plataforma. La superficie de la plataforma es completamente plana, con suaves caídas en sus flancos, y asentada sobre una colina muy pedregosa, y de configuración irregular, lo que la destaca del resto de formaciones naturales del sector. En esta plataforma, se encuentra hacia su extremidad norte, una piedra de unos 2 mts. de diámetro, en la que se aprecian una serie de incisiones lineales semiborradas por el tiempo, y que no dejan lugar a dudas de haber sido hechas por la mano de sus primitivos habitantes, ya que petroglifos similares se encuentran en la misma zona de Shagliay, así como en otros sectores de Achupallas.

En Agosto de 1975, se realiza el primer estudio en esta plataforma, por medio de un Test-Pit, de 5 mts. de largo por 2 mts. de profundidad, en el flanco oriental de la misma. (Fig. 2). Se extrae alguna cantidad de cerámica, toda ella fraccionada, cuatro artefactos líticos, material óseo, posiblemente proveniente de deshechos alimenticios, ya que correspondía a osamentas de cuyes, borregos y algún otro cuadrúpedo; asimismo se constata la presencia de restos de maíz quemado y materiales de combustión; se localiza los cimientos de un cerco de piedras superpuestas, que aparentemente rodeaba a la plataforma.

No se encontraron restos de osamentas humanas, ni sepulcros.

Por las características anotadas, creemos que se trata del basurero prehistórico que perteneció a la plataforma habitacional.

En el mes de Enero de 1976, se realiza un segundo estudio en el mismo sitio Shagliay: en la superficie de dicha plataforma, hacia su costado oriental, se practica un corte estratigráfico de 3 mts. por 3 mts. (Fig. 2) con niveles arbitrarios de 10 cm. cada uno. El primer nivel fue de 15 cm., ya que hasta esa profundidad llegaban las raíces y tierra vegetal; produjo escasa cantidad de cerámica; el segundo nivel de 15-25 cm. produjo más cantidad de tiestos, e igual el tercero de 25-35 cm. y el cuarto de 35-45 cm. En este último nivel, en la esquina suroccidental del corte, se encontró abundantes restos de combustión, maíz quemado, y fragmentos de una tulla o fogón prehistórico, de cangagua calcinada. Igualmente fue en este nivel, que se encontró una cerámica gruesa, recubierta de un engobe rojizo, y decorada con listones y apliques con muescas, de carácter antropomorfo, que le confieren un aspecto muy peculiar. (Véase en Tipos Cerámicos, Ordinario con engobe rojo y Fig. (3).

Bajo este nivel, se llegó a una capa geológica de color amarillo rojizo, bastante dura, llamada en la zona cascajo, y arqueológicamente estéril; se trató de profundizar más, pero no se evidenció restos de cerámica alguna, por lo que se terminó con esta capa el corte. Asentados sobre este cascajo, se encontraron los restos de unos antiguos simientos, pertenecientes a la vivienda prehistórica, hechos con piedras superpuestas.

El corte produjo lamentablemente escasa cantidad de tiestos, (menos de 100 por nivel), por lo que no se realizó ninguna seriación.

B.— EL AZUAY: sector de Achupallas situado hacia el Sur occidental de la parroquia, a unos 3 Km. del centro de la misma. Este sector está regado por el río del mismo nombre.

En el mes de Abril de 1976, se realizó una prospección del lugar, y se procedió a recoger el material de superficie diseminado; se recolectó cerámica, restos óseos humanos y unas cuentas de conchas marinas con perforaciones. (Fig. 16), por lo que suponemos que fue excavada anteriormente alguna tumba prehistórica, cuyo material se mezcló con el de la superficie del lugar. No se realizó ningún corte estratigráfico.

C.— LETRAPUNGO: sector y anejo de la parroquia, que se encuentra a 4 Km. al oriente de la misma. Se realizó una prospección, encontrándose algunos petroglifos, grabados con inscripciones lineales, de diversa longitud y profundidad, aparentemente sin orden ni secuencia algunos; no hay representaciones antrozoomorfas ni ideogramas. La mayor parte de petroglifos presentan estas marcas, en la superficie que mira hacia el Oriente. No se recolectó cerámica en este sector.

TIPOS CERAMICOS

ORDINARIO

Razgos diagnósticos: cerámica gruesa, partículas de desgrasante cuyo tamaño varía entre 1mm. y 5mm. No presenta rastros de pintura ni engobe, sin embargo varios tiestos presentan en su superficie una capa de hollín distinta de las manchas de cocción, que les confiere color negro marrón.

PASTA:

Método de manufactura: Acordelado.

Desgrasante: partículas de arena, cuarzo, feldespato, calcedonia, de tamaño que oscila entre 1mm. y 5mm.

Textura: pasta muy compacta, con casi ninguna porosidad. Fractura poligonal.

Color: rojo ladrillo, núcleo negro que ocupa el 30 al 80 por ciento del espesor de la cerámica. Oxidización incompleta.

SUPERFICIE: El núcleo es anaranjado y rojo ladrillo.

Color: rojo ladrillo y rojo anaranjado en la mayor parte; sin embargo el 28.4 por ciento presenta la superficie color negro marrón debido a la presencia de hollín, que posiblemente fue aplicado para impermeabilizar a la cerámica. Algunos fragmentos presentan también en la superficie manchas de cocción.

Tratamiento: igualado interior y exteriormente.

Dureza: 2.5-3.

FORMA:

Borde: se presentan las variedades: evertido directo en la mayoría, también se hallan adelgazado y engrosado exteriormente, en pestaña y evertido. El labio es redondeado en la mayoría, pero también lo hay en Ojiva y aplanado. (Fig. 17).

Espesor de las paredes: de 5-15mm. en la mayoría de tios ordinarios. Es de notar sin embargo que la cerámica Negra con capa de hollín, presenta un grosor de sus paredes que oscila entre los 3-5mm.

Bases: se han encontrado solamente 2 ejemplares de forma anular, la de mayor tamaño es sobrepuesta al cuerpo del recipiente, y presenta un orificio posiblemente producido por una incrustación de alguna variedad de semilla.

ROJO ORDINARIO

Razgos diagnósticos: cerámica que presenta un baño o engobe rojo en su superficie, en tonalidades que van desde el rojo ladrillo al rojo lacre oscuro.

PASTA:

Método de manufactura: posiblemente acordelado.

Desgrasante: partículas de arena y cuarzo cuyo tamaño oscila entre 1 y 3mm.

Textura: pasta compacta. Fractura bastante regular, poligonal.

Color: rojo ladrillo y rojo anaranjado. El núcleo es negro.
SUPERFICIE:

Color: engobe o baño rojo cuya tonalidad varía entre el rojo amarillento al rojo oscuro. En algunos tiestos se observa la presencia de manchas de cocción.

Tratamiento: El baño varía en espesor desde décimas de mm. a 1mm.

Dureza: 3.

FORMA:

Bordes: principalmente evertido, evertido directo, con engrosamiento exterior o interior. Labios redondeados en la mayor parte y en ojiva. (Fig. 17).

Espesor de las paredes: varía entre 5 y 10mm.

Bases: se encontraron 2 ejemplares de bases anulares.

ROJO SOBRE BUFF

Razgos diagnósticos: franjas de pintura roja horizontales, pintadas en el cuerpo y bordes, sobre el fondo del color natural del barro o en muy pocos casos, sobre un baño o slip amarillo claro.

PASTA:

Método de manufactura: posiblemente acordelado.

Desgrasante: partículas de arena y cuarzo cuyo tamaño oscila entre 1-3mm.

Textura: pasta relativamente compacta, con fracturas bastante irregulares.

Color: rojo amarillento a rojo ladrillo. Cocción u oxidación incompletas, presentándose el núcleo negro.

SUPERFICIE:

Color: franjas horizontales cuyo color varía desde el rojo claro al rojo caoba oscuro, pintadas sobre el fondo amarillo cla-

ro. de la cerámica. En dos ejemplares, se ha pintado dichas líneas sobre un fondo de slip amarillo o café muy claros.

En muy pocos ejemplares se observan también manchas de cocción.

Técnica: se han trazado bandas horizontales decorando especialmente los bordes, aunque también se las observa en el cuerpo de los fragmentos; su anchura varía desde 0.5-3cm. (Shaglay) siendo en este mismo caso las franjas bastante irregulares en sus bordes, lo que hace suponer la utilización de un instrumento vegetal a manera de pincel; en la cerámica proveniente de El Azuay, se observan en cambio líneas más finas de 0.5-1.5cm. de ancho, trazadas paralelamente a distancia de 0.5cm. una de la otra, y de perfiles muy regulares, lo que conlleva a pensar en la utilización de pinceles de origen animal.

Dureza: 3.

FORMA:

Bordes: vertical con pestaña, evertido y engrosado exteriormente, evertido directo, engrosado interior y exteriormente; los labios pueden ser aplanados, en ojiva y redondeados en su mayoría. (Fig. 17).

Espesor de la cerámica: 4-11mm.

Bases: un solo ejemplar de base anular.

ROJO PULIDO

Razgos diagnósticos: cerámica que presenta en su superficie, un baño o engobe color rojo, con estrías o líneas de pulimento.

PASTA:

Método de manufactura: Posiblemente Paleteado. No hay evidencias de cordeles.

Desgrasante: partículas de arena, cuarzo, feldespato y mica, ésta última en muy escasa cantidad, de tamaño que varía entre 1 y 5mm.

Textura: pasta bastante compacta, con escasa porosidad; la fractura es bastante regular sobre todo en la cerámica más delgada.

Color: en todos los casos se nota oxidación incompleta, siendo el núcleo negro o casi negro, y variando en espesor entre el 10-90 por ciento del grosor de la cerámica.

SUPERFICIE:

Color: engobe o baño rojo cuyo matiz varía desde el rojo ladrillo al rojo caoba. En pocos casos se observa manchas de cocción.

Tratamiento: Cerámica pulida exteriormente. Muy pocos tiosos presentan también pulimento interior.

Dureza: 2.5-3.

FORMA:

Borde: borde con pestaña, adelgazado con refuerzo exterior, evertido directo, evertido y engrosado exteriormente y engrosado con canal interior. Labio redondeado en la mayoría, también en ojiva. (Fig. 17).

Bases: se encontraron 3 bases anulares, añadidas al cuerpo del recipiente y una pata de polípodo. (El Azuay).

Espesor de la cerámica: entre 3-8mm.

ORDINARIO CON ENGOBE ROJO GRUESO

Razgos diagnósticos: cerámica de paredes bastante gruesas, recubierta en una o ambas caras con una capa de engobe rojo igualmente de espesor considerable, ya que tiene por término medio 2mm. El desgrasante lo constituyen partículas de arena y cuarzo que varían en tamaño desde 1-6mm. Decorado con apliques antropomorfos.

PASTA:

Método de manufactura: Acordelado.

Desgrasante: partículas bastante grandes de cuarzo, arena silícea cuyo tamaño oscila entre 1-6mm.

Textura: Pasta bastante compacta, muy dura y resistente, que presenta muchas irregularidades al tacto y a simple vista, debidas al tamaño bastante grande de las partículas de desgrasante; no se desmorona al tacto ni es friable. La fractura es poligonal, y se presenta siguiendo las irregularidades del desgrasante.

Color: Cerámica que presenta evidencias de oxidización incompleta, ya que el núcleo, es de color negro ocupando del 70-90 por ciento del espesor de la cerámica. El resto de la pasta es de un color rojo ladrillo generalmente.

SUPERFICIE:

Color: el engobe que recubre una o ambas superficies, varía en tonalidad desde el rojo ladrillo al rojo castaño. Algunos tiestos presentan también manchas de cocción.

Tratamiento: el engobe es una capa regular que recubre generalmente la superficie externa de la cerámica, sin embargo en algunos casos está presente también en el interior de la misma.

Es una capa relativamente gruesa, ya que mide de 1-3mm. y se presenta generalmente bastante resquebrajada.

Decoración de la superficie y técnica: se han encontrado 4 fragmentos, todos provenientes del mismo nivel de excavación (35-45 cm. Sitio N° 1 Shagliay), que se corresponden entre sí, y forman parte del cuerpo y gollete de un cántaro antropomorfo, en los cuales se han representado las facciones de la siguiente manera:

Los ojos son dos apliques realizados con la técnica de Grano de Café, que tienen por término medio 1.5 cm. de diámetro; la nariz es otro aplice vertical de 2.5 cm. de largo, situada en la unión del gollete con el borde, y a una distancia de 2.5 cm. de los ojos; la boca es otro aplice horizontal de 2 cm. de largo realizada con la misma técnica de Grano de café, y situada a 2 cm. debajo de la nariz; en el sitio correspondiente a las orejas, y desde la unión del gollete con el borde, se ha aplicado una tira de cerámica de 1 cm. de ancho, decorada con muescas de 0.4 cm. de ancho por 0.3 cm. de profundidad y realizadas en sentido transversal a 0.5 cm. de distancia una de la otra, con algún instrumento redondeado; este aplice con muescas desciende desde la unión del gollete con el borde del cántaro, en forma casi vertical, contorneando por fuera el rostro representado en la cerámica, y al llegar a la altura de los pechos, describe una curva que lleva a terminar el aplice a una distancia de 1 cm. de bajo de la boca, juntándose casi con el del otro lado, a manera de brazos. (Fig. 3).

Dureza: 3.

FORMA:

Bordes: hay dos ejemplares correspondientes al cántaro antropomorfo anteriormente descrito: corresponden a la variedad de borde Expandido directo que forma un ángulo de unos 100 grados con el gollete, mide 7 cm. y es apenas reforzado exteriormente; en la superficie interna presenta en la unión con el cuerpo, un canal horizontal de 1-2 cm. de ancho y 0.3 cm. de profundidad, realizado con el dedo o con algún instrumento romo.

Labio: Redondeado.

Espesor de las paredes: 0.6-1.6 cm.

Porcentaje. esta cerámica constituye el 67 por ciento de la encontrada en el nivel de 35-45 cm. en Shagliay. No se la ha encontrado en los demás niveles ni en los otros sitios.

CERAMICA DECORADA

Unos pocos ejemplares recolectados en las diferentes excavaciones, presentan alguna peculiar decoración, por lo que creemos necesario hacer una breve descripción de cada uno de ellos.

Pertenecen por algún razgo, a alguno de los tipos cerámicos descritos anteriormente en detalle, excepto una holla fragmentada, que presenta en su superficie decoración con técnica Negativa.

1.—Fragmento de gollete de un cántaro antropomorfo: es un ejemplar en el que se pueden apreciar parte de los ojos, la nariz y la boca.

La nariz es una eminencia cónica, modelada exteriormente y empujada desde el interior; igual tratamiento tiene la quijada; la boca es una incisión de 2.5 cm. de largo por 0.4 cm. de ancho, y de 0.2 cm. de profundidad, trazada en sentido horizontal, por arrastre; los ojos trazados igualmente en sentido horizontal, tienen la particularidad de ser **más profundos en el ángulo interno**, y fueron hechos probablemente con la misma técnica. El izquierdo mide 1.4 cm. de largo y de profundidad 0.4 cm. en el ángulo interno, mientras que en el externo apenas alcanza 1mm. (Fig. 4).

La PASTA, es compacta, de 3-5mm. de espesor, desgrasante a base de arena, cuarzo, feldespato y mica en mínima cantidad. El tratamiento fue posiblemente Paleteado.

La SUPERFICIE, es de color rojo debido a la presencia de una capa de engobe con huellas de pulimento; se observa también en la parte de la cara, pintura o engobe de color Blanco.

La cabeza del gollete ha sido sobrepuesta al cuerpo del cántaro.

El fragmento proviene de El Azuay.

2.—**Fragmento del gollete de un cántaro antropomorfo:** es un fragmento que presenta parte del gollete y del borde del recipiente; en el gollete se puede observar un ojo y una oreja, el ojo es un aplique de 2 cm. en su diámetro mayor realizado con la técnica Grano de Café, la oreja es otro aplique vertical de 4 cm. de largo, que presenta 5 muescas o hendiduras transversales como representando orejeras.

La superficie externa de la cerámica es de color negro, por la presencia de hollín; el borde expandido hacia el exterior, forma un ángulo de 110 grados con el cuerpo, mide 3 cm. presenta **rastros de pintura roja en su cara interior**; el labio es aplanado con un pequeño canal.

La cerámica es incompletamente oxidizada, con el núcleo negro que ocupa la mayor parte del espesor; el grosor de las paredes es de 0.3 cm. a 0.7 cm. El fragmento proviene de Shagliay. (Fig. 5).

3.—**Fragmento de cántaro antropomorfo:** que presenta en la superficie exterior, representaciones plásticas de ojos, nariz, y boca; los ojos son dos apliques de 3 cm. por 1.5 cm. hechos con la técnica de Grano de café, situados muy cerca del borde a tan sólo 0.5 cm; la **nariz es otro aplique**, de representación muy realística, con los dos orificios nasales y de perfil aguileño, mide 2 cm. y nace prácticamente del mismo borde; la boca es otro aplique de 2.5 cm. por 1.7 cm., horizontal, realizada con la misma técnica de los ojos, pero con el labio inferior bastante pronunciado. (Fig. 6).

La Pasta es compacta, presenta cocción incompleta, su espesor varía entre 0.4-0.8 cm. La Superficie, exteriormente presenta rastros de **pintura roja** junto a la boca. El Borde se confunde prácticamente con el cuerpo del cántaro, el labio es aplanado y con **pintura roja**.

La pieza se la encontró en el sitio Shagliay.

4.—**Gollete de un cántaro antropomorfo:** en el que se han representado los ojos, nariz y orejas; los ojos son dos circunferencias de 1 cm. de diámetro, realizados posiblemente con la técnica de estampado con caña hueca a distancia de 2 cm. uno del otro; la nariz es una eminencia vertical de 2.3 cm. empujada desde el interior; las orejas son igualmente dos prominencias verticales de 2 y 2.5 cm., empujadas desde el interior y modeladas exteriormente; no hay representación de boca.

La Pasta es bastante compacta, presentando un alto grado de oxidación ya que prácticamente no hay núcleo negro y todo el espesor es de color ladrillo; el grosor es de 0.6-1 cm. (Fig. 7).

La Superficie presenta en el exterior y en buena parte del interior una **capa de engobe rojo anaranjado** y **líneas de pulimento**; el borde del cántaro se desprende del gollete y se dirige hacia afuera formando un ángulo de 120 grados; el labio es redondeado, y la abertura de la boca del gollete es de 7 cm. de diámetro. Se la recogió en Shagliay.

5.—**Fragmento de una figurina Zoomorfa:** en la que se han modelado la boca del animal y dos grandes ojos que le confieren la apariencia de un sapo; hay en la superficie rastros de pintura roja, que, aparentemente, **presenta también huellas de pulido**. Mide 4.5 cm. en su diámetro mayor. Procede de Shagliay. (Fig. 8).

6.—**Fragmento de borde con asa:** perteneciente a un cántaro y que presenta como particularidad las **impresiones que se han hecho con las uñas** en la superficie exterior, en el sitio de unión del borde con el cuerpo; todas se han hecho en sentido vertical; la oreja o asa es un cilindro que mide 2 cm., y se lo ha aplicado en un extremo en el borde, y el otro en el cuerpo de la holla; el borde se desprende del cuerpo y se dirige hacia afuera, formando ángulo de 110 grados; el labio es redondeado. (Fig. 9).

La Pasta es compacta, con oxidación incompleta, su espesor es de 0.4-0.6 cm.

La Superficie exterior es de color negro marrón, mientras que la interior presenta rastros de pintura roja, en la parte posterior del borde. Hay un discreto brillo de pulimento, tanto en la superficie exterior como en la interior. Procede de Shagliay.

7.— **Ollita fragmentada** de cuerpo globular, borde evertido directo, labio aplanado en su mayor parte; la boca del cántaro tiene 6.5 cm. de diámetro.

La Pasta es compacta, presenta un alto grado de oxidización, ya que no se observa el núcleo negro, sino todo el espesor es de color ladrillo; el grosor es de 0.4-0.6 cm. (Fig. 10).

La Superficie exterior presenta un **pulido fino en todo el borde, así como en el resto del cuerpo** del recipiente; sin embargo este último pulido termina a 1 cm. antes de que comience el del borde; sobre este **PULIDO**, se ha decorado la superficie con pintura de color **café oscuro**, en **diseños lineales**, realizados con **técnica de Negativo**; las líneas se han trazado en sentido oblicuo. La superficie interna del borde también presenta huellas de pulido. La pieza proviene de El Azuay.

8.— **Dos fragmentos** que presentan en su superficie exterior, decoración a base de **Aplique con Muesca**, cuyas hendiduras transversales se han realizado con un instrumento romo y a distancias de 0.4 cm. una de la otra. Uno de los fragmentos presenta rastros de pintura roja, y el otro, en su cara externa, tiene huellas de un engobe rojo oscuro, con huellas de pulimento. El un fragmento tiene por término medio 0.3 cm. de espesor y el otro, 0.7 cm. Ambos provienen del sitio Shagliay. (Fig. 11).

9.— **Fragmento** de cerámica, encontrado formando parte de una pared de adobe; se lo menciona por la particularidad de presentar su superficie exterior, barnizada con pintura color **café caoba oscuro**, con **matiz netamente iridiscente**, y huellas de un

pulido muy fino; la superficie interna es igualmente pulida, pero sin huellas de pintura iridiscente; la Pasta es de desgrasante muy fino, con el núcleo negro que ocupa la mayor parte del espesor de la cerámica, y cuyo grosor es de 0.4 cm.; el borde es evertido directo, engrosado exteriormente y de labio redondeado. Se le encontró en una huerta de una de las casas de la población de Achupallas, propiedad de la familia Andrade Rodríguez.

ARTEFACTOS LÍTICOS

1.—MANO DE METATE: de dimensiones, largo 12.5 cm., ancho 11 cm., el extremo más grueso mide 4.5 cm. y el más desgastado 2.5 cm.

El material es piedra volcánica, y presenta una ancha superficie desgastada por efecto de la fricción; la parte media de dicha superficie, es la que presenta huellas de mayor desgaste. (Fig. 12).

2.—MANO DE MORTERO: de forma cilindroide, larga, con la una extremidad más delgada; mide 12 cm. de largo, por 4 cm. en su parte media; la una extremidad mide 10 cm. de circunferencia mientras que la otra tiene 11 cm. El material de la pieza es Andesita. La extremidad más delgada es la que presenta más huellas de desgaste por la fricción. (Fig. 13).

3.—PULIDOR: de Granito, de forma más o menos redondeada, cuyos diámetros varían entre 3.5 y 4 cm.; una de sus caras presenta las huellas del pulido. (Fig. 14).

4.—RASPADOR: de Basalto, de dimensiones 6.5 cm. de largo por 4.5 cm. de ancho; presenta evidentes huellas de retoque, a lo largo de uno de sus bordes. (Fig. 15).

Todos estos cuatro artefactos líticos, provienen de las excavaciones realizadas en la plataforma habitacional del sitio Shaglay.

OBJETOS DE CONCHA

Se recolectaron seis ejemplares de conchas marinas, todas de la Especie *Conus*, cuyo tamaño oscila entre 3 y 4 cm., de largo; la mayoría se encuentran fragmentadas e incompletas, sin embargo en un ejemplar íntegro se pueden estudiar las siguientes características: las conchas han sido cortadas en forma muy regular, en su extremo más grueso, en sentido transversal al eje mayor de la concha; es decir, prácticamente, se ha cercenado la extremidad más abultada. En cambio en la extremidad más delgada, se han practicado dos orificios, cercanos a la punta, de 0.6 y de 0.3 cm. de diámetro, separados por una distancia de 0.3 cm.; estas características, nos llevan a creer que se trataron, con toda seguridad, de cuentas hechas a base de caracoles o conchas marinas, para ser llevadas ensartadas con un hilo que debía pasar por los orificios, como adorno a manera de pendientes o collares.

Todos los ejemplares provienen de El Azuay, y fueron recogidos junto con la cerámica de superficie recolectada en ese sector. (Fig. 16)

CERAMICA INCASICA

Se recolectó alguna cantidad de cerámica bastante gruesa, y un fragmento de aribalo incásico.

La cerámica presenta en su superficie exterior decoración polícroma, a base de rayas de colores rosado, rojo, café oscuro y amarillo. Algunos tiestos presentan la superficie bañada con pintura roja anaranjada o rojo caoba, sobre la cual se han pintado las líneas y franjas polícromas; igualmente, en algunos fragmentos hay huellas de pulido exterior en la superficie.

El fragmento de asa de aribalo, presenta un baño en toda su superficie exterior, de color rojo naranja.

(2) Todos estos restos cerámicos, corresponden a alfarería netamente incásica del período Imperial.

Se recolectó esta cerámica prácticamente en el centro mismo de la población, ya que el terreno donde fue encontrada, queda a una cuadra de la plaza mayor.

CONCLUSIONES

El sitio arqueológico estudiado por nosotros, impresiona como un centro de convergencia de múltiples asentamientos culturales prehistóricos.

El tiempo de ocupación, desde las primeras evidencias cerámicas, comenzaría en el período Formativo de la Sierra, y se extendería hasta la dominación Incásica de la zona.

La alfarería más antigua de Achupallas, por presentar rasgos del Formativo, está conformada por el Rojo sobre Buff (pág. 8), Pintura Iridiscente (pág. 15), decoración a base de aplique con muesca (pág. 15), Rojo pulido (pág. 9); todos estos rasgos, se encuentran presentes en Cerro Narrío (Collier D. y Murra J. 1943), y en las culturas del Formativo de la costa (1).

La cerámica de Cerro Narrío, actualmente reanalizada por Braun R. (2), puede ser ya definitivamente situada dentro del período Formativo de la Sierra. Además, recientes dataciones absolutas a base de C-14, realizadas por Elizabeth Carmichael, han dado fechas de 1978 ± 60 años antes de Cristo, para Cerro Narrío (3).

La decoración a base de bandas de pintura roja sobre el fondo amarillo claro de la cerámica, especialmente de los bordes, encontrados en Achupallas, tiene gran similitud con las figuras 14 - 17 de la lámina 5, y con las figuras 4-9 de la lámina 21 de la obra de Collier (4); el aplique con muesca de la cerámica de Achupallas (Fig. 15), es similar al de las figuras 7 y 12 de la lámina 18, y a las figuras 2 y 3 de la lámina 19 de la misma obra.

La cerámica iridiscente encontrada en Achupallas (Pág. 15) presenta las mismas características de la descrita por Emilio Estrada para Chorrera (5). En consecuencia estas variedades de alfarería presentes en Achupallas, están bastante emparentadas con las de Cerro Narrío y otras culturas del Formativo.

Una migración posterior hacia Achupallas, desde la zona oriental, creemos fue de la Fase Cosanga, descrita por el Padre Pedro Porras, (6) ya que la cerámica proveniente de la zona de El Azuay (Achupallas), por sus características de ser bastante fina, el tratamiento a base del paletado, el utilizar como desgrasante a la mica, y la configuración de la nariz y boca de un fragmento antropomorfo (Fig. 4), nos llevan a relacionarla con la cerámica descrita por el mencionado arqueólogo; sin embargo, el tratamiento de los ojos a base de una incisión lineal horizontal, más profunda en el ángulo interno. (Fig. 4), difiere del realizado con impresión de caña hueca de los períodos A y B, o del ojo realístico o romboidal de los períodos C y D de la Fase Cosanga (7). El gollete antropomorfo encontrado en Shagliay (Fig. 7), presenta los ojos realizados con impresión de caña hueca, la nariz y las orejas empujadas desde adentro, técnicas presentes en Cosanga, pero difiere de ésta, por el excesivo grosor de la cerámica. Además de las evidencias anteriores, la presencia en la zona de Achupallas de petroglifos con incisiones lineales muy semejantes a las descritas por el Padre Porras en el Valle de los Quijos, especialmente la piedra XIII, lám. 36 (8), nos llevan a creer en una de las migraciones más sureñas de la Fase Cosanga, la cual posiblemente recibió después el influjo local, lo que hizo que se modifiquen algunos de sus rasgos.

Otra migración Amazónica, está representada por la cerámica negra (Pág. 6) y por la decorada a base de impresiones con uñas (Fig. 9), emparentada con la cerámica Jíbara descrita por Jijón y Caamaño (9), y quizá con la de Cotococha (10).

Un último asentamiento Preincásico de la zona de Achupallas, está evidenciado por la alfarería que presenta rasgos de la Fase Puruhá; en Zula, anejo muy cercano a Achupallas, Collier y Murra encontraron restos cerámicos preincaicos, claramente relacionados con esta fase (11); igualmente, las construcciones de piedra en forma de churos y corrales de Llullin, Chuqui Pucará, Chiniguayco, Pomamarca, para los mismos autores, fueron realizadas por los Puruhaes (12).

Esta zona de Alausí, Achupallas, Guasuntos, fue en los primeros tiempos de la colonia, una verdadera amalgama de razas y lenguas autóctonas, especialmente de Cañaris y Puruhaes, como puede leerse en una relación del Asiento de Alausí de ese tiempo: "Hablan la lengua general del Inguia, que llaman Quihuicha (así); los más hablan la lengua particular dellos, que es la Cañar de la provincia de Cuenca, mezclada con la de los Puruayes de la provincia de Riobamba; y hay otras diferentes lenguas, mas por estas dos se entienden muy bien" (13).

El último asentamiento cultural prehistórico, de la zona de Achupallas, es el Incásico; se produjo luego de la invasión sureña de los ejércitos de Tupac Yupanqui y Huayna Cápac.

Vestigios actuales existen pocos; entre éstos, un Pucará, una toma de agua y canales para el regadío, algunas piedras labradas con las que se han edificado parte de los muros de la iglesia, y restos del Ingañan o camino real. De las fortalezas y pucarás construídos por Tupac Yupanqui, nos dice González Suárez: "Para emprender la conquista del Reino de Quito, dio orden de que se construyeran dos fortalezas a este lado del Azuay: una en Achupallas, y otra en Pumallacta; hizo edificar en lo más agrio de la cordillera una casa de hospedería para la comodidad del ejército y sojuzgó, sin dificultad ninguna, a los abyectos Quihilacos, que vivían en el valle de Guasuntos y Alausí". (14) De los Tambos, el mismo historiador: "En Achupallas, a la falda

septentrional del cerro del Azuay, se conservan señales y vestigios de otro, construido también con piedras labradas." (15)

El Padre Juan de Velasco, al referirse a los templos incásicos de tercer orden, nos refiere del de Achupallas: "Entre éstos, subsiste entero el de Achupallas, el cual, con sola cubierta nueva, sirve de iglesia de aquella Parroquia. He dicho misa en ella y la he observado con atención. Las paredes intactas son de piedra bien labrada, igualmente lisa por dentro, que por fuera, altas sólo como 10 pies castellanos, rodeadas por de dentro de innumerables nichos cuadrilongos en las mismas paredes; de larga tiene cosa de 40 pies y solo 15 de ancho" (16).

Las evidencias cerámicas del asentamiento Incásico, en Achupallas, son fragmentos de ollas, cántaros y aríbalos, con decoración de la época Inca Imperial, encontrados en el centro mismo de la población.

De lo anotado anteriormente, deducimos que hubo una resistencia inicial a la invasión cuzqueña, por parte de los habitantes de esta zona, por lo que el invasor se vio obligado a construir fortalezas y pucarás, pero, posteriormente, con el triunfo del ejército de Huaina Cápac, la población fue un centro político y religioso de importancia. Las culturas autóctonas, posiblemente se replegaron hacia la periferia de la zona, una vez consolidado el triunfo Incásico.

Un dato arqueológico de importancia, es la evidencia de comercio con la costa, por parte de las culturas de Achupallas, ya que hemos encontrado conchas y caracoles marinos de la Especie *Conus*, trabajados a manera de pendientes (Fig. 16). Este fenómeno de comercio con el litoral, lo podemos observar hasta la actualidad, con los indígenas de esa parroquia.

La alimentación debió consistir en gramíneas, especialmente maíz, por la presencia de metates y manos de piedra, y de res-

tos de maíz quemado; también hay evidencia de restos óseos de cuyes, camélidos venados, que pueden haber servido de alimento. Las viviendas posiblemente consistieron en pequeñas construcciones de material destructible, con cimientos de piedra; a un lado de las mismas y en los sectores altos, construían terrazas escalonadas para el cultivo.

Con los datos anteriores, creemos factible establecer una Secuencia Relativa, de las sucesivas ocupaciones prehistóricas de la zona de Achupallas:

- 1.—Cerro Nariño y otras culturas del Formativo (Chorrera).
- 2.—Migración sureña de la fase Cosanga.
- 3.—Migraciones de culturas de la Amazonía (Jíbaros, Coto-cocha).
- 4.—Fase Puruhá.
- 5.—Fase Inca.

Las anteriores aseveraciones, realizadas a través del análisis de la cerámica y de las prospecciones de la zona, quedan susceptibles de rectificaciones posteriores, luego de nuevas excavaciones en este sitio y de dataciones absolutas a base de C-14.

Quito, 15 de Septiembre de 1976.

Relaciones Geográficas de Indias. Madrid, 1965.

Meggors, Betty
Ecuador. Londres, 1968.

NOTAS

- (1) Estrada, Emilio.— Las culturas preclásicas, formativas o arcaicas del Ecuador. Publicación N° 5 del Museo "Víctor Emilio Estrada", 1958.
- (2) Braun, Robert.— Cerro Narrio Reanalyzed: The Formative as Seen from the Southern Ecuadorian Highlands. Urbana, Illinois. 1971.
- (3) Comunicación Personal al Padre Pedro Porras.
- (4) Collier, D. and Murra, J.— Survey and Excavations in Southern Ecuador. Field Museum Series. Vol. 35, 1943.
- (5) Estrada, Emilio.— Las culturas preclásicas, formativas o arcaicas del Ecuador. Publ. N° 5 Museo "Víctor Emilio Estrada". 1958. p. 91.
Estrada, Emilio.— Arqueología de Manabí Central. Publicación N° 17 del Museo "Víctor Emilio Estrada", 1962, p. 31.
- (6) Porras, Pedro.— Fase Cosanga. Ed. Universidad Católica, Quito, 1975.
- (7) Porras, Pedro.— Fase Cosanga. Id. pág. 152.
- (8) Porras, Pedro.— Contribución al estudio de la arqueología e historia de los valles Quijos y Misagualí (Alto Napo) en la región oriental del Ecuador. Quito, 1961.
- (9) Jijón y Caamaño, Jacinto.— Antropología Prehispánica del Ecuador. Quito, 1952. Pág. 231-232.
- (10) Porras, Pedro; Piana, Luis.— Ecuador Prehistórico. Quito, 1975. Pág. 259 a 261.
- (11) Collier, D. and Murra, J.— Survey and Excavations in Southern Ecuador. Field Museum Series. Vol. 35, 1943. Pág. 18, lám. 1.
- (12) Collier, D. and Murra, J.— Id. Pág. 19-20.
- (13) Jiménez de la Espada, Marcos.— Relaciones Geográficas de Indias. Relación y descripción del Asiento y Doctrina de Alausí por el beneficiado Hernando Italiano, año de 1582; Tomo III, Pág. 288, Madrid, 1965.
- (14) González Suárez, Federico.— Historia General de la República del Ecuador. Tomo I, Cap. II. Pág. 66. Ed. C.C.E. Quito, 1969.
- (15) González Suárez, Federico.— Op. Cit. Tomo I, Cap. V, Pág. 215.
- (16) De Velasco, Juan.— Historia del Reino de Quito.— Tomo II, Cap. 4, 19. Historia Antigua, 1789.

BIBLIOGRAFIA

Bennett, Wendel

Excavations in the Cuenca Región, Ecuador, Yale University Publications in Anthropology. N° 35, 1946.

Braun, Robert

Cerro Narrío Reanalyzed: The Formative as Seen from the Southern Ecuadorean Highlands. University of Illinois, Urbana, 1971.

Cieza de León, Pedro

La Crónica del Perú. Espasa-Calpe, Madrid, 1962.

Collier, D. y Murra, John

Survey and Excavations in Southern Ecuador. Field Museum Natural History. Serie Anthropology N° 35, Chicago, 1943.

Estrada, Emilio

Las culturas preclásicas, formativas o arcaicas del Ecuador. Publ. N° 1 Museo "Víctor Emilio Estrada", 1958.

Estrada Y., Emilio

Arqueología de Manabí Central. Publicación N° 7 del Museo "Víctor Emilio Estrada", Guayaquil, 1962.

González Suárez, Federico

Historia General de la República del Ecuador. Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1969.

Jijón y Caamaño, Jacinto

Antropología Prehispánica del Ecuador. Quito, 1952.

Jijón y Caamaño, Jacinto

Puruhá, Contribución al conocimiento de los aborígenes de la Provincia del Chimborazo. Boletín de la Academia Nacional de Historia. N° 4, Quito, 1923.

Jiménez de la Espada, Marcos

Relaciones Geográficas de Indias. Madrid, 1965.

Meggers, Betty

Ecuador. Londres, 1966.

Porras G., Pedro

Contribución al estudio de la arqueología e historia de los valles Quijos y Misagualí (Alto Napo) en la región oriental del Ecuador. Quito, 1961.

Porras G., Pedro

Fase Cosanga. Quito, 1975.

Porras G., Pedro

Piana, Luis. Ecuador Prehistórico. Quito, 1975.

Reiss, W.

Carta del doctor W. Reiss a Su Excelencia el Presidente de la República, sobre sus viajes a las montañas del Sur de la capital. Quito, 1873.

Rivet, Paul y Verneau, R.

Ethnographie Ancienne de l'Equateur. Paris, 1922.

Velasco, P. Juan de

Historia Antigua del Reino de Quito. Año 1789.

Uhle, Max

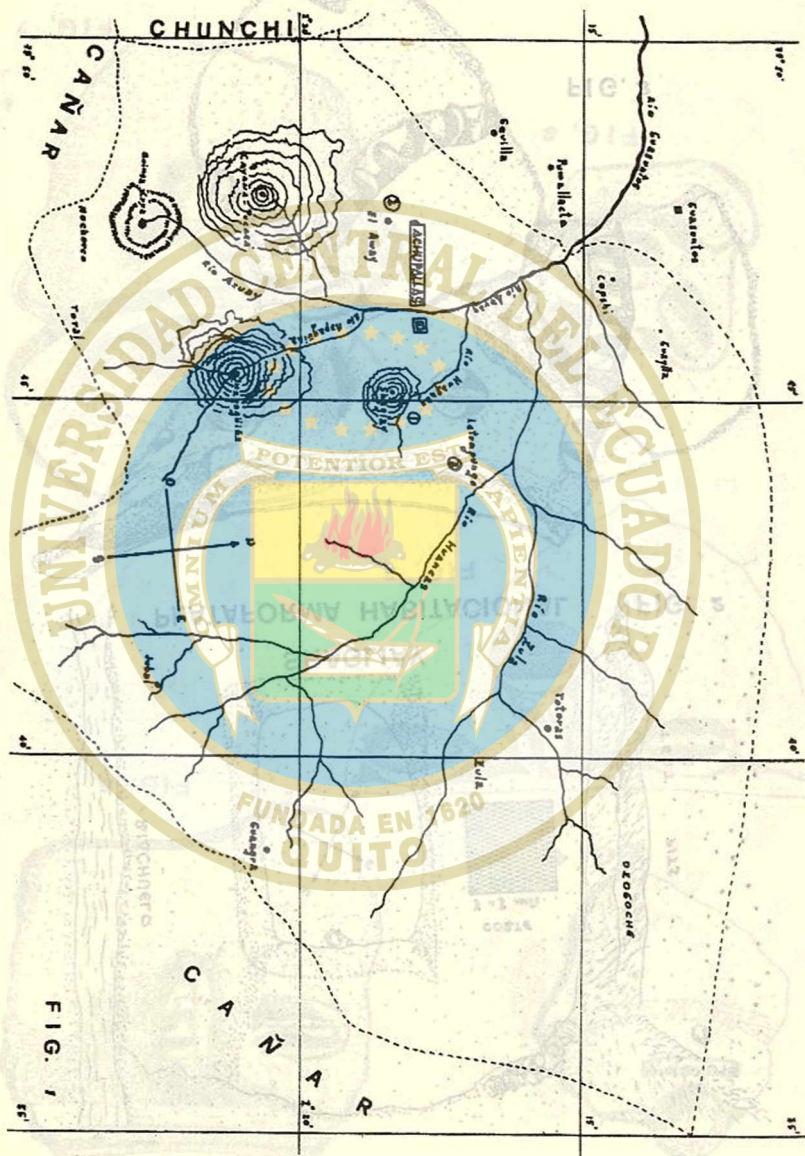
Influencias Mayas en el alto Ecuador. Boletín del Archivo Nacional de Historia. Vol. IV, N° 10-11.

Wolf, Teodoro

Geografía y Geología del Ecuador. Leipzig, 1892.

Wolf, Teodoro

Relación de un viaje geognóstico por la provincia del Azuay, con una carta geográfica y otra geológica. Viajes Científicos por la República del Ecuador. Guayaquil, 1879.



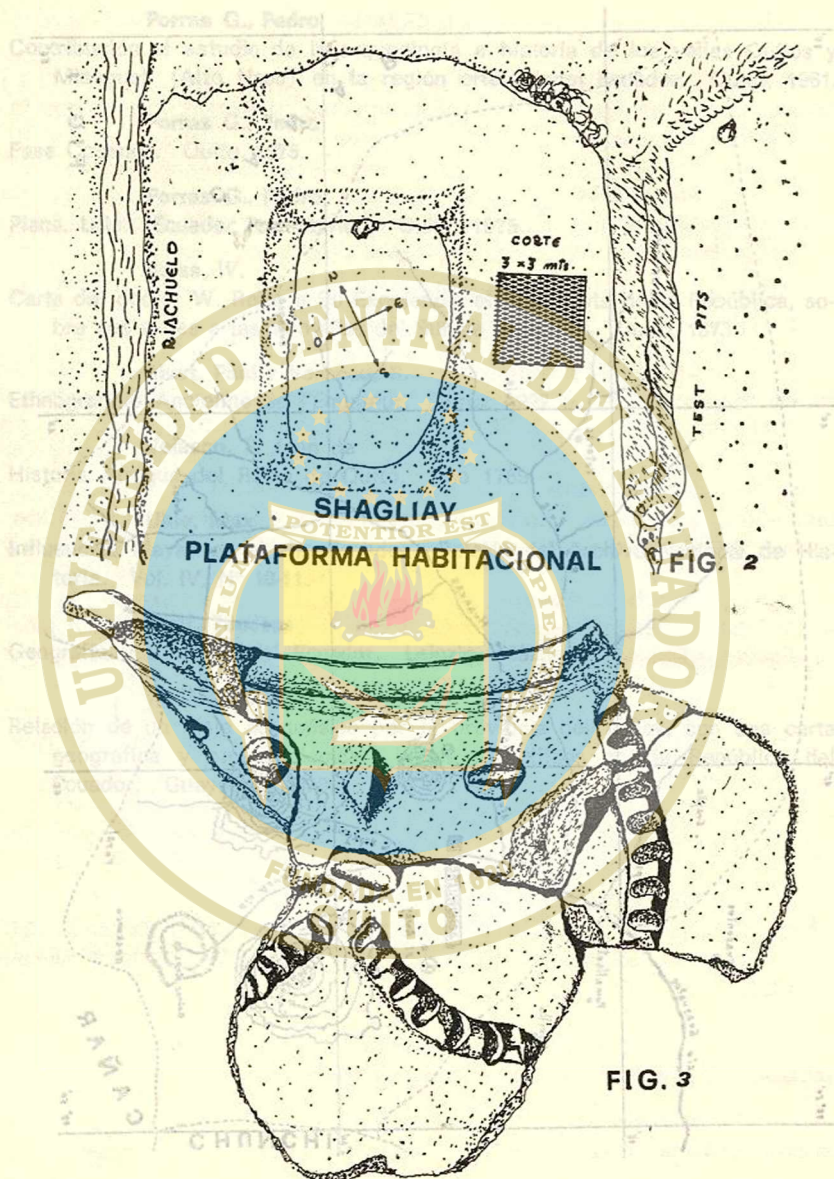


FIG. 2

FIG. 3

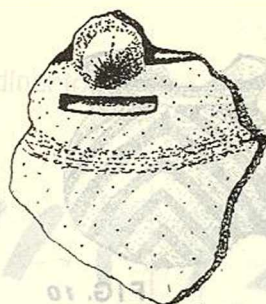


FIG. 4

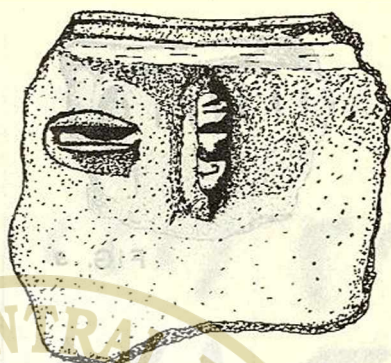


FIG. 5



FIG. 6



FIG. 8



FIG. 7

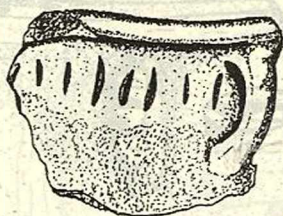


FIG. 9



FIG. 10



FIG. 11

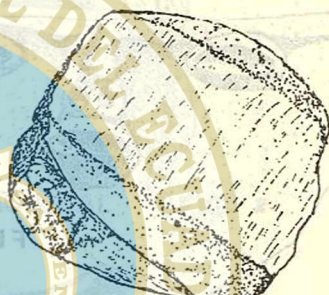


FIG. 12



FIG. 13



FIG. 14

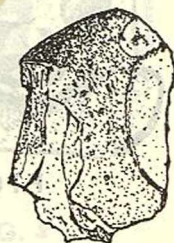


FIG. 15

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

ordinario

rojo ordinario

rojo pulido

rojo sobre buff



FIG.



RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

Arte Ecuatoriano.— 2 volúmenes, Salvat Editores Ecuatorianos, S. A. Gráficas Estella, Navarra (España), 1976.

Hemos podido conseguir a un precio de explotación, excesivo aún para naciones de moneda más sólida que la nuestra, nada menos que a \$ 2.800,00 o sea la cantidad de 100 dólares americanos, equivalente al sueldo por un mes de un modesto empleado ecuatoriano, esta obra en 2 volúmenes, publicada con el auspicio de la Comisión de Valores, Corporación Financiera Nacional.

La presentación del libro es excelente; las ilustraciones, de superior calidad, aunque la corrección tipográfica deje mucho que desear, supuesto el prestigio de la Editora Salvat. Así podemos leer entre otras lindezas: falso en lugar de falo; cara por raras, mistificado por mitificado, gentilicio por gentílico, etc.

En la nómina de Autores y Colaboradores científicos, a más de la de dos personas fallecidas hace varios años, hay la de 25 personas, de las cuales solamente dos son arqueólogos profesionales. Conste que el primer volumen, casi en su totalidad, trata de Arqueología. Esto supone, o que todo ha sido escrito por dos Arqueólogos o que un buen número de aficionados irrumpieron en campo vedado. Me inclino por esta última alternativa dado el estridente desequilibrio que se nota entre uno y otro capítulo de la misma obra: sobrios, científicos algunos, llenos de especulaciones intrascendentes y literatura de trastienda los demás.

Y aquí reside precisamente el defecto principal de esta obra que comentamos. Parece que los Editores manejaron a su antojo el material de diferentes Autores a tal punto que no sabemos quien es quien o a quien pertenecen opiniones, bastante atrevidas y hasta audaces en algunos casos.

El Capítulo correspondiente a **El Páleoindio o período precerámico** es tratado con medida y precisión de términos, lo que denota de parte del Autor (cuál de los 27 "científicos"?) conocimiento de la materia que trata y de la bibliografía correspondiente; aunque al reproducir la foto del cráneo de Otavalo, ni siquiera lo menciona en el texto. Es una lástima que inmediatamente luego de este capítulo se pase a tratar de las culturas Formativas, sin mencionar siquiera de pasada el arte rupestre que en el Ecuador está muy bien representado y del que existe la bibliografía correspondiente.

En el capítulo dedicado a las culturas del Formativo, en el lugar correspondiente a **Orígenes de la cerámica**, en las leyendas de figurinas, que posiblemente no fueron escritas por el autor del capítulo, se afirma con aplomo que la figurina Valdivia es un "símbolo de la fertilidad" y en la pág. 25 hay otra leyenda en que se presenta un cuenco con decoración incisa-excisa, cuando en realidad apenas lleva decoración incisa; en la pág. 34 hay otra leyenda en que ya no se dice "figurina" o "figurilla" de Valdivia, sino que se afirma con aplomo doctoral tratarse de una "venus bifronte". Los acápites correspondientes a Machalilla y Chorrera, lo mejor del volumen primero en la Obra que comentamos, están escritos en forma magistral.

No podemos decir lo mismo de la cultura Cerro Narrío. Aquí se afirma "porque sí", sin evidencias de ninguna clase, que esta colina tuvo un carácter ceremonial.

Aquí se habla de una serpiente enroscada en el gollete de un cántaro como de un ser "que abre desproporcionada boca para engullir la admiración desorbitada del espectador"; luego se comenta sobre las miniaturas como "grande y clandestino aporte del indio que en un mundo casi microscópico concibe una teoría estática de deleite individual"; luego se añade una frase

incomprensible para los no iniciados en achaques literarios a propósito de los asientos de cerámica, "la policromía atenta directamente contra la función que ejercieron cuando estuvieron en uso".

Para el Formativo Amazónico apenas si el autor o autores le dedican dos medias páginas, cuando el dichoso Narrío ocupa cuatro. Se trata de un resumen bastante apresurado de las respectivas monografías publicadas ya por su Autor el P. Porras. Dígase lo mismo de las culturas Yasuní, Tiguacuno y Cosanga, para las cuales pese a las magníficas monografías escritas por Meggers, Evans y Porras, apenas si los autores le dedican unos pocos y deslucidos renglones. En esta forma se hace patente una discriminación por parte de los científicos entre las zonas del País y da razón a ciertos malos ecuatorianos que aún creen que el Oriente no deja de ser un infierno verde habitado por unos desdichados salvajes infrahumanos. No se dan cuenta de que si para la Costa Ecuatoriana se han establecido más de 11 fases culturales debidamente estudiadas y respaldadas con fechas de datación absoluta, para el Oriente las hay 7, que reúnen las mismas condiciones y apenas unas dos o tres para la Región interandina.

Pero si tan mezquinos se muestran los Autores para con determinadas Zonas y Fases Culturales del Ecuador, se entusiasman hasta el delirio y le dedican más de 35 páginas llenas de ditirambos, metáforas, tropos y retruécanos a la Fase La Tolita; aquí los autores se olvidan de que están escribiendo sobre arte prehistórico y llevados por el entusiasmo dedican cuatro páginas a los actuales Cayapas y dos más a los negros y mulatos de la zona. Cuando finalmente se deciden a entrar en el campo del ARTE, el Autor (O Autores) se olvidan de que están escribiendo para un libro científico y se dejan llevar de una espantosa verborrea que ofusca y aplasta toda información científica.

Nos da la sensación de leer esas novelas sensibleras de fines del siglo pasado, en que el Autor olvidado del asunto se dejaba llevar del arrobo de las palabras.

Espiguemos al acaso por aquí y por allá y nos será dado disfrutar de bellezas como ésta: "en robusta concepción estética al artista manifiesta una gran perspicacia y su temática abarca una extensa gama de momentos vitales, en que el artífice extrovierte su ternura, motivo sustancial en ese rictus en el que no es posible decir si hay temor, dolor o alegría vital, aprisionando en una plaqueta de arcilla el orgullo del hombre que exhibe a su hijo, ligados íntimamente por un abrazo de arcilla". (pág. 173).

Si los lectores pueden digerir 35 páginas de esta literatura preciosista, deben sentirse émulo de Job.

Se me olvidaba indicar que el Autor no se digna decir como los demás **figurita, figurina o estatuilla**, sino "esculturilla"; entiéndale quien pueda.

Con una sensación de alivio, casi de liberación, llegamos al capítulo del Desarrollo Regional en la Sierra, en donde con un estilo llano e inteligible comienza el Autor —seguramente diferente del fecundo literato de La Tolita— a exponer llanamente las evidencias sobre Tuncahuán y Panzaleo. Aquí lastimosamente es víctima de una falsa interpretación, de la que el Autor no tiene ninguna culpa. Dice que el doctor Bell ha obtenido una fecha de $+ - 2.060$ a. C. para la cerámica panzaleo a las faldas del Ilaló. En primer lugar no es $+ - 2.060$ a. C., sino 2.060 ± 110 lo que significa, para un profesional capacitado para interpretar, una fecha real de 110 a. C.

En segundo lugar, a la cerámica de esta fase la creyó Bell, erróneamente, por información de su asistente ecuatoriano, pertenecer a la Cultura Panzaleo. El Autor de estas líneas escribió

al doctor Bell pidiéndole fotografías del material; me las envió muy gentilmente; pudimos darnos cuenta entonces de que se trataba de una cerámica que ni lejanamente se acerca a Panzaleo, muy parecida en cambio a la de El Inga y a la de Chaupi-cruz. La fecha más temprana en la Sierra para la Fase Cosanga-Píllaro es de 700 d. C. obtenida por el doctor Oberem en Cochasquí.

Cuando el capítulo dedicado a Panzaleo estuvo encuadrado en los límites de la moderación y escrita en un estilo deveras científico, en el último párrafo algún literato lo echó a perder todo y nos comienza a hablar de que "la redondez del recipiente juega (en Panzaleo) con la altura de sus bases buscando un equilibrio entre el tronco y el hemisferio, receptáculo; es insuficiente la desnudez morena de la cerámica y la cubre con la frucción descabellada de un remedo textil".

Nuevamente recobra su serenidad el texto a partir del capítulo sobre el Período de Integración en la Costa, cuyas culturas se describen con mano maestra; apenas un pecadillo al hablar nuevamente de la Venus (representada en las estelas de Manabí) que representa la "diosa de la fertilidad, la que dio a la luz al dios del maíz". Si es Venus, la diosa del amor, nunca puede ser la diosa de la fertilidad, respetable y voluminosa dama distinta de la esbelta diosa del amor.

El Período de Integración en la Región Amazónica es bastante bien llevado aunque incompleto.

Para las culturas de Integración en la Sierra, se ciñe el Autor a presentarnos un resumen de la obra de Jijón y Caamaño, inclusive usando giros y vocablos familiares únicamente a los arqueólogos de principios del siglo.

Puede ser que el lector al repasar lo referente a los Puruhaes y Cañaris en el primer volumen de **Arte Ecuatoriano** tenga la sensación de que en treinta años nadie hubiera aportado nada

nuevo sobre arqueología del Callejón Interandino medio y austral.

Si acaso el Autor hubiera usado una nomenclatura moderna y no la absoleta de que hace gala, hubiera parecido menos conservador, en tiempos como los actuales en que la arqueología ha hecho pasos agigantados desde la época de Max Uhle y Jijón.

El primer volumen termina con la historia de los incas y con un apéndice sobre artesanías modernas, entre las cuales la forja en hierro consta como "continuadora" de las manualidades prehistóricas.

El segundo volumen habla ya de arte en el sentido estricto de la palabra y se nota que los Autores no son novatos o improvisados como los "arqueólogos" del primer volumen.

Para terminar, vale la pena felicitar a Salvat por esta iniciativa en la que prima una sana y buena intención; esperamos que para próximos ensayos escoja mejor sus colaboradores, tomándolos no sólo de un círculo exclusivo familiar o social; que tenga en cuenta no sólo si son hermanos, primos o siquiera cuñados de los Editores o Coordinadores o que lleven una media docena de apellidos ribombantes; sino que sepan lo que escriben y lo comuniquen convenientemente a los lectores; quienes, al pagar una fortuna por un libro, tienen el derecho de que se les tenga mejor consideración.

FUNDADA EN 1920
QUITO
Pedro J. Porras G.

LOS ULTIMOS INCAS DEL CUZCO.— Franklin Pease G. V.—

Editado por Talleres Gráficos Villanueva. Ediciones P.L.V.,

Lima-Perú, 1972. 146 pp.

Aunque publicada cinco años antes, la obra de Franklin Pease tiene para nosotros un valor único, desde que el cuestiona-

miento a la visión tradicional de la historia del Tawantinsuyo y el manejo instrumental de las crónicas, está siempre recordándonos que la reconstrucción de un hecho histórico, de un proceso, no resulta de la simple acumulación de datos proporcionado por tal o cual cronista, sin beneficio de crítica alguna. De allí que, como piensa su autor, la reconstrucción de la historia del Tawantinsuyo es empresa arriesgada, cuando se utiliza únicamente los criterios históricos tradicionales, sin tomar en cuenta que no es posible conceder a las crónicas el valor absoluto que se les ha dado anteriormente.

El capítulo primero está dedicado al "Univerrso social y al mundo económico" del Antiguo Imperio de los Incas, en donde su autor comienza planteando el problema que entraña la concepción europea y la cosmovisión cristiana que afronta la crónica, sin comprender que el Tawantinsuyo constituía una unidad social y política distinta a la de Europa, lo que dio como resultado, por ejemplo, la elaboración de dinastías al tipo occidental. Recalca Franklin Pease la dificultad que existe cuando se trata de identificar a los personajes de la historia incaica por la naturaleza de la tradición oral. Manco Cápac fue identificado de la misma manera que lo fueron los últimos Incas. Bajo estas perspectivas, si antiguamente se pensaba en Manco Cápac o Pachacuti como personas individuales, hoy puede cuestionarse esta concepción y entenderlos más bien identificados con un período andino o cuzqueño, los cuales pasan a ser figuras "arquetípicas" con las cuales se identificaba el resto de Incas. Lo importante radica en que con Pachacuti hace su aparición el Estado Cuzqueño, adviene una casta militar expansiva sobre la vieja élite religiosa. Pero para Pease, lo primordial es el juego mítico al que están sujetos los personajes y su tiempo al que se puede volver o trasladarse hasta el tiempo anterior, puesto que el pasado entendido a la manera occidental no entra en las categorías andinas.

En el capítulo segundo, entra Franklin Pease a discutir el problema religioso en la sucesión de poder a la muerte de Guayna Cápac que hasta el momento no había sido examinado detenidamente y que fuera un factor importante en la guerra civil entre Huáscar y Atahualpa. Analiza al Cuzco como espacio sagrado, centro del mundo, en donde por primera vez se realiza el rito de ordenación del mundo. De allí que el término INQA—discute Pease— constituye el modelo originante de cada ser. Concebidos como una estrecha unidad, el Cuzco se constituye como centro fijo, mientras que el Inca es el centro movable. Sin embargo, con el desplazamiento de Guayna Cápac hacia el Norte se desplaza también el centro del mundo, provocando una situación desordenada y caótica. Esta circunstancia convierte a Tumipampa como un centro rival, sagrado y de mayor prestigio en torno al que girará una nueva élite. De esta manera comienza el enfrentamiento por el poder de dos élites rivales: la una Cuzqueña representaba por Huáscar y la otra Quiéna —aunque pudo haber sido local, sugiere Pease—, por Atahualpa, quien había sido reconocido como hijo del Sol después de la prisión sufrida en Tumipampa, de la cual pudo escapar gracias a la aparición de Amaru Yupanqui, vinculado al culto solar.

En el tercer capítulo examina Franklin Pease el problema de la sucesión al poder, tan controvertido en los estudios de historia del Tawantinsuyo. Es completamente cierto que si queremos aproximarnos de una manera clara y segura hacia la historia del mundo andino, debemos dejar de lado conceptos "europeizantes transmitidos por los distintos cronistas e historiadores. Los trabajos sobre parentesco andino han demostrado la no existencia de la primogenitura de corte europeo. Por otro lado, después de 1953 en que aparece el estudio sobre Pachacuti de María Rostworowski de Diez Canseco, se ha visto como solución la existencia del correinado, aunque Riva Agüero y Var-

cárcel afirmaran a su tiempo que pertenecía a la corte del Cuzco la opción de elegir sucesor. En nuestro caso, ni Huáscar ni Atahualpa actuaron como correinantes y la sucesión en los primeros momentos, antes y después de la muerte de Guayna Cápac estuvo entre Ninan Cuyochi primero, a quien realizaron la prueba de la callpa y fracasara y, posteriormente, a Huáscar, quien también fracasó. En estos momentos parece originarse presiones y resistencias por parte de diversos grupos en la élite Cuzqueña utilizando diversos mecanismos como el supuesto matrimonio de la momia de Guayna Cápac con la madre de Huáscar.

El cuarto capítulo está dedicado a "Huáscar y Atahualpa" y su legitimidad al trono del Imperio. En realidad, la legitimidad que hasta hace pocos años se ha venido discutiendo apasionadamente recogida de las crónicas, está calcada, como dice el mismo Pease, de moldes europeos vinculada al matrimonio cristiano, monogámico e indisoluble. Se ha defendido con pasión la división hecha por Guayna-Cápac sobre el gobierno del Tawantinsuyo. Pero en realidad, explica Pease, la importancia no radica en que Atahualpa haya sido quiteño o cuzqueño, sino en el papel político que jugó frente al Tawantinsuyo. Porque en definitiva, a mi modo de ver, Atahualpa no era sino el representante de otra facción quechua para la toma del poder, es decir, no se trataba sino de un conflicto interno entre la clase dominante.

Corresponde al capítulo quinto "el desarrollo del conflicto armado". Presenta Franklin Pease una visión crítica de lo expuesto por las crónicas, documentos judiciales y visitas. Establece las diferentes posiciones que los varios curacazgos tomaron ya a favor o en contra de los incas en conflicto, las contradicciones engendradas entre Cuzco y Tumipampa por el ascendiente político logrado por ésta en épocas de Guayna-Cápac. Cree Pease, que el inicio de la guerra se debió ya a una venganza entre dirigentes Cuzqueños o a una necesidad ritual de demostrar la

superioridad del Cuzco revitalizando el "centro" desde afuera a manera de los fundadores arquetípicos. Luego presenta el desarrollo de la guerra y la celebración del triunfo por parte de Atahualpa en Tumipampa, quien iniciado simbólicamente por Amaru Yupanqui, pasa a su nueva situación de Inca y, por lo mismo, a ser sagrado; pues cuenta ya con el apoyo solar.

Para entonces, el Tawantinsuyo estaba dividido y todos los que apoyaron a Atahualpa fueron fundamentalmente autonomistas y anticuzquenistas.

El sexto y último capítulo está dedicado al "mito de Inkarrí y la visión de los vencidos". Inkarrí, como el Inca, no es únicamente un gobernante, sino que también está concebido como un ser divino, modelo del hombre. Además posee un contenido mesiánico fortísimo como reacción de la dominación española. Para el hombre andino es una visión del futuro, a la vez que del pasado. Este es un análisis brillante de las categorías míticas persistentes en el indígena, para quién "el Inka de los españoles apresó a Inkarrí, su igual".

Finaliza Franklin Pease su libro con una versión de Inkarrí-Collarí, recogida en Checa Pupuja.

Para nosotros, es urgente y necesario replantear el último período de la Historia del Norte del Area Andina (Ecuador). Y es que hasta ahora, en gran parte, la visión del cronista ha imperado en los estudios históricos nacionales, con todos los peligros y debilidades que su utilización entraña. Sin lugar a dudas, este libro constituye una importante contribución y estímulo a la crítica histórica, olvidada en muchas ocasiones en nuestro país.

Manuel Miño Grijalva

NOTA DE LA REDACCION

HALLASE UN POBLADO DEL FORMATIVO EN COTOCOLLAO, EN LAS GOTERAS DE QUITO

El Centro de Investigaciones Arqueológicas de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador se impuso como plan principal de actividades al búsqueda de sitios del Formativo en la Sección Central de los Andes, específicamente en las Provincias de Pichincha, Cotopaxi, Tungurahua y Chimborazo. Comenzamos las prospecciones el año de 1974 por la Provincia de Pichincha que tiene como capital Quito, que lo es también de la República del Ecuador. Luego de prolijas investigaciones en más de sesenta localidades diferentes, tanto en las estribaciones de las Cordilleras Oriental y Occidental como en los valles de Pifo-Tumbaco y de Chillos, descubrimos que cuatro de éstos tenían cerámica decorada con técnicas del Período Formativo. A mediados del año de 1974 tuvimos la suerte de hallar otro sitio muy interesante en un lugar muy cercano a la ciudad de Quito, en la sección norte de la población urbana de Cotocollao, dentro de un bosque de eucaliptus talado a medias por los trabajos de urbanización.

Luego de una meticulosa recolección superficial, procedimos a realizar excavaciones. Participaron en los trabajos de prospección, primero, y de excavación luego, el Director del Centro de Investigaciones Arqueológicas y Profesor de Arqueología de la PUCE, P. Pedro I. Porras G., los miembros del C.d. I.A. y los alumnos de Arqueología de la misma Universidad.

Las excavaciones se realizaron durante el final del año de 1974, todo 1975, hasta Junio de 1976, cuando comenzaron las suyas, en el mismo sitio, algunos empleados del Banco Central por orden del Director del Museo, Arq. Hernán Crespo, y bajo la

responsabilidad de un estudiante de arqueología norteamericana, perteneciente al Cuerpo de Paz.

Nuestras excavaciones evidenciaron la presencia de un asiento prehistórico ubicado a orillas de una gran laguna, ahora seca, que ocupaba gran parte de la sección norte de la Ciudad de Quito.

No se encontraron huellas de habitaciones ni de construcciones de ingeniería, lo que hace suponer la presencia de simples chozas de ramas, cubiertas de bahareque.

El poblado mide alrededor de 150 m. de largo y un ancho de 80 m., aproximadamente; estuvo sobre un valle aluvial en forma de V que baja de las laderas del Pichincha. Parece que este asiento fue destruido siquiera, en parte, por uno o varios aluviones que dejaron como evidencia una capa de cantos rodados, arena revuelta con huesos humanos, aún esqueletos en desorden anatómico, los más de ellos destrozados e incompletos, la asociación de huesos con artefactos pueden hacer suponer, erróneamente, la existencia de ofertorios fúnebres.

El depósito cultural alcanza la profundidad hasta de 1.20 m. Gran interés reviste la cerámica encontrada tanto en superficie como en profundidad. Se trata de una cerámica ordinariamente delgada, compacta y con un desgrasante de arena cuarzosa fina. Hay ollas globulares de boca ancha, con asas o sin ellas; botellas de pico y asa puente, muy semejantes a las reportadas para la Fase Machalilla en la Costa del Ecuador (2.000 a. C.) Unos pocos picos de botella simples o de asa puente tienen las características de la fase posterior a Machalilla, la de Chorrera en la Costa Ecuatoriana.

Los cuencos, por regla general, son hondos, de paredes casi verticales, decorados al exterior con bandas rojas, hachurado, incisión zonal, pulido en líneas, bruñido peinado, acanalado, pun-

teado, estampado de uñas, hombro adornado, listón mellado, y acordelado, y rojo zonal.

Una vez realizada la seriación nos encontramos con que el sitio fue abandonado y reocupado luego de un período de tiempo por una cultura perteneciente al **Desarrollo Regional** en su época tardía. En la superficie hacen acto de presencia tiestos de la Fase Chaupicruz, Panzaleo e Incásica.

Llama la atención de manera especial los morteros de piedra probablemente **andesita**, trabajados con tal arte que son una reproducción en piedra de los cuencos de cerámica, llevando inclusive las mismas decoraciones como el inciso zonal y el inciso simple y acanalado.

Al fondo de los pozos hallamos tierra estéril; no hemos encontrado todavía un asiento del precerámico como en El Inca, pese a que la cerámica más antigua reportada para El Inca tiene su representación en Cotocollao.

En este momento estamos escribiendo la Monografía sobre lo que hemos dado en denominar Fase Cotocollao, la misma que se publicará en el Boletín de la Universidad Católica apenas recibamos los fechados de las muestras enviadas tanto a Chicago como al Japón.

Pedro I. Porras G.

FUNDADA EN 1620
QUITO





educ *